



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
CENTRO DE ESTUDIOS INTERDISCIPLINARIOS
MAESTRÍA EN ESTUDIOS CULTURALES

**Cultura política y conflictividad ideológica:
Análisis exploratorio de los discursos sobre *la grieta* en la prensa digital
-Argentina (2013-2019)-**

Maestrando: Juan M. Brebbia.

Directora de Tesis: Dra. Sandra Valdetaro.

Rosario, 9 de diciembre de 2020.

Índice:

Resumen.

I) Introducción.....	3
II) Marco Teórico.....	10
II.a) Ideología y paradigma crítico en el estudio de los medios de comunicación.....	10
II.b) Relaciones imaginarias ideológicas, absolutizaciones e idealizaciones.....	16
II.c) Fantasías ideológicas y discurso.....	19
II.d) Las significaciones imaginarias ideológicas.....	24
II.e) Las significaciones imaginarias ideológicas grupales.....	27
II.f) Relaciones intergrupales y conflictividades ideológicas.....	33
II.g) Cultura política, relaciones intergrupales, y conflictos ideológicos.....	40
II.h) Análisis crítico del discurso ideológico en la prensa escrita.....	44
III) Objetivos, metodología, corpus.....	51
IV) Análisis exploratorio.....	53
IV.a) Construcción e interpretaciones de la noción de ‘grieta’ como conflicto político... 	53
IV.b) La historia reciente en el contexto de ‘la grieta’.....	70
IV.c) Sobre la noción de ‘batalla cultural’ y su interrelación con ‘la grieta’.....	96
IV.d) El agrietamiento en la problemática de género.....	133
IV.e) Sobre el porvenir de la denominada <i>grieta</i>.....	141
V) Discusión.....	152
VI) Bibliografía.....	162

Anexo (Ver en documento adjunto).

Resumen.

La construcción del objeto de estudio para esta tesis implicó partir de algunas preguntas iniciales. Primeramente: ¿qué se entiende como *la grieta*?, o más específicamente: ¿qué caracterizaría a la discursividad de la prensa escrita concerniente al conflicto denominado *grieta*?, o replanteando: ¿qué caracterizaría a los discursos de prensa concernientes a “la grieta” como ideológicamente conflictivos? Interrogantes que irán respondiéndose partiendo de una comprensión de “la grieta” como una confrontación intergrupala e interinstitucional, que atraviesa la relativa autonomía de los aparatos ideológicos estatales. Confrontación ideológica desenvuelta en el campo contextual de la cultura política, entre agrupaciones políticas de centroizquierda y centroderecha, en sus redes intergrupales, interinstitucionales, constituidas por grupos mediáticos, económicos, etc. En esta investigación, por lo tanto, se analizan -de manera exploratoria- tanto a los discursos de los dirigentes de los grupos políticos (que conforman parte del contenido de muchos artículos de prensa) como a los relatos periodísticos, y su interrelación e interdiscursividad. Se trata de una trama interdiscursiva de la confrontación ideológica intergrupala por la hegemonía, que resulta fundamental estudiar desde un enmarcamiento teórico interdisciplinario, por lo que “la grieta” -comprendida como una conflictividad cultural e ideológica- pretende abordarse desde un marco conceptual con miras transdisciplinarias en el marco de los Estudios Culturales.

Se desarrolla, en la tesis, un análisis de carácter exploratorio e inicial, por varias cuestiones. Por un lado, el marco teórico planteado en la tesis rebasa el corpus sometido a análisis, y se entiende como un marco analítico general para el abordaje de distintas formaciones y discursividades socio-culturales y, simultáneamente, se considera al marco teórico de manera procesual y dinámica permitiendo, de tal modo, una continua actualización y reformulación. Por su parte, el corpus construido en la tesis a los fines del análisis se entiende a la manera de un acercamiento exploratorio a un fenómeno cultural y discursivo específico que se organiza a partir del enunciado *la grieta*, pudiendo actuar como ejemplo analítico y abierto a otras interpretaciones.

A los fines de propiciar dichas interpretaciones críticas se adjunta a la tesis un Anexo con los elementos detallados del corpus, de tal modo de que posibles lectores puedan acceder a la totalidad de las fuentes involucradas.

D) Introducción.

La conflictividad ideológica denominada *grieta* en la prensa escrita digital argentina es un objeto de estudio construido desde la intersección de perspectivas sustentadas en diversos intereses teóricos (Cfr. Bourdieu: 2008), que incumben al campo interdisciplinario de los Estudios Culturales, como el del redescubrimiento de la problemática ideológica en el estudio crítico de los medios de comunicación (Cfr. Hall 2010: 164/168 y stes.); problemática indisociable del paradigmático emparejamiento conceptual entre cultura e ideología en los Estudios Culturales (Ibid.: 47).

La interrelación entre cultura e ideología que se investiga en los Estudios Culturales también es resultado de una concepción que “conceptualiza la cultura como imbricada con todas las prácticas sociales” (Ibid.: 36), comprendiéndola como “procesos sociales de significación” (García Canclini 2004: 352). Procesos de producción y reproducción social, que pudieron ir evidenciándose desde análisis teóricos de la problemática ideológica como el de Althusser (Ibid.: 355). Se trata de una concepción compleja de la cultura, cuyo análisis podría “revelar las dimensiones culturales de fenómenos aparentemente no culturales” (Vich 2013: 130). Dichas revelaciones podrían encontrarse en el estudio de las producciones sociales que significarán discursivamente la realidad social (Cfr. Hall 2010: 166 y stes.), en “la práctica social de la significación: la práctica a través de la cual se cumplen el ‘trabajo’ de la representación cultural e ideológica” (Ibid.: 234).

Remite al estudio de las complejas interrelaciones entre lo cultural e ideológico que se arraiga, por supuesto, en la teorización gramsciana, desde la que se instaura la dialéctica entre el carácter inconsciente de las formaciones ideológicas y su conformación organizacional consciente (Ibid.: 44/47). La teorización gramsciana “rechaza cualquier reducción economicista de la ideología, considerada como un mero reflejo de la infraestructura; al contrario, las ideologías deben considerarse como fuerzas activamente organizativas que son psicológicamente «válidas»” (Eagleton 1997: 155). Por lo que el trabajo de Gramsci significó para la investigación del campo ideológico una ruptura radical con la concepción del marxismo ortodoxo, que asume a la ideología como “falsa conciencia, es decir, representación distorsionada de la realidad en razón de su determinación por el lugar que los sujetos ocupan en las relaciones de producción” (Mouffe 1991: 223). Así el campo ideológico “dejó de ser un mero reflejo de las luchas que tenían lugar o que eran determinadas en otro sitio (por ejemplo, en el nivel de la lucha económica). Esto dio a la ideología una independencia relativa o ‘autonomía relativa’” (Hall 2010: 182). Por lo que se trata de una comprensión de la problemática ideológica que es resultante de la declinación del marxismo ortodoxo y de su “correspondencia simple entre ‘lo político’ y ‘lo económico’” (Ibid.: 489), y es consecuente con que en la posmodernidad el lenguaje de lo político se oriente cada vez más hacia lo cultural (Ibid.). Desde esta orientación se fueron considerando cada vez más fundamentales a las prácticas sociales de “construcción de significado” (Ibid.: 168), inherentes a las luchas por la significación (Ibid.: 169). Prácticas y disputas inherentes al “poder ideológico: el poder de significar eventos de una manera particular” (Ibid.: 168). Y fue en el redescubrimiento del poder ideológico que también giró el paradigma crítico de los estudios de medios de comunicación, e implicando el paso hacia un “modelo ‘ideológico’ del poder” (Ibid.: 164/168 y stes.).

Procesos de significación ideológica cuyo estudio se complejizará al considerar que sus modos discursivos, representacionales, que significan los acontecimientos, estarán atravesados por la dimensión imaginaria, distorsionando la experiencia, las condiciones reales, porque “las relaciones ‘reales’ pueden ser culturalmente significadas e ideológicamente inflexionadas como una serie de ‘relaciones vividas imaginarias’” (Ibid.: 234). Pero que las condiciones reales puedan distorsionarse imaginariamente a través de los discursos ideológicos no significa que se deba subestimar cómo la discursividad ideológica puede ser “real en sus efectos” (Ibid.: 182), ya que las luchas ideológicas tendrán consecuencias sociales y materiales. Que en los procesos de significación ideológica, las condiciones y relaciones “reales” puedan distorsionarse imaginariamente, problematiza el estudio de los modos mediáticos en que se representan aspectos de la realidad social (Ibid.: 161/164). Los procesos ideológicos (y del sentido común) pueden condicionar las interpretaciones de los codificadores discursivos de los medios comunicacionales, sus “definiciones de la situación” (Ibid.: 163/186). Las condicionarán de acuerdo con los contextos ideológicos de comunicación, en los cuales los mensajes se producen, se moldean las cogniciones, preferencias, pudiendo distorsionar la realidad social (Ibid.: 164). Procesos ideológicos, y del sentido común (que estarían conformados, en parte, por restos, vestigios, de sistemas ideológicos anteriores), que tendrán componentes discursivos, actividades conscientes, como porciones inconscientes (Ibid.: 230/231). Y tanto los procesos ideológicos como los del sentido común se sostendrán en mecanismos como “el dar por supuesto” (Ibid.: 231/248), o en la “suma de lo que ya sabemos” (Ibid.: 248), o en “premisas tácitas o conocimientos dados por sentado” (Ibid.:174), desde los que se definirán eventos, situaciones, aspectos de la realidad social.

Dichas premisas, que sostendrán las “definiciones de la situación” de los codificadores mediáticos, son fundamentales para comprender muchas proposiciones que se presentan como declaraciones afirmativas en las publicaciones de diario (Ibid.: 173/174). Lo cual encierra una problemática, porque que las premisas, presuposiciones, puedan convertirse directamente en afirmaciones, es distintivo de un tipo de lógica que no sería la racionalista, sino de la “lógica de la disposición” (Ibid.: 173). Conceptualizada por Lévi Strauss en su análisis cultural, dicha “lógica aquí simplemente quería decir una cadena aparentemente necesaria de implicación entre la afirmación y la premisa” (Ibid.). Este mecanismo que facilita la inserción de afirmaciones en los discursos ha sido denominado también como “implicación de las proposiciones” (Ibid.), y se considera fundamental para la crítica de la narrativa ideológica, ya que las proposiciones ideológicas sobre la sociedad pueden basarse en dichos tipos de premisas, o deducirse de estas (Ibid.: 173/174). Dicha mecanización de la “lógica disposicional” también podría fundamentarse desde la perspectiva más general formulada por Lévi Strauss: “los hablantes producen el significado, pero a base de condiciones que no son de la creación del hablante, y que pasan a través de él hacia el lenguaje, inconscientemente” (citado en Ibid.: 172). Perspectiva que es reformulada y especificada para la crítica de la narratividad ideológica y mediática, ya que tanto en los codificadores como en los decodificadores discursivos, la “‘estructura profunda’ de presuposiciones, que volvió ideológicamente ‘gramatical’ a la afirmación, rara vez se hizo explícita y era en gran medida inconsciente” (Ibid.: 174).

La “lógica” que se desenvolvería en la discursividad ideológica, que incluye a mecanismos conscientes e inconscientes, se corresponde con asumir que las ideologías se compondrán por “creencias formales y conscientes, pero también actitudes, hábitos y sentimientos menos conscientes y formulados, e incluso presupuestos, comportamientos y compromisos inconscientes” (Williams 1981: 25). Lo cual resulta condeciente con que: “Negar que la ideología es esencialmente una cuestión racional no es llegar a la conclusión de que es totalmente inmune a las consideraciones racionales” (Eagleton 1997: 55). Perspectiva de los procesos ideológicos que puede conciliarse con otra teorización psicoanalítica de las ideologías, repensando la noción de la “fantasía ideológica inconsciente” (Cfr. Zizek 2003). La “fantasía ideológica” puede comprenderse como forma de pasaje especial, de intercambio, interrelación, entre los sistemas inconsciente y consciente, en que se desenvolverá dialógicamente la discursividad ideológica¹. Sin desconsiderar que en la teorización de Zizek (Ibid.) se explicita la búsqueda de articulación entre el análisis del discurso con la “lógica del goce” (171).

La perspectiva del desenvolvimiento dialógico entre lo consciente e inconsciente, lo racional e irracional, de los procesos psíquicos ideológicos, es articulable con sus modos discursivos, simbólicos, y sus atravesamientos por la dimensión imaginaria (que distorsionará las relaciones reales), y esto se condice con la “lógica de las significaciones imaginarias sociales” (Cfr. Castoriadis 1989). Lo cual también orienta a conceptualizar, aunque sea de forma provisoria, heurística, a las ideologías como “significaciones imaginarias”, con sus componentes imaginarios y potencialmente irracionales, que se desenvolverán dialógicamente con lo simbólico y con lo “real” (Cfr. Castoriadis 1989; 2008; etc.). Pero es importante aclarar que estudiar a las ideologías desde la perspectiva de las “significaciones imaginarias sociales” no necesariamente debería significar que toda “significación imaginaria social” sería ideológica, aunque las ideologías contengan las características, componentes, mecanismos, “lógicas”, de ellas. Además, las caracterizaciones específicas de las ideologías pueden ser fundamentales para evitar el riesgo de hacer demasiado abarcadora la delimitación conceptual de las mismas; para que el propio concepto no se vacíe, por su pérdida de especificidad terminológica, de las características que permitirían implementarla para analizar cuestiones sociales y culturales (Cfr. Williams 1981: 26 y stes.; Eagleton 1997: 52/53). Así que para desarrollar dichas caracterizaciones especiales, específicas de las ideologías, podría contribuir la búsqueda de conceptualización de las “significaciones imaginarias ideológicas”.

Para indagar en las posibles especificidades de las ideologías como significaciones en el imaginario social se implementará la teorización de una corriente de psicología social influenciada por el psicoanálisis, la “grupalista latinoamericana”, desde la que puede estudiarse cómo las “significaciones imaginarias sociales” conformarán a las “significaciones imaginarias grupales” (Cfr. Fernández 1989: 143/146; Ibid. 1993). Las cuales estarán compuestas por la “utopía o ilusión grupal”, el “mito grupal”, la “matriz de transferencias e identificaciones”, y el “presente institucional” en su contextualización histórica y política (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986; Fernández 1989); entendiendo “la problemática grupal como nudo teórico transdisciplinario” (Fernández 1989:

¹ Teniendo en cuenta que en la Psicología Política se asumen como dos de sus perspectivas principales al enfoque discursivo y a la teoría psicoanalítica (Cfr. Parísí 2008), que en este enmarcamiento se tratan de elaborar articuladamente.

57). Y también se ha planteado como característicamente componedora de la grupalidad a la dimensión ideológica, considerando por ejemplo que: “solamente la ideología cubre los caracteres de real y de imaginario, de aparential y de real, de manifiesto y latente que creemos que todo grupo posee” (Bauleo 1977; citado en Del Cueto & Fernández 1986: 46). Si las significaciones imaginarias conformarán a las identidades grupales (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986: 31 y stes.; Fernández 1989: 144/146) habrá que considerar las formas específicas de su conformación en los grupos políticos.

Para teorizar sobre las posibles caracterizaciones de las “significaciones imaginarias ideológicas” de los grupos políticos, no bastaría la corriente de psicología social mencionada, por no considerar, o sistematizar, el campo de las relaciones intergrupales. Ya que las conflictividades ideológicas intergrupales pueden interrelacionarse con las respectivas identidades grupales, por ejemplo, en sus diferenciaciones antagónicas, por lo que será imprescindible complejizar hacia una “definición ideológica de las relaciones entre grupos” (Van Dijk 2008: 210). Definición que se enfoca especialmente en las grupalidades políticas y mediáticas, y desde la que se elabora también la instrumentalización metodológica del “análisis crítico del discurso ideológico” en la prensa escrita (Cfr. Van Dijk 1996; 2005; etc.). Análisis crítico discursivo de la “competición intergrupala y el conflicto” (Van Dijk 2008: 211), que se corresponde con la comprensión del campo ideológico como un “escenario de lucha (entre definiciones enfrentadas) y una apuesta -un premio para ganarse- en la realización de luchas particulares” (Hall 2010: 169).

Aunque resulta insoslayable plantear que en el “análisis crítico del discurso ideológico” de Van Dijk, a las conflictividades intergrupales, por más polarizadas que se las considere, y que se las enfoque desde una perspectiva psico-sociocognitiva, se las analiza desde un predominante énfasis en lo estratégico, abstrayendo lo discursivo de las afectividades, posiblemente sintomáticas socialmente, de las cuales también podrían ser expresión. Tampoco se analiza lo incoherente, irracional, de las ideologías, enfocándose en los componentes afectivos, emocionales, ya que se soslaya su influencia en lo psíquico, incluso explicitando dicha desconsideración del afecto o de la emoción de los denominados modelos mentales (Cfr. Van Dijk 2008: 216). Lo cual también influye en su concepción del proceso identificatorio, que se analiza en sus variaciones (entre los miembros del grupo) de los grados de conocimiento, experiencia, consistencia lógica, de los marcos ideológicos de los sujetos (Cfr. Van Dijk 2005: 14), excluyendo así, por ejemplo, la cuestión transferencial del proceso identificativo. Por lo que tanto la cuestión afectiva, como la inconsciente, quedan marginadas en el análisis de los discursos ideológicos de Van Dijk. Así es que se considerarán también otros estudios sobre las relaciones intergrupales, como el de Jameson (1998), para quien las identidades culturales y grupales surgirían desde las relaciones intergrupales (101 y stes.). Pensador con cierto sesgo psicoanalítico que otorga gran relevancia a la afectividad y a los mecanismos proyectivos en las relaciones intergrupales, y enfocando dicha perspectiva ocasionalmente a las actitudes ideológicas, aunque pueda criticársele que reduce las relaciones intergrupales a los componentes pulsionales y afectivos hostiles, y a lo irracional. Pero sobre las teorizaciones esbozadas, acerca de las relaciones intergrupales y las significaciones ideológicas, se deberá destacar que, a pesar de sus notables diferencias epistemológicas, ambas coincidirían en que el mecanismo fundamental del

desenvolvimiento ideológico en los grupos sería la oposición diferencial, antagónica, hacia la otredad; así que ambos estarían dentro de la órbita de aquellos que enfatizan en la “lógica de la diferencia” (Groosberg 2003: 151/158). Por lo que algunos interrogantes de esta investigación son: ¿cuán determinante debería considerarse ese mecanismo binario, dicha “lógica diferencial”, en el campo de la problemática ideológica intergrupala y política?, y: ¿cómo se desenvolvería, que caracterizaría, a la “lógica diferencial ideológica” en la conflictividad política denominada *la grieta*?

Los planteamientos sobre las relaciones intergrupales, además de permitir definiciones sobre el campo ideológico, pueden resultar conciliables con una definición de “la cultura como los significados y los valores que emergen entre grupos y clases sociales diferenciados, sobre la base de sus condiciones y relaciones históricas” (Hall 2010: 36). Posicionamiento que también asume como fundamental a las posibles “articulaciones entre grupos sociales, prácticas políticas, y formaciones ideológicas” (Ibid.: 198). Pero sin desconsiderar que “todas las articulaciones son verdaderamente relaciones de «correspondencia no necesaria»” (Hall 2003: 33); por lo que se parte de la *no necesaria correspondencia* articuladora entre las ideologías y las clases sociales (Cfr. Hall 2010: 197). Lo cual no implicaría que *necesariamente no haya correspondencia*, es decir que las ideologías y las clases sociales no puedan articularse, en ciertos contextos, aunque sean temporales (Ibid.: 197, 198). Articulaciones que son indisociables de las interrelaciones entre poder, política y cultura, que caracterizan al campo de los Estudios Culturales (Cfr. Restrepo 2013); y que son inherentes a las confrontaciones ideológicas entre grupos políticos por hegemonizar en el contexto de la cultura política.

Cultura política sobre la que existen debates teóricos equiparables paradigmáticamente a los que se encuentran en algunas teorizaciones sobre las relaciones intergrupales. Ya que en el debate interno a la cultura política se confrontan la “teoría realista de los intereses” con el paradigma identitario (Cfr. Giménez 2008: 109/113 y stes.); y entre los principales enfoques teóricos de las relaciones intergrupales que se suelen contrastar, se encuentra, por un lado, a la “teoría del conflicto realista” (Cfr. Sherif y Sherif 1953; Sherif 1966; Montes Berges 2008), y, por el otro, a las sustentadas en la “teoría de la identidad social” (Cfr. Tajfel & Turner 1979; Montes Berges, 2008). Enfoques que se encuentran bastante articulados en la teorización de Van Dijk (1996; 2005; etc.), ya que comprende a las ideologías como sistemas “socio-psico-lógicos” (Van Dijk 2005: 13), que funcionarán como “interfaz sociocognitiva” (Ibid.: 12), interaccionando dimensiones sociales (los intereses socioeconómicos y políticos de los grupos), con dimensiones cognitivas e identitarias (Cfr. con Van Dijk 2008: 205/210 y stes.). Aunque a esta teoría psicosociológica de las ideologías, como ya se mencionó, se la reelaborará desde otras perspectivas y fundamentaciones epistémicas.

Dichos enfoques paradigmáticos que emparentan los debates teóricos sobre la cultura política con los que se desarrollan entre diversas perspectivas de la intergrupalidad, pueden interrelacionarse particularmente con las conflictividades ideológicas entre grupos políticos, ya que en las disputas intergrupales pueden resultar articulables los intereses denominados reales (materiales, socioeconómicos) con los conflictos entre identidades políticas grupales, en su diversidad de “intereses simbólicos” (Giménez 2008: 113), y en sus posibles antagonismos diferenciadores. Lo cual se condice con que la problemática ideológica tienda a la sistematización

de dos perspectivas, la de la capacidad de constitución simbólica de las ideologías en la subjetividad, en su potencialidad de construcción y reconstrucción de identidades socioculturales, y la perspectiva de su articulación en las estructuras sociales, su mecanización en las relaciones sociales de producción (Cfr. Hall 2003: 20 y stes; Ibid. 2010: 163/188). Perspectivas que también fueron fundamentales en el redescubrimiento de la problemática ideológica en el estudio crítico de los medios de comunicación (Cfr. Hall 2010: 165/188). Lo que a su vez fundamenta el objetivo de interrelacionar las disputas por los intereses denominados reales (por recursos materiales, socioeconómicos) con las conflictividades entre identidades políticas grupales, analizando críticamente la discursividad ideológica e intergrupala en el medio comunicacional de la prensa escrita, escenario de la cultura política.

Cultura política que es asumida en su inestabilidad y conflictividad por las luchas de poder, y que se ha definido, por ejemplo, como “matriz de significados encarnados en símbolos, prácticas y creencias colectivas mediante los cuales las personas y las sociedades se representan las luchas por el poder (...) y resuelven o no el conflicto de intereses” (Schneider & Avenburg 2015: 127). O también como “el conjunto de las formaciones simbólicas e imaginarias mediante las cuales los individuos viven y se representan las luchas por el poder y las competencias por el dominio de los sistemas decisorios de una sociedad” (Quevedo 1997: 62; citado en Schneider & Avenburg, 2015: 114/115). Definiciones que tratarán de interrelacionarse con enfoques de la problemática ideológica como componente de la cultura política; asumiendo, por ejemplo, que “una cultura política discreparía ideológicamente en función de factores que son destacables para la estructuración de las prácticas sociales asociadas a un mundo político determinado” (Costa, Etchezahar, Melita 2011: 153). Por tanto, la cultura política puede pensarse como un campo compuesto de luchas ideológicas, luchas por la significación (Cfr. Hall 2010: 169); y también de disputas entre lo instituido e instituyente de las significaciones imaginarias ideológicas, en búsqueda de reconfiguración de entramados del “sentido común”.

Contextualizar los conflictos ideológicos en la cultura política no implica desconsiderar que dichas confrontaciones puedan transformarla, pero asumiendo, de modo hipotético, que para que la cultura política pueda transformarse en el desarrollo de luchas ideológicas, éstas deberían ser luchas hegemónicas en las que estarían articulados (quizá indisociablemente) los conflictos intergrupales por los intereses denominados reales (los recursos materiales, socioeconómicos), con los conflictos entre identidades políticas grupales. Y en dichos conflictos por intereses reales y simbólicos no sólo participarían agrupaciones políticas con poder estatal, sino sus redes intergrupales, interinstitucionales, constituidas por grupos mediáticos, económicos, etc., que confrontarían por hegemonizar política y culturalmente. Por lo que podrían tratarse de conflictos interinstitucionales atravesadores de la relativa autonomía de los aparatos ideológicos estatales; lo cual es una cuestión fundamental para la paradigmática teorización crítica de los estudios mediáticos, ya que:

“Es sólo en la medida en que (a) estos partidos o intereses han adquirido dominio en el estado, y (b) que el dominio ha sido asegurado legítimamente a través del ejercicio formal de la ‘voluntad de la mayoría’, que sus estrategias pueden ser representadas como coincidentes con el ‘interés nacional’, y por lo tanto formar la base o el marco legítimo que pueden asumir los medios (...) Es en este nivel que se puede decir (plausiblemente, aunque los términos siguen siendo confusos) que los medios son ‘aparatos ideológicos del estado’.” (Ibid.: 187/188)

Entonces es fundamental considerar que en la Argentina los movimientos políticos que se vienen alternando en el poder estatal, sosteniendo vínculos interinstitucionales particulares con los aparatos ideológicos, son el macrismo y el kirchnerismo, que suelen ser definidos como de centroizquierda y de centroderecha respectivamente, lo que también fundamenta definir a dicha confrontación como una conflictividad ideológica. El macrismo, constituido partidariamente por el “PRO”, y que también suele ser definido como neoliberal además de centroderechista, lidera el espacio de “Cambiamos”, luego llamado “Juntos por el cambio”, redenominado en las elecciones presidenciales del 2019: “Todos por el cambio”, en cuyo espacio se integran partidos aliados, como la “Coalición Cívica”, y un sector mayoritario de la “Unión Cívica Radical” (en la que existen intensas resistencias internas a dicha alianza). Y el kirchnerismo (proveniente del Peronismo) integra sectores de centroizquierda e izquierda, y lideró en la última contienda electoral el espacio “Frente de Todos” (al que se incorporó el centrista “Frente Renovador”), pero en elecciones anteriores al “Frente para la victoria”. Grupos políticos que son apoyados por grupos mediáticos (medios de radiodifusión y prensa escrita) con los que se identifican ideológicamente, y que de algún modo los representan, compartiendo, promoviendo, y argumentando sus contenidos ideológicos con prácticas discursivas, antagonizando con la discursividad ideológica de los grupos políticos contrarios y los medios con los que se identifican. En la prensa escrita el PRO se identifica principalmente con los tradicionales periódicos *Clarín* y *La Nación*, pero también con otros diarios y revistas muy leídos que suelen seguir los “lineamientos” (si se permite la expresión) de éstos. Y el kirchnerismo se vincula ideológicamente con *Página 12* principalmente, pero también con otros de fundación más reciente, como *Tiempo Argentino*, o los periódicos exclusivamente digitales como *Infonews* o *El Destape*. Confrontación político-ideológica y mediática que caracterizaría a la denominada *grieta*, que también puede pensarse como una lucha por la hegemonía (quizá imposible de conseguir absolutamente) entre dichos grupos políticos, mediáticos, económicos, etc., desenvueltos interinstitucionalmente. Por lo que en esta investigación se pretenden analizar tanto a los discursos de dirigentes de los grupos políticos mencionados (que conforman parte del contenido de muchos artículos de prensa) como a los relatos periodísticos, y en su interrelación, lo interdiscursivo. También habrá que considerar a las manifestaciones discursivas del público, de las masas partidarias, sobre las que tratan bastantes artículos, ya que desde una perspectiva interdiscursiva es fundamental para comprender y caracterizar a “la grieta”.

En las posibles caracterizaciones de la denominada *grieta* se torna insoslayable la existencia de discursos mediáticos que se diversifican en sus formas de interpretar “cómo”, y/o “por qué”, y/o “cuándo”, y/o “para qué” habría surgido el término, o que (y en formas indisociables de las anteriores en muchos casos) se cuestionan sobre su significación. Distintas interpretaciones sobre su surgimiento, o de sus posibles y cuestionadas significaciones, que también podrían estar condicionadas ideológicamente; cuestiones que serán interesantes para comenzar con la parte de análisis del corpus. Desde la discursividad mediática que cuestiona, sospecha, sobre las connotaciones de “la grieta” (entendida general y principalmente como confrontación entre el macrismo y el kirchnerismo), se ha planteado que la misma sería una construcción mediática funcional a los

intereses de grupos mediáticos denominados hegemónicos, y al grupo político que está “representado” por -e identificado a- éstos, es decir, que sería funcional para sus estrategias de comunicación política. O también se plantearía (y en relación con lo anterior) que la operatividad mediática de *la grieta* consistiría en disimular, ocultar, los antagonismos entre clases sociales, las desigualdades en las relaciones de producción, aquello que a su vez sería reinterpretado como diversidad de grietas, o “la verdadera grieta” (la objetiva, real), lo que también estaría implicando que muchos discursos sobre *la grieta* serían ficticios, falaces. Pero en dichos cuestionamientos también pueden analizarse las posibles relaciones (indirectas o no) que existirían entre los relatos que desde hace aproximadamente una década tratan de “la grieta” (mencionándola explícitamente o tratando temáticas contextualizadas por ella, con connotaciones ideológicas características), y lo que se asumiría como conflictividad sociopolítica real. Y aunque hipotéticamente se asumiera que *la grieta* sea una construcción mediática, no sería un impedimento para que se la plantee, por ejemplo, como síntoma sociocultural del malestar en la cultura política argentina. Como también podría analizarse a la construcción mediática de *la grieta* enfatizando por ejemplo la perspectiva de que en los discursos ideológicos se distorsionarían las condiciones reales, se deformaría imaginariamente la experiencia, a través del lenguaje (Ibid.: 182/225). Pero habría que tratar de interrelacionar lo anterior con la formulación de que la discursividad ideológica también tendrá consecuencias reales, sociales, materiales (Ibid.: 182). Como también con que, desde el paradigma crítico, los medios de comunicación se asumen como parte de los procesos de formación del consenso acerca de las formas de definir la realidad, y no como meros reproductores o reforzadores de éstos (Ibid.: 163/186), ya que son parte de la producción social de las significaciones de la realidad social, aunque atribuyendo diversos significados desde distintos contextos comunicacionales e ideológicos a las mismas situaciones, mismos sucesos, eventos (Ibid.: 166/169); representando “definiciones selectivas de lo ‘real’” (Ibid.: 163). Disputas discursivas que también son inherentes a la competición de los grupos políticos, en este caso, por la accesibilidad a los “medios de significación” (Ibid.: 180), medios de comunicación como los de la prensa escrita digital.

II) Marco Teórico.

II.a) Ideología y paradigma crítico en el estudio de los medios de comunicación.

Como se indicó en la introducción, parte de los intereses teóricos que orientan la construcción del objeto de estudio de esta investigación se basan en lo que se ha planteado como el redescubrimiento de la problemática ideológica en el estudio crítico de los medios de comunicación (Cfr. Hall 2010: 164/168); lo que también se ha denominado laxamente como “el retorno de lo reprimido en los estudios de los medios” (Ibid.: 155). Porque el paradigma crítico de los estudios de medios de comunicación también giró en torno al redescubrimiento de la cuestión ideológica, y fue orientando el interés en pensar a los medios de acuerdo con las formas de los contextos ideológicos, en los cuales los mensajes se producen, moldean las cogniciones, preferencias, naturalizando, o

incluso mistificando, el ordenamiento social, lo cual fue implicando el paso hacia un “modelo ‘ideológico’ del poder” (Ibid.: 164). Dicho redescubrimiento de la problemática ideológica en el estudio crítico de los medios de comunicación se basó en dos perspectivas fundamentales, que es imprescindible interrelacionar; una se refiere a comprender que la producción de ideología es principalmente simbólica, discursiva, lingüística (Ibid.: 165/188.); y la otra concierne a analizar la problemática ideológica en su articulación con las diversas partes de las estructuras sociales (Ibid.: 163/188). Una teorización de las ideologías que reúne en un mismo marco el análisis de la constitución simbólica de las ideologías en la subjetividad y el estudio de su función en la reproducción de las relaciones sociales de producción es la obra de Althusser (Cfr. Hall 2003: 21 y stes.)

La teoría althusseriana fue criticada por su implicación en el denominado “funcionalismo marxista” (Hall 2010: 202), especialmente por su clásico texto “Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado. Freud y Lacan” (Althusser 2003); en la que se habría enfatizado en el funcionamiento de las ideologías como reproducción de las relaciones de producción sin tener en cuenta las ideologías de las clases dominadas, o asumiéndolas en su adaptación completa a las funciones de la ideología de la clase dominante (Cfr. Hall 2010: 202/218). Pero también se ha hecho una relectura de su obra, desde una perspectiva “crítica ideológica neutral”, e incluso desde posicionamientos posestructuralistas, tomando como eje, por ejemplo, el concepto de *sobredeterminación*² (Ibid.: 196/212). Perspectiva desde la que pueden repensarse a las luchas ideológicas en los Aparatos Ideológicos del Estado en tanto instrumentaciones ideológicas para transformaciones socioeconómicas. Lo que en parte se posibilitará porque los aparatos ideológicos contendrán contradicciones internas más difíciles de contener que en el resto del aparato estatal; al respecto Althusser (2003) sostiene:

“... los aparatos ideológicos de Estado pueden no sólo ser objeto sino también lugar de la lucha de clases, y a menudo de formas encarnizadas de lucha de clases. La clase (o la alianza de clases) en el poder no puede imponer su ley en los aparatos ideológicos del Estado tan fácilmente como en el aparato (represivo) del Estado, no sólo porque las antiguas clases dominantes pueden conservar en ellos posiciones fuertes durante mucho tiempo, sino además porque la resistencia de las clases explotadas puede encontrar el medio y la ocasión de expresarse en ellos, ya sea utilizando las contradicciones existentes, ya sea conquistando allí posiciones de combate para la lucha.” (28)

Lo planteado en la cita también se reelabora desde la formulación de la “autonomía relativa de la superestructura y reacción de la superestructura sobre la base” (Ibid.: 18), en la que se indica, además del distanciamiento de los aparatos ideológicos superestructurales de los condicionamientos infraestructurales, que existen posibilidades de *sobredeterminación* de los aparatos ideológicos en las estructuras económicas³. Y la autonomía relativa de

² “Sobredeterminación” -término psicoanalítico reelaborado por Althusser- no refiere sólo a la influencia “reflexiva”, reactiva de las contradicciones superestructurales sobre las contradicciones infraestructurales:

“Las ‘relaciones de producción’ no son un simple fenómeno de las fuerzas de producción: son al mismo tiempo su condición de existencia; la superestructura no es un mero fenómeno de la estructura, es al mismo tiempo su condición de existencia (...) *esta reflexión sobre la estructura articulada dominante que constituye la unidad del todo complejo dentro de cada contradicción*, he aquí el rasgo más profundo de la dialéctica marxista, aquel que traté de expresar anteriormente a través del concepto de ‘*sobredeterminación*’.” (Althusser 1967: 170/171, cursivas del autor).

Es fundamental mencionar que entre dichas contradicciones podrán existir mecanismos de “desplazamiento” y “condensación”, en los que también se fundamentaría la diferenciación con el economicismo: “la contradicción principal pasa a ser secundaria, una contradicción secundaria toma su lugar, el aspecto principal pasa a ser secundario, el aspecto secundario pasa a ser principal” (Ibid.: 175).

³ Por lo que las diversas formas de interpretar la sistematización de la noción de superestructura en la obra de Althusser son indisociables del debate en los Estudios Culturales sobre el supuesto economicismo de su teoría. Ya que por una parte se sostiene que la misma seguirá

las superestructuras habilita al estudio de los medios de comunicación como aparatos ideológicos estatales considerándolos relativamente autónomos de las clases dominantes (Cfr. Hall 2010: 250). Autonomía parcial que se expresaría, por ejemplo, en los principios de “‘objetividad’, ‘neutralidad’, ‘imparcialidad’ y ‘equilibrio’; o más bien esas son las prácticas por las que se realiza la ‘relativa neutralidad’” (Ibid.). Pero la neutralidad de los aparatos ideológicos también se relativiza porque las instituciones mediáticas son sistemáticamente tendenciosas en sus posicionamientos discursivos a reproducir las estructuras de dominación y sus respectivos campos ideológicos (Ibid.: 250/251). Aunque dicha tendencia reproductora de las estructuras de dominación no estaría exenta de contradicciones (ni sería completamente consciente), “por las contradicciones internas entre las diferentes ideologías que constituyen el terreno dominante, pero aún más porque esas ideologías luchan y contienden para tener dominancia en el campo de las prácticas y la lucha de clases” (Ibid.: 251). Contradicciones que también pueden pensarse como formadoras de las ideologías, ya que para poder consolidarse como dominantes muchas veces deben representar intereses sociales no coincidentes, y estar en negociación constante con otras ideologías, la “otredad”, haciéndose internamente heterogéneas e incongruentes (Cfr. Eagleton 1997: 71/72).

En los balances entre las contradicciones ideológicas de la lucha por la dominancia y la tendencia a la reproducción de los campos ideológicos dominantes, es que se puede asumir también a las instituciones mediáticas como parcialmente independientes, autónomas, “porque su afirmación de ser independientes, del juego directo de los intereses políticos o económicos, o del Estado, no es enteramente ficticia” (Hall 2010: 186). Relativa independencia en que los medios masivos buscarán, aunque sea dentro de ciertas limitaciones, “orientarse en el ‘consenso’ y, a la vez, intentar enmendar el consenso, actuando sobre él de una manera formativa” (Ibid.: 187). Y para tratar de conseguir, dentro de sus posibilidades, los mayores grados de consenso posibles, los medios comunicativos tratarán de legitimar intereses representándolos como intereses generales, que son asumidos por partidos políticos, y supuestamente convenientes para el Estado:

“Es sólo en la medida en que (a) estos partidos o intereses han adquirido dominio en el estado, y (b) que el dominio ha sido asegurado legítimamente a través del ejercicio formal de la ‘voluntad de la mayoría’, que sus estrategias pueden ser representadas como coincidentes con el ‘interés nacional’, y por lo tanto formar la base o el marco legítimo que pueden asumir los medios (...) conjunto de procesos a través de los cuales se generalizan los intereses particulares y, habiendo asegurado el consentimiento de la ‘nación’, llevan el sello de la legitimidad (...) Es en este nivel que se puede decir (plausiblemente, aunque los términos siguen siendo confusos) que los medios son ‘aparatos ideológicos del estado’.” (Ibid.: 187/188)

El punto crucial sería que si una teoría intenta explicar la monopolización del poder (o su búsqueda desde la posición dominante del Estado) y la difusión del consenso (a través de estrategias que se legitiman consensualmente como intereses nacionales), la cuestión ideológica se torna fundamental (Ibid.: 186). Como

implicando el determinismo de la teoría marxista clásica (Thompson 2000); y por el contrario que desde la lectura althusseriana de la teoría marxista se habría revolucionado irreversiblemente la concepción de los determinismos, por ejemplo, desde la conceptualización de la sobredeterminación (Hall 2010). Lo cual conlleva que se suele incluir a la teoría althusseriana en debates posestructuralistas, y hasta posmarxistas.

también se torna axial la crítica a los medios de comunicación masiva, que se han estudiado como parte de los procesos de formación de los consensos acerca de las formas de definir la realidad, y no como sus meros reforzadores o reproductores (Ibid.: 161/186). Pero lo que sí tendrán tendencia a reproducir son aquellas “definiciones de la situación” (Ibid.: 163/186) que sostienen los poderes dominantes, hegemónicos (Ibid.). Y la importancia de definir, formar, a las situaciones, implica al “poder ideológico: el poder de significar eventos de una manera particular” (Ibid.: 168). Pero si las instituciones mediáticas, como aparatos ideológicos relativamente autónomos, son sistemáticamente tendenciosas a reproducir discursivamente las estructuras de dominación y su campo ideológico (Ibid.: 250/251), también se aclaró que no sería enteramente ficticia la afirmación de que no son directamente dependientes de los intereses políticos, económicos, o estatales (Ibid.: 186), y, además, dicha tendencia reproductora de las estructuras de dominación no estaría exenta de contradicciones ni sería completamente consciente (Ibid.: 251).

Dichas contradicciones podrían limitar las interpretaciones de los codificadores discursivos de los medios de comunicación, sus “definiciones de la situación”, especialmente en temas controvertidos, como los que suelen excluir a “aquellos grupos, interpretaciones, posiciones y aspectos de la realidad del sistema que regularmente ‘no son admitidos’ por ‘extremistas’, ‘irracionales’, ‘sin significado’, ‘utópicos’, ‘imprácticos’, etc.” (Ibid.). “Definiciones de la situación” de los codificadores mediáticos influidas por el “sentido común”, actuando por ejemplo en formas como el “dar por supuesto” (Ibid.: 231/248), o en la “suma de lo que ya sabemos” (Ibid.: 248), o como “premisas tácitas o conocimientos dados por sentado” (Ibid.: 174). Premisas, suposiciones, precondiciones, que sostendrán las racionalidades de los codificadores y también de los decodificadores (Ibid.: 174/248), y que pueden invisibilizarse tanto por el sentido común como “mediante el proceso de enmascaramiento ideológico” (Ibid.: 248). Y, tanto el sentido común (que estaría conformado en parte, por restos, vestigios, de sistemas ideológicos anteriores) como los procesos ideológicos, contendrán componentes discursivos, actividades conscientes, como porciones inconscientes (Ibid.: 230/231). En los procesos enmascaradores, distorsivos de las ideologías, se articularían las perspectivas de la producción ideológica discursiva, narrativa, simbólica, y la concerniente a analizar la problemática ideológica desde su articulación con las estructuraciones sociales (Ibid.: 163/165).

Las antedichas “definiciones de la situación”, condicionadas por las formaciones ideológicas y el sentido común, son fundamentales para comprender muchas proposiciones que se presentan como declaraciones afirmativas en las publicaciones de diario⁴ (Ibid.: 173/174); lo que se continuará desarrollando en la última parte de este marco teórico. Pero que las proposiciones (dependientes de las premisas tácitas, las presuposiciones, lo “dado por sentado”) puedan convertirse directamente en afirmaciones, encierra una problemática y además es distintivo de cierta “lógica”, que no sería la racionalista, se trata de la “lógica de la disposición” (Ibid.: 173), que el antropólogo Lévi Strauss había conceptualizado en su análisis cultural de los mitos. “La lógica aquí simplemente quería decir una cadena aparentemente necesaria de implicación entre la afirmación y la premisa”

⁴ Hall (2010) pone como ejemplo a la siguiente afirmación: “La huelga de los fabricantes de herramientas de Leyland hoy debilitó más la posición económica de Gran Bretaña” (173). La cual “partía de la premisa de todo un conjunto de proposiciones dadas por sentado sobre cómo funcionaba la economía, lo que era el interés nacional, etc.” (Ibid.).

(Ibid.). Esta mecanización que facilitaría la inserción de afirmaciones en los discursos también se denomina como “implicación de las proposiciones” (Ibid.), y fue muy importante para la crítica de la narrativa ideológica, ya que las proposiciones ideológicas sobre la sociedad pueden basarse en el mismo tipo de premisas, o deducirse de las mismas (Ibid.: 173/174). Dichos mecanismos de la “lógica disposicional” se condicen con la perspectiva más general formulada por Lévi Strauss: “los hablantes producen el significado, pero a base de condiciones que no son de la creación del hablante, y que pasan a través de él hacia el lenguaje, inconscientemente” (citado en Ibid.: 172). Perspectiva que es reformulada y especificada para la narratividad ideológica y mediática, sobre la que es fundamental comprender que:

“... esta ‘estructura profunda’ de presuposiciones, que volvió ideológicamente ‘gramatical’ a la afirmación, rara vez se hizo explícita y era en gran medida inconsciente, ya sea para los que la utilizaban para entender al mundo o para aquellos de los que se requería que lo entendieran.” (Ibid.: 174)

Si bien en la última oración de la cita se equiparan a los codificadores y decodificadores discursivos, hay que destacar que no todos los receptores “decodificarán necesariamente los acontecimientos dentro de las mismas estructuras ideológicas en que han sido codificados” (Ibid.: 249). Aunque también se ha investigado que los codificadores discursivos que “apuntan a ‘obtener el consentimiento’ del público” (Ibid.: 249), pueden reforzar el sentido de sus explicaciones acentuando el campo ideológico desde el cual codifican los mensajes (Ibid.); y apuntalando dicha forma “de identificación dan credibilidad y fuerza a la lectura promovida de los acontecimientos” (Ibid.). Mediante la acentuación de los posicionamientos ideológicos desde sus contextos comunicacionales, los codificadores lograrían consentir, satisfacer, al consumidor modelo de determinado medio; como sucede en muchos periódicos que, con públicos adeptos, influidos, y satisfechos, se reproduce ideología discursivamente con argumentos contextuales, para apuntalar, afianzar, su influencia social y política (Cfr. Ochoa González 2016: 45). Muchas veces dichas acentuaciones resultan más predisponentes de confrontaciones que de consensos, como las que aparecen en muchas publicaciones de la actualidad política argentina relacionadas con “la grieta”. A su vez dichas acentuaciones de los discursos ideológicos mediáticos podrían resultar contradictorias con aquellos principios que se suelen (o solían) considerar característicos de los medios de comunicación, como la neutralidad, imparcialidad, u objetividad, principios que se encuentran en crisis en la actualidad mediática argentina, crisis que se vincularía con la denominada *grieta*.

“Grieta” que también puede pensarse como una lucha por la hegemonía (quizá imposible de conseguir absolutamente) entre grupos políticos, mediáticos, económicos, etc., desenvueltos interinstitucionalmente. Conflictividad en la que el lenguaje político se fue orientando insistentemente hacia cuestiones culturales, lo cual se ha pensado como característico de la posmodernidad (Cfr. Hall 2010: 489), y que también es inherente a que en la lucha hegemónica sea fundamental “el liderazgo cultural” (Ibid.: 185). Por lo que la confrontación político-ideológica y mediática que se investiga permite objetivar a importantes y renovadoras teorizaciones, como la referida al emparejamiento conceptual, y paradigmático en los Estudios culturales, entre cultura e ideología (Ibid.: 47). Teorizaciones propulsadas desde ciertas reinterpretaciones transformativas, como las que propiciaron la declinación de la vertiente ortodoxa del marxismo y su “correspondencia simple entre ‘lo político’ y ‘lo económico’” (Ibid.). Posicionamientos anti-reduccionistas enraizados, por supuesto, en el pensamiento de

Gramsci, ya que éste “rechaza cualquier reducción economicista de la ideología, considerada como un mero reflejo de la infraestructura; al contrario, las ideologías deben considerarse como fuerzas activamente organizativas que son psicológicamente «válidas»” (Eagleton 1997: 155). La teorización gramsciana significó para la investigación del campo ideológico una ruptura radical con la concepción marxista clásica de las ideologías como “falsa conciencia, es decir, representación distorsionada de la realidad en razón de su determinación por el lugar que los sujetos ocupan en las relaciones de producción” (Mouffe 1991: 223). Lo cual implica comprender a lo político sin correspondencias simplificadoras con las cuestiones de clase, con las relaciones económicas de producción y explotación, lo que resulta indisociable del planteo sobre la *no necesaria correspondencia* articuladora entre las ideologías y las clases sociales (Cfr. Hall 2010: 197), pero teniendo en cuenta que “todas las articulaciones son verdaderamente relaciones de «correspondencia no necesaria»” (Hall 2003: 33). Así que lo anterior no implica que *necesariamente no haya correspondencia* (Cfr. Hall 2010: 197), es decir que las ideologías y las clases sociales no puedan articularse, en ciertos contextos, aunque sean temporales, lo cual es sostenido por algunos anti-economicistas extremos (Ibid.). Ya que en cambio el modelo neutral y crítico hacia el campo ideológico, sostiene que:

“... uno no puede ‘leer’ la ideología de una clase (o incluso sectores de una clase) a partir de su posición original en la estructura de las relaciones socioeconómicas. Pero rechaza la afirmación de que es imposible llevar a las clases o a fracciones de clases, u otros tipos de movimientos sociales, por medio de una práctica del conflicto, hacia una articulación con aquellas formas de política e ideología que les permitan volverse históricamente efectivos.” (Ibid.: 198)

Que las posiciones ideológicas de los grupos no se correspondan ni necesaria ni simplificadoramente con las condiciones de clase social, también implica que el campo ideológico “dejó de ser un mero reflejo de las luchas que tenían lugar o que eran determinadas en otro sitio (por ejemplo, en el nivel de la lucha económica). Esto dio a la ideología una independencia relativa o ‘autonomía relativa’” (Ibid.: 182); y volviéndose así cada vez más fundamental la cuestión de “la lucha por el significado” (Ibid.). Dicha autonomía parcial también se sostendrá en la distancia entre las condiciones o relaciones “reales”, y los discursos, representaciones, que proporciona el campo ideológico, porque “las relaciones ‘reales’ pueden ser culturalmente significadas e ideológicamente inflexionadas como una serie de ‘relaciones vividas imaginarias’” (Ibid.: 234). Por lo que los procesos ideológicos de significación estarán atravesados por la dimensión imaginaria, si se parte de que es “de manera imaginaria, nuestra relación con nuestras condiciones de existencia reales” (Althusser 1969: 233 en Hall 2010: 182), es decir, desde la definición de la ideología como “relación imaginaria con las relaciones reales” (Althusser 2003: 48). Así que en los discursos ideológicos podremos encontrar reflejos distorsionados de la experiencia, deformaciones imaginarias de la práctica, ya que el lenguaje también puede ser distorsionador de las condiciones reales (Cfr. Hall 2010: 182/225). Pero resulta fundamental no desconsiderar cómo la discursividad ideológica también puede ser “real en sus efectos” (Ibid.: 182), porque las luchas ideológicas tendrán consecuencias sociales, materiales (Ibid.). Comprendiendo el campo ideológico como un “escenario de lucha (entre definiciones enfrentadas) y una apuesta -un premio para ganarse- en la realización de luchas particulares” (Ibid.: 169), para escenificarse también deberán competir por la accesibilidad a los “medios de significación” (Ibid.: 180), como la comunicación mediática.

Entonces la conflictividad específica que busca objetivarse en esta investigación, denominada *grieta* en los medios de comunicación, puede pensarse como una confrontación ideológica inherente a una lucha por la hegemonía (imposible de conseguir de forma absoluta), entre grupos políticos que a su vez están identificados, representados, por grupos mediáticos, que comparten, promueven, argumentan, sus contenidos ideológicos con prácticas discursivas; y que confrontan la discursividad ideológica de los grupos mediáticos identificados con el grupo político contrario. Se trata de una lucha por la hegemonía protagonizada por partidos políticos (de centroderecha neoliberal, por un lado, y de centroizquierda, por el otro) que se vienen disputando alternadamente el poder estatal. Oposición intergrupal, interinstitucional, que atraviesa a los aparatos ideológicos en su relativa autonomía, como escenarios de disputas entre discursividades ideológicas, y cuyo análisis crítico en el medio específico de la prensa escrita se retomará más adelante. Porque la problemática de la perspectiva crítica en el redescubrimiento de la cuestión ideológica en los medios de comunicación concierne a teorizaciones más específicas sobre las ideologías, que se irán tratando a continuación. Como también conciernen a la conflictividad ideológica e intergrupal denominada *grieta*, teorizaciones sobre los grupos políticos, las relaciones intergrupales, y la cultura política, que se irán desarrollando; y que serán fundamentales para analizar la trama y contextualización de las conflictivas significaciones ideológicas contenidas en los artículos de prensa referidos a la problemática objetivada.

II.b) Relaciones imaginarias ideológicas, absolutizaciones e idealizaciones.

Ya se trató la formulación de la ideología como relación imaginaria con las condiciones de existencia reales, de producción; dimensión imaginaria que atravesará las representaciones discursivas, pudiendo distorsionar los procesos de significación y codificación (Ibid.: 182/248). La distorsión de dichos procesos implicaría el enmascaramiento, el “desconocimiento ideológico”, de los sistemas que reproducen las relaciones de producción (Cfr. Althusser 2003). Pero la relación imaginaria también se sustenta en el mecanismo del “reconocimiento ideológico”, que se vincula con la *interpelación ideológica*, porque la ideología comenzaría a “reconocer” al sujeto interpeándolo, y al reconocerse el sujeto en ella se produciría el reconocimiento de su “identidad personal” (Ibid.: 59). Dicho reconocimiento se sostiene en una estructura “doblemente especular” (Ibid.: 61), porque los sujetos se reconocen entre sí y con el Sujeto Único Absoluto⁵, que sustentaría estructuralmente a todas las ideologías (Ibid.: 59/61/62). Se le ha criticado a Althusser la ausencia de precisión de los mecanismos que vincularían en su teoría a la “interpelación ideológica”, la dimensión simbólica y constitutiva de subjetividad de las ideologías, con la sistematización de los Aparatos Ideológicos del Estado, con el modo en que se internalizarían las ideologías desde la exterioridad superestructural (Cfr. Žižek 2003). Al respecto podría resultar sintética la siguiente cita:

⁵ Él cual tendría un condicionamiento insoslayable, es decir, la “condición absoluta de que exista Otro Sujeto Único, Absoluto, a saber, Dios” (Althusser 2003: 59).

“...el punto débil de su teoría es que él o su escuela nunca lograron precisar el vínculo entre Aparato Ideológico de Estado e interpelación ideológica: ¿cómo se ‘internaliza’ el Aparato Ideológico de Estado (...) cómo produce el efecto de creencia ideológica en una Causa y el efecto interconexo de subjetivación, de reconocimiento de la propia posición ideológica? (...) Althusser habla únicamente del proceso de la interpelación ideológica a través del que la máquina simbólica de la ideología se ‘internaliza’ en la experiencia ideológica del Sentido y la Verdad.” (Ibid.: 73)

Desde lo cual puede plantearse a la ausencia de interrelación entre las contradicciones ideológicas de los aparatos estatales⁶ (que también podrían producirse internamente en las mismas ideologías dominantes) con el basamento de las ideologías en un reconocimiento imaginario con un Sujeto Único Absoluto. En dicho reconocimiento imaginario (y en la relación imaginaria con las condiciones reales) también podría encontrarse alguna disyunción con el mecanismo de la interpelación ideológica, predominantemente simbólica, lo que sería indisoluble a la falla de sistematización teórica, en la obra de Althusser, de las diferencias entre las identificaciones imaginarias y simbólicas (Cfr. López Espinosa 2012). Crítica a Althusser sobre la autonomización de lo imaginario relacional en su teoría⁷, que se podría vincular con la denominada “secuela del Lacan de Althusser, con las hebras del hilado psíquico y discursivo en nuestras manos” (Hall 2003: 27).

Las anteriores son algunas de las fundamentaciones de que no se considere aplicar la noción del Sujeto Único Absoluto en esta investigación; pero sin desconsiderar que la duplicidad del reconocimiento ideológico, en la que los sujetos se reconocerían entre ellos mismos y con él Sujeto Único, también se reelaboraría en parte desde el análisis psicosocial freudiano⁸, desde el cual se analiza cómo los individuos conformadores de las masas se identifican tanto entre sí como a un líder, en el que se corporiza el “ideal del yo”, que podría ser abstracto, aunque encarnándose en el liderazgo, objeto de transferencia de los individuos también ligados afectivamente entre sí en la distribución libidinal de la masa (Cfr. Freud: 1979). Esto por supuesto se diferencia de fundamentar a todas las ideologías en una relación primordialmente imaginaria con un Sujeto Único Absoluto, por lo que la elucubración althusseriana podría reformularse repensando a lo absoluto desde la perspectiva de posibles absolutizaciones, por ejemplo, desde la noción de la idealización, exaltación, en la que “el ideal” se revestiría de “hiperpoder” (Ibid.: 122), y en potencialización de lo imaginario. “Ideales yoicos” a través de los cuales se podrían reorientar las transferencias negativas, las afectividades hostiles de las masas⁹, hacia otras personas o instituciones (Ibid.: 95). Considerando la existencia de diversas formaciones de masas, ya que:

⁶ Y teniendo en cuenta que lo ideológico también incidirá en los Aparatos Represivos del Estado, aunque estos actúen primordialmente con la violencia física (Althusser 2003: 26), como también existirá represión (aunque fuese simbólica) en los Aparatos Ideológicos del Estado (Ibid.: 27).

⁷ Cuestión vinculada a otra crítica fundamental que puede hacerse a Althusser, ya que conceptualiza a las ideologías primordialmente como relaciones imaginarias, e irracionales e inconscientes, mientras que también enfatiza su poder conformador de identidades, planteando incluso a toda forma de constitución subjetiva en la interpelación ideológica, lo que resulta muy cuestionable.

⁸ Además, porque si la elucubración del Sujeto Único Absoluto tiene como condición absoluta la “imagen” de Dios, Freud (1979) también analizó los vínculos entre la representación de Dios y la masa religiosa (cristiana), como también buscó fundamentar parte de su teoría en el supuesto de aquel mítico padre primordial de la horda primitiva, que terminará siendo idolatrado, endiosado. Y por ejemplo también se ha formulado que desde la perspectiva de Althusser el Sujeto Único Absoluto desempeñaría un rol aproximado al del Superyó (Cfr. Eagleton 1997: 186).

⁹ Esta perspectiva de la reorientación de las afectividades hostiles de las masas denotaría parcialmente la influencia en Freud de la teoría nietzscheana sobre la reorientación del resentimiento (Cfr. Nietzsche 2012-2013).

“...habría que ocuparse de la diferencia entre las masas que poseen un conductor y las que no lo tienen. Averiguar si las masas con conductor son las más originarias y completas, y si en las otras el conductor puede ser sustituido por una idea, algo abstracto, respecto de lo cual las masas religiosas, con su jefatura invisible, constituirían la transición; si ese sustituto podría ser proporcionado por una tendencia compartida, un deseo del que una multitud pudiera participar. Eso abstracto podría encarnarse a su vez de manera más o menos completa en la persona de un conductor secundario (...) del vínculo entre idea y conductor resultarían interesantes variedades. El conductor o la idea conductora podrían volverse también, digamos, negativos; el odio a determinada persona o institución podría producir igual efecto unitivo y generar parecidas ligazones afectivas que la dependencia positiva. Cabe preguntarse, además, si el conductor es realmente indispensable para la esencia de la masa, y cosas por el estilo.” (Ibid.)

Desde la cita podría inferirse que algunas de las variedades de los vínculos, entre los “ideales abstractos” y los líderes que supuestamente los representen, podrían ser contradictorias. Y las contradicciones entre los “ideales yoicos”, o entre los “ideales culturales” que los componen identificativamente¹⁰, también han fundamentado la reconceptualización posmoderna de la identidad cultural como fragmentaria, descentrada, contingente, mutante, no esencialmente determinada ni inmutable, repensándola desde la perspectiva de la identificación (Cfr. Hall 2003: 15 y stes.). Incluso el mismo Hall (Ibid.:16) citará a un destacado tramo de Laplanche & Pontalis (1997): “Vistas en su conjunto las identificaciones no son en modo alguno un sistema relacional coherente. Dentro de una agencia como el superyó, por ejemplo, coexisten demandas que son diversas, conflictivas, y desordenadas. De manera similar, el ideal del yo está compuesto por identificaciones con ideales culturales que no son necesariamente armoniosos.” (187)

Dichas contradicciones de los “ideales del yo” podrían interrelacionarse con las contradicciones ideológicas, que en su heterogeneidad e incongruencia, y en su relación con la alteridad, también están vinculadas con las contradicciones e incoherencias identitarias (Cfr. Eagleton 1997: 71/72). Perspectiva metapsicológica que se condice con asumir que, en los procesos de conformación ideológica de la identidad sociocultural, interactúan “los niveles más rudimentarios de la identidad psíquica y las pulsiones” (Hall 2003: 22) con los posicionamientos de los sujetos en prácticas discursivas, los recursos socio-simbólicos, que “interpelan” en procesos constructores de subjetividad (Ibid.: 20 y stes.). Articulación entre lo socio-simbólico y subjetivo que desde la perspectiva metapsicológica del “ideal del yo” podría vincular las contradicciones identitarias con las incongruencias ideológicas. Por lo que pueden comprenderse a los “ideales del yo” como enclaves psicosociales entre los sujetos y las formaciones ideológicas-socioculturales. Sin desconsiderar, por supuesto, que ya se ha

¹⁰ Sobre el “ideal del yo” es oportuno destacar que, hasta ciertos tramos del desarrollo de la obra de Freud, se consideraba indistinto del superyó (Cfr. Strachey 1985: 11; Laplanche & Pontalis 1997: 181). Pero posteriormente el ideal fue distinguiéndose del superyó, orientándose más este último hacia el rol de la autocrítica, el reproche. Además, Freud (1979: 137/138) explicita que desde el superyó de la comunidad cultural, y los valores e ideales que en él se expresan, se conformará la ética, planteando incluso que muchas exteriorizaciones superyoicas se disciplinan con más facilidad en las masas que en los individuos. Y el “ideal del yo”, por su parte, se fue vinculando más bien hacia lo deseado, anhelado, pasando a ser considerado como una de las funciones del superyó, conjunto a la autoobservación y la conciencia moral. Aunque persistiría el debate sobre si debiera considerarse al ideal como una subestructura del superyó, o pensarlos por separado (Cfr. Laplanche & Pontalis: 181/182). Pero resultaría conveniente diferenciar la noción de *ideales culturales* de “superyó de la cultura” (Freud 1979: 136), ya que podría no existir una correspondencia necesaria entre los ideales culturales y todos los valores que contienen, con lo ético. Por lo que al “ideal del yo” habría que disociarlo de lo no perfectible, o lo ético, ya que los sujetos desearán, y hasta necesitarán ideales identificativos, semblantes, modelos, aunque disten de ser un modelo ético o moral, o exento de contradicciones, estrictamente “ideal”. Necesidad de ideales que podría ponerse en correspondencia con el planteo de James Donald (basándose en Zizek) sobre la “necesidad de identificación” (Donald 2003: 290), desde enfoques de la identidad cultural que se oponen a aquellos que la pensaban como primordial, sustancial, originaria, unívocamente determinada, no contingente.

tratado la noción del “ideal del yo” en sus potencialidades para abordar desde una perspectiva psicosocial la problemática ideológica (Cfr. Lourau 1975: 154/158; Miller 1987: 21; Zizek 2003:154).

Ideales que podrían tender a ser absolutizados en autonomizaciones de la dimensión imaginaria, por las idealizaciones (ideologizadas) de los líderes políticos en que se encarnarían. Esta perspectiva de una tendencia o predisposición de las ideologías a absolutizaciones, autonomizaciones imaginarias (difusas, hasta esporádicas, que podrían ser masificas o no), como parte de procesos distorsivos ideológicos, no tendría que dissociarse del análisis de las posibles contradicciones internas de las ideologías, en su vinculación con las contradicciones e incoherencias identitarias (Cfr. Eagleton 1997: 71). Porque en la posmodernidad, inclusive a los liderazgos habría que repensarlos desde su fragmentación, descentramiento, multiplicidad, hibridez, como se estudia a la identidad cultural, pero aplicándolo específicamente a la identidad política. Ya que actualmente también se propone repensar la identidad política desde la identificación, para caracterizarla como proceso, factible de transformación, en diferenciación de perspectivas esencialistas de la identidad (Cfr. Pizzorno & Gallissot 1987: 12/27; Giménez 2008: 117). Así en el campo político coexistirán identidades ya consolidadas con otras en formación, emergentes, como también con otras en proceso de disolución (Cfr. Giménez 2008: 117). Ya que se aplica al estudio de las identidades políticas que “todo proceso de identificación que nos confiera una identidad socio-simbólica fija está en definitiva abocado al fracaso” (Zizek 2003: 173); lo que se acentuaría en el marco de las posmodernas y “nuevas identificaciones políticas” (Vich 2013: 130).

La perspectiva de que a través de mecanismos de idealización los liderazgos políticos podrían absolutizarse imaginariamente, también guardaría cierta correspondencia con planteos sobre la cultura e identidad política (y su discursividad) en los que se ha considerado la posibilidad de absolutización de la política (Cfr. Pizzorno 1994: 43 y stes.; Giménez 2008: 113), que se manifestaría en el discurso adoptando formas que excederían las racionalidades, implementando categorías secularizadas, “como ‘conversión’ (cambio de fe política), ‘devoción’ (adhesión entusiasta a líderes y símbolos) y ‘sacrificio’ (entrega a una gran causa), por ejemplo” (Giménez 2008: 113); y aprovechando la reinsertión de dicho léxico para definir y redefinir identidades, enemigos, causas, y acciones sociales (Ibid.). Discursividad absolutizada que podría implementarse en la comunicación política de los partidos, y con el sustento de los medios de comunicación masiva.

II.c) Fantasías ideológicas y discurso.

La teorización de la ideología desarrollada por el lacaniano Zizek (que como ya se ha expuesto es crítica de algunas elucubraciones althusserianas) reinterpreta a la interpelación ideológica. “Más allá de la interpelación es el cuadrado del deseo, la fantasía, la falta en el Otro y la pulsión pulsando en torno a algún insoportable plus goce” (Zizek 2003: 170). La fantasía se vinculará a la falta en el Otro porque surgiría como intento de disimular, encubrir, y llenar, el vacío, la falta de garantías, de la inexistencia de un orden social, ocultando la incongruencia, irracionalidad, del “orden” socio-simbólico encarnado en el Otro (Ibid.: 168/173). Dicho encubrimiento de la inexistencia de un orden social también se sostendrá en la ilusión de ocultar la contingencia de las elecciones

ideológicas de los sujetos, conformando la ilusiva creencia de su necesidad real, de su correspondencia con un orden simbólico necesario. Pero las ideologías no conllevarán simbolizaciones unívocas y necesarias, lo cual - sostiene- predispondría a “el poder estructurante de la fantasía ideológica” (Ibid.: 61), definida también como “fantasía (inconsciente) que estructura nuestra propia realidad social” (Ibid.).

Si las fantasías ideológicas inconscientes se compondrán discursivamente, también contendrán como núcleo un “plus de goce”, lo cual esta crítica a la ideología explicita la búsqueda de articulación entre el análisis del discurso con la “lógica del goce” (Ibid.: 171), argumento plasmado, por ejemplo, en la siguiente cita:

“...lo que se aplica a toda ideología, a la ideología como tal: el último soporte del efecto ideológico (del modo en que una red de significantes nos ‘sostiene’) es el núcleo insensato, preideológico del goce. En la ideología ‘no todo es ideología (es decir significado ideológico)’, pero es este plus el que es el último soporte de la ideología.” (Ibid.)

Dicha red -estructuración de significantes- se compone por los denominados “significantes flotantes” -y en esto también se basan los aportes de Laclau y Mouffe (1987)-, por ejemplo: feminismo, ecologismo, solidaridad, honestidad, justicia, etc., que se anudarían en los “puntos nodales” de las formaciones ideológicas (Cfr. Zizek 2003: 125/143). Ese “punto nodal”, o “significante amo”, que anuda las redes de significantes, es lo que permitiría a la ideología poder determinar retroactivamente a los significados, como reestructurar retroactivamente en las relecturas del pasado a los significados históricos (Ibid.: 88/143). Por lo que la lucha ideológica por la hegemonía se desenvolvería en las reinterpretaciones y rearticulaciones entre los “significantes amos” y los “significantes flotantes”. Dichos “significantes amos” o “puntos nodales” de las articulaciones hegemónicas serán considerados, también desde su relectura lacaniana, como “puntos de capitonado”, y producirán significados según la “cadena de equivalencias” que impliquen dichas articulaciones hegemónicas (Ibid.: 126/143). Los “significantes flotantes” también son discernidos como limítrofes entre lo pre-político y la política, porque al tratarse de “universales” la lucha rebasará sus contenidos específicos, pudiendo desembocar en el debate sobre lo que significan en sí mismos, pero cada ideología tratará de rearticularlos discursivamente de acuerdo con sus intereses¹¹ (Cfr. Zizek 1998). O, en otras palabras, desde diferentes sectores de poder se puede “llevar a cabo una lucha ideológica para desarticular un significante de un sistema de significados dominante o preferido, y rearticularlo dentro de otra cadena de connotaciones distinta” (Hall 2010: 180).

Se pueden replantear algunas de las anteriores proposiciones, por ejemplo, repensando al feminismo, la solidaridad, honestidad, etc., como “representaciones sociales” en vez de “significantes flotantes”, desde la conceptualización que traza Jodelet (1988), quien las comprende como construcciones de creación individual y colectiva que implican dimensiones históricas y culturales, por sus lazos con lo ideológico, lo socio-simbólico, el imaginario social, y su papel en la conducta y la práctica social. También se podrían comprender a algunas

¹¹ Zizek (1998) también ha planteado que asociar en una “cadena de equivalencias” a las “luchas progresistas” o de “civilización” (como expresiones multiculturalistas), por ejemplo: las luchas ecológicas, feministas, étnicas, etc., podrían ser “mecanismos de defensa”, “pantallas fantasmáticas”, producto de fuerzas represivas; que harían del énfasis en las diferencias culturales una expresión sintomática de “la negación” del sistema capitalista, y por ende de la “lucha de clases” (175). Lo cual marginaría el análisis de la homogeneidad universal del capitalismo; cito: “Es la ‘represión’ del papel clave que desempeña la lucha económica lo que mantiene el ámbito de las múltiples luchas particulares, con sus continuos desplazamientos y condensaciones” (Ibid.: 178).

representaciones sociales como valores socioculturales, que podrían rearticularse desde diversas configuraciones ideológicas, teniendo en cuenta la posibilidad de que se rearticulasen con otros valores, negativos o extra-éticos (Cfr. Weber 2001), extra-morales (Cfr. Nietzsche 2013). Cuyo enlazamiento con las formaciones ideológicas podría ser irreductible a lo estructural, aunque estuviesen enlazados en la “fantasía ideológica” al modo de los “significantes flotantes”, pero en su diversidad y desorden, por lo que no habría que asumirlos como necesariamente estructurados ni estructurantes, ni tampoco serviría la noción de “punto de capitonado”. Ya que podría tratarse de una configuración difusa, desestructurada, en que la discursividad ideológica podría desplazarse en un nivel de potenciación, autonomización de lo imaginario.

Además, existen otras posibles diferenciaciones con la teorización lacaniana de Zizek, como con respecto a su fundamentación de la fantasía ideológica en una respuesta, efecto, ante el vacío surgido de la irracionalidad, incongruencia del Otro, en que se encarnará lo socio-simbólico (Cfr. Zizek 2003: 168/179). Ya que: ¿no se podría diferenciar el vacío de la irracionalidad del Otro?, ¿o por qué no considerar cómo la fantasía ideológica también podría intentar disimular, encubrir, ocultar, ciertas racionalidades del Otro?, ¿y a través de representaciones fantaseadas del “otro ideológico”? Además, se podrían tratar de establecer ciertas especificaciones discursivas sobre dichos encubrimientos, que podrían estar sobredeterminados por cuestiones estratégicas referidas al significado de aquello que se pretendiese disimular o negar, fuese racional o irracional. Por lo que, si se considera fundamental la teoría de Zizek, y su interrelación de lo pulsional, afectivo, y lo inconsciente, con lo discursivo, también pueden hacerse críticas diferenciadoras. Ya que además resulta reduccionista sostener que siempre el único y último soporte de toda ideología sería el núcleo irracional de goce, y más aún si se asume que las fantasías ideológicas inconscientes serían estructuradoras de la realidad social.

Así es que puede repensarse la noción de fantasía ideológica inconsciente desde una perspectiva diferente, en su imbricación con procesos de *reconstrucción* de la realidad (Cfr. Quiroga 1986; 1998). Perspectiva que enfatiza en la no desestimación de aquello preexistente y concreto, materializado en las bases sociales objetivas, en las relaciones reales, de producción; ya que en la escuela de psicología social a la que se hace referencia (representada por Quiroga y fundada por E. P. Riviere), a las ideologías también se las comprende como “sistemas representacionales que interpretan lo real”¹² (Quiroga 1986: 14). Si desde dichos sistemas representacionales, ideológicos, se interpretarían a las relaciones reales, de producción, a las tramas interactivas vinculares y sociales, dichas interpretaciones relacionales se comprenderían como internalizaciones reconstructoras mediadas por las fantasías inconscientes de los sujetos (Ibid.: 25/37). Aunque desde este enmarcamiento lo antedicho sólo se considerará fragmentariamente, enfatizando que lo fantasioso se compondrá

¹² Sería una concepción de lo real que se asemejaría a definiciones freudianas, como la de “vínculos objetivos (*real*)” -las cursivas son del autor- (Freud 1979: 125); o como las “dificultades del mundo circundante (*real*)” -las cursivas son del autor- (Ibid.: 138); o en referencia a “Ananké, el apremio objetivo (*real*)” -las cursivas son del autor- (Ibid.: 135), y por supuesto que Ananké es el nombre griego de la “Diosa de la necesidad”. Y sin menoscabar las complejas reelaboraciones de lo Real que hizo Lacan (como tampoco sus tardías críticas a la denominación freudiana de “realidad psíquica”; o a sus distinciones entre lo real y la realidad, que desde otras perspectivas también se encuentran en Freud) hay que destacar que existen tramos de su obra en que utiliza el término *real* en un sentido más cercano al freudiano.

por interrelaciones de las dimensiones simbólica e imaginaria. Dicha “reconstrucción fantaseada” (Ibid.: 94), internalizadora de las tramas vinculares sociales a través del pasaje por la fantasía inconsciente, se aplicaría a todas las formas de relaciones sociales, y por ende a las relaciones intersubjetivas.

La concepción de las ideologías como “sistemas sociales de representación” remite a la noción de “Weltanschauung” (Ibid.: 12/33), comprendida como una sistematización representacional de concepciones (inseparables entre sí) sobre el mundo (la naturaleza), lo histórico-sociocultural, y el sujeto (Ibid.: 10/32). Asumiendo que en la complejidad de una realidad social contradictoria coexistirán diversos sistemas representacionales, ideologías, que representarán distintos y contradictorios intereses sociales y objetivos, interpretando de diversos modos lo real, en sus disputas por la hegemonía (Ibid.: 12/13), considera también el “carácter de sistema de representaciones ocultantes, distorsionantes” (Ibid.: 12) de las ideologías, que encubrirán, mistificarán, naturalizarán, a los procesos históricos y sociales en que se organiza la vida cotidiana, para presentarlos como inmodificables, atemporales, eternos, naturales (Ibid.: 72). Mistificaciones y encubrimientos ideológicos que podrían predisponerse desde los componentes afectivos, y graduaciones de incoherencia, de las sistematizaciones ideológicas; desde “la infraestructura inconsciente de las ideologías (...) Estas ideologías, sistemas de representaciones con gran carga emocional suelen no formar ni en cada sujeto, ni en cada unidad grupal, un núcleo coherente” (Riviere 1980: 211). Por lo que habría que considerar si esa incoherencia no podría manifestarse como “contradicción y estancamiento de la producción grupal (estereotipia)” (Ibid.). Estereotipación que entonces puede pensarse en su interrelación con las posibles contradicciones, obstaculizaciones y rigideces de los sistemas ideológicos¹³, y al hacerse demasiado homogéneos, estereotipados.

Una de las diferencias que puede plantearse entre el enmarcamento teórico que se pretende construir y la antedicha teoría psicosocial, versaría sobre su definición demasiado abarcadora, amplia, de las ideologías como “sistemas sociales de representación” o “Weltanschauung” (Quiroga 1986: 12/33), aunque pueda redefinirse como “sistemas de representaciones sociales”. Porque podría obstaculizar su abordaje como una categoría conceptual para la investigación de problemáticas socioculturales específicas (Cfr. Williams 1981: 26 y stes.; Eagleton 1997: 52/53). También existen otras insoslayables diferencias con esta escuela de psicología social, que conciernen a su fundamentación de las fantasías ideológicas inconscientes de los sujetos (comprendidos como unidades psicobiosociales) básicamente en las necesidades. Ya que si las formaciones ideológicas se arraigarían en relaciones reales, concretas, materiales, que son reconstruidas a través de una internalización mediada por fantasías inconscientes, éstas se fundamentan en el “ser de la necesidad” (Quiroga 1998: 13), es decir que se reduce lo fantasmático a la necesidad¹⁴, desde una concepción de la subjetividad en la que no se

¹³ Pero la perspectiva sistémica podría encontrar limitaciones en el análisis de dichas incoherencias y contradicciones de las ideologías. En cambio, desde la “lógica magmática” de las significaciones imaginarias sociales (que se tratarán en el siguiente subcapítulo), sin menoscabarse los análisis de las estructuras y los sistemas, se asume la irreductibilidad de las significaciones imaginarias a los mismos.

¹⁴ Ya que sobre lo fantasmático se plantea por ejemplo que: “El sujeto interpreta su experiencia desde su necesidad escenificada en una fantasía inconsciente (...) Esa organización social material de la experiencia (...) determina el destino de las necesidades en el vínculo (...) realimenta la estructura de las fantasías” (Quiroga 1986: 44/45). O también que: “Es en el interjuego entre necesidad/satisfacción donde tiene su anclaje, su fundamento, toda representación, toda norma, toda ideología, toda acción” (Ibid.: 20). Dejando sin establecer

establece la diferencia entre la necesidad y el deseo, lo cual podría ser, en parte, manifestación de sus arraigamientos en el materialismo dialéctico e histórico ortodoxo.

Por otra parte, no desconsiderar la relevancia de las relaciones reales, materiales y objetivas en los desenvolvimientos de las ideologías, que se propone desde dicha escuela de “Psicología Social, histórica y concreta” (Quiroga 1986: 32), podría resultar fundamental para la comprensión de situaciones críticas en las que, por la intensificación de conflictos producidos en las relaciones reales con las relaciones de producción, extremándose las contradicciones sociales, se profundicen las expresiones de los antagonismos ideológicos. Conflictos sociales en los que podría volverse superlativa la mencionada incongruencia del “orden social” representado en el Otro socio-simbólico (Cfr. Zizek 2003: 170/174).

La comparación de teorizaciones sobre las fantasías ideológicas inconscientes -desde una perspectiva que asume su capacidad de reconstrucción de la realidad-, con la perspectiva que postula su poder estructurante de la realidad social (construcción significativa que no conllevará una simbolización unívoca y necesaria), resulta proclive a interrelacionarse también con fundamentaciones del estudio crítico de los medios de comunicación (aunque quizá resulte más acorde a las mismas la teorización de Zizek). Por ejemplo, con relación al rol de los medios en los procesos consensuales de definición de la realidad a través de operaciones discursivas (Cfr. Hall 2010: 163/186), ya que fue una cuestión fundamental del estudio crítico de los medios de comunicación la problemática de que la realidad pueda ser definida por medio de la simbolización, del discurso, y no que sea proyectada de forma transparente, referencial (Ibid.: 164/165). Enfoque desde el que se analizó a las producciones sociales de los significados, a la otorgación de significado al mundo por medio del lenguaje, lo discursivo, y asumiendo “que diferentes tipos de significado se podían atribuir a los mismos eventos” (Ibid.: 166). Cuestión inherente al debate sobre si los “medios definían, y no meramente reproducían, ‘la realidad’”. Las definiciones de la realidad se mantenían y se producían a todo lo largo de esas prácticas lingüísticas (...) por medio de las cuales se representaban definiciones selectivas de lo ‘real’” (Ibid.: 163). Representaciones selectivas que también podrían reformularse como reconstrucciones de lo “real” a través de las dimensiones interactuantes de lo simbólico e imaginario. Acerca de la formación de definiciones sobre la realidad, también se había mencionado que implican al “poder ideológico: el poder de significar eventos de una manera particular” (Ibid.: 168). Porque en los contextos comunicativos e ideológicos se producirán los mensajes, moldeando cogniciones, preferencias, y con el potencial de enmascarar el ordenamiento social (Ibid.: 164). Dicha producción de los discursos ideológicos (potencialmente distorsionadora, desconocedora) operaría de una forma parcialmente inconsciente, y tanto en los codificadores como en los decodificadores discursivos (Ibid.: 174/248); por lo que también podría repensarse desde la perspectiva de la fantasía ideológica.

cómo, desde la necesidad, surgirá diferenciándose, autonomizándose, desviándose, el deseo, como retorno de las demandas simbólicas al Otro, que retornarán haciendo surgir al deseo en la conformación del fantasma (Cfr. Lacan 1978), y desde la interrelación entre lo simbólico e imaginario en la estructuración fantasmática, como en las vinculaciones y diferenciaciones entre el deseo y el goce narcisista.

Si en el recorrido de este subcapítulo se criticó a Zizek en su formulación de que siempre el único y último soporte de toda ideología sería el núcleo irracional de goce, esto en absoluto tendría que implicar, por supuesto, la desestimación de lo irracional y fantasmático en los procesos psíquicos ideológicos. Ya que desde una crítica neutral a la ideología, la cual es repensada paradigmáticamente en los Estudios Culturales, se restaura la dialéctica entre el carácter inconsciente de las formaciones ideológicas y su conformación organizacional consciente (Cfr. Hall 2010: 44/47). Se asumen en las composiciones ideológicas “creencias formales y conscientes, pero también actitudes, hábitos y sentimientos menos conscientes y formulados, e incluso presupuestos, comportamientos y compromisos inconscientes” (Williams 1981: 25). Lo cual se corresponde con el planteo de que “negar que la ideología es esencialmente una cuestión racional no es llegar a la conclusión de que es totalmente inmune a las consideraciones racionales” (Eagleton 1997: 55). Por lo que en la “teoría freudiana de la ideología” (Ibid.: 172) se puede incluir la perspectiva metapsicológica del comercio, intercambio, interrelación, entre los sistemas inconsciente y consciente¹⁵ (Cfr. Freud 1979: 187 y stes.), lo cual se articula con considerar que los “mecanismos fundamentales de la vida psíquica sean también los dispositivos estructurales de las ideologías” (Eagleton 1997: 234). Y si la fantasía se asume como “un *punto privilegiado* donde podría captarse a lo vivo, el proceso de *paso* entre los diferentes sistemas psíquicos” (Laplanche & Pontalis 1997: 141, cursivas de los autores), también puede pensarse a la noción de “fantasía ideológica” como esa forma de pasaje especial, de comercio, intercambio, interrelación, entre los sistemas inconsciente y consciente. Desde lo cual también puede considerarse una dinámica afectiva parcialmente inconsciente en la que se desenvolverían expresiones discursivas de goce ideológico. Pero sin pretender reducir la articulación entre la discursividad ideológica y la afectividad, al goce, porque se considera la posibilidad de expresión de diversidades afectivas en las fantasías ideológicas.

II.d) Las significaciones imaginarias ideológicas.

Asumir en las composiciones ideológicas creencias, comportamientos, hábitos, plenamente conscientes, tanto como inconscientes (Cfr. Williams 1981: 25), se condice con la “lógica de las significaciones imaginarias”, desde las que Castoriadis fundamentó su reelaboración ontológica (Cfr. Castoriadis 2008). La interactuación entre lo consciente y lo inconsciente, y lo racional e irracional, se puede redimensionar desde la interrelación entre las dimensiones de lo real, simbólico e imaginario, articulada en la “lógica de las significaciones imaginarias sociales”. Castoriadis teoriza sobre el componente “racional-real” que lo simbólico puede representar, y su interrelación con lo imaginario, principal conformador de lo irracional; lo que se explica por ejemplo en los siguientes párrafos:

¹⁵ Aunque sin desconsiderar la articulación entre la primera y segunda tópicas, considerando por ejemplo que los rasgos simbólicos de los “ideales yoicos” serán investidos con las cargas afectivas del “ello” (Cfr. Freud 1985), y que el yo, con su parte inconsciente, intermedia entre el “ello” y el superyó con el mundo exterior (Ibid.).

“Las relaciones profundas y oscuras entre lo simbólico e imaginario aparecen enseguida si se reflexiona en este hecho: lo imaginario debe utilizar lo simbólico, no solo para «expresarse», lo cual es evidente, sino para «existir», para pasar de lo virtual a cualquier otra cosa más (...) Pero también, inversamente, el simbolismo presupone la capacidad imaginaria, ya que presupone la capacidad de ver en una cosa lo que no es, de verla otra de lo que es. Sin embargo, en la medida en que lo imaginario vuelve finalmente a la facultad originaria de plantear o de darse, bajo el modo de la representación, una cosa y una relación que no son (que no están dadas en la percepción o que jamás lo han sido), hablaremos de un imaginario efectivo y de lo simbólico (...).

Lo simbólico comporta, casi siempre, un componente «racional-real»: lo que representa lo real, o lo que es indispensable para pensarlo, o para actuarlo. Pero este componente está inextricablemente tejido con el componente imaginario efectivo y esto le plantea tanto a la teoría de la historia como a la política un problema esencial” (Castoriadis 1989: 219/221).

Así es que si a lo “real-racional” lo representa lo simbólico, éste también presupone ser inherente a lo imaginario, componiéndose lo “real” desde configuraciones simbólicas en la que se combinan, variablemente, componentes simbólicos e imaginarios, funcionales y disfuncionales. Porque lo imaginario implica consecuencias propias que van más allá de sus motivos funcionales e incluso los contrarían, persiste a las circunstancias de las que surgió y posteriormente puede manifestarse autónomamente en la vida social (Ibid.: 226 y *stes.*). De lo cual se comprende que, aunque se piense a las “significaciones imaginarias sociales” siendo vehiculizadas por “estructuras significantes”, no se reducirán a ellas, ni estarán unívocamente determinadas por ellas; el simbolismo de una sociedad implicará más que sólo consideraciones estructurales. Porque las significaciones imaginarias y sociales pueden someter las funcionalidades de las estructuras, reorientarlas, sobredeterminando las configuraciones simbólicas desde lo imaginario social (Ibid.: 226/227).

Castoriadis piensa la pluralidad de lo institucional en la codeterminación entre la racionalidad de organizaciones lógicas y la dimensión de lo específicamente imaginario. Ya que en las significaciones imaginarias sociales interactúan dos dimensiones, una es la dimensión de la “lógica conjuntista identitaria” (también denominada “lógica ensídica”), y la otra es la dimensión imaginaria (Cfr. Castoriadis 1989; 2008). La lógica identitaria está compuesta por los operadores de: el principio de identidad, el principio de contradicción, el principio del tercero (o el enésimo) excluido, relaciones unívocas, la existencia de “relaciones de buen orden”, la determinación, etc. (Cfr. Castoriadis 1989: 33), siendo éste el primer estrato, lo simbólico en representación de lo “real-racional”, que estará sobredeterminado por la dimensión imaginaria, la cual es “irreductible a lo ‘real’ o a lo ‘racional’” (Urribarri 1992: 67). De la coexistencia de estas dimensiones surgirán las significaciones imaginarias “*sui generis*”¹⁶, que contienen a las lógicas ensídicas pero que no son reductibles a sus componentes, y operan al nivel de las significaciones imaginarias sociales y las instituciones en las que se encarnan, más allá de la

¹⁶ Resulta oportuno intentar hacer una brevísima genealogía sobre el uso del concepto de lo “*sui generis*” en las ciencias sociales. Durkheim lo utilizó para conceptualizar el “hecho social”, la “estructura social” y la “conciencia colectiva”, y consistiría en un nivel que sería irreductible a las partes que la integran, es decir las conciencias individuales. Levy-Strauss también implementó “lo social *sui generis*” (Hall 2010: 38) desde su paradigma estructuralista, inspirado en Durkheim. Pero se podría comprender la conceptualización de lo “*sui generis*” en Durkheim en correspondencia con su énfasis en la “coacción” de lo social sobre los sujetos. En cambio, desde Castoriadis, dicho sintagma, además de poder aplicarse a la “alienación de lo imaginario”, de lo instituido, se corresponde también con el poder del imaginario social instituyente, expresiones de las “imaginaciones radicales” de *sujetos autónomos* (Cfr. Castoriadis 1989; 1994; 2008), aunque sin desconsiderar que las significaciones imaginarias sociales serían irreductibles a las significaciones imaginarias subjetivas.

actividad institucional racional (Cfr. Castoriadis 1989, 1994, 2008). Ya que en la institucionalización de la sociedad “las significaciones imaginarias sociales incorporadas en ella se despliegan siempre en dos dimensiones indisociables: la dimensión conjuntista-identitaria (‘lógica’) y la dimensión estrictamente o propiamente imaginaria” (Castoriadis 1994: 71). Por lo que lo imaginario es “producto de la imaginación y -por lo tanto- irreductible a lo ‘real’ o a lo ‘racional’ (es decir, conjuntista identitario). Como tal, lo imaginario, la representación y la significación se dan bajo una organización absolutamente original: el magma” (Urribarri 1992: 67). “Lógica magmática”¹⁷ en la que Castoriadis fundamenta su teorización posestructuralista de las significaciones imaginarias sociales.

Entonces, si desde la “lógica de los magmas”, redefinimos provisoriamente a las ideologías como “significaciones imaginarias sociales”, no podríamos comprenderlas solamente en su instrumentación por estructuraciones significantes, ya que dichas estructuras podrían ser sobredeterminadas por lo imaginario, desde una concepción posestructuralista. Y una perspectiva del paradigma estructuralista sobre lo imaginario, en que se lo fue definiendo peyorativamente como fuente de desconocimiento, ilusiones, engaños, etc., se ha asociado con la concepción clásica del marxismo ortodoxo que entiende la ideología como “falsa conciencia”, representación ilusoria, distorsionada (Cfr. Belinsky 2007: 83/92; Baeza 2003: 24). Dicha concepción de lo imaginario también se la ha criticado Castoriadis al mismo Marx, por su desconsideración “acerca de imaginarios que tendrían una doble capacidad, o mejor dicho una ambivalencia fundamental: por cierto, provocar la consabida alienación, pero también dar lugar a la creación” (Baeza 2003: 24). Por lo que se puede repensar desde dicha crítica a la problemática ideológica, desde una perspectiva que no la vincule exclusivamente con lo imaginario entendido como meramente ilusorio, engañoso, irracional, primordialmente pulsional, o con la alienación de lo “imaginario social instituido”, sino compatibilizándola con la noción de lo “imaginario social instituyente”, creativo, liberador, transformador socioculturalmente, expresión de la “imaginación radical” (Cfr. Castoriadis 1989, 1994, 2008). Se comprende entonces a las ideologías en su inherencia a procesos de significación, de representación simbólica, discursiva, que estarán atravesados por la instancia imaginaria, en sus representaciones de las relaciones “reales” (Cfr. Hall 2010: 182/234). Lo que también fundamenta que desde el planteamiento de las “significaciones imaginarias ideológicas” no se comprenda a “lo ideológico” como un dominio separado de la dimensión imaginaria (que transicionalmente se compenetraría), sino que se asume que las significaciones ideológicas estarán compuestas por las dimensiones de lo imaginario, simbólico y real.

Por lo que no hay que desconsiderar la problemática que encierra la conceptualización misma de lo “real”, ya que podrá variar de acuerdo con la subjetividad y las contextualizaciones sociohistórico-culturales (Cfr. Castoriadis 1989: 279 y stes.). En las sociedades humanas lo real “es de manera inmanente, en su ser, en sí y para sí, cómo es categorizado por la estructuración social y lo imaginario que ésta significa: relaciones entre individuos y grupos (...) son *imposibles por sí mismos* independientemente de este imaginario” (Ibid.: 280,

¹⁷ “Lógica de los magmas” sustentada en las nociones del Caos y el Cosmos, es decir un Cosmos que surge como forma desde el Caos (Cfr. Castoriadis 2008); resultando parcialmente compatible con la “teoría del caos determinista”.

cursivas del autor). Como así también sobredeterminará lo imaginario a las definiciones de lo racional (Ibid.: 281/282), que podrían variar intersubjetiva e intergrupalmente. Y considerándose a su vez a la sobredeterminación propia de lo simbólico, indisociable de la ausencia de determinismos definibles en las causaciones simbólicas:

“... esta indeterminación está ya claramente indicada por el fenómeno de la sobredeterminación de los símbolos (varios significados pueden ser vinculados al mismo significante)-al que hay que añadir el fenómeno inverso, que podría llamarse la sobresimbolización del sentido (el mismo significado es llevado por varios significantes; hay, en el mismo código, mensajes equivalentes; hay, en toda lengua, <rasgos fundantes>, etc.)” (Ibid.: 240/241).

Antes de terminar este subcapítulo es oportuno aclarar que pensar a las ideologías como “significaciones imaginarias sociales” no necesariamente debería implicar que toda “significación imaginaria social” sería ideológica, aunque puedan estar imbricadas, enmarañadas, con distintas configuraciones ideológicas. Y ya se planteó que las caracterizaciones especiales del significado terminológico de “ideología” pueden ser fundamentales para evitar el riesgo de hacer demasiado abarcadora la delimitación conceptual de la misma; para que el propio concepto no se vacíe, por su pérdida de especificidad terminológica, de las características que permitirían implementarla para analizar cuestiones sociales y culturales (Cfr. Williams 1981: 26 y stes; Eagleton 1997: 52/53). Para desarrollar dichas caracterizaciones específicas de las ideologías puede contribuir la búsqueda de conceptualización de las “significaciones imaginarias ideológicas”.

II.e) Las significaciones imaginarias ideológicas grupales.

Para indagar en las posibles especificidades de las ideologías como significaciones en el imaginario social, se puede estudiar cómo las “significaciones imaginarias sociales” conformarán a las “significaciones imaginarias grupales” (Cfr. Fernández 1989: 143/146; Ibid.: 1993). Las mismas están compuestas por: la *utopía o ilusión grupal*, el *mito grupal*, la *matriz de transferencias e identificaciones* (imaginarias y simbólicas), y el *presente institucional* (en su contextualización histórica y política), impulsor fundamental del *imaginario grupal*¹⁸ (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986; Fernández 1989). Significaciones imaginarias en las que todo grupo surge, conformando de forma propia y específica para cada grupalidad a las identidades grupales (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986: 31 y stes.; Fernández 1989: 144/146). Se constituyen como nudos, matrices, que están atravesados por múltiples inscripciones, ilusorias, míticas, deseantes, identificadoras, transferenciales, y sociohistóricas, institucionales, socioeconómicas, políticas, ideológicas, etc. (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986: 29/50; Fernández 1989: 144/163). Y la dimensión ideológica también se ha planteado como característicamente

¹⁸ Por lo que esta corriente de psicología social se diferenciará de la escuela del “análisis institucional”, ya que critican su comprensión de que el contexto institucional será el principal o único conformador de grupos (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986: 18). Ya que así se estaría rechazando lo específico de lo grupal, en sus múltiples inscripciones, de las que surgirá el *plus de lo grupal* (Cfr. Fernández 1989: 27/43), que se pretende diferenciar de la especificidad de lo institucional. Más allá de la influencia en sus construcciones teóricas de dicha corriente en general, y del pensamiento de Castoriadis en particular, considerado por Lapassade como el más importante teórico del “análisis Institucional”.

componedora de la grupalidad, considerando por ejemplo que: “solamente la ideología cubre los caracteres de real y de imaginario, de aparential y de real, de manifiesto y latente que creemos que todo grupo posee” (Bauleo 1977, citado en Del Cueto & Fernández 1986: 46).

Si las significaciones imaginarias estructurarían todo tipo de grupo (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986: 20/30; Fernández 1989: 117/118), habrá que considerar las formas particulares de sus desenvolvimientos en los grupos políticos, por ejemplo, de la significación del contexto histórico político e institucional, que podría cobrar una relevancia superlativa en ellos. Coyuntura política e institucional que, en su interrelación con las demás significaciones imaginarias grupales (las ilusiones o utopías, los mitos grupales, y la red de identificaciones y transferencias), conformarán los objetivos comunes del grupo (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986: 23). Y si los objetivos de los grupos estarán interrelacionados con los “referentes ideológicos que consolidarán los emblemas grupales (propios de ese grupo)” (Ibid.: 50), en los grupos políticos también podrán condicionar la elaboración de sus proyectos de un modo particular. Lo cual podría implicar a la vinculación de los procesos ideológicos con la dinámica sublimatoria, como a las relaciones entre la sublimación y lo fantasmático con la “imaginación radical” (Cfr. Castoriadis 1998: 143).

También se piensa a lo fantasmático, de acuerdo con Deleuze y Guattari (1972), en “sus posibles afectaciones institucionales, sociales y políticas” (Fernández 1989: 167); lo que a su vez podría guardar correspondencia con la noción del *inconsciente institucional o político* (Cfr. Lapassade 1980). Anudamientos fantasmáticos a lo institucional desde los que se produciría la “transferencia institucional” (Ibid.), teniendo en cuenta que lo transferencial puede actualizar dimensiones socialmente conflictivas (Cfr. Fernández 1989: 167). Transferencias y proyecciones de sujetos y grupos en las que “podemos observar emblemas ideológicos de poder” (Del Cueto & Fernández 1986: 35), o “la proyección de ciertos ideales que corresponden con emblemas ideológicos” (Ibid.: 36). Emblemas y referentes ideológicos que pueden operar tanto desde lo manifiesto -y lo dicho-, como desde lo latente -y lo no dicho- (Ibid.: 50), y que se relacionan de formas particulares en los grupos políticos con la utopía o ilusión grupal; aunque siguiendo la sugerencia de mantener una vigilancia epistémica sobre el riesgo de hacer equivaler ideología con “ilusión”, lo cual podría generar equívocos y restricciones para ambos conceptos (Ibid.: 46).

Ilusiones o utopías grupales que no se considerarán simplemente ficcionales, o disfuncionales, porque tienen la potencialidad de sustentar las demás significaciones imaginarias grupales (Cfr. Fernández 1989: 146). Ilusiones que son definidas, por ejemplo, como:

“... aquello que un grupo dado cree que es, cree que puede realizar, todo grupo necesita creer que es lo que desea ser, para poder lograr sus objetivos (...) todo el conjunto de la vida del grupo aparece como modelado con carácter estructurante por una ilusión grupal que habla de sus deseos” (Del Cueto & Fernández, 1986: 45).

Dicha dimensión ilusoria está especialmente interrelacionada con la formación imaginaria del *mito grupal*, ya que juntas constituirán la denominada “novela grupal” (Fernández 1989: 146), y porque “un mito siempre es ilusorio y toda ilusión grupal tiene su anclaje en la historia mítica del grupo” (Del Cueto & Fernández 1986: 47). Los mitos se refieren a un origen de la existencia grupal que es vivido por sus integrantes como la historia

real de su fundación (Cfr. Fernández 1989: 143). Mitos que se definen como “producciones imaginarias que conforman el imaginario grupal, dando cuenta de la historia del origen fantasmático del grupo; apoyadas en la historia real y entrecruzadas a su vez con la ilusión grupal” (Del Cueto & Fernández 1986: 48); o también como “aquellas significaciones imaginarias que un grupo construye, al dar cuenta de su origen novelado, imbricados con las utopías del grupo y apoyadas en la historia real” (Fernández 1989: 143). Y si las ilusiones son prospectivas, y se vinculan a los proyectos, objetivos comunes, que un grupo elabore, en general se relacionan con sus versiones de las causalidades que dieron origen al grupo, como a su vez el origen novelado se arma en función de los proyectos e ilusiones, utopías, etc. (Ibid.). El mito grupal, como estructuración imaginaria que funda el código común de la grupalidad, se constituye como relatos repetitivos sobre el pasado originario del grupo, pero “nunca se repiten igual; cada vez que circula lo hace con alguna modificación, aunque permaneciendo siempre fiel a sí mismo” (Del Cueto & Fernández 1986: 48). Dicha concepción del mito grupal también podría interconectarse parcialmente con la conceptualización de la “fantasía ideológica” y sus formas de simbolización, en la cual se reestructuran retroactivamente los significados históricos en transformaciones de redes de significantes (Cfr. Žižek 2003: 88/138.).

También pueden pensarse a los mitos desde otra “crítica ideológica”, y recontextualizando cierto interrogante que parte de la misma: “¿Son los mitos las ideologías de las sociedades preindustriales, o bien las ideologías son los mitos de las sociedades industriales?” (Eagleton 1997: 237). La búsqueda de respuesta conlleva el planteamiento de que si tanto la ideología como el mito contienen “significación simbólica con funciones y efectos sociales” (Ibid.), el mito será más abarcador, por referirse a los orígenes por ejemplo (Ibid.); en cambio “las ideologías son por lo general formas de discurso más específicas y pragmáticas, que pueden abarcar cuestiones tan inmensas como éstas, pero las relacionan de manera más directa con cuestiones relativas al poder” (Ibid.).

Desde esa diferenciación entre mito e ideología, Eagleton se posiciona desde una perspectiva diametralmente opuesta a la de otra “crítica ideológica”, que también se tendrá en cuenta en esta investigación, la desarrollada por Barthes. Para Barthes no sólo toda ideología debe pensarse como mitológica, sino que incluso plantea que “si el mito es un habla, todo lo que justifique un discurso puede ser mito” (Barthes 1999: 108), aunque lo citado no se debería confundir con “tratar el habla mítica como si fuera la lengua” (Ibid.: 109). Para Barthes pensar al discurso mítico como un modo de significación, y una deformación de sentido al mismo tiempo, en su vinculación a los contextos históricos y a los intereses de determinadas sociedades, connota “pasar de la semiología a la ideología” (Ibid.: 120). Las deformaciones de las significaciones míticas serán consideradas los instrumentos más apropiados para las inversiones ideológicas (Ibid.: 129), deformaciones ideológicas en que se “transforma continuamente los productos de la historia en tipos esenciales” (Ibid.: 136), naturalizándolos, tergiversándolos, lo que también caracterizaría a los mitos. Ya que si será el mundo lo que proveerá al mito de lo “real histórico” (Ibid.: 129), la mitificación deformará dicho real, naturalizando, esencializando, lo que es producto de contingencias históricas (Ibid.: 129/136). Pero para mantener, retomando el posicionamiento anterior, una vigilancia epistémica suficiente de “aquellos aspectos de las ideologías que son míticos y los que

no lo son” (Eagleton 1997: 238), puede resultar más adecuado aplicar la perspectiva teórica de Barthes para aquellos casos en los que el “habla mítica actúa sobre una materia transformada desde hace tiempo” (Barthes 1999: 130), es decir, casos en los que la discursividad ideológica se implementaría desde lo ya mitificado.

Lo que resulta insoslayable respecto a lo mítico de lo ideológico es que se intenta elaborar una perspectiva que se pueda vincular con las utopías o ilusiones ideológicas de las agrupaciones políticas. Asumiendo también que “al igual que la ideología el mito no tiene que suponer falsedad” (Eagleton 1997: 238); porque además las agrupaciones políticas se caracterizarían por establecer mitologías que contienen núcleos racionales (Ibid.: 238/239). “Los grupos políticos se cuentan a sí mismos narrativas épicas de su historia, celebran su solidaridad en cánticos y rituales, detentan símbolos colectivos de su común empeño. ¿Puede rechazarse todo esto como muestra de ofuscación mental?” (Ibid.: 240). Por lo cual, en vez de reducir los mitos y las ideologías a lo irracional y ficcional, también se trata de pensar lo “real-racional” que dichas narrativas pueden simbolizar; aunque sin desconsiderar el entrelazamiento potencialmente distorsionador de lo imaginario, y por la afectación sociopolítica del fantasma, tanto en los mitos como en las ilusiones grupales, y en sus significaciones ideológicas.

En las ilusiones por supuesto que se podría apreciar de forma especial la potencialidad de la dimensión imaginaria en la grupalidad, ya que por ejemplo la ilusión también puede definirse, siguiendo a Anzieu (1978), como “realización imaginaria de deseos” (Fernández 1989: 118). Muchos de los cuales podrían especificarse como “deseos de poder”, los cuales a su vez se vincularían con la “voluntad de poder grupal”. Y si la ilusión también es pensada como “omnipotencia surgida de impotencia” (Del Cueto & Fernández 1986: 43), habría que considerar, por ejemplo, cómo algunas frustraciones políticas podrían desencadenar algunos tipos de “ilusiones (o fantasías) ideológicas” en los grupos políticos. Frustraciones (propiciadoras de “regresiones morales”, agresivas incluso) provocadas por circunstancias “actuales”, que podrían afectar específicamente a determinados grupos o instituciones (o redes intergrupales, interinstitucionales), y relacionadas con luchas de poder con otros grupos políticos, mediáticos, económicos, etc. Conflictos que estarían imbricados con crisis sociales, económicas, políticas, institucionales, y que estarían predispuestos histórico-socioculturalmente. Por lo que entonces dichos conflictos intergrupales pueden pensarse desde la perspectiva de la “sobredeterminación sociocultural”¹⁹, como podría ser entre la predisposición cultural e histórica, y los conflictos actuales, socioeconómicos, políticos, institucionales etc., que producirían síntomas socioculturales, pudiendo afectar a las “identidades políticas grupales”. Esto podría repensarse articulándolo con la noción del “retorno de lo reprimido sociocultural”, cuyo desencadenamiento también resultaría facilitado, dinamizado, por su intrincamiento con las “ilusiones (o fantasías) ideológicas grupales”.

¹⁹ Perspectiva que se reelabora desde la sobredeterminación entre lo predisposicional y lo actual de las “series complementarias” freudianas, basadas en las dinámicas sintomatológicas subjetivas. Sin desconsiderar por supuesto que también fue reelaborada por Althusser en su análisis de las superestructuras, como se expuso anteriormente. Aunque aquí se pretende reelaborar para aplicarse específicamente a la conflictiva dinámica de los “síntomas socioculturales”.

Ilusiones ideológicas grupales sobre las que es oportuno discernir que, dependiendo de las formas en que se manifiesten, de sus significaciones discursivas, de sus motivaciones, sus efectos prácticos, etc., se podría analizar si en las mismas se potenciaría imaginariamente lo irracional, engañoso, disfuncional, o si se revelara la capacidad imaginaria creadora, transformadora, como posible expresión del “imaginario social instituyente” (Cfr. Castoriadis 1989; 1994; 2008).

Respecto a la potencialidad irracional de lo imaginario en los grupos políticos puede retomarse a la denominada absolutización de la política (Cfr. Pizzorno 1994: 43 y stes.; Giménez 2008: 113), en la que los discursos políticos excederían las racionalidades, adoptando categorías secularizadas, como *devoción* a simbologías y liderazgos, *sacrificio* por la causa, o *conversión* de la “fe política” (Giménez 2008: 113). Léxico que se reinsertaría para el aprovechamiento de definir, o redefinir, a los enemigos, causas, acciones sociales, e identidades políticas (Ibid.). Se podría analizar cómo se desenvolvería dicho absolutismo en las significaciones imaginarias ideológicas conformadoras de identidad de los grupos políticos. Y sobre la caracterización ideológica de las identidades políticas partidarias se ha planteado su fundamental intencionalidad de:

“... introducir la ideología como principio de identificación (...) Los *partidos ideológicos de masa* son los que exhiben generalmente una identidad más consistente (aunque también más rígida), ya que la ideología refuerza la solidaridad de los miembros en la medida en que genera el sentimiento de que comparten ciertas metas comunes y que tales metas pueden guiar la acción colectiva por largo tiempo” (Ibid.: 118, cursivas del autor)

También se asume como característico de los partidos políticos al establecimiento de sus identidades por medio de prácticas simbólicas, ritualizadas, discursos cuyo léxico incluirá “palabras clave”, que van desde los nombres y siglas de los partidos (expresión de sus identidades), hasta palabras del lenguaje cotidiano, organizacional, lo que formará parte de sus lenguajes específicos (Ibid.). Y los rituales, las prácticas simbólicas, les permitirán la reconstrucción permanente de su historia, de su memoria, como también sostendrán sus identidades programáticamente, es decir con la proyección de programas a futuro (Ibid.). Lo cual se condeciría con parte de lo planteado sobre el “mito grupal”, que confluirá en el establecimiento de los objetivos y proyectos, y en los que incidirán, condicionándolos, las referencias motivacionales ideológicas, que compondrían definitivamente las identidades de los grupos políticos.

Sobre las identidades políticas también se han establecido distinciones, tipologías, de acuerdo con las diversas caracterizaciones de los grupos de los que se trate, sean partidos políticos de masa, movimientos sociales, o “grupos de interés o de presión” (Ibid.). Con respecto al tercer tipo, éstos se distinguirían de los partidos políticos porque su objetivo principal no sería la obtención del poder, sino influenciar a los poderes públicos sobre los intereses sociales que buscan representar, los cuales pueden provenir de identidades ya establecidas, como sindicatos, docentes, profesionales, etc. (Ibid.); pero también pueden afirmar su identidad recurriendo a causas emblemáticas como la defensa de los derechos humanos (Ibid.: 119). Los movimientos sociales se asumen como “organizaciones de acción colectiva” (Ibid.: 117) que habrían surgido al margen de actividades específicamente políticas. “Su identidad se define por la especificidad de sus demandas y de sus metas (‘movimiento feminista’, ‘ecologista’ (...)) etc.” (Ibid.: 117/118). Aunque han existido movimientos sociales que en el curso de su historia,

y a pesar de su inestabilidad y de tender a extinguirse una vez alcanzados sus objetivos, habrían contribuido “a la formación de los modernos partidos de masa” (Ibid.: 118).

En búsqueda de comprender las formas masificadas de los partidos políticos, y partiendo de que existen “masas de diversas clases” (Freud 1979: 95), se puede pensar en ellas como “funcionamientos complejos, modos de existencia ramificados, de organización y disolución, conciencia o no de sus propósitos, logro o postergación en el alcance de sus metas” (De Brasi 1993: 35). Comprender dicha complejidad implicaría distanciarse de perspectivas teóricas tradicionales, ortodoxas, sobre las masas, que las excluyen, por ejemplo, de “la posibilidad de la palabra” (Ibid.: 25), u omiten sus formas de participación en procesos históricos (Ibid.: 34). Por lo que se trata de no asumir simplificadoramente a los mecanismos en que los liderazgos podrían manipular, sugestionar (principalmente por medio de discursos e imágenes, o reformulando, a través de lo simbólico e imaginario), a las masas, sino también de pensar a éstas como posibles “voluntades colectivas” con prácticas discursivas. Perspectiva que se condice con plantear que de las masas sociales también podrán emerger liderazgos, como productos históricos de los movimientos, pensando lo instituyente como analizador histórico desde su génesis social (Cfr. Lapassade 1980: 104 y stes.). Pero considerando también cómo en la producción de los liderazgos podrían intervenir las negociaciones de las más altas jerarquías de los grupos políticos, que en búsqueda de amplificaciones consensuales pueden construir, reconstruir, y hasta transferir, liderazgos (con la necesaria sustentación mediática de la comunicación política), y también para que aquellas tendencias generadas socialmente puedan reconducirse estratégicamente. Tampoco hay que desconsiderar, desde una perspectiva psicopolítica, cómo los liderazgos (con el sustento de medios de comunicación masiva) pueden reorientar (transferencial, sugestivamente), en sus distintos matices irracionales, las afectividades parcialmente inconscientes, los impulsos, deseos, y proyecciones, fantasías, etc., de las masas identificadas a partidos políticos; lo cual también podría caracterizar a las significaciones imaginarias ideológicas de dichas masas.

Además, existen casos de partidos políticos en los que su identidad política y discursividad ideológica resultará interrelacionada con las otras formas de identidad política mencionadas, y con sus respectivas manifestaciones discursivas. Ya que los discursos de los partidos políticos pueden imbricarse con los de los “grupos de interés o presión”, y tanto desde su representación de identidades ya establecidas, como sindicatos, docentes, profesionales, etc., como con la reafirmación identificativa a causas emblemáticas, como la defensa de los derechos humanos. Como también confluirán segmentos de la discursividad ideológica de los grupos políticos con reclamos de movimientos sociales, como por ejemplo el feminista, o el abortista (si es que cabe diferenciarlo del feminismo), o por poner el ejemplo contrario, con los movimientos antiabortistas. Ya que como se planteó anteriormente, los movimientos sociales a través de prácticas conflictivas pueden articularse “con aquellas formas de política e ideología que les permitan volverse históricamente efectivos” (Hall 2010: 198). Lo cual también se vincula con replantear la definición del feminismo como “significante flotante”, que se estructuraría, anudaría, en los “puntos nodales” de la estructura ideológica (Cfr. Žižek 2003: 125/143). Replantando dichos “significantes flotantes” (que se resignificarán desde las articulaciones ideológicas hegemónicas) como representaciones sociales, o valores socioculturales, que se rearticularían -aunque no necesariamente de una

forma estructural o sistemática- por las diversas configuraciones ideológicas. Rearticulaciones que también podrían considerarse características de las significaciones imaginarias ideológicas de los grupos políticos, y que pueden desenvolverse en las relaciones conflictivas de poder, polarizadas, lo que se tratará específicamente en el subcapítulo siguiente.

Existen otras posibles caracterizaciones de las significaciones imaginarias ideológicas de los grupos políticos que las teorizaciones estudiadas hasta ahora no desarrollan o sistematizan, como las formas en que los conflictos ideológicos intergrupales se interrelacionan con sus identidades grupales. Por lo que es imprescindible complejizar hacia una “definición ideológica de las relaciones entre grupos” (Van Dijk 2008: 210), que se enfoca en las grupalidades políticas y mediáticas, y desde la que se elabora también el análisis crítico del discurso ideológico en la prensa escrita (Van Dijk 1996; 2005; 2008), que se reelaborará específicamente en la última parte.

II.f) Relaciones intergrupales y conflictividades ideológicas.

Desde el “análisis crítico del discurso ideológico” desarrollado por Van Dijk se investigan las disputas discursivas intergrupales por las significaciones ideológicas, en que “los conflictos de los grupos están representados típicamente en estructuras ideológicas, de manera que sirven para controlar las actitudes que generan proposiciones discursivas de comparación entre Nosotros y Ellos” (Van Dijk 2008: 248). Las ideologías, en su producción y reproducción social, se estudian por medio de interacciones comunicativas entre miembros de grupos (Ibid.: 203), y se asume que las ideologías -comprendidas como sistemas “socio-psicológicos” (Van Dijk 2005: 13)-, funcionarán como “interfaz sociocognitiva” (Ibid.: 12), interaccionando dimensiones sociales (los intereses socioeconómicos y políticos de los grupos), con dimensiones cognitivas (conocimiento, juicio, entendimiento, percepción, etc.) (Cfr. Van Dijk 2008: 205). Interacción de lo cognitivo y social que el investigador ejemplifica con el estudio gramsciano del “sentido común” desarrollado por Stuart Hall (Ibid.). Se corresponde, así, con las teorizaciones que enfatizan en caracterizar a la problemática ideológica tanto en el componente político como en el específicamente epistémico (Cfr. Eagleton 1997).

También se comprende a las ideologías “como un tipo de autoesquema grupal” (Van Dijk 2008: 210); se trata de “un esquema ideológico general que consiste en un conjunto de categorías básicas que definen la auto-identidad de grupos (criterio de identidad, actividades típicas, objetivos, normas y valores, grupos relacionados y recursos o falta de recursos básicos)” (Van Dijk 2005: 12). Las categorías autoesquemáticas “son una construcción ideológica autoservida, una autoimagen del grupo, y sus relaciones con los demás grupos” (Van Dijk 2008: 212). Y la noción de posicionamiento autoesquemático, como parte del esquema ideológico general que definiría las identidades de los grupos, será fundamental para pensar la “competición intergrupala y el conflicto” (Van Dijk 2008: 211).

La conflictividad intergrupala es pensada como una estructura interaccional compuesta por formas, significados y acciones, en la que se destaca “la codificación de ideologías subyacentes” (Van Dijk 2005: 21), que se

interrelacionarán con el énfasis grupal en sus propiedades “buenas” y, recíprocamente, en las propiedades “malas” de los otros grupos (Ibid.). En los relacionamientos intergrupales será fundamental que la “estrategia global” de la expresión ideológica en el discurso se base en autorepresentar activa y positivamente un Nosotros, y presentar negativamente a Ellos, otros grupos, etc. (Ibid.: 22; Van Dijk 2008: 209/248). Representación polarizada entre “Nosotros y Ellos”, de un lado lo bueno, lo verdadero, del otro lo malo y lo falso, “Nosotros tenemos la verdad, Ellos están equivocados” (Van Dijk 2005: 22), discursividad basada en “auto-atribuciones de superioridad y atribuciones de inferioridad o ‘diferencia’ a otros” (Ibid.: 29); lo cual también sería conformador de las identidades grupales. En ese antagonismo discursivo podría involucrarse la operativa “falacia ideológica” (Ibid.: 22), por ejemplo, a través de la implementación de sobregeneralizaciones (Ibid.: 22/29/33).

Dichas representaciones polarizadas, muchas veces falaces, generalizadoras, en las que se basarían las “estrategias globales” de los grupos, podrían denotar que las ideologías no contienen una argumentación subyacente completamente coherente. Lo cual también podría fundamentar que las ideologías no tendrían que ser necesariamente sistematizaciones coherentes de representaciones (de ideas, valores, creencias, etc.), ya que también podría pensárselas, según su grado de complejidad, como “marcos interpretativos”, vagos, difusos (Cfr. Van Dijk 2008: 205/206), desde los cuales los grupos defenderían sus intereses y elaborarían sus estrategias (Ibid.: 206). Dichos marcos variarían de acuerdo con su complejidad, pudiendo ser más lógicos y racionales de acuerdo con la configuración ideológica (Ibid.: 205/206), como también podrían variar subjetivamente de acuerdo con la forma e intensidad con la que los sujetos se identifiquen a los grupos ideológicos (Cfr. Vallacher & Wegner 1989; Van Dijk 2005: 14). De lo cual se desprende que “la hipótesis de la naturaleza organizativa de las ideologías no implicaría en forma alguna que ellas sean consistentes. No son sistemas lógicos, sino socio-psico-lógicos, así que pueden muy bien ser heterogéneas o incoherentes” (Van Dijk 2005: 13). Esto también se corresponde con la “crítica ideológica neutral” desde la que se trata la complementariedad entre los componentes racionales e irracionales en las composiciones ideológicas.

Aunque resulta insoslayable plantear que en la teorización de Van Dijk -probablemente por basar parte de su análisis interdisciplinario en la “Psicología social cognitiva”- no se analiza lo incoherente, irracional, de las ideologías enfocándose en los componentes afectivos, emocionales²⁰, ya que se soslaya su influencia en lo psíquico, incluso explicitando dicha desconsideración del afecto o de la emoción de los denominados modelos mentales (Cfr. Van Dijk 2008: 216). Por lo que tanto la cuestión afectiva, como la inconsciente, quedan marginadas en los análisis de los discursos ideológicos de Van Dijk. Así es que, si bien sus aportes son fundamentales (lo cual se tornará aún más insoslayable en la última parte de este marco teórico), tendré que

²⁰ Lo cual no significa desestimar que en la Psicología Cognitiva puedan existir interesantes aportes al tratamiento de la emoción y afectividad (más allá del enfoque enfatizado por Van Dijk). Por ejemplo, acerca de la interacción entre la interpretación y la emoción. Aunque a mi entender, son más complejas las interrelaciones entre lo afectivo y lo interpretativo en la sistematización metapsicológica freudiana, en la que se fueron elaborando, desde su incipiente perspectiva psicosocial de la constitución subjetiva, las complejas interrelaciones entre proceso psíquico, afectividad y cultura, tanto a nivel subjetivo como al de las masas, y en su interactividad. Por lo que si desde el psicoanálisis también puede desarrollarse el enfoque psicocultural contribuiría a considerar lo psicosociocultural desde una perspectiva transdisciplinaria.

diferenciarme en ciertas cuestiones teóricas, también inherentes al tratamiento de la conflictividad intergrupala, ya que las polarizaciones intergrupales mencionadas son analizadas desde un predominante énfasis en lo estratégico, abstrayendo lo discursivo de las afectividades (posiblemente sintomáticas socialmente) de las cuales también podrían ser expresión. Y en procesos como el de la identificación, si se refiere a la diversa intensidad de ésta, se trataría de una cuestión de variaciones (entre los miembros del grupo) en los grados de conocimiento, experiencia, de consistencia lógica, de los marcos ideológicos de los sujetos (Cfr. Van Dijk 2005: 14), excluyendo, por ejemplo, la cuestión transferencial del proceso identificativo.

Así es que se consideran otros estudios sobre las relaciones intergrupales, como el de Jameson (1998), quien con cierto sesgo psicoanalítico otorga gran relevancia a la afectividad en las relaciones intergrupales, y enfocando dicha perspectiva ocasionalmente en las actitudes ideológicas. Si para dicho autor las identidades culturales y grupales surgirían desde las relaciones intergrupales (Cfr. Jameson 1998: 101), lo que los grupos recuperarían como su propia identidad se produciría desde una identificación, una imagen alienada, al Otro (Ibid.). Marcas provenientes de mentes ajenas que unos grupos proyectarían en otros (Ibid.: 101/102) -lo que también podría describirse como “identificarse con las proyecciones” (Robins 2003: 144)-, por lo que se trataría primordialmente de identificaciones imaginarias. Pero dicha alienación al “poder del Otro” (Jameson 1998: 102) podría producir respuestas que impliquen una negación, un rechazo a su imposición discursiva, como a los estereotipos que se les pretenda imponer a los grupos, reconstruyendo dicha imagen proyectada desde el Otro, aunque explicando así también a los estereotipos de dichos grupos (Ibid.: 103/106). Y en las relaciones intergrupales, y sus respectivas proyecciones, desde las que los grupos reconstruirían su identidad, prevalecería la lucha por sobre la negociación, ya que en las mismas preponderaría, según dicho autor, el odio y la envidia: “...la relación entre los grupos debe ser siempre de violencia o de lucha, dado que la forma positiva o tolerante que tienen de coexistir es apartarse uno del otro (...) las dos formas fundamentales de la relación del grupo se reducen a las primordiales de envidia y odio.” (Ibid.: 104)

De tal modo fundamenta a las relaciones intergrupales en la afectividad primordialmente hostil, lo cual se corresponde con su perspectiva de la conflictividad ideológica; como lo resume Eagleton (1997):

“...ha sugerido Fredric Jameson, la operación fundamental de toda ideología es exactamente esta rígida oposición binaria entre lo de uno mismo o conocido, que se valora positivamente, y lo otro, lo distinto de lo propio, que se expulsa fuera de los límites de lo inteligible.” (164)

Dicho planteamiento también se ha redefinido como próximo a una “racionalidad veladamente paranoide” (Ibid.). Y precisamente sobre la paranoia y las ideologizaciones también se ha planteado que lo paranoide puede potencializarse desde formas totalitarias o fanatizadoras de las ideologías (Cfr. Green 1990: 208/209), por fundamentarse en narrativas del tipo: “el que no es como yo o no piensa como yo está en contra de mí, y además está a sueldo del extranjero, es decir, del enemigo” (Ibid.: 208). Posicionamientos paranoicos característicos de los cuadros “borderline”, asociados a “crisis de identidad”, en los que los sujetos podrían proyectar la agresividad desde una posición paranoica y persecutoria, soportada en una “idealización del sí mismo”, de su identidad, censurando el reconocimiento de su propia angustia y hostilidad (Ibid.: 208/209). Idealizaciones

defensivas ante angustias agresivas que podrían tratar de analizarse en algunas actitudes de integrantes de grupos políticos, aunque no supuesta o necesariamente caracterizados por totalitarios o fanáticos. Y que también serían relacionables, por ejemplo, con lo planteado acerca de la “omnipotencia surgida de impotencia” (Del Cueto & Fernández 1986: 43); o también con posibles interrelaciones entre crisis subjetivas y crisis sociales (Cfr. Quiroga 1998: 21 y stes.), o entre sintomatologías singulares y “síntomas sociales”; e incluso con “crisis de identidad política”. Perspectivas desde las que sería interesante enfocar ciertos liderazgos, cuyas actitudes, discursos, podrían amoldarse parcialmente a los de una “personalidad autoritaria” (Adorno et al 1965). Discursos que podrían reorientar desde procesos identificativos, transferenciales, y proyectivos, afectividades hostiles de partidarios políticos, hacia otros grupos, o personas emblemáticas de éstos, como también cundir interpretaciones paranoicas indisociables de dicha afectividad.

Sobre la afectividad hostil es oportuno agregar que se ha formulado un mecanismo en que ésta se intensificaría al extremo, el cual se ha denominado *desobjetalización* (Cfr. Green 1980: 271 y stes; Green 1990: 195/200), sobre la que es considerable su posible ideologización, y en sus manifestaciones de violencia discursiva. En dicha operatoria se desencadenarían desinvestiduras, desmezclas de la pulsión de muerte²¹, que impulsarían el ansia de aniquilación absoluta del “objeto”, el cual podría consistir en el “otro ideológico”, ideologizándose el goce pulsional, irracional.

Las perspectivas sobre las relaciones intergrupales, en las que el desenvolvimiento de afectos hostiles entre los grupos cobraría tanta relevancia, podrían mostrarse especialmente valederas para ciertas situaciones de conflictividad social, para algunos conflictos ideológicos intergrupales (como hipotéticamente podría serlo el de la denominada *grieta*). Pero ello no debería implicar que necesariamente se asuma a las afectividades hostiles, las pulsiones agresivas, como la principal fuerza cohesionadora de las identidades grupales o como la característica más relevante de todas las relaciones intergrupales, aunque sin menoscabar su importancia en los casos de “identidades políticas grupales” confrontadas ideológicamente. Pero aun así la diferenciación con Jameson, por ejemplo, podría consistir en criticarle que reduce las relaciones intergrupales, y la cohesión identitaria del grupo, a los componentes pulsionales y afectivos hostiles, y a lo irracional, que pueden ser predominantes en el despliegue, autonomización, del nivel imaginario. Lo que, al menos en parte, podría ser posible consecuencia de la falta de articulación entre las dimensiones imaginaria y simbólica, lo cual se asemeja con las críticas ya referidas a Althusser, inherentes a la denominada “secuela del Lacan de Althusser” (Hall 2003: 27).

Sobre las teorizaciones expuestas acerca de las relaciones intergrupales y las significaciones ideológicas -Van Dijk y Jameson- se deberá destacar que, a pesar de las notables diferencias en sus fundamentaciones epistemológicas, ambas coincidirían en que el mecanismo fundamental del desenvolvimiento ideológico en los

²¹ Sin embargo, no habría que desconsiderar el siguiente apotegma de Freud (1979): “... en toda exteriorización pulsional existe libido, aunque no todo en ella sea libido” (117). Por lo que más allá de la potencial desmezcla de ciertos casos, siempre existiría un grado de mezcla pulsional.

grupos sería la oposición diferencial, antagónica, hacia la otredad. Por lo que ambos estarían dentro de la órbita de aquellos que enfatizan en la “lógica de la diferencia” (Groosberg 2003: 151/158), perspectiva que se distingue de aquellas que piensan la otredad reconociéndola “al margen de cualquier relación específica” (Ibid.: 159). Aunque la potencialidad del antagonismo diferencial en las relaciones intergrupales, y su trascendencia en las identidades grupales, puede merecer un análisis más específico en su desenvolvimiento en los campos ideológicos, porque en estos podrían existir más tendencias a las confrontaciones, antagonismos, que en otras conflictividades intergrupales, otras “luchas identitarias”, que han servido para refutar dicha “lógica diferencial”, antagónica. Con lo cual un hipotético interrogante de esta investigación es el siguiente: ¿cuán determinante debería considerarse ese mecanismo antagónico, la “lógica diferencial”, en el campo de la problemática ideológica intergrupala y política?

Para intentar contextualizar dicho interrogante es conveniente profundizar un poco sobre la tan debatida “lógica diferencial”, una de las “lógicas de lo moderno” (Ibid.: 156), que asume todas las constituciones identitarias como intrínsecas a relaciones de diferencia (Ibid.: 158). “Lógica diferencial” moderna que se produce hacia dentro del estado nacional como también hacia afuera (Cfr. Castro-Gómez 2000: 91 y stes.). “La producción de alteridad hacia adentro y la producción de alteridad hacia afuera formarán parte de un mismo dispositivo de poder” (Ibid.: 93); dispositivo que también operaría como “maquinaria productora de binarios” (Groosberg 2003: 159). Pero en la posmodernidad dichas categorizaciones se habrían metamorfoseado en “explosión liberadora de las diferencias” (Castro-Gómez 2000: 95). “Antes que reprimir las diferencias, como hacía el poder disciplinar de la modernidad, el poder libidinal de la posmodernidad las estimula y produce” (Ibid.: 94). Producción posmoderna de lo diferencial que también contribuiría a la reorganización de la economía capitalista (Ibid.: 88), porque como el Estado ya no organizaría la vida social y material de las personas, surge la globalización, como forma de acción posmoderna sin organización estatal (Ibid.: 93/94). Producciones simbólicas posmodernas que construirán la subjetividad con su “poder libidinal modelando la psicología de los individuos” (Ibid.: 94).

Un modo particular de configuración posmoderna de alteridad, de relación diferencial con el otro, podría ser la denominada “extranjería artificial” (Baudrillard & Guillaume 2000: 23/24), noción que se reelabora desde la “figura del extranjero” pensada por Simmel. Extranjería artificial que no se basa en una “distancia geográfica o cultural” (Ibid.: 23), sino en una proximidad que a su vez es distante (Ibid.). Estas producciones de extranjerías artificiales, que proliferarían en las sociedades urbanas, serían producto de “la elipsis de la alteridad o, mejor dicho, del eclipse del otro” (Ibid.). Y reforzarían, por ejemplo, las actitudes discriminatorias, que tratan “de la construcción artificial del Otro, cuya base es una erosión de la singularidad de las culturas (...) y de la entrada en el sistema fetichista de la diferencia” (Ibid.: 118). Construcción extranjerizante, artificial, del *otro*, que se sostendría en una proximidad distante (Ibid.: 23), en una comunicación distanciada (Ibid.: 30). Extranjerización artificial que puede resultar articulable con lo antedicho sobre la disposición ideológica del *otro* y diferente como extranjero y enemigo (Cfr. Green 1990: 208/209), cuando se revela el carácter fanatizador y paranoide

que pueden adquirir las ideologías (Ibid.), por lo que es considerable una posible extranjerización expresamente ideologizada de una alteridad antagónica e ideológica.

Dicha comunicación “próxima y distante”, resultaría acentuada con el auge de nuevas formas comunicativas, que coadyuvarían a producir transformaciones en las sensibilidades sociales, e incluso con riesgos de anomia (Cfr. Baudrillard & Guillaume 2000: 24/25). Formas de comunicación también denominadas *espectrales*, características de la posmodernidad, basadas en la anomia, la distancia, y el anonimato (Ibid.: 25/29), y que podrían ser medios de recreación de identidades en conflictos sociales²² (Ibid.: 34). Y las nuevas formas de comunicación digitales podrían caracterizarse en mayor o menor grado (según los casos) como “espectrales”. Porque por ejemplo las “redes sociales” podrían tener una tonalidad “espectral”, aunque no se caractericen por ser anónimas, pero en muchos casos lo son (como ocasionalmente en Twitter), y el anonimato “sería un medio para liberar lo imaginario” (Ibid.: 33).

Sobre las formas de comunicación digitales habría que agregar que “la aceleración de la comunicación favorece su emocionalización, ya que la racionalidad es, en cierto modo, más lenta que la emocionalidad” (Han 2014: 72). Considerando que “la emoción representa un medio muy eficiente para el control psicopolítico” (Ibid.: 75), tanto a nivel subjetivo como al nivel de masas, por lo que la “psicopolítica digital” pretendería apoderarse del comportamiento de éstas, interesándose, orientándose, hacia los deseos, emociones, impulsos, de lo colectivo (Cfr. Han 2014: 70/81). Con la pretensión de expandirse en la búsqueda de dominación de dinanismos psicológicos, “echa la zarpa en su lógica inconsciente (...) tiene acceso al inconsciente colectivo” (Ibid.: 81). “Psicopolítica digital” que encontraría una expresión vanguardista en la política liberal o neoliberal, porque la liberación de lo emocional sería explotada por el “capitalismo de la emoción” (Han 2014: 65/71) que pretendería ocultar a su vez las relaciones entre la emocionalidad y lo socioeconómico (Ibid.: 65).

Los modos de expresión digital también se han considerado desde la perspectiva de la *extimidad* (Cfr. Valdetaro 2017), intrínseca a “la fatal cercanía de los otros” (Ibid.: 6), presentándose como “odio al otro” (Ibid.: 7), más específicamente como odio a las formas particulares en que el *otro* manifestaría su goce (Ibid.; Miller 2010; Epzstein 2013), es decir como “odio al goce del otro” (Valdetaro 2017: 7). Perspectiva desde la que también se han enfocado ciertas problemáticas culturales vinculadas a la cuestión del género, de la *diferencia sexual*, cuando lo *éxtimo* se enlazaría al “componente nuclear de la diferencia sexual-de la molestia del goce del otro-” (Ibid.: 12). Lo cual puede ser indisociable de actitudes antifeministas, o hasta misóginas, que en un presente de incrementación de participaciones, identificaciones, y liderazgos políticos femeninos, habría que tener muy en cuenta.

Entonces, si se repiensa el goce y su basamento irracional en la fantasía ideológica, se podrían considerar modos de “extimidad” en las expresiones ideológicas, modos indisociables de goces ideológicos, y de los respectivos odios (también gozosos y fantasiosos ideológicamente) a dichos goces. Lo que también fundamentaría retomar

²² Y si por ejemplo una forma de comunicación espectral podrían ser los grafitis (Cfr. Baudrillard & Guillaume 2000: 25/27), también podría aplicarse parte de la perspectiva a otras manifestaciones discursivas parecidas, por ejemplo, las de afiches, pancartas, de manifestaciones políticas.

la perspectiva de la articulación entre el análisis del discurso con la “lógica del goce” (Zizek 2003: 171). Aunque tratando de reelaborar dicha articulación, más allá del goce y de su irracionalidad, proponiendo diversidades de las afectividades ideológicas.

Sobre la “fantasía ideológica” todavía se puede agregar que podría resultar articulable, por ejemplo, en su imbricación con las auto-atribuciones de superioridad (en términos más psicoanalíticos, podría repensarse en algunos casos como “complejos de superioridad”) del propio grupo, y atribuciones de inferioridad y/o diferencia al otro grupo, en el establecimiento polarizador entre *Nosotros* y *Ellos* (Cfr. Van Dijk 2005; 2008). Considerando que en un intento de reelaboración de la teorización de Zizek, y su fundamentación de la fantasía ideológica como efecto, respuesta, ante la irracionalidad, incongruencia del Otro (Cfr. Zizek 2003: 168/179), se replanteó en cambio la posibilidad de un goce de la fantasía ideológica en ocultar, encubrir, la racionalidad del *otro*. Encubrimiento de la posibilidad de racionalidad del “otro ideológico” que podría estar impulsado por pulsiones agresivas, disociativas, en una potencialización de la dimensión imaginaria de la discursividad, y de su irracionalidad. Como también podría estar sobredeterminado por razones estratégicas, referidas a las significaciones de aquello que se pretendiese encubrir, fuese racional o irracional.

Las anteriores formulaciones serían algunas de las formas en que puede repensarse la potencialidad de la “lógica diferencial” en las conflictividades ideológicas de las relaciones intergrupales. Pero como ya se mencionó, sobre las tendencias de las subjetividades a los antagonismos confrontativos y diferenciales con la otredad, también se han criticado a las teorizaciones mismas que enfatizan excesivamente en la “lógica de lo diferencial” al estudiar cuestiones de identidad sociocultural y otras problemáticas culturales (Cfr. Groosberg 2003; Robins 2003; Castro-Gómez 2000). Por lo que en búsqueda de superar la “lógica de la diferencia” se ha intentado repensarla desde otra “lógica de la otredad” (Groosberg 2003: 151), “percepción intensa de la otredad que reconoce la existencia del otro, en su propio lugar, como lo que es, al margen de cualquier relación específica” (Ibid.: 159). Posición que además podría analizarse como resultado de la superación de “miedos y angustias comprendidos como emociones culturales” (Robins 2003: 142), relacionados con el reconocimiento de la identidad propia y diferente del otro (Ibid.: 142/143). También podría criticarse dicha “lógica diferencial” desde la perspectiva de una tensión entre lo semejante y lo diferente: “¿Qué es lo sostenido en tal espacio colectivo? El otro -en tanto semejante y diferente- está allí para hacer posible que en lo social el sujeto se re-cree como tal” (Fernández 1989: 128). Y cuando se pretendería resolver dicha tensión, frecuentemente se conseguiría a costa de sostener criterios dicotómicos, antitéticos, que podrían conllevar reduccionismos (Ibid.: 44). Esta perspectiva psicosocial también se fundamenta explícitamente en el psicoanálisis:

“Freud había puntualizado que en la vida psíquica del individuo *el otro interviene regularmente como modelo, sostén y adversario*. Estos tres tipos de figuraciones están en juego -los tres- en los colectivos humanos; cuando una teorización acentúa alguna de ellas habrá que sostener la vigilancia epistémica suficiente.” (Ibid.: 130, cursivas de la autora)

Aunque se vuelve insoslayable remarcar que, en el campo de las conflictividades ideológicas e intergrupales, es la intervención del *otro* como adversario (más específicamente de la “otredad grupal” como rival) la que se acentuaría. Por lo que resurge la cuestión de si las críticas a la “lógica diferencial” no son mucho más difíciles de aplicar a la problemática ideológica, así como otras preguntas: ¿sería el campo ideológico intergrupar objetivable más allá de los antagonismos diferenciales?, o: ¿sería la problemática ideológica aquella en la cual la “lógica diferencial” resultaría aplicable por antonomasia?, ¿es la operación fundamental de toda ideología la oposición binaria, que expulsa a lo distinto fuera de los límites de lo inteligible?, ¿habría que asumir las posibilidades de las preguntas anteriores como tendencias, pero no necesarias, para toda configuración ideológica grupal? Y también podríamos preguntarnos: ¿no podría estar acentuada, exaltada, la tendencia al antagonismo, diferenciación binaria, del desenvolvimiento ideológico, por el posmoderno auge, “celebración”, “explosión”, de lo diferencial? Entonces habría que considerar la posibilidad de una caracterización específica de “lógica diferencial ideológica”, que se desenvolvería en las relaciones intergrupales entre grupos políticos. Por último: ¿no podría considerarse como ejemplo de dicha “lógica diferencial ideológica” a la conflictividad política denominada *grieta*? La cual también puede pensarse como síntoma (o sintomatología) sociocultural (por lo que le resultaría aplicable la noción de “psicopatología colectiva”²³), inherente al malestar en la cultura política argentina, y analizable desde la perspectiva de la sobredeterminación sociocultural, entre la predisposición histórico-sociocultural y conflictos actuales, socioeconómicos, materiales.

II.g) Cultura política, relaciones intergrupales y conflictos ideológicos.

En los debates entre teorizaciones sobre la cultura política también pueden pensarse cuestiones de la conflictividad intergrupar, ya que dichos debates giran entorno de enfoques similares a los que confrontan en las teorías sobre las relaciones intergrupales. Dos de los principales enfoques teóricos de las relaciones intergrupales son, por un lado, los que se basan en la *teoría del conflicto realista* (Cfr. Sherif y Sherif 1953; Sherif 1966; Montes Berges 2008), y, por el otro, los sustentados en la *teoría de la identidad social* (Cfr. Tajfel & Turner 1979; Montes Berges 2008) -enfoques que en la sistematización de Van Dijk se encontrarían bastante articulados-; en el debate interno al estudio de cultura política se confrontan la *teoría realista de los intereses* con el *paradigma identitario* (Cfr. Giménez 2008: 109/113). También, aunque dentro de los debates referidos más específicamente al concepto de política en sí mismo, se oponen la perspectiva realista o pragmática, con la idealista (Cfr. Schneider & Avenburg 2015).

²³ Noción que sólo se esboza hipotéticamente, porque la denominación de “patología colectiva” ha sido bastante debatida, así que de desarrollarla podría ramificarme demasiado en debates y cuestiones epistemológicas que me desviarían de los objetivos de esta investigación. Pero sobre la que es oportuno recalcar que, si Freud (1979) pensó y le resultó muy interesante la posibilidad de una “patología de las comunidades culturales” (139) -como también trató a las denominadas “neurosis sociales”, e incluso las “psicosis colectivas”-, y hasta alentó investigar sobre ello, a su vez mantuvo ciertas reservas al respecto. Y tampoco deberían desconsiderarse ciertas posturas que cuestionan trasladar descripciones, categorizaciones, surgidas de la dimensión subjetiva, a lo social y cultural, críticas que provienen, por ejemplo, de Lacan y Foucault. Pero también y por el contrario hay otros posicionamientos al respecto, como el del interdisciplinario historiador Dosse (2009), y sus análisis sobre las “patologías colectivas de la memoria”. Aunque respecto a la denominación específica de lo “colectivo” volveré a referirme más adelante.

Desde la “teoría del conflicto realista” de las relaciones intergrupales se asume que éstas se basarán primordialmente en la lucha por recursos, o en el antagonismo de metas, proyectos, “conflictos de intereses, reales o percibidos, entre un grupo y los otros” (Montes Berges 2008: 4), aunque podrían superarse por medio de la negociación, cooperación (Ibid.). Y desde la perspectiva de la “identidad social” se considera que las relaciones intergrupales están principalmente condicionadas por la búsqueda de diferenciación y competición social entre grupos, “es imprescindible que ese grupo se diferencie del resto positivamente, es decir, que su distintividad con respecto a otros grupos se base en su superioridad” (Ibid.); lo que obviamente se condice con la “lógica diferencial”. A su vez, al intensificarse las relaciones intergrupales por sobre las interpersonales, como podría ser en situaciones de competitividad, se tenderá por parte de los integrantes de un grupo a ver a los individuos del grupo competidor cada vez más indiferenciados, se los representará unificadamente (Ibid.: 5). Lo que también fundamenta pensar a las relaciones intergrupales en la representación del “Otro” (en el Otro imaginario y simbólico, en tanto formación parcialmente inconsciente, se condensarán figuraciones de sujetos, emblemas, instituciones, ideales, etc.).

Respecto a los debates sobre la cultura política, desde la “teoría realista de los intereses” el comportamiento político es asumido desde una perspectiva politológica utilitarista, basada en los intereses materiales, mercantiles, cuantificables, sean ganancias, sueldos, impuestos, etc. (Cfr. Giménez 2008: 113). Esto determinaría, por ejemplo, las elecciones de los votantes; pero la insuficiencia explicativa de las perspectivas utilitaristas se extendería y profundizaría en las demás formas de participación política (Ibid.: 115) debido a que dicha perspectiva no tendría en cuenta la relevancia de los “intereses simbólicos” (Ibid.: 113), aquello relativo a las creencias, conocimientos, reconocimientos, etc., en definitiva, al “poder simbólico” (Bourdieu 1981: 17; Giménez 2008: 113). Como también se formula como premisa, desde el paradigma identitario, que “en el fondo de todo conflicto, incluido el conflicto por recursos escasos, hay siempre un conflicto de identidad” (Melucci 1972: 70; citado en Giménez 2008: 117). Y el contexto de conflictividad de las actividades e identidades políticas también puede condicionar las constituciones de nuevas y emergentes identidades (Cfr. Giménez 2008: 117), en las que influirán acciones políticas, como la discursiva, persuadiendo, “convirtiendo”, aunque no sea de forma permanente (Ibid.). Así que desde este paradigma se enfatiza que será en los conflictos entre identidades en los que se propiciarían tanto los surgimientos, las definiciones, redefiniciones, como transformaciones de las identidades políticas (Ibid.).

Además, las identidades políticas (especialmente en los partidos) se desenvolverían en dos dimensiones, la de la *política manifiesta* y la de la *política oculta* (Ibid.: 119), lo cual constituiría un “problema hermenéutico” (Ibid.). La manifiesta sería en la que discurre la discursividad ideológica, con su propagandismo, en la que participan públicamente los actores políticos (Ibid.); y la “oculta” sería la dimensión donde opera el secretismo, las negociaciones, transacciones entre los partidos, cada cual con su respectivo “personal político” (Ibid.); y en esta dimensión oculta de la política “las identidades de los participantes no son fácilmente distinguibles” (Ibid.). Lo cual podría interrelacionarse con las situaciones en que la comunicación política, a través de grupos mediáticos afines, cede u oculta información estratégicamente, confundiendo intencionadamente. La distancia

entre las dimensiones políticas “oculta” y “manifiesta” variará de acuerdo con los contextos históricos y las identidades políticas de las que se trate. Así es que existirían contextos en los que dicho distanciamiento sería nulo, o donde lo políticamente oculto sería irrelevante, como en contextos de “transparencia democrática”²⁴ (Ibid.). Pero en otros contextos, dicho distanciamiento sí podría ser relevante, e incluso riesgoso, porque podrían tratarse de discursos públicos de los actores políticos sobre sí mismos y sus acciones, que guardasen una distancia contradictoria con sus acciones políticas ocultas (Ibid.). Por lo que se puede tomar el consejo de que, al analizar las caracterizaciones identitarias de los actores políticos a partir de lo que dicen que son o representan, también se consideren sus otras acciones, comportamientos, por si existiera la posibilidad de distinguir entre “identidad dicha” (Ibid.) e “identidad efectivamente ‘actuada’”²⁵ (Ibid.). Lo que se podría relacionar con considerar también las diferencias identitarias entre aquellos que componen las bases militantes de los partidos y los dirigentes profesionalizados de la “clase política” (Ibid.), teniendo en cuenta que muchas veces los dirigentes podrían sobreactuar su identidad política para acentuar las identificaciones ideológicas de sus seguidores.

Existen otras perspectivas teóricas del estudio de la cultura política que, aunque no profundicen en la problemática de la construcción de identidades políticas, podrían considerarse en la órbita del paradigma identitario, perspectivas que también enfatizan en la cuestión de las relaciones de poder. Por ejemplo, Varela (2005) define a la cultura política como “el conjunto de signos y símbolos compartidos (transmiten conocimientos e información, portan valoraciones, suscitan sentimientos y emociones, expresan ilusiones y utopías) que afectan y dan significado a las estructuras de poder” (166; citado en Schneider & Avenburg 2015: 119). Pero sobre la dimensión ilusoria, o utópica, es oportuno retomar lo planteado sobre la “ilusión grupal”, una de las significaciones imaginarias que conformará las específicas identidades grupales (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986: 31 y stes.; Fernández 1989: 144/146). Ya que habría que enfatizar que dichas ilusiones o utopías podrían no ser compartidas por todos los participantes de la cultura política, sino por el contrario diferir intergrupalmente, y confrontar, de acuerdo con la conflictividad entre diferentes “significaciones imaginarias ideológicas grupales”, en el contexto de la cultura política.

Otra concepción de la cultura política, que enfatiza más en su inestabilidad por las conflictividades y luchas de poder, y que sea posiblemente articulable con lo planteado sobre las significaciones imaginarias ideológicas, podría ser la de Quevedo (1997), quien define la cultura política como “el conjunto de las formaciones simbólicas e imaginarias mediante las cuales los individuos viven y se representan las luchas por el poder y las competencias por el dominio de los sistemas decisorios de una sociedad” (62; citado en Schneider & Avenburg 2015: 114/115). Y por su parte, Schneider & Avenburg (2015) redefinen la cultura política, como:

²⁴ La democracia es definida desde el paradigma identitario como el sistema capaz de garantizar la libre politización de las identificaciones colectivas (Cfr. Pizzorno 1994: 183; Giménez 2008: 121).

²⁵ Aunque habría que mantener una reserva epistémica sobre la distinción entre “identidades dichas” e “identidades actuadas”, porque podría resultar contradictoria con planteamientos relativos a la performatividad identitaria.

“... la matriz de significados encarnados en símbolos, prácticas y creencias colectivas mediante los cuales las personas y las sociedades se representan las luchas por el poder, ponen en acto las relaciones de poder, la toma de decisiones, cuestionan o no los valores sociales dominantes y resuelven o no el conflicto de intereses” (127).

Desde las teorizaciones que se enfocan más específicamente en los conflictos ideológicos dentro de la cultura política, se plantea por ejemplo que el “aspecto ideológico de la cultura política conlleva la diferenciación de creencias y valores dentro de la sociedad; consecuentemente en una cultura política habría algunos escasos principios absolutamente compartidos por todos los sectores de una sociedad” (Costa, Etchezahar, Melita 2011: 153). Dichos valores y creencias se diferenciarían al ideologizarse, y haciendo disidir a unos grupos de otros, por lo que también se asume una perspectiva ideológica de las relaciones intergrupales: “ideología sería el modelo de actitudes comunes a un endogrupo desde la perspectiva de su disidencia políticamente destacable con otros patrones grupales” (Ibid.). Por lo que se trataría de una comprensión de la cultura política como un campo en el que se desenvolvería la lucha ideológica. “En resumen, una cultura política discreparía ideológicamente en función de factores que son destacables para la estructuración de las prácticas sociales asociadas a un mundo político determinado” (Ibid.). Y también, desde un enfoque psico-sociopolítico, se ha indagado en la recuperación de “el papel de la ideología como componente clave de la cultura política y considerando el rol de los medios masivos de comunicación como agentes y referentes ideológicos” (Paz García & Brussino 2015: 95).

Se puede pensar, entonces, a la cultura política como un campo compuesto de luchas ideológicas, luchas por la significación (Cfr. Hall 2010: 169), de disputas entre diferentes significaciones imaginarias ideológicas en el imaginario social. Disputas por reconfiguraciones de entramados del “sentido común”, que con sus componentes discursivos, conscientes e inconscientes se conforma parcialmente por vestigios de configuraciones ideológicas anteriores (Ibid.: 230/231).

La perspectiva de pensar los conflictos ideológicos contextualizándolos en la cultura política se opondría por supuesto a los que asumen a la cultura política como un componente de la ideología²⁶. Y escenificar, enmarcar las luchas ideológicas en el contexto de la cultura política, implicaría asumir que esta mantendría algunas características fundamentales en los transcurso de dichas confrontaciones, como podría ser el sostenimiento de las creencias y valores cívicos, democráticos. Aunque por supuesto hay rasgos, características, matices, en que la cultura política puede ser redefinida y transformada desde las confrontaciones ideológicas. Pero no se trataría

²⁶ Ya que existen autores que proponen integrar el concepto de cultura política en el de ideología, como Cott & Mounier (1985; Chirinos & De Tortolero 2007), desde la perspectiva de que la cultura política sería una especie de variante, expresión, del campo ideológico, ya que “la ideología designaría un fenómeno social más genérico e inclusivo” (Chirinos & De Tortolero 2007: 7). Es una concepción demasiado amplia, abarcadora, inespecífica de las ideologías, y que conlleva los riesgos y debilidades que ya se han mencionado. Desde dicha teorización se plantea, además, que la cultura política sería expresión de la ideología dominante (Ibid.: 6/7), e incluso fundamentan en parte a dicha perspectiva en Gramsci (Ibid.: 7). Pero desde dicha interpretación se podría estar reduciendo su concepción de la hegemonía cultural a las dominaciones e imposiciones ideológicas, desconsiderando la importancia de las contradicciones, persuasiones, y luchas ideológicas en las composiciones y búsquedas de consolidación de la hegemonía, lo cual conllevó repensar renovadoramente la problemática del poder (Cfr. Mouffe 1991: 206/226). Además, ¿no se dificultaría, o hasta imposibilitaría, pensar a las luchas ideológicas por la hegemonía cultural, si la cultura política se asume como un componente de la ideología dominante? Sería menos difícil si se concibiera a la cultura política como expresión de diversas ideologías dominantes que disputan por hegemonizar, y así se podría caracterizarla también en situaciones de intensas luchas ideológicas.

de suponer que cualquier conflictividad ideológica podría producir transformaciones en la cultura política; deberían ser luchas ideológicas entre agrupaciones políticas poderosas (y en sus redes intergrupales, interinstitucionales) que confronten por hegemonizar (aunque no lo consigan) política y culturalmente. Transformaciones que hipotéticamente podría producir la conflictividad ideológica denominada *grieta*.

En dichas confrontaciones hegemónicas también pueden pensarse a las interrelaciones entre los conflictos de intereses denominados reales, materiales, socioeconómicos (que atañen por supuesto a las luchas intergrupales por los recursos), con las conflictividades entre identidades políticas grupales, en su búsqueda de diferenciación antagonista, y en su diversidad de intereses simbólicos. Para pensar dichas interrelaciones resulta axial la problemática ideológica, por su involucramiento con las estructuras de los poderes políticos y estatales, y por su capacidad de producción y reproducción simbólica, su potencialidad de condicionar la construcción y reconstrucción de identidades (Cfr. Hall 2010: 163/188); lo cual también explica que se puedan asumir a los conflictos ideológicos intergrupales como componentes fundamentales de la cultura política. Los conflictos por los intereses denominados reales, materiales, socioeconómicos, y las conflictividades entre identidades políticas, pueden tratar de interrelacionarse analizando críticamente la discursividad ideológica e intergrupales. Análisis crítico del discurso ideológico que también es instrumentalizado para investigar específicamente la prensa escrita (Cfr. Van Dijk 1996; 2005; 2008). Así es que en la próxima y última parte de este marco teórico me adentraré en la cuestión del análisis crítico del discurso ideológico en dicho medio de comunicación, escenario de la cultura política, y con la pretensión de articularlo con otras de las teorizaciones que se han venido desarrollando.

Se trata de un enmarcamiento teórico heterogéneo, interdisciplinario, y hasta ecléctico, desde el que podría abarcarse la complejidad de las significaciones imaginarias ideológicas, que pueden “definirse” provisoria, instrumental, y cuasi heurísticamente, como: significaciones desenvueltas dialógicamente entre lo consciente e inconsciente, lo racional e irracional, lo representacional y afectivo, rectoras de lo real mediante las dimensiones interrelacionadas de lo simbólico e imaginario, caracterizándose por representar significados sociopolíticos y socioculturales implicados en relaciones conflictivas de poder, disputados discursivamente en relacionamientos intergrupales en el contexto de la cultura política.

II.h) Análisis crítico del discurso ideológico en la prensa escrita.

Si se asume que las ideologías se producen y reproducen principalmente en forma discursiva, se tratará de indagar en la transmisión de valoraciones ideológicas mediante las “estructuras semánticas del discurso” (Van Dijk 2008: 202/252), estructuraciones que incluyen desde el nivel de la lexicalización hasta las proposiciones e implicaciones (Ibid.).

Así es que va retornando la cuestión bosquejada de las implicaciones de las proposiciones, por su ya destacada importancia para la crítica de la narrativa ideológica (Cfr. Hall 2010: 173/174). Ya que “muchas implicaciones y presuposiciones de editoriales y artículos de opinión se basan en unas actitudes complejas e ideológicas sobre

las normas sociales, los valores y los derechos e intereses de los grupos” (Van Dijk 2008: 242), teniendo el poder de atribuir diferentes grados de implicación o responsabilidad en diversas acciones, sean positivas o negativas, en el contexto de determinados conflictos sociales (Ibid.: 222). Existen “muchas implicaciones en las oraciones y en los discursos, en combinación con el contexto de la información y el conocimiento general social o cultural, que evidencian la posición ideológica del articulista” (Ibid.: 239), con lo cual se trata de analizar la “intención discursiva del contenido del mensaje, en un contexto ideológico determinado a partir del cual se pretende determinar una orientación social y política, a fin de lograr reproducir la ideología a través del discurso” (Ochoa Gonzáles 2016: 42).

Las implicaciones de las proposiciones también pueden servir a la estrategia discursiva global de la autopresentación positiva (Nosotros) y de la presentación negativa (Ellos), adquiriendo formas sutiles, persuasivas, por ejemplo, en las interrelaciones de las proposiciones (Cfr. Van Dijk 2008: 247/248), expresando posicionamientos ideológicos en la atribución de “tipos de implicación específicos en buenas y malas acciones” (Ibid.: 226), lo cual podría concernir, por ejemplo, a operativos “eufemismos que minimizan la importancia de las acciones negativas” (Ibid.). Y también podría manifestarse la presentación negativa desde los énfasis puestos en las supuestas distancias, entre “lo dicho y actuado”, en el desenvolvimiento de las identidades políticas de “Ellos”, e, inversamente, acercar, disimular, las distancias entre “lo dicho y actuado” desde el “Nosotros”. Lo cual debería analizarse desde una caracterización identitaria de los actores políticos que incluya sus diversas prácticas, y considerando las orientaciones ideológico-políticas de los articulistas y sus contextos informativos. Dichos contextos (parcialmente ideológicos) de la información, que podrán ser condicionantes de los discursos, también son conceptualizados como “modelos” (conjuntos de representaciones de situaciones, actores, hechos), ya que mientras “leemos un diario, construimos y actualizamos continuamente un modelo de diario (y sus características), un modelo del autor del reportaje o editorial, del yo como lector, así como también modelizamos otras características contextuales” (Ibid.: 215). Los modelos contextuales, que organizan la información recibida, podrían ser indirectamente ideológicos y orientar interpretaciones parciales, prejuiciosas, de los discursos que se significan ideológicamente (Ibid.: 215/216).

Los modelos contextuales de comunicación se relacionan directamente con la cuestión ya tratada del “consentimiento del público”, ya que cotidianamente muchos periódicos con públicos adeptos, influidos, y satisfechos, reproducen ideología discursivamente con argumentos contextuales, afianzando su influencia social y política (Cfr. Ochoa Gonzáles 2016: 45). Como, por ejemplo, con discursos “de semblanza a favor de personalidad asociada a determinada ideología tendente a influir en la actitud de sus lectores” (Ibid.). Pero dichos discursos de semblanza también podrían apuntar a acaparar o consolidar un nuevo público, favoreciendo construcciones de modelos que estructuren significados, construcciones modeladoras que podrían acondicionarse por discursos ideológicamente prejuiciosos, estereotipados (Cfr. Van Dijk 2008: 226). Ya que “un discurso lleno de prejuicios puede de igual modo favorecer la construcción de modelos que unan tales estructuras de significado, si no hay actitudes alternativas presentes que reten las sugerencias estructurales de la construcción de modelos preferentes” (Ibid.).

La cuestión de los modelos de contexto comunicativo también es inherente a que existirá información contenida en los relatos mediáticos, que para miembros de algunos grupos sociales podría ser relevante, pero para otros podría no serlo (Ibid.: 228/229). Dicha relevancia se definiría, al menos en parte, con relación al contexto, y en muchos casos lo considerado relevante puede ser intrínseco a creencias e intereses ideológicos (Ibid.). La relevancia en los artículos de diarios se suele señalar, focalizar, mediante los titulares, las entradillas, la posición inicial en las oraciones, etc., algunos de los recursos denominados como “sistemas de prominencia” (Ibid.: 229). Y los señalamientos de lo relevante de la información podrían proyectarse en la estructuración discursiva, “generando implicaciones ideológicas” (Ibid.). Desde los titulares se podrá influir definitivamente en las interpretaciones de todo el texto, e incluso excluyendo interpretaciones que se desvíen de lo implicado en el título (Ibid.: 252). Lo cual no significa que focalizar una característica principal desde el título o de otra forma, necesariamente conlleve un posicionamiento ideológico, pudiéndose incluso rechazar el significado de aquello considerado relevante (Ibid.: 224). Esto dependerá del contexto de la comunicación, del periódico en el que se escriba, y del codificador, del grupo concreto del que sea parte, de cómo podrá interpretarse ideológicamente a la información en su estructuración jerárquica de significado (Ibid.: 230/231).

Si se ha venido reiterando la cuestión de las implicaciones ideológicas de los discursos, no es porque se subestime la importancia que pueda tener lo explícito, sino porque dichas implicaciones pueden ser más complicadas para el análisis de las argumentaciones ideológicas. Ya que por ejemplo las implicaciones pueden tratar de sutilizarse, mitigarse, esconderse, en la argumentación estratégica, por medio de ciertas “jugadas semánticas” (Ibid.: 250). Una jugada típica sería una forma de negación, por ejemplo, se comenzaría un párrafo con una afirmación breve, sencilla, y “positiva” (sobre algún grupo, ideológico, religioso, racial, etc., al que se dedica el texto), pero desde una cláusula subordinada, que en general se continuaría con un “pero...” o un “por supuesto”²⁷ (Ibid.: 248). Y si al inicio se rescataría cierto aspecto positivo del grupo en cuestión, o de su situación sociopolítica, en el resto del párrafo, y del texto entero, se continuaría destacando lo negativo, es decir se comenzaría con una oración “más humana y tolerante (la proposición inicial) y otra más autoritaria e intolerante (la introducida por un *pero*)” (Ibid.: 249, cursiva del autor). Estos tipos de jugadas semánticas, muy proclives a aparecer en conflictivos discursos ideológicos, tendrían la intención de aparentar no ser generalizadoras para poder persuadir al público ideológicamente, y serían de uso obligado en los discursos políticos y mediáticos (Ibid.: 249/250).

En las persuasiones de los decodificadores también serán fundamentales los supuestos grados de coherencia de los relatos mediáticos; pero la cuestión se problematiza si se tiene en cuenta que también “la coherencia del discurso es relativa, (inter)subjetiva y está definida por modelos mentales” (Ibid.: 220). Lo que remite nuevamente a los condicionamientos ideológicos, que incidirán en lo que los sujetos podrían interpretar como incoherente, ficticio, o equivocado (Ibid.: 213/214). Y lo mismo se puede plantear para lo considerado

²⁷ El ejemplo tomado por Van Dijk (2008: 249) para este caso es el siguiente: “La mayoría de los musulmanes no están involucrados en el fundamentalismo o el terrorismo. Pero para el interés de los musulmanes y de los no-musulmanes, se debe decir sin evasivas que en todo el mundo...” (New York Times, artículo de opinión, 29 de junio de 1993). Por supuesto que el ejemplo periodístico continúa, pero es la cuestión de la “jugada semántica”, del “pero” la que interesa destacar aquí.

verdadero, ya que si en general las proposiciones serían aceptadas como verdaderas por el codificador, y derivarían de conocimientos socioculturales, pudiendo contener significados ideológicos, la presunta verdad expresada en ellas podría considerarse como verdadera sólo por aquellos que comparten la misma ideología (Ibid.: 235/240). Si la coherencia busca fundamentarse en conocimientos socioculturales, generales, como también en conocimientos específicos, la articulación coherente puede consistir solamente en cómo se interrelacionen intencionadamente las proposiciones en las secuencias de las oraciones (Ibid.: 246). Lo que tiene similitud con lo planteado desde la “lógica de la disposición” (Hall 2010: 173), desde la cual se analizó cómo las premisas, las presuposiciones y las proposiciones, se convierten directamente en afirmaciones. Por lo que dicha lógica es consecuente con que “en la coherencia discursiva pueden aparecer formas de ‘prejuicio’, y por tanto una monitorización ideológica” (Van Dijk 2008: 246). Prejuicios muy posiblemente indisociables de “auto-atribuciones de superioridad y atribuciones de inferioridad o ‘diferencia’ a otros” (Van Dijk 2005: 29), y que pueden ser característicos de la operación discursiva de la “falacia ideológica” (Ibid.: 22), que se manifestaría por ejemplo como sobregeneralizaciones (Ibid.: 22/33). Teniendo en cuenta que la coherencia discursiva puede incluir interpretaciones basadas en “situaciones reales o ficticias” (Van Dijk 2008: 246), o “en el mundo real o en ‘cosas’ imaginarias” (Ibid.: 220), aunque no hay que desconsiderar que las relaciones de coherencia puedan verse particularmente afectadas en temas especialmente controvertidos ideológicamente, como las cuestiones de género o de las estructuras económicas (Ibid.: 247).

La coherencia discursiva también podrá analizarse desde diferentes niveles, ya que existe un nivel general que se anunciará en los artículos desde las “macroproposiciones temáticas” (Ibid.: 250), expresadas habitualmente en los titulares; se trata de la “coherencia global” o general, nivel de los significados globales (Ibid.: 250 y stes.). En dicho nivel “se clasifican los temas a los que se les da importancia en el cuerpo (...) ubicando el ‘qué’ y el ‘cómo’ del contenido” (Cfr. Ochoa González 2016: 56); clasificación que suele estructurar los textos sintetizando lo considerado más importante en las titulaciones, técnica denominada “pirámide invertida” (Ibid.). Y la “coherencia local” (o “significado local”) es la denominación de la interrelación intencional de las proposiciones en las secuencialidades oracionales (Cfr. Van Dijk 2008: 246). En “el nivel de los Significados Locales se analiza el sentido de las palabras desde dos categorías de análisis: implícito y explícito” (Ochoa González 2016: 56).

Dichos niveles y categorías se compondrán desde la acción discursiva de la lexicalización, ya que “el mayor grado de significado en un discurso controlado por la ideología es la selección del significado de las palabras mediante la lexicalización” (Van Dijk 2008: 222). Su intencionalidad podría expresarse, por ejemplo, significando hiperbólicamente (Cfr. Van Dijk 2005: 32/33.), lo cual se trataría de otra técnica ideológica de “operación simbólica” (Thompson 2002: 91), como otras operaciones podrían ser: la racionalización, eufemización, naturalización, expurgación del otro, eternalización, etc. (Ibid.). Operaciones que, además de corresponderse en cierta medida con las categorizaciones de Van Dijk, se considerarán también desde otras teorizaciones ya desarrolladas. Y con respecto a la operación de “lexicalización” es oportuno agregar que será fundamental en la tematización de los discursos desde los significados globales, tituladores, que como se

mencionó, pueden influir definitivamente en las interpretaciones del cuerpo del texto, es decir, del nivel local, e incluso excluyendo interpretaciones que se desvíen de lo implicado en el título (Cfr. Van Dijk 2008: 252). La relevancia de los titulares como estructuraciones jerárquicas de los significados, es asociable con la importancia de la unidad narrativa de la frase en los discursos, ya que las frases son pequeños esbozos de discursos, relatos (Cfr. Barthes 1970: 7/8). Aunque aclarando que no habría que reducir los relatos a sumas de frases, ya que “la lingüística se detiene en la frase, el análisis del relato se detiene en el discurso” (Ibid.: 45). Pero para que los discursos se puedan interpretar como posicionamientos ideológicos es necesario analizar tanto la frase, el texto entero, como su contexto (Cfr. Van Dijk 2008: 226).

Contextos ideológicos (en que los mensajes se producen, se moldean las cogniciones, preferencias, y enmascaramientos del ordenamiento social) en cuyo redescubrimiento también se basó el paradigma crítico de los estudios de medios (Cfr. Hall 2010: 164/168) -como ya se planteó en la primera parte-, significando el paso hacia un “modelo ‘ideológico’ del poder” (Ibid.: 164), poder ideológico desde el que pueden definirse las situaciones, significando particularmente a la realidad (Ibid.: 168/251).

“Definiciones de la situación” que también pueden connotar, por ejemplo, denominar de irracionales (incluso con terminologías psicopatológicas algunas veces) a las acciones, discursos, procedimientos, de algunos grupos; lo cual tiende a suceder en situaciones problemáticas, perturbadoras, conflictivas, que podrían alterar el *statu quo*, y que a su vez tienen más tendencia a interpretarse ideológicamente (Ibid.: 248/251). Los procesos psíquicos ideológicos pueden invisibilizar, enmascarar, las premisas, precondiciones, presuposiciones, en que se basan las interpretaciones sobre la supuesta irracionalidad (de los sujetos y/o grupos), tanto en los codificadores como en decodificadores discursivos (Ibid.: 174/251). Lo cual se corresponde por supuesto con el planteamiento sobre la relatividad intersubjetiva e ideológica de la coherencia discursiva (Cfr. Van Dijk 2008: 220/247). Algo análogo podría plantearse sobre definir a las situaciones, acciones, prácticas discursivas, como éticas o no, lo que podría vincularse con la trascendencia que pueden adquirir o readquirir ciertos valores socioculturales, y que podrían connotar una reutilización ideológica. Esto remite a la cuestión de la orientación hacia la consensualidad de los medios de comunicación masiva, porque en las confrontaciones entre redes intergrupales (constituidas por grupos políticos, mediáticos, empresariales) se buscaría consensuar enfatizando también en lo que podría ser considerado racional y ético para ciertos sectores (ampliando el “Nosotros”), y tratando de enmendar a su vez los consensos de “Ellos” endilgándoles supuestas irracionalidades, como conductas no éticas. Así que en vez de aceptarse en “Ellos”, en sus significaciones ideológicas, expresadas en discursos y comportamientos, componentes tanto racionales como irracionales, podrían preponderar su supuesta irracionalidad, hasta pudiéndoles negar generalizadamente capacidad de prácticas racionales. Pero lo fundamental es que dichas definiciones de irracionalidad, y de ausencia de ética, muchas veces podrían basarse en premisas y presuposiciones ideológicas, las cuales podrían no ser consideradas racionales o éticas por otros. También puede considerarse que para afianzar la influencia sociopolítica en ciertos sectores, o en la búsqueda de acaparar nuevos receptores, las intencionalidades discursivas podrían articularse en una dialógica entre lo racional e irracional. Por ejemplo, mediante discursos ideológicamente prejuiciosos, estereotipados (Ibid.: 226);

o reproduciendo discursos ideológicos “de semblanza” para satisfacer a lectores de un público específico (Cfr. Ochoa Gonzáles 2016: 45); o reforzando algunas argumentaciones desde acentuaciones ideológicas, intensificando identificaciones que aumentarían la credibilidad de la lectura de situaciones, “con el fin de ‘ganar el consentimiento’ del público” (Hall 2010: 249). Los discursos ideológicos prejuiciosos y/o que apuntan a determinado público en busca de su consentimiento, su satisfacción, también resultan proclives a analizarse desde la articulación teórica entre el análisis crítico del discurso ideológico con la “lógica del goce”, en su desenvolvimiento irracional en la fantasía ideológica (Cfr. Zizek 2003), desde la que también se podría impulsar el encubrimiento u ocultamiento de la racionalidad del “Otro ideológico”, de “Ellos”.

La articulación entre el análisis del discurso y la perspectiva psicoanalítica también puede pensarse desde la susodicha “lógica de la disposición” (en su diferenciación de la lógica racionalista), la cual compondrá parte de la narrativa ideológica, y que se implementa a través del mecanismo en que sólo se aparentaría un necesario encadenamiento de implicaciones entre afirmaciones y presuposiciones, facilitando la inserción de las declaraciones afirmativas (Cfr. Hall 2010: 173/174). Porque la estructuración de presuposiciones ideológicas podría ser parcialmente inconsciente, tanto para los codificadores como para los decodificadores (Ibid.: 174); resultando aplicable al análisis discursivo la perspectiva del desenvolvimiento dialógico entre lo consciente e inconsciente, lo racional e irracional, y lo “real” e imaginario. Y la cuestión de cómo en la narratividad ideológica se encadenan implicatoriamente las proposiciones, resultaría compatible con las categorizaciones analíticas que han equiparado el nivel implícito de los mensajes con “lo latente” (que podría redefinirse como parcialmente inconsciente en algunos casos), y al nivel explícito con “lo manifiesto” (Mattelart, Piccini 1976). Aunque por supuesto que las codificaciones de implicaciones también podrían ser plenamente conscientes, y además calculadamente estratégicas, e involucrar tanto a los procesamientos conscientes como inconscientes de los decodificadores, lo cual sería relativo a la subjetividad de los lectores y al contexto comunicativo.

Sobre los decodificadores mediáticos también pueden repensarse otras categorizaciones, que han tendido a interpretarse funcionalmente en vez de referirse a la problemática ideológica, como por ejemplo la denominada “percepción selectiva” (Hall 2010: 160). Denominación que se elaboró para considerar cómo “diferentes individuos podían traer su propia estructura de atención y selectividad a lo que ofrecían los medios” (Ibid.); pudiendo encontrar diferentes formas de satisfacción en distintas ofertas mediáticas, que eran seleccionadas por ellos (Ibid.: 161). Desde lo cual puede considerarse, por ejemplo, cómo ciertas formas de goce ideológico podrían ser explotadas por los medios de comunicación masiva. Explotación de la afectividad ideológica que pretendería apuntalar, afianzar, consolidar la consensualidad sociopolítica de ciertos sectores, satisfaciéndolos, consintiéndolos, con acentuados discursos ideológicos, pudiendo intensificar las confrontaciones intergrupales, ya que muchas veces podrían apelar a la representación polarizada entre “Nosotros y Ellos”, de un lado lo bueno, lo verdadero, superior, del otro lo malo, lo falso, e inferior (Cfr. Van Dijk 2005, 2008).

Confrontaciones polarizadas en que se basa el contenido de muchas publicaciones relacionadas con “la grieta”, tratándose de manifestaciones ideológicas sumamente (y variablemente) provocativas, agresivas, que suelen

sucedir con frecuencia en la televisión o en la radio²⁸. También, y cada vez más, en las redes sociales, lo que puede repensarse por ejemplo desde la perspectiva de cómo en las nuevas formas de comunicación se intensifica la emocionalidad, de lo que se aprovecharía la psicopolítica digital (Cfr. Han 2014: 72/75). Medios digitales que cada vez son más usados para distintas comunicaciones políticas (o psicopolíticas), y que pueden estudiarse en su inherencia a la problemática de la “lucha en el discurso” (Hall 2010: 178), ya que la discursividad ideológica -en todas sus vertientes, formas, estilos, en las diversas coyunturas históricas-, es un campo fundamental de dichas disputas por las significaciones (Ibid.). Producciones sociales de las significaciones que significarán la realidad social discursivamente, atribuyendo diversos significados a las mismas situaciones (Ibid.: 166/169), conformando la “lucha por el significado” (Ibid.: 177/180), posible expresión de procesos de deconstrucción, reconstrucción, y “construcción de significado” (Ibid.:168). Disputas discursivas que pueden adquirir una importancia trascendente por producirse a través de múltiples “medios de significación” (Ibid.:180), como el de la prensa escrita digital.

Prensa digital que entonces puede asumirse como “escenario de lucha (entre definiciones enfrentadas)” (Ibid.: 169), confrontaciones entre definiciones y redefiniciones interdiscursivas que pueden ser expresión de una disputa hegemónica entre redes intergrupales, interinstitucionales (constituidas por grupos políticos, mediáticos, económicos, etc.), como sería el caso de la denominada *grieta*. Confrontación entre grupos políticos de centroderecha y de centroizquierda (con sus respectivas alianzas variables con otros partidos), que en sus redes interinstitucionales estarían representados por determinados grupos mediáticos, cuyas discursividades tendrán intensas acentuaciones ideológicas reconocibles, muchas veces fácilmente identificables. Por lo que se trata de una conflictividad ideológica entre partidos políticos que se vienen alternando en el poder estatal, y que a su vez están apoyados por la discursividad ideológica de grupos mediáticos, marcada oposición interinstitucional atravesadora de los aparatos ideológicos que caracterizaría a “la grieta”, como emergente de un proceso histórico sociocultural.

Las perspectivas históricas desde la que se piense el surgimiento de la denominada *grieta* también podrían concernir a interpretaciones ideológicas (dilema que a su vez podría ser apto para ser enfocado desde una perspectiva psichistórica sobre los “traumas sociales” en la “memoria colectiva”²⁹). Porque como se adelantó en la introducción, existen diversas interpretaciones mediáticas sobre “la grieta”, ya que se ha cuestionado bastante la significación de dicho término. Por ejemplo y resumidamente se interpretaría que consistiría en una

²⁸ Las versiones digitales contienen enlaces, links, a segmentos grabados de programas televisivos, o a audios de programas radiales en los que preponderan dichas confrontaciones, peleas, enfrentamientos, contextualizados por “la grieta”. Por lo que recorrerían un circuito informacional, un entramado discursivo, a través de la industria mediática, cada vez más interconectada, conformando así también lo que se denomina hipertexto multimediático o red informacional.

²⁹ ¿O sería más indicada la denominación “memoria social”? Considerando la diferenciación establecida entre las *representaciones colectivas* y las *representaciones sociales* (Cfr. Moscovici 1988: 18; Girola 2012: 378/379), ya que la noción de lo *colectivo* concierne a lo que en una comunidad se comparte homogéneamente, pero considerando que “existen muchas representaciones, que no son homogéneamente compartidas, sino que pertenecen a grupos diversos dentro de una sociedad, que pueden incluso estar en contradicción unas con otras, y que son creadas y renovadas continuamente, entonces es más apropiado llamarlas ‘sociales’” (Girola 2012: 379). Por lo que la misma perspectiva resultaría aplicable a la noción anteriormente aludida de “psicopatología colectiva”.

construcción mediática que tendría el objetivo de encubrir y disimular antagónicas e históricas desigualdades sociales, siendo funcional a intereses neoliberales hegemónicos y macristas; e implicándose así que dicha discursividad mediática sería un artificio ficticio, falaz. Pero en dichos cuestionamientos pueden analizarse las posibles relaciones (indirectas o no) entre los relatos mediáticos que habrían instaurado la lexicalización de *la grieta* y lo que se asumiría como conflictividad sociopolítica real. Y pensar a *la grieta* como una construcción mediática no sería incompatible, por ejemplo, con conceptualizarla como una “significación imaginaria social”, cuyas resignificaciones se disputarían desde diferentes “significaciones imaginarias ideológicas”. Construcción mediática que por supuesto también resultaría analizable desde otras teorizaciones desarrolladas, por ejemplo desde la perspectiva de que en los discursos ideológicos se distorsionaría la experiencia, se deformaría imaginariamente la práctica, a través del lenguaje, distorsionando las condiciones reales (Ibid.: 182/234). Esto dicho sin soslayar tampoco que la discursividad ideológica tendrá efectos reales, consecuencias sociales, materiales (Ibid.: 182). Como también se torna insoslayable que, desde el paradigma crítico, los medios de comunicación se asumen como parte de los procesos de formación del consenso acerca de las formas de definir la realidad, y no como meros reproductores o reforzadores de estos (Ibid.: 163/186.), así como también que dichas formaciones, definiciones, significaciones, pueden estar ideologizadas (Ibid.: 163/186/).

III. Objetivos, metodología, corpus:

Como ya se adelantó, el objetivo general de esta tesis es realizar un análisis exploratorio de la prensa escrita digital de Argentina (abarcando el período 2013-2019) en lo relativo a publicaciones sobre la denominada *grieta*, considerándola desde la perspectiva de la conflictividad ideológica. De tal modo, se explorarán las “identidades políticas grupales” en relación con su conformación por “significaciones imaginarias ideológicas”, y en sus posibles interrelaciones con la “lógica diferencial ideológica”, intentando dilucidar las posibles interrelaciones entre lo ideológico, lo emocional y lo afectivo, y sus manifestaciones discursivas. Consideramos que *la grieta* puede entenderse como síntoma sociocultural -del malestar en la cultura política argentina-, en tanto manifestación de la sobredeterminación de predisposiciones histórico-socioculturales y situaciones actuales socioeconómicas.

El abordaje metodológico implica una estrategia crítico-interpretativa de tipo cualitativa, en la que se pretende acentuar “la articulación lógica entre los supuestos epistemológicos, las teorías generales, los conceptos, las categorías, los métodos y las técnicas” (Valdettaro 2015: 98). El análisis del discurso, por sus fuentes transdisciplinarias y su versatilidad para implementarse metodológicamente (Cfr. Garay, Iñiguez, Martínez 2005: 106 y stes.) resulta idóneo para tratar de articular y complementar teorizaciones de diversas disciplinas y corrientes.

De tal modo, dicho abordaje teórico-metodológico transdisciplinar procede articulando nociones del “análisis crítico del discurso ideológico” (Van Dijk 1996, 2005) con teorizaciones psicoanalíticas de las ideologías,

articulación que posibilita analizar a los discursos ideológicos como expresión de afectividades, y en su procesamiento parcialmente inconsciente, o en su dialogismo con la dimensión imaginaria.

Las perspectivas discursiva y psicoanalítica también son dos de los principales enfoques teóricos de la Psicología Política, que también aplica como uno de sus métodos principales el análisis de documentos, y en especial los que contengan discursos ideológicos (Cfr. Martín-Baró 1991). Por lo cual el análisis del discurso también viabiliza hacia el objetivo transdisciplinario de encontrar aportes teóricos entre la Psicología Política y los Estudios Culturales.

En los Estudios Culturales se ha destacado la problematización de los contextos ideológicos de las producciones discursivas, fundamentales en el estudio de los medios de comunicación (Cfr. Hall 2010). El “análisis crítico del discurso ideológico” (Van Dijk 1996; 2005) propone la interpretación crítica de los discursos de la prensa escrita como posicionamientos ideológicos, analizando tanto las frases y los textos, como sus contextos (Cfr. Van Dijk 2008: 226). Dicha contextualización de los discursos ideológicos también orienta a un análisis interdiscursivo en la prensa escrita. La noción de interdiscurso corresponde a “un estatus epistemológico análogo al de los conceptos de *Inconsciente* e *Ideología*: el Interdiscurso no es «observable» sino a través de sus efectos” (Aguilar et al 2014: 47, cursivas de las autoras).

Desde estos presupuestos generales, se analiza un corpus de la prensa digital argentina abarcando publicaciones desde el año 2013 hasta el 2019. A los fines de la delimitación, se decidió un recorte basado en las versiones digitales de la prensa escrita. El tema general implica un primer recorte que se va especificando de acuerdo con los objetivos específicos, y que también orientan cualitativamente la selección de los “subtemas” que organizarán la exposición del análisis. Acerca de la extensión temporal, su exploración se plantea desde un criterio cualitativo, que irá trazando puentes interdiscursivos en la extensión cronológica.

Como ya se expuso más arriba, en la prensa escrita argentina al “macrismo” se lo identifica principalmente con los tradicionales periódicos *Clarín* y *La Nación*, así que se prioriza la selección del material de los mismos. Pero también se ha manifestado una discursividad macrista y antikirchnerista en otros diarios y revistas muy leídos, como en el periódico exclusivamente digital *Infobae*, o en la revista *Noticias*, cuya versión digital se encuentra en el periódico *Perfil*, aunque sus “líneas editoriales” resultan distinguibles en muchas ocasiones. Y al “kirchnerismo” se lo vincula ideológicamente con *Página 12* principalmente -por lo que se ha priorizado la selección del material desde la versión digital de dicho periódico-, pero también con otros de fundación más reciente, como *Tiempo Argentino*, o con los periódicos exclusivamente digitales como *Infonews* o *El Destape*, que resultan útiles complementariamente. También se utilizan ocasionalmente algunas publicaciones de otros medios de prensa digitales para contextualizar algunas situaciones.

Se hace necesario enfatizar, nuevamente, el carácter exploratorio e inicial del análisis. Ello se debe a varias cuestiones. Por un lado, el marco teórico planteado en la tesis rebasa el corpus y se entiende como un marco analítico general para el abordaje de distintas formaciones y discursividades socio-culturales y, simultáneamente, se considera dicho marco teórico de manera procesual y dinámica permitiendo, de tal modo, una continua actualización y reformulación. Por su parte, el corpus construido en la tesis a los fines del análisis

se entiende a la manera de un acercamiento exploratorio a un fenómeno cultural y discursivo específico que se organiza a partir del enunciado *la grieta*, pudiendo actuar como ejemplo analítico y abierto a otras interpretaciones. A los fines de propiciar dichas interpretaciones críticas se adjunta a la tesis un Anexo con los elementos detallados del corpus, de tal modo de que posibles lectores puedan acceder a la totalidad de las fuentes involucradas.

IV) Análisis exploratorio.

IV.a. Construcción e interpretaciones de la noción de ‘grieta’ como conflicto político.

IV.a.1) Comenzaré analizando un editorial del diario *Clarín* en el que las formas de definir a *la grieta* resultan indisolubles de una interpretación de los motivos que la habrían producido. El título es: “Los que quieren seguir con la grieta” (Roa, 24/11/15, *Clarín.com*), y en el subtítulo se señala que: “No hay dos países porque el balotaje dio 51 y 48. Lo hubo con la división que fue un gran negocio de los Kirchner. El Gobierno impulsó el enfrentamiento para tapan la mayor corrupción de esta etapa democrática”. Desde el pronombre “los” de la frase titular se empieza a implicar a algunos medios, como desde la bajada, ya que se está aludiendo a un titular publicado en otro diario tras las elecciones presidenciales del 2015, que se especifica luego en el artículo: “Página 12, vocero impreso del gobierno que se retira, tituló ayer: ‘Un presidente, dos países’. Eso es lo que se va. Dos países es lo que todavía es y lo que tendrá que dejar de ser” (Ibid.). Delimitando así al “los” (que serían “Ellos”), se orienta hacia la representación de otra grupalidad, que además de conformarse por el partido kirchnerista incluiría subgrupos, como medios de comunicación. “Otro grupo” que se comienza a definir como el intencionado en querer mantener una confrontación política cuya denominación se da por sobreentendida, es decir *la grieta*. Pero en la última cita también hay que detenerse en que tras reprocharle al titular del otro diario una discursividad divisora, antagonista, dualista, se define seguidamente que: “Dos países es lo que todavía es”, lo cual resulta contradictorio con lo afirmado en el subtítulo (“No hay dos países...”). A semejándose así a la frase a la que está criticando por confrontativa, por contener la supuesta intencionalidad de reproducir *la grieta*. Y lo enunciado en el subtítulo también se sostenía en la premisa de que las motivaciones del “Otro grupo” en reproducir a *la grieta* se basarían en intereses mercantiles, lo cual se reitera en el desarrollo del texto, al afirmarse que *la grieta* sería una “aberración que hizo del antagonismo un negocio. Una invención muy rentable para algunos beneficiarios del modelo” (Ibid.). Lo cual explicaría que si “desaparece la grieta no serán necesarios los medios que la alimentaban y que aún la alimentan” (Ibid.). Por lo que según estas afirmaciones se entendería que el “otro grupo” estaría motivado principalmente por intereses reales materiales, por sobre cualquier otro tipo de interés. Pero luego se plantea que a pesar de que el kirchnerismo estaría “vacío de ideas” (Ibid.), también habría recuperado “viejas señas de identidad facciosa que la democracia parecía haber superado. A la berretada traída desde documentos universitarios de los 70 se agregaron justificaciones intelectuales y un sistema

comunicacional al servicio de tanto disparate” (Ibid.). El hiperbólico término de “disparate” daría a entender de que se trataría de una comunicación política que por lo menos sería en gran medida irracional, irracionalidad que se vincularía con el fanatismo de cierto “grupo variopinto de intelectuales deslumbrados por Ernesto Laclau, un profesor argentino que daba clases en el exterior sin ninguna trascendencia salvo para militantes fanatizados” (Ibid.). Y si *la grieta* no habría sido (sin desconsiderar que el autor lo plantea en pretérito) una simple retórica, en la que “viejos militantes setentistas volvieron a sus discursos más ideológicos” (Ibid.), se debería a que: “... se convirtió en una rentable forma de vida para algunos militantes de los 70, defensores de los derechos humanos de los 80 y movimientos sociales de los 90. Todos encontraron en el relato la forma de encubrir la experiencia más corrupta de esta etapa democrática” (Ibid.).

Por lo que la identidad política del “otro grupo” se termina desvalorizando, no sólo por definirse como “vieja” y “facciosa”, sino por asumirse como parte de un “relato” que encubriría al principal motivador, es decir, los “intereses reales”, mercantiles, y corruptos. De tal modo se está rechazando la posibilidad de que al “otro grupo” lo pudiese motivar o condicionar principalmente una identificación ideológica, ya que el discurso ideológico sería un modo de solapar la motivación mercantil, los entredichos “intereses simbólicos” ocultarían intereses materiales. Y por supuesto que se trataría sólo de intereses materiales egoístas, personales, y no de intereses nacionales y sociales que los partidos pueden asumir como propios en beneficio de los representados. Además, al enfocarse tan sólo en un tramo, una parte del gobierno kirchnerista, y no en la totalidad del período, se concluye que: “... la grieta más delicada fue la económica y social. Argumentan lo contrario pero en los años de mayor prosperidad de las exportaciones argentinas aumentó la desigualdad social” (Ibid.). En dicha afirmación se omite que Néstor Kirchner asumió con más del 50% de pobreza y la fue reduciendo hasta aproximadamente el 25% (Di Santi & Slipczuk, 5/10/16, *Chequeado.com*). Y en lo citado también se mencionaba a los “años de mayor prosperidad de las exportaciones”, lo cual se relaciona con lo que muchos consideran a la situación en que habría surgido “la grieta”, el conflicto por la resolución 125, que aumentaba las retenciones a las exportaciones agrarias, y que finalmente no se concretó. Conflicto sobre el cual en el editorial se enuncia: “... a partir de confrontar con el campo por las retenciones, los Kirchner sacaron partido de las grietas que ellos mismos generaron en el tejido social” (Ibid.).

La perspectiva de que “la grieta” habría surgido en aquel conflicto por la resolución 125 con el sector agrario (denominado “el campo”) es aceptada por un amplio ámbito mediático, y puede ejemplificarse con otros artículos. Por ejemplo, con la proposición del titular: “Lecciones del conflicto con el campo que ‘inauguró’ la grieta” (Berensztejn, 13/07/18, *Lanacion.com.ar*). En dicho artículo se señalan las significaciones que fueron impregnando la discursividad del sector agricultor, representado por lo que se denominó Mesa de Enlace: “La dimensión simbólica de la 125 fue también muy especial. La Mesa de Enlace se apropió de los símbolos patrios: del ‘Ponéte una escarapela por el campo’ al 25 de Mayo plagado de productores en el Monumento de la Bandera” (Ibid.). Y también se enfoca en los efectos que habría provocado el suceso en que el empresariado rural habría resultado victorioso, ya que tras la disputa la “victoria dejó al campo con la sensación de haber ganado la batalla. Pero fue entonces cuando comenzaron la consolidación política y la radicalización ideológica del modelo K” (Ibid.). Con dicha radicalización se refiere al surgimiento de “La Cándida como fuerza ‘juvenil’”,

Carta Abierta como reducto intelectual, se confiscaron las AFJP, se impulsó la ley de medios” (Ibid.). Y, en otro artículo, también publicado durante el décimo aniversario de aquel hecho, titulado: “Una década de la 125: el año en que se sembró la grieta” (D’ Arrigo, 11/3/18, *Lacapital.com.ar*), también se señalaban las connotaciones discursivas del sector: “El bando rural explotaba inteligentemente una idea tatuada en la matriz cultural argentina: ‘Si le va bien al campo, nos va bien a todos’”. Y al mismo lo encabeza la foto de una multitud con banderas argentinas en la marcha organizada por los ruralistas en el Monumento a la Bandera, y en el pie de ésta hay un enunciado que afirma: “El campo concentró capital político y social...” (Ibid.). También, en un artículo titulado: “Kirchneristas vs macristas. ¿Se puede cerrar la grieta?” (Moreno, 9/8/16, *Lanacion.com.ar*), se delineó que:

“En su enfrentamiento con el campo, el kirchnerismo encontró la oportunidad para trazar una línea y forjar una estrategia de poder centrada en la confrontación. En ese choque se engendró la disputa contra el Grupo Clarín, luego el lema patria o buitres. Se abrió la grieta”.

En los artículos mencionados se coincide, entonces, en que en el “enfrentamiento con el campo” por parte del gobierno presidido por Cristina Fernández de Kirchner habría surgido “la grieta”. Pero en el editorial que se expuso al comienzo además se enfatizaba en que, el denominado aparato de propaganda kirchnerista que estaría adiestrado en reproducir un “clima retro” (Roa, 24/11/15, *Clarín.com*), habría intensificado su discursividad retrospectiva durante el conflicto con el sector ruralista:

“La técnica de utilizar el enfrentamiento con el pasado cambió de dimensión en la guerra por la 125. Los Kirchner interpretaron el conflicto como una disputa contra la democracia. Los ruralistas fueron transformados en herederos de los grupos de tareas y la prensa independiente en prensa hegemónica al servicio de los sectores concentrados de la economía.” (Ibid.)

El articulista se estaría refiriendo a un discurso en el que Néstor Kirchner comparó a los ruralistas que protestaban con comandos de la dictadura, en el que declaró: “Como en las peores etapas del 55 y del 76 salen como comandos civiles y grupos de tareas para agredir a los que no piensan como ellos” (28/10/10, *Diario popular.com.ar*). Y para contextualizar un poco más pueden citarse otros discursos que por entonces pronunció el expresidente, en los que asociaba a los ruralistas con la dictadura militar, por ejemplo, en una ocasión pronunció:

“Fue allá por el 76, cuando vivimos esa represión tremenda y absurda en Argentina para consolidar ese proyecto neoliberal. Pero lo de hoy me parece trágico cómico. Pareciera como si hubiesen cambiado los tanques por algunos tractores y en vez de meterlos a trabajar en el campo, ponérselos enfrente a la gente.” (02/06/09, *Clarín.com*)

Dicho discurso tuvo bastante repercusión mediática, como cuando el exmandatario comparó a quien fue presidente de la Sociedad Rural (Hugo Biolcatti) con el ministro de Economía de la dictadura, afirmó: “Piensa como Martínez de Hoz y da leña a quien piensa distinto” (Ibid.). Y esa asociación retrospectiva entre el sector agropecuario con la dictadura cívico-militar también puede encontrarse en periódicos identificados con el kirchnerismo, por ejemplo, en un artículo titulado: “De ayer a hoy, una verdadera línea de conducta” (Dandan, 02/01/13, *Página12.com.ar*); y en cuyo subtítulo se señala a una causa judicial que “investiga el papel jugado

en la represión por los empresarios rurales”. Específicamente en el caso del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), que fue intervenido durante la dictadura, imponiendo como funcionarios a miembros de la Sociedad Rural Argentina (SRA), sobre los que también se menciona que luego serían algunas de las mismas “voces de la SRA escuchadas en el conflicto por la 125” (Ibid.). Y como en dicho período se reprimió ilegalmente a los trabajadores del lugar, las víctimas y sus familiares presentaron un petitorio en el que se dictamina que las “entidades patronales tuvieron un rol protagónico en el entramado que derivó en la desestabilización del gobierno constitucional, en el endurecimiento del discurso que las acercó a las pretensiones de represión de las Fuerzas Armadas y (...) el golpe de Estado” (Ibid.).

En la prensa identificada al kirchnerismo también pueden encontrarse, por supuesto, otras críticas al sector agropecuario con respecto a sus prácticas, discursos, durante el conflicto por la resolución 125 que aumentaba las retenciones por las exportaciones. Por ejemplo, en un artículo titulado: “La madre de todas las batallas” (Premici, 11/03/18, Ibid.), que tiene como volanta: “Informe especial: A diez años de la resolución 125”, se menciona que: “Las corporaciones patronales nucleadas en la Mesa de Enlace pretendieron erigirse como una síntesis de la Patria. La Mesa de Enlace se autodefinía como ‘el campo’ y ‘el campo’, para ellos, era la Patria”. Y desde el subtítulo va definiéndose el suceso como: “... una impresionante puja política, económica y simbólica (cultural); un antes y un después (...) También fue la antesala de una puja con las corporaciones económicas, mediáticas y judiciales” (Ibid.). Y la cuestión de cómo el conflicto fue imbricándose con la “cultura e identidad nacional” también puede encontrarse en otro artículo de *Página 12* titulado: “Una reflexión sobre la llamada ‘grieta’ y la nueva etapa política” (Juresa, 12/12/19, Ibid.). En el cual se sostiene que dicho “término se impuso desde la hegemonía mediática para machacar sobre un gobierno que -desde tal punto de vista- generaba una brecha entre una parte de la población y otra identificada con algunos valores de ‘la argentinidad’” (Ibid.). Dichos valores y símbolos se habrían representado como “una supuesta ‘identidad’ de lo argentino, ya definida y determinada, con ambición de eternidad y estatismo (...) asentada en ciertos valores tradicionales ligados a lo ‘campestre’ (...) una ‘lógica de lo natural’” (Ibid.). Por lo que se trataría de una representación de la “identidad nacional” sustentada en la concepción clásica, tradicional, moderna, que asume a la “identidad cultural” como unificada, estable, originaria, esencial, inmutable (Cfr. Hall 2003; 2010). También se remarca la perspectiva acerca de cómo dicha puja fue politizándose, y adquiriendo significaciones culturales e identitarias, en un artículo de otro periódico también vinculado con el kirchnerismo, titulado: “Destapando cloacas” (Brienza, 8/3/15, *Infonews.com*). En el cual se narra que:

“A principios de 2008, montados sobre la operación hegemónica cultural más importante de la historia, los productores de soja lograron en un principio convencer a la sociedad de que ‘el campo somos todos’, de que ‘Argentina es el campo’. No era una tarea fácil la del kirchnerismo: debía desmontar un siglo y medio de construcción ideológica, a través del periodismo, la literatura, el ensayismo, la publicidad, la escuela, de que el símbolo máximo de la argentinidad eran el gaucho -el peón rural- y la estancia. El gobierno nacional perdió la pelea por la 125, es cierto, pero aquellos idílicos representantes del campo argentino quedaron reducidos a un grupete de mandrines cuyo único interés era impedir que les subieran un par de puntos porcentuales en las retenciones a las exportaciones. Pasaron en un par de años de ‘héroes nacionales’ a ser visualizados por un gran sector de la sociedad como ‘mezquinos especuladores’”. (Ibid.)

En las primeras oraciones del párrafo se enfatiza en la discursividad que asumieron los sectores que defendieron los intereses del sector agropecuario, profiriendo consignas como las que se repiten en el texto: “el campo somos todos” (Ibid.), o como se mencionaba en un artículo anterior, autodefiniéndose “como ‘el campo’ y ‘el campo’, para ellos, era la Patria” (Premici, 11/03/18, *Pagina12.com.ar*). Discursividad arraigada en una “construcción ideológica, a través del periodismo” (Brienza, 8/3/15, *Infonews.com*), en que se incluyen periódicos ya referidos. Con respecto a la denominación de “el campo” específicamente, en vez de “empresariado rural” o “sector agropecuario” por ejemplo, puede considerarse que a través de esa conceptualización la ideologización neoliberal estaría naturalizando y deformando, tergiversando, a productos históricos de relaciones de producción al transformarlos en un tipo esencial (Cfr. Barthes 1999). Dicha naturalización, esencialista, que deforma lo “real” producto de contingencias históricas, sería característica de la mitificación ideológica, porque las significaciones míticas se han pensado como instrumentos idóneos para las inversiones ideológicas (Ibid.). Por lo que la disputa por el aumento de las exportaciones, acontecida en un período que es aceptado, como ya se mencionó, como el “de mayor prosperidad de las exportaciones argentinas” (Roa, 24/11/15, *Clarín.com*), se redefine en muchas ocasiones como una acción de un gobierno contra “el campo”³⁰ o como un “enfrentamiento con el campo” (Moreno, 9/8/16, *Lanacion.com.ar*). Entonces denominar como un accionar contra “el campo” a la intervención del Estado, en la regulación de las relaciones de producción con los sectores empresariales agropecuarios, expresaría la naturalización, deformación, y mistificación de procesos históricos y sociales, para presentarlos como inmodificables, atemporales, eternos, naturales, revelando la efectución distorsionante, encubridora, que puede caracterizar a las representaciones ideológicas (Cfr. Quiroga 1986).

Otro artículo que menciona al conflicto por la resolución 125 entre aquel gobierno y el empresariado agropecuario también cuestiona a la formulación de “la grieta”, mientras que a su vez se esboza una reinterpretación del concepto. Se titula: “¿Qué quiere decir terminar con la grieta?” (Mocca, 25/08/19, *Pagina12.com.ar*), y en los siguientes párrafos plantea:

“La grieta fue una fórmula construida por los grandes medios de comunicación para aludir a un cierto estado de cosas caracterizado por una tensión social persistente, una división binaria de la sociedad que atravesaba todos los ámbitos sociales y separaba familias, grupos de amigos y otras formas de convivencia. Claro que la palabra grieta no era una denominación casual ni neutral. En el interior de esa fórmula había y hay una implícita atribución de responsabilidades en el surgimiento de esa realidad. ¿Cuándo y por qué surgió la grieta? Fue a principios de 2008 y tuvo en el conflicto entre el gobierno y las patronales del campo su expresión central. Es decir, la grieta habría empezado con el gobierno de Cristina Kirchner. Y se habría profundizado cuando en las emisoras de radio y televisión públicas aparecieron y se desarrollaron voces y programas destinados a ‘atacar’ a los críticos de ese gobierno, particularmente a los periodistas. El sistemático ataque mediático al gobierno de entonces y particularmente de su presidenta no forma parte del diagnóstico.

La grieta así interpretada se convirtió en un arma de combate político de aquellos tiempos y todavía también de éstos. Existe, claro, otra interpretación de los hechos. La que alude a la reaparición de un viejo antagonismo de la historia argentina, cuya formulación podría plantearse en términos de cuáles deben ser los límites del poder de las clases

³⁰ No está de más mencionar los títulos de un par de artículos de fondo que se publicaron por aquel entonces en *La Nación*, por reconocidos periodistas opositores al kirchnerismo, como: “El odio al campo” (Grondona, 08/04/09, *Lanacion.com.ar*), y el otro: “La guerra contra el campo como bandera” (Morales Solá, 18/03/09, Ibid.)

privilegiadas (...) Ese conflicto recorre la historia argentina (...) el surgimiento del peronismo y su derrocamiento violento, más cerca de nosotros, en el golpe de 1976 con su saga de crímenes y despojos, y en los años de democracia electoral”.

En el artículo puede leerse que el concepto de *grieta*, que en los casos tratados alude al conflicto entre aquel gobierno y las patronales agropecuarias, es reinterpretado como una formulación construida mediáticamente y funcional a intereses hegemónicos, que encubriría, tergiversaría, la cuestión de los antagonismos entre clases sociales, los conflictos históricos por la reivindicación de los derechos de la clase trabajadora. Perspectiva crítica sobre la conceptualización de “la grieta” que puede compararse con la de otros artículos publicados en el mismo periódico que el anterior, como el que se trata al inicio de la próxima sección.

IV.a.2) En este caso el artículo se titula: “La grieta y el derecho del Trabajo” (Arias Gibert, 26/06/17, Ibid.), y en su entradilla se sintetizan una perspectiva retrospectiva y escudriñadora sobre las vinculaciones de la dictadura con el sector agropecuario y una crítica a la representación mediática de “la grieta” que sería funcional a intereses hegemónicos. El párrafo es el siguiente:

“El discurso mediático dominante presenta la grieta como una concepción que divide la sociedad alterando su equilibrio bucólico. No es casual la homología entre este discurso y el de la dictadura militar en la exposición de motivos del régimen de trabajo agrario de 1980 que impedía las paritarias agrarias, establecía jornadas de sol a sol, suprimía el preaviso y cualquier posibilidad de acción concertada de los trabajadores en nombre de la tradicional armonía del campo.” (Ibid.)

Dicha definición del discurso mediático dominante sobre “la grieta” va contrastándose con lo que desde la significación global tituladora orienta a otra forma de comprenderla. Contrastación que se asume en su condicionamiento ideológico, ya que la “ideología de los dominantes niega la objetividad de la grieta” (Ibid.); objetividad consistente en los antagonismos, las desigualdades sociales de las relaciones de producción. Perspectiva desde la cual lo comprendido como *grieta* no podría denominarse solamente como una “construcción mediática”, ya que por ejemplo no sería “lo que se piense sobre la sociedad lo que origina la grieta. La grieta surge objetivamente de cada formación social” (Ibid.). ¿Pero con esa reinterpretación de “la grieta” se estaría definiendo la misma situación conflictiva que definen los “discursos mediáticos dominantes”, o se imbrican diferentes problemáticas de la realidad social, o cómo pensar las posibilidades relacionales entre las interpretaciones contrapuestas?

Otro artículo del mismo periódico, titulado: “La verdadera grieta” (Gálvez Sánchez, 3/05/19, Ibid.), estaría implicando que existiría “otra”, no veraz, ficticia, falaz, diferente de la que se asume como “la verdadera”. Y en este artículo se rotula como volanta: “El macrismo aumentó la desigualdad social” (Ibid.), mientras que en el subtítulo se añade resumiendo el contenido: “Un informe de la UBA sobre la distribución del ingreso revela que en los tres años de gobierno de Macri la brecha entre los que más ganan y los más desfavorecidos creció un 33 por ciento” (Ibid.). Por lo que tanto la volanta como el subtítulo señalan que “la verdadera grieta” consistirá en la desigualdad social que el macrismo habría profundizado. Y otro artículo, aunque publicado en un diario que no es considerado kirchnerista, tiene un título casi idéntico al anterior: “\$ 13.945: la verdadera grieta”

(Biagosch, 14/04/17, *Perfil.com*), con la cifra se hacía referencia a la canasta básica total (CBT) que se calculaba en ese mes y año para estar por encima de la línea de pobreza. Y en el cuerpo del texto se esgrimía que:

“La grieta de la que tanto se habla no es la que separa a sectores con visiones políticas y modelos de gobierno antagónicos. La verdadera grieta es la deuda interna que nos separa a los dos tercios que vivimos en la inclusión de nuestros hermanos e hijos sumidos en una triste y vergonzosa marginalidad.” (Ibid.)

Los últimos artículos tienen en común la intención de reinterpretar la conceptualización de “la grieta” diferenciándose de una presupuesta interpretación falsa, pero que se explicita, o “da por supuesto”, que sería la interpretación predominante. Entonces, ¿no se estaría implicando que existiría una relación, más o menos directa o indirecta, entre la discursividad que instaló la lexicalización de *la grieta* y lo que comprenden como “la grieta verdadera”, “objetiva” (real)?

Otro artículo, relacionado con el interrogante anterior, se titula: “El fin de la grieta” (Plut, 3/10/19, *Pagina12.com.ar*), y rotula como volanta: “Cómo y por qué se originó el concepto, de qué manera superarlo”. E indaga en el “objetivo o propósito de instalar la idea de la grieta” (Ibid.), afirmándose que sectores “opositores al populismo instalaron la idea de una grieta, entendida como grave y dolorosa división entre ciudadanos (que habría llevado a conflictos insalvables entre familiares, alejado a viejos amigos, etc.) y que habría sido creada, precisamente, por un gobierno popular” (Ibid.). Lo cual resulta congruente con lo planteado anteriormente acerca de definir a “la grieta” como una construcción de los medios de comunicación opositores al kirchnerismo. En el texto dicha oposición se define directamente como “neoliberalismo”, desde el cual provendría la intencionalidad de negar, fabulosamente, los constitutivos antagonismos sociales: “¿Qué hizo nuestro neoliberalismo telúrico para desmentir el carácter irreductible de los antagonismos? Inventó la fábula de la grieta. Llamó grieta al antagonismo y la exhibió cual si fuera una anormalidad y no la esencia propia de todo conjunto social” (Ibid.). Dicha fábula a su vez tendría connotaciones morales, ya que precedería a “una simplificación violenta que divide al mundo en trabajadores y vagos, honestos y corruptos, normales y anormales” (Ibid.). Dicha simplificación, que pretendería suprimir las diferencias del *otro*, se plantea como un riesgo característico de los gobiernos autoritarios, “suprimir la diferencia o suprimir la afinidad. El primer caso conduce a la homogeneidad absoluta; el segundo a la exclusión absoluta del otro” (Ibid.). Y si se planteó que se asumen a los antagonismos como constitutivos también se afirma que “es la política la vía privilegiada para que los antagonismos no devengan en grieta, es decir, en violencia social” (Ibid.). Así es que se propone, como se señala desde el inicio, al “fin de la grieta” en el otro sentido, ya que para “terminar con la grieta, entonces, resulta esencial dejar de usar ese término, al menos, en el sentido que le han dado los políticos y comunicadores que, durante años, ostentaron la paradójica posición de reclamar su fin encendiendo el odio” (Ibid.).

Se asemeja en diversos puntos al artículo anterior otro publicado algunos años antes en el mismo periódico, que se tituló: “Sobre relatos y grietas” (Feinmann, 26/04/15, Ibid.), y también se corresponderá con la perspectiva que enfatiza en “la grieta” como una construcción instalada mediáticamente. Y sobre la cual se critica su

ideologización, ya que la “teoría que propone una grieta para una entera sociedad es una falacia ideológica. Se construye para arrojar sobre una parte la culpa de la existencia de la grieta. Sin embargo, jamás existe una grieta” (Ibid.). Pero con anterioridad también se afirma en el texto que: “Las grietas, como expresión de las diferencias y de los campos antagónicos, no dejan de abrirse. Toda diferencia es negación” (Ibid.). Así que como el anterior también parte de la “lógica diferencial”, pero enfatizándolo más, al asumirse que: “Toda diferencia es conflicto. Toda diferencia es antagonismo. Toda diferencia tiene algo que el otro (el diferente de la diferencia) no tiene” (Ibid.). Y también se asocia la perspectiva con el autoritarismo, ya que plantea que “los sistemas autoritarios exitosos han eliminado sus diferencias, sus campos políticos antagónicos. Se asumen como presencias absolutas” (Ibid.). Y a su vez se repiensa el concepto de “relato” desde la “lógica diferencial”, afirmando que: “Cada relato -al surgir como diferencia de y conflicto con otro– instaura una grieta. El relato es una interpretación (...) Es una trama ordenada de interpretaciones que confluyen en una organización de los hechos” (Ibid.). También se enfocará en el componente imaginario, ficticio del relato, estipulando que el “relato se apoya en los hechos para terminar por instituir una ficción que justifica sus intereses” (Ibid.). Y lo ficcional del relato incumbirá a la realidad y a lo considerado verdadero, porque “La ‘realidad’ es una lucha de ficciones, cada una de ellas sostiene ser la ‘verdad’. Y lo es, pero lo es sólo del grupo que la sostiene” (Ibid.). Lo cual concerniría a las diferenciaciones de los grupos en las luchas de poder intergrupales, que también se explicita en el siguiente enunciado: “Toda diferencia surge para expresar la voluntad de poder de un grupo práctico” (Ibid.). Por lo que los relatos en parte ficcionales reproducirán diferencias intergrupales justificando intereses, ¿y no será también por lo que se “propone una grieta para una entera sociedad” desde un sector político y comunicacional?, representación definida como una “falacia ideológica”. Así que en este texto como en el anterior, las diferencias resultan indisociables de los antagonismos, pero en éste se enfatizaba más en la “lógica diferencial”, como en lo ya citado: “Toda diferencia es conflicto. Toda diferencia es antagonismo”, acentuación en que se desestimaría la posibilidad de pensar la otredad reconociéndola “al margen de cualquier relación específica” (Groosberg 2003: 159). En el texto también es importante analizar la distinción entre la denominación dominante sobre “una grieta” y asumir en la sociedad la existencia de diversas grietas, de antagonismos constitutivos, por lo que no se explicita la opción de desechar el uso del término *grieta* (como se sugería en el artículo anterior), sino que se plantea que lo falaz ideológicamente sería presentar “una grieta” a la sociedad, porque cada relato surgiría como diferencia, conflicto, instaurando distintas grietas (Feinmann, 26/04/15, *Página12.com.ar*).

Otro artículo en el que se explicita la propuesta de directamente abandonar, desechar el concepto, se publicó como los anteriores en *Página 12*, y se tituló: “No era grieta, era otra cosa” (Russo, 7/12/19, Ibid.). Y en este también se adjudicará al neoliberalismo, que es definido como “un sistema supremacista económico y cultural” (Ibid.) la instalación del término, al que se describe como un “cliché de la derecha” (Ibid.). También se asocia de algún modo el término *grieta* con las confrontaciones de los años 70, aunque el párrafo es algo ambiguo al respecto:

“... es momento de prestar atención cuando se habla de grieta. Esto no es grieta. Si no abandonamos ese cliché de la derecha vamos a caer en breve de nuevo a la teoría de los dos demonios. El orden contra los vándalos. No podemos estar siempre

a la defensiva discursivamente. ‘No somos terroristas’, ‘No somos chorros’, ‘No queremos vivir sin trabajar’. Mientras nos defendemos no hablamos de ellos” (Ibid.).

Con respecto a la “teoría de los dos demonios” vale mencionar, por si acaso, que sancionaba como terroristas tanto a algunos de los grupos perseguidos por las fuerzas de represión estatal, como a las fuerzas militares que gobernaban. En reiteradas ocasiones se ha asociado en la prensa a la conflictividad denominada *grieta* con la “teoría de los dos demonios”, cuestión que se irá retomando, pero por ahora mencionamos algún ejemplo, como el de un artículo -ya referido- en el que se plantea sucintamente: “La grieta es al antagonismo lo que la teoría de los dos demonios es al terrorismo de Estado” (Plut, 3/10/19, Ibid.). En esas proposiciones también se destaca la discursividad retrospectiva a la que se ha estado haciendo alusión, y en que la comunicación política del neoliberalismo se representa extremadamente rechazada en su equiparación con la dictadura cívico militar. Y también tenía una alusión retrospectiva a los 70s la afirmación: “No somos terroristas” (Russo, 7/12/19, Ibid.), que se seguía por otra negación reivindicadora: “No somos chorros” (Ibid.). Y aunque la autora sostiene que “no hablamos de ellos”, estaría manifestando la intención de responderles de algún modo, y desde un posicionamiento grupal, desde el “Nos”, como cuando también afirma: “No podemos estar siempre a la defensiva discursivamente” (Ibid.). Que la negación de calificarse como “terrorista” sea seguida de la de “chorro”, es decir ladrón, corrupto, ¿estaría implicando que hay acusaciones, hacia el grupo del que se asume, que equipararían la corrupción con acciones insurrectas de los años de dictadura cívico militar? Se sobreentiende, por el contexto de la información, el periódico, y la reputación de partidaria kirchnerista de la periodista, que esas adjetivaciones la utilizarían sectores antikirchneristas. Y el texto se cierra enfatizando: “Hay policías que apuntan a los ojos y hay ciegos. De qué grieta estamos hablando. No hay grieta. Hay víctimas y victimarios” (Ibid.). Esta última afirmación definiría una conflictividad intergrupal que sería moralmente desigual, pero que la autora desestima denominar *grieta*.

En los artículos tratados se encuentra coincidencia en criticar a la lexicalización de *la grieta*, aunque también existen divergencias sobre si desecharla o reinterpretarla, pero todos apuntarían a enmendar, alterar, la consensualidad comunicacional predominante que implementa el concepto para definir la conflictividad política. Entre los que sugieren la reinterpretación se encontraría implícita una complicada relación entre la discursividad aceptada como dominante que instaló la lexicalización de *la grieta* y lo que comprenden como “la grieta verdadera”, “objetiva” (real), o diversas grietas, o antagonismos constitutivos. Dicha relación podría consistir en que se trataría de una operación discursiva, formadora de una definición particular del conflicto político que distorsionaría, enmascararía fabulosa y falazmente, imaginariamente, a la realidad social, siendo funcional a intereses dominantes, hegemónicos, lo cual se ha asumido como característico del poderío ideológico (Cfr. Hall 2010). Pero no quedaría del todo esclarecido, fundamentado, si se trata de distintas interpretaciones ideológicas definitorias de la “misma realidad” o si se están representando selectivamente distintos problemas de la realidad social, ¿se trata de diferentes definiciones de la misma situación, o se están imbricando diferentes situaciones? Para poder seguir analizando el campo interdiscursivo entre quienes buscan

reinterpretar el concepto y el sector mediático al que se adjudica su instalación, continuaremos exponiendo las formas de su interpretación en la discursividad que se ha asumido como predominante, en la siguiente sección.

IV.a.3) Desde la titulación del siguiente artículo se puede destacar el contraste superlativo con algunos de los tratados anteriormente, ya que en la misma se afirma que “A la grieta la instalaron Néstor y Cristina” (Majul, 5/12/13, *Lanacion.com.ar*). Por lo que si en otros se había atribuido, o se asociaba la instalación del término, a la estrategia discursiva de los medios considerados dominantes, en este por el contrario se afirma que “la grieta que todavía está aquí, entre nosotros, fue impulsada, agitada y financiada por el Gobierno más poderoso de la Argentina de los últimos 30 años” (Ibid.). Resulta interesante concentrarse en las proposiciones contiguas de los dos primeros párrafos, ya que contendrían cierta ambigüedad contradictoria, por lo que es imprescindible exponerlos abreviadamente:

“Lo que ahora se denomina ‘grieta’ no es un suceso inevitable (...) Se podría decir que tiene como antecedente el primer gobierno de Perón (...) O también se podría afirmar, así, al voleo, que ‘la grieta’ existió desde siempre y que, en verdad, lo que hicieron Néstor Kirchner y Cristina Fernández fue sólo ponerla de manifiesto. Sobre la superficie. O mejor dicho: transformarla en herramienta política para hacer uso y abuso de su poder.

Pero referirse a la grieta así (...) me parece, por lo menos, un acto de ignorancia suprema. O de deshonestidad intelectual.” (Ibid.)

La cuestión es que con el “Pero...” que inicia el segundo párrafo de la cita también se estaría subordinando la afirmación anterior, para redefinirla como “acto de ignorancia o deshonestidad”, y lo que se afirmaba era que los Kirchner habrían elucubrado una “herramienta política para hacer uso y abuso de su poder” (es decir, al “instalar la grieta”, lo que se indicaba en el titular). Por lo que entre los dos primeros párrafos se implicaría que la intencionalidad de la afirmación tituladora también se parecería a un acto de ignorancia o deshonestidad, produciéndose contradicciones entre el significado global y la coherencia local (Cfr. Van Dijk 2008). Contradicción que también podría pensarse como una manifestación de “lo inconsciente” (en sentido descriptivo, o sería más indicado utilizar “preconsciente”).

En el antedicho artículo también se mencionan varias cuestiones sobre las formas de entender la instalación de “la grieta” (algunas las iré retomando más adelante), y si se inicia planteando la posibilidad de que un antecedente de “la grieta” sería el primer gobierno de Perón, inmediatamente se la desestima, aunque ambigüamente. Pero existen otras publicaciones de la prensa considerada predominante y opositora al kirchnerismo en que se explicita la definición de aquel peronismo como antecedente histórico del conflicto político actual. Por ejemplo, en un artículo titulado: “Grieta, ¿agonía o resurrección?” (Alaniz, 29/12/19, *Clarín.com*), se plantea que “el antecedente de grieta, de ruptura social, de antagonismo irreductible se dio entre 1945 y 1955 a través de los campos del peronismo y el antiperonismo” (Ibid.). Dicha perspectiva se comienza a señalar desde el subtítulo, en el que se afirma que: “El término aludiría, no a cualquier conflicto social sino a una ruptura, un quiebre histórico que además amenazaría con ser permanente” (Ibid.). Aunque no sorprende, por el contexto comunicacional, que posteriormente se afirme en el cuerpo del texto que: “no es casualidad que la palabra ‘grieta’ haya adquirido entidad durante el régimen kirchnerista (...) nunca disimularon su vocación

de eternizarse en el gobierno, se suma un despliegue de dispositivos destinados a reforzar la antinomia amigo-enemigo” (Ibid.); dichos dispositivos consistirían en “aparatos ideológicos, culturales y represivos del poder para imponerse” (Ibid.). Los que el macrismo, según el autor, no habría utilizado con la intención agrietar a la sociedad, ya que: “Al gobierno de Cambiemos se le pueden atribuir diferentes pecados, pero resulta muy difícil recriminarle que se haya valido del poder para fanatizar a la sociedad” (Ibid.). Ya que también se enfatiza en los componentes afectivos de lo antinómico, porque: “La ‘grieta’ estaría forjada con la materia del prejuicio, el resentimiento, el odio, el rechazo ciego a la existencia de otro pensamiento u otra identidad histórica” (Ibid.).

Otro artículo publicado unos años antes en el mismo periódico que el anterior también puede ejemplificar la antedicha perspectiva histórica y opositora al kirchnerismo, se tituló: “Se ensancha la grieta” (Duffard & Cole, 05/04/14, Ibid.). En el cual se refieren a un discurso de Cristina Fernández de Kirchner cuando ejercía la presidencia, en el que habló de tranquilidad, de evitar el odio, y sobre el que se dictamina que: “Los responsables políticos de una grieta que no dividía al país de ese modo desde la década del cincuenta acaban de mutar para convertirse en la familia Ghandi” (Ibid.), aunque vale aclarar que no se menciona la presencia de ningún familiar de la por entonces presidenta en aquel acto. También critican al discurso retrospectivo del kirchnerismo: “El gobierno no parece consciente de la constante reivindicación acrítica que realizó, durante la década robada, de la **violencia setentista**” (el resaltado es de las autoras) (Ibid.). Con respecto al sintagma “década robada”, vale recordar que es un slogan antikirchnerista que surgió como contrapartida del de “la década ganada”, que publicitó el kirchnerismo sobre sus logros al cumplirse diez años de gobierno. Slogan antikirchnerista que en el artículo se presupone verdadero, sintetizando todas las acciones de un gobierno durante diez años definiéndolas con un rotulo delictivo, disponiéndose en el texto en una proposición referida a hechos históricos cuya interpretación suele estar muy condicionada ideológicamente. Como también se condicionaría ideológicamente la interpretación de la presuposición sobre el “robo del tiempo” de dicho gobierno, ya que decodificar a los discursos como verdaderos y/o coherentes es relativo a la (inter)subjetividad y el condicionamiento ideológico (Cfr. Van Dijk 2008).

Otra publicación en que se encuentran perspectivas históricas y definiciones del kirchnerismo parecidas a las anteriores se titula: “El peligro de banalizar el verdadero significado de ‘la grieta’” (Mendelevich, 23/7/18, *Lanacion.com.ar*); en cuyo encabezado se expone el dibujo de un pingüino sosteniendo un pico sobre una bandera argentina partida por la mitad, así que como a Néstor Kirchner lo apodaban “el pingüino” es muy ilustrativo de la significación global que va orientándose desde la titulación. Si la temática parte afirmándose sobre un presupuesto peligro de banalización, se comienza explicitando que este consistiría en que el concepto se vaya desplazando para definir conflictos que según el autor serían banales, como el aborto o el feminismo, ya que “la grieta no se refería en su origen a divergencias ordinarias, por más trascendentes y más acaloradas que estas fueran. Designaba la partición en dos de toda la sociedad” (Ibid.). Resultando muy acorde con el contexto de la comunicación el que también se afirme sobre *la grieta*: “Esa partición no fue producto de ningún fenómeno natural (...) respondió a una decisión política. Hasta hace poco nadie creía otra cosa. Nadie, se entiende, fuera del kirchnerismo, que se esmeró por negar la paternidad de la criatura” (Ibid.). Pero en otros tramos también se admite que la actual no sería la primera *grieta* que se instaló en la Argentina:

“¿Cuánto duraron las grandes grietas? La fractura peronismo-antiperonismo rigió la vida argentina desde ‘Braden o Perón’ hasta el abrazo del general con Balbín: casi treinta años.

Pero por entonces no se les decía grietas. Esta certera denominación la acuñó Jorge Lanata para hacer foco en la metástasis, es decir, la expansión del cisma dirigencial al nivel pedestre, a las familias y los grupos de amigos, algo para nada novedoso en la historia argentina. Los Kirchner repusieron respecto de sí la gran antinomia que había puesto a rodar en el siglo XX el coronel Perón, quien a su vez había reeditado el diseño feroz de federales y ‘salvajes’ unitarios del siglo XIX, que terminó en el campo de batalla y precedió a la Organización Nacional.” (Ibid.)

En la cita se mencionó a la “certera denominación” acuñada por el periodista Jorge Lanata, quien en un reconocido evento de entrega de premios implementó el controvertido concepto para definir la realidad política, a partir del cual empezó a instalarse para significar la confrontación entre el kirchnerismo y sus opositores, e incluso en aquel momento también se asoció el planteo de la existencia de “una grieta” con la historia del peronismo. Algunas de las proposiciones más trascendentes que el periodista pronunció en aquel evento son las siguientes: “Hay como una división irreconciliable en Argentina, a esa división yo la llamo la grieta” (6/8/13, *Diariouno.com.ar*); “En algún momento el gobierno se irá y la grieta va a permanecer, porque ya no es política, es cultural, en sentido extenso, tiene que ver con cómo vemos el mundo. Ha separado amigos, hermanos, parejas, compañeros de laburo” (Ibid.); “Esta historia de quién está en contra es un traidor a la Patria (...) la última vez que algo así pasó fue en los 50 y esa grieta duró 50, 40 años” (Ibid.). Lo que no suele recordarse es que dicho periodista también utilizó el término con anterioridad para referirse a la división de la sociedad con respecto a las visiones sobre la dictadura cívico militar. Aunque muy ocasionalmente se lo recuerda y menciona, como por ejemplo en un artículo basado en eso: “Lanata, el periodista que inventó ‘la grieta’ en 1989” (Pitella, 31/05/15, *Infobae.com*). En el mismo la articulista se refiere a una contratapa de *Página 12* del año 1989 (de la que se incluye una foto, escrita por el susodicho periodista), y que tenía como título: “‘la grieta’ (...) que **en ese entonces era la división entre los que añoraban a los militares y los que no**” -el resaltado es de la autora- (Ibid.). Por lo que resulta significativo que muchos de los artículos críticos de la utilización del concepto de *grieta* para definir la confrontación entre el kirchnerismo y sus opositores, y que también implementan la discursividad retrospectiva que tanto se les achaca, sean de *Página 12*; e irónico asimismo que dicho periodista en la actualidad se identifique con el Grupo *Clarín*, lo cual podría plantearse como un caso de transformación de “identidad política”. Pero lo que resulta más destacable es que, tanto en aquella utilización anterior, como en el discurso del evento en que se empezó a instalar el término para definir el conflicto político más actual, se involucra la historia del peronismo; como también en el artículo de *La Nación* en el que se mencionaba a Lanata, y los anteriores.

En el antedicho artículo de *La Nación*, en que el establecimiento de “la grieta” se vinculaba al supuesto estilo comunicacional del kirchnerismo, que habría hecho resurgir el denominado diseño antinómico del peronismo del siglo pasado, también se planteará como otro predisponente a la crisis del 2001:

“Grieta mediante, todo se partidiza. Antes que nada, el Estado. ¿Agrietados a repetición ya olvidamos que el kirchnerismo gobernó así, que desde su atalaya nacional y popular tachó a los demás de cipayos, probuitres, sojeros de 4x4, caceroles, gorilas, destituyentes, responsables únicos del colapso de 2001?”

Después del colapso, a esta democracia joven a la que es políticamente correcto palmear por robusta pese a que carece de sistema de partidos políticos, de instituciones fuertes y de rutina, el maniqueísmo ramplón de factura rosista-peronista le entró aceitado. El persa Mani (...) fue el fundador de la secta cuyos seguidores creían que Dios era el creador de todo lo bueno y satanás el creador de todo lo malo.” (Mendelevich, 23/7/18, *Lanacion.com.ar*)

En lo citado se estaría implicando, por la sucesión de las proposiciones, que Perón se asemejaría al fundador de una secta, “absolutizándolo”, equiparando de algún modo a sus partidarios y a los kirchneristas, con seguidores sectarios que basan sus creencias en la superstición, lo irracional, aminorando (por lo menos) la posibilidad de algún componente de racionalidad política, social, de sus significaciones ideológicas. Lo cual es indisociable de la adjudicación al discurso kirchnerista de una separación entre “el bien el y el mal”, es decir, “el maniqueísmo ramplón de factura rosista-peronista” (Ibid.). Dicho modo de definir la comunicación política kirchnerista, como separadora, divisora entre “buenos y malos”, o como se mencionó anteriormente, productora de “dispositivos destinados a reforzar la antinomia amigo-enemigo” (Alaniz, 29/12/19, *Clarín.com*), puede encontrarse reiteradamente en la prensa contraria al kirchnerismo. También en declaraciones del mismo Mauricio Macri, en las que incluso relacionó la crisis del 2001 con la instauración de “la grieta”, y que se encuentran por ejemplo en un artículo que se titula citando una de sus frases: “El kirchnerismo se apropió del enojo, la frustración, y el rencor” (Zunnino & Russo, 11/12/15, *Cronista.com*). Conteniendo en el subtítulo el siguiente enunciado: “Aquí la visión del flamante presidente de la República sobre como suturar la herida aún abierta, tras 12 años del kirchnerismo en el poder” (Ibid.). En el mismo se incluye una entrevista que forma parte del libro “Cerrar grietas” (Zunnino & Russo, 2015), en la que Macri pronunció que “la grieta existe (...) es seria, no teníamos una tradición en ese nivel de confrontación” (Zunnino & Russo, 11/12/15, *Cronista.com*). Sobre la crisis afirmó que el “2001 provocó una fractura y una pérdida de status, un caerse del sistema de una parte importantísima de la clase media. Y el kirchnerismo se apropió del enojo, de la frustración y del rencor. Y lo canalizó” (Ibid.). Enfatizó en la estrategia comunicacional supuestamente basada en el antagonismo y lo sentimental: “El resentimiento es un elemento central. Vivían buscando un enemigo, alguien con quien confrontar” (Ibid.). Aunque en otro también admitió que: “El Pro es un emergente del 2001. El kirchnerismo es un reciclado inteligente que aprovecha la crisis del 2001 para presentarse como una nueva identidad” (Ibid.).

También puede encontrarse la perspectiva que critica la discursividad del kirchnerismo asumiendo que esta se basaría primordialmente en la confrontación, en los posicionamientos antinómicos, en el artículo tratado al comienzo de la sección, cuando por ejemplo se afirma que: “La decisión de dividir a los argentinos, con trazo grueso, entre supuestos buenos y presuntos malos (...) fue una decisión fría, calculada, política y estratégica, diseñada y preparada por Kirchner (...). Y se empezó a ejecutar con crueldad...” (Majul, 5/12/13, *Lanacion.com.ar*). Como también se adjudicaba la división entre “los buenos y los malos” en el editorial que se trató al principio del subcapítulo:

“El kirchnerismo ha sido magistral dividiendo, oponiendo, enfrentando a la sociedad. Un colapso de la concordia para lucrar políticamente y para lucrar económicamente: una pelea maniquea de los malos frente a los buenos y los autodesignados buenos cobrando por decir que los que ellos decidieron que eran malos eran y son los villanos de la película.” (Roa, 24/11/15, *Clarín.com*)

Por lo que en el primer caso se adjudicaba al kirchnerismo un discurso polarizador entre “los buenos y los malos” mientras que se hacía énfasis en la presunta frialdad y crueldad del expresidente, y en el siguiente se presupone generalizadamente que los del “otro grupo” (o subgrupo, ya que se aludiría a periodistas que trabajan en periódicos) habrían actuado por codicia, por intereses materiales. Lo cual se condice con las proposiciones ya expuestas al comienzo, en que se marginaba la posibilidad de que existan sujetos de la alteridad grupal que pudiesen estar motivados principalmente por los intereses simbólicos propios de una identidad política (Cfr. Giménez 2008). Así que mientras se critica la discursividad polarizadora entre “los buenos y los malos” se destacan enfáticamente sólo los aspectos negativos de los integrantes de la otra grupalidad, de una forma sobregeneralizadora. Presentándose así activa y positivamente desde un Nosotros, mientras se representan negativamente a Ellos, polarizando de un lado “lo bueno”, lo verdadero, del otro “lo malo” y lo falso, atribuyéndose una superioridad moral que los diferenciaría del otro grupo (Cfr. Van Dijk 2005; 2008). Lo cual se semeja, por ejemplo, a lo ya citado de un artículo de *Página 12* en que se criticaba el término mismo de *grieta*, cuando se afirmaba: “No hay grieta. Hay víctimas y victimarios” (Russo, 7/12/19, *Página12.com.ar*).

También puede encontrarse una definición del conflicto político como una división polarizada entre victimarios y víctimas, agresores y agredidos, en un artículo escrito por quien ocupó el cargo de ministro de Cultura porteño en el gobierno de Cambiemos, y que se manifestó explícita y tituladoramente “A favor de la grieta” (Lopérfido, 15/12/19, *Infobae.com*). La actitud expresada en la titulación se justificaría supuestamente porque la “famosa ‘grieta’ no puede poner en el mismo plano al agresor y al agredido. Fueron los kirchneristas los que instalaron la intolerancia como método” (Ibid.). Por lo tanto, se propone que: “Los que tienen que cambiar son claramente ellos (...) No debe cambiar el que defiende la república y las instituciones. Eso sería gravísimo. Seguir en el lugar en el que estamos de la grieta es cuidar la institucionalidad. Estemos alerta” (Ibid.). Respecto a los comienzos de la conflictividad se afirmaba que: “La grieta empezó en los años del kirchnerismo. Ellos tomaron al opositor como enemigo. Usaron a la lacra de los medios oficialistas para perseguir gente” (Ibid.). Por lo que se explicita reiteradamente la delimitación de “Ellos”, en los que se agruparían el kirchnerismo y los medios con los que se identifica, definiéndolos como los perseguidores, agresores. No resulta casual que en el texto también se incluya una actitud sumamente contraria al peronismo del siglo pasado, como cuando se menciona un debate en que el político intervino por “la imagen de Evita que se encuentra en la Avenida 9 de Julio. Hace un tiempo, **formé parte de una discusión pública cuando dije que había que sacar ‘el adefesio fascista’ de la avenida**” -el resaltado es del autor- (Ibid.), por lo que con la resaltada expresión hiperbólica “adefesio fascista” se denota también una afectividad hostil hacia dicha figura histórica. Para continuar explicando el posicionamiento de sectores sociales “a favor de la grieta” se la definirá también como: “un mecanismo de defensa de un sector de la población que no está dispuesto a avalar prácticas autoritarias. Ese sector se viene

movilizando desde hace tiempo desde distintas identidades políticas (...) Son los que se movilizaron en defensa del campo” (Ibid.). Por lo que el dirigente estaría expresando la identificación ideológica de su sector con el empresariado agropecuario, uno de sus principales aliados, como por ejemplo se destacaba desde el siguiente titular de la prensa opositora: “Macri exhibió su alianza con el campo” (24/07/18, *Pagina12.com.ar*). El cual se refería a una visita del presidente Macri a la exposición de la Sociedad Rural³¹, en que “ratificó la baja de las retenciones” (Ibid.), lo que “despertó los gritos de ‘sí, se puede’ entre los ruralistas presentes en la exposición” (Ibid.), frase (“sí se puede”) que fue un eslogan de campaña de Cambiemos.

En el artículo redactado por el exministro de Cultura porteño también se sostenía que el kirchnerismo habría implementado “prácticas autoritarias” (Lopérfido, 15/12/19, *Infobae.com*), lo cual ha sido bastante recurrente en la prensa antikirchnerista. Y también se lo sugería en el planteamiento antedicho de que *la grieta* habría sido promovida “por el Gobierno más poderoso de la Argentina de los últimos 30 años” (Majul, 5/12/13, *Lanacion.com.ar*). Lo cual se reitera cuando en la clausura de ese mismo relato se reafirmaba que: “A la grieta de los últimos cinco años la instalaron Néstor y Cristina. De arriba para abajo. Desde el Estado hacia el resto de la sociedad. Fue una pelea desapareja” (Ibid.). Por lo que “la grieta” es asumida como una consecuencia inevitable de las acciones del “Otro grupo”, “Los que quieren seguir con la grieta” (Roa, 24/11/15, *Clarín.com.ar*), a los que se adjudica una estrategia comunicacional basada en presentar a la sociedad “una pelea maniquea de los malos frente a los buenos” (Ibid.), por sus intereses egoístas y corruptos. Por lo tanto, desde el posicionamiento de un “Nosotros” victimizado, se atribuye toda la responsabilidad sobre el surgimiento de la confrontación política denominada *grieta* a “Ellos”, la alteridad grupal. Posicionamiento que se asemeja a la supuesta representación que se le criticaba al kirchnerismo, es decir, de presentar la conflictividad como una división de “los malos frente a los buenos” (Ibid.). Por lo que la perspectiva en la cual se sostenía que “la grieta” se habría producido por las acciones unilaterales del kirchnerismo se tornaba compatible con una actitud política explícitamente partidaria del uso del término, con sus respectivas connotaciones.

Dicha actitud también la manifestó el filósofo que fue asesor presidencial de Macri, a quien se nombra en el siguiente titular: “Para Alejandro Rozitchner, el filósofo del gobierno, ‘la grieta no está tan mal’” (27/4/19, *Perfil.com*). En cuya subtitulación se sostiene que: “Dijo que el Gobierno no apostó a esa situación, pero ‘muestra la Argentina del atraso y la que busca ser moderna’” (Ibid.). En la entrevista en que se basa la nota, el filósofo (antes de asegurar que Cambiemos ganaría las elecciones presidenciales del 2019) afirmó que:

“No hay una defensa de la democracia en todos los sectores políticos. Por eso, tal vez, hay que pensar que la grieta no está tan mal. La grieta no es arbitraria, es válida: de un lado hay una Argentina de atraso, de ilegalidad, de avivada, de abuso, de privilegio, de corrupción, de barro, de ignorancia, de pobreza y del otro una que busca ser moderna, respetar la ley, hacer obras, generar trabajo.” (Ibid.)

Resulta insoslayable la dicotómica presentación activa y positiva de una grupalidad representadora de lo honesto, justo, productivo, progresivo, democrático, “lo bueno”, oponiéndola a la presentación diferenciadora

³¹ Sociedad que en la titulación es definida como “el campo”, lo que también suele hacerse bastante en la prensa kirchnerista (o en los propios dirigentes del movimiento), demostrándose como parte de la preponderante discursividad de la alteridad ideológica puede reproducirse en los codificadores mediáticos, de un modo que sería parcialmente inconsciente.

del “otro grupo”, que representaría lo injusto, regresivo, improductivo, inculto, autoritario, es decir “lo malo”. Estableciéndose una diferenciación dicotómica, prejuiciosa y sobregeneralizadora, entre lo intelectual y moralmente superior y lo moral e intelectualmente inferior, lo cual podría denominarse “falacia ideológica” (Cfr. Van Dijk 2005).

El contenido de la nota anterior también resulta interesante porque puede contrastarse con otras declaraciones proferidas anteriormente por el denominado “filósofo del gobierno”, y que se citan en un artículo al que ya me referí en la primera sección: “Kirchneristas vs macristas. ¿se puede cerrar la grieta?” (Moreno, 9/8/16, *Lanacion.com.ar*). En el mismo el ideólogo declaró que: “La grieta se va a ir cerrando en la medida en que la sociedad vea concretarse los logros de la nueva administración” (Ibid.), también agregó que eso pasaría “como consecuencia de un gobierno que se basa en el diálogo y la unión y que no se interesa en la confrontación como vía para la producción de sentido” (Ibid.). Declaraciones que estaban en sintonía con lo planteado en el párrafo inicial del artículo, en que se citaba lo declarado en un acto por el presidente Macri: “‘Antes era «ellos o nosotros». Eso se terminó. Ahora somos todos juntos’. No fue casual que Mauricio Macri ensayara días atrás su mensaje conciliador en el predio de la Sociedad Rural en Palermo” (Ibid.). En el mismo artículo también se exponen las opiniones de otros intelectuales, por ejemplo, en referencia a la visión del politólogo Andrés Malamud se planteaba que: “La grieta se cerraría si hubiera crecimiento económico y redistribución social. Caso contrario, subsistirá como herramienta de legitimación de ambos lados” (Ibid.); como a su vez se afirmaba que “Macri llegó a la presidencia también con el voto de los que odiaban al kirchnerismo desde lo más profundo de su ser” (Ibid.). Por lo que el discurso posterior del filósofo macrista afirmando que *la grieta* no estaría “tan mal”, ¿se comprendería como un replanteamiento estratégico por no haberse producido crecimiento económico y redistribución social, como corroboran diversos datos económicos, asumiendo que una agrietada polarización como estrategia comunicacional les sería conveniente?

En el mismo artículo también opinaba un analista político al que ya me referí (S. Berensztein), sobre su forma de entender la estrategia comunicacional del kirchnerismo planteaba que “hubo una intención de dividir a la sociedad desde un gobierno que se apropió y utilizó los aparatos ideológicos del Estado y otras políticas públicas para financiar el conflicto” (Ibid.). Sobre lo que mantiene la perspectiva histórica que se ha venido reiterando, al afirmar que: “En el país se dio algo que no pasaba desde el primer peronismo: las diferencias fueron financiadas y estimuladas desde el poder” (Ibid.). Dicho analista (en el otro artículo al que me referí en la primera sección) continuó criticando la comunicación política kirchnerista, porque habría conformado “una nueva política cultural para recuperar el monopolio de los valores nacionales” (Berensztein, 13/07/18, Ibid.). Habiendo desplegado así “una vocación hegemónica y un método depredador: agrandaron el tamaño del Estado para comprar y corromper los retazos del sistema político, cooptar medios de comunicación y promover un capitalismo de amigos nefasto” (Ibid.). Además, cuando se le consultó en la nota anterior (durante el 2016) por el futuro de “la grieta” se arriesgó a brindar una perspectiva pronosticadora: “Un test interesante va a ser cuando dentro de un tiempo no haya nadie financiando el conflicto, quiero ver qué queda de esta división cuando no esté el Estado funcionando ideológicamente de forma intensa y expresa” (Moreno, 9/8/16, Ibid.). Pero cuando

este analista, tan crítico de la relación del kirchnerismo con los medios, menciona que el otro gobierno se habría apropiado de “aparatos ideológicos del Estado y otras políticas públicas”, ¿no parecería implicarse (como suele hacerse) que sólo los medios de comunicación públicos serían estatales?, ¿y que por ende sólo a ellos podría definírseles como aparatos ideológicos, porque serían estatales, públicos? Pero desde el paradigma crítico de los estudios mediáticos se considerará a los medios de comunicación como “aparatos ideológicos del Estado” en la medida que asuman un marco discursivo que represente a partidos políticos que legitimados democráticamente han adquirido dominios en el Estado, pudiendo representar sus estrategias e intereses en su coincidencia con intereses nacionales, legitimando así también la posición representativa que asumirían los medios de comunicación (Cfr. Hall 2010).

Se ha venido reiterando la crítica a la política estratégica comunicacional del kirchnerismo desde el comienzo del capítulo. Donde también se criticaba en un editorial del periódico *Clarín* que dicha estrategia tendría como componente clave una discursividad retrospectiva, sobre lo cual también se afirma en la siguiente cita que:

“Los miembros del aparato de propaganda fueron los mejor adiestrados para reproducir el clima retro. Miles de millones de pesos empezaron a bañar medios y a financiar a la vez organizaciones de derechos humanos y campañas culturales para demostrar que el kirchnerismo era una nueva representación de lo popular.” (Roa, 24/11/15, *Clarín.com*)

En dicho texto se puede apreciar una asociación, en la comunicación política del kirchnerismo, entre su interacción con “grupos de interés” (o “movimientos sociales”) y la problemática cultural. Aunque, como se planteó anteriormente, implicando también que la discursividad político-ideológica solaparía meros intereses mercantiles, ya que el articulista también afirmaba que si se recuperó un discurso ideológico setentista se debería a que habría sido “una rentable forma de vida para algunos militantes de los 70, defensores de los derechos humanos de los 80 y movimientos sociales de los 90” (Ibid.). Entre dichas organizaciones de Derechos Humanos vinculadas con el kirchnerismo se encuentran las “Abuelas” y “Madres de Plaza de Mayo”, que fueron y son sus aliadas simbólicas fundamentales. Como también lo fueron en el enfrentamiento que se mantuvo por la causa judicial de “Papel Prensa” (y también por la Ley de Medios), entre el gobierno presidido por Cristina Fernández de Kirchner y el multimedio Grupo *Clarín*. Enfrentamiento que fue indisociable de la discursividad retrospectiva, ya que en el mismo se habrían visto imbricadas cuestiones vinculadas con el secuestro y desaparición de personas durante la dictadura; lo cual se menciona también en el artículo tratado al inicio de la sección, cuando se sostiene que aquel gobierno “emparentó al multimedio con el Mal Absoluto. Lo vinculó con las más aberrantes prácticas de la dictadura” (Majul, 5/12/13, *Lanacion.com.ar*). Pero el periodista no se refería solo a la causa sobre Papel Prensa, sino también a la investigación judicial que se inició por una denuncia sobre que los hijos de la principal accionista del multimedio Clarín habrían sido hijos de desaparecidos apropiados ilegítimamente, sobre lo que el susodicho periodista agregó: “aunque la Justicia comprobó lo contrario, muchos fanáticos del relato K siguen repitiendo que Felipe y Marcela Noble Herrera son hijos de padres desaparecidos” (Ibid.). Por lo que insoslayablemente dicho conflicto entre aquel gobierno y el multimedio amerita ir siendo tratado particularmente para comprender el desenvolvimiento de la conflictividad ideológica denominada

grieta, porque continuó trazando la división de los medios identificados con el kirchnerismo y los antikirchneristas, y a su vez se fue haciendo parte del renovado revisionismo de la historia reciente.

IV.b. La historia reciente en el contexto de ‘la grieta’.

IV.b.1) Seleccioné la siguiente nota para comenzar esta segunda parte porque en la misma se condensaría parte de la trama intergrupala e interinstitucional, de alianzas y confrontaciones que conformaría a “la grieta”, en su imbricación con la conflictiva historia reciente. Se titula: “Un alerta sobre la distinta vara judicial” (6/10/16, *Pagina12.com.ar*), señalándose en su volanta que las “Madres de Plaza de Mayo le pidieron explicaciones al juez Ercolini por la causa Papel Prensa”. Explicitándose en la subtitulación que la misma “involucra a los dueños de *Clarín* y *La Nación*” (Ibid.). Por lo que la titulación como significación global, y entre lo significado en la volanta y el subtítulo, implica una intención comparativa, aunque no especificada. Pero que se irá especificando en el primer párrafo, donde se cita la pregunta realizada por la protagonista de la nota, la representante de “las Madres”: Hebe de Bonafini, al Juez de la causa de Papel Prensa y también de la “adjudicación de la obra pública” contra Cristina Fernández de Kirchner. Pregunta en la cual se sintetiza las intencionalidades de su visita: “¿Por qué demora tanto la causa por la apropiación de Papel Prensa y, en cambio, avanza tan rápido la causa sobre la adjudicación de obra pública por la que fue citada a indagatoria Cristina Kirchner?” (Ibid.). Por lo que en la misma pregunta alude a un supuesto crimen cometido en la época de la dictadura cívico militar mientras alega en defensa de Cristina Fernández de Kirchner. Intención que se reitera tras la respuesta del Juez: “No tengo ninguna animosidad contra la familia Kirchner” (Ibid.), que es retrucada por Hebe Bonafini: “los jueces están condicionados (...) se ve mucho apuro por condenar a la expresidenta” (Ibid.). En esta acción se expresaría la alianza estratégica e identificación política entre el grupo interesado en la defensa de los Derechos Humanos (liderado por Hebe de Bonafini) y el grupo político kirchnerista. En la nota se repasa luego el entramado de la causa, el hecho de que los dueños de Papel Prensa fueron “secuestrados durante la última dictadura y cuando se abrió la causa (...) declararon que fueron obligados a ceder bajo torturas y amenazas la titularidad a una sociedad entre la Junta militar y los diarios *La Nación*, *Clarín* y *La Razón*” (Ibid.). Pleito judicial que fue promulgado por la expresidenta, lo cual rememoró tras pasar un lustro otro medio de prensa, titulándose: “Hace cinco años, Cristina presentaba ‘Papel Prensa, la verdad’, el informe que originó la causa por delitos de lesa humanidad” (Castillo, 22/08/15, *Telam.com.ar*). En cuyo subtítulo se señala que en el informe se “detalla la apropiación de esa empresa, propiedad de la familia Graiver, por parte de los diarios *Clarín*, *La Nación* y *La Razón*, en complicidad con funcionarios de la última dictadura cívico militar” (Ibid.). Fue durante la presentación de dicho informe que la por entonces “mandataria instruyó a la secretaria de Derechos Humanos (...) para que se presente como querellante” (Ibid.). Evento en que también hizo resonantes declaraciones, cuya exposición permite contextualizar más la puja de intereses en aquel pleito, como por ejemplo que, al “leer este informe, me quedó un sabor amargo y la certeza de que existe un poder que está por encima de la primera magistratura. Desde hace décadas que existe un poder que intenta subordinar al Estado a

sus intereses” (Premici, 25/8/10, *Pagina12.com.ar*). Y agregó que: “Con la Justicia por un lado, y el Parlamento por el otro, estamos confiados en que la democracia pueda pasar esta prueba. Queremos una democracia sin tutelaje y una sociedad sin miedo” (Ibid.). Dicho discurso fue acompañado, con sus respectivas resonancias, muy pocos días después por pronunciamientos del expresidente Néstor Kirchner, quien declaró: “Que se termine la dictadura mediática (...) Que florezca la primavera democrática para que hablen, mal, bien o regular de los gobiernos” (Poore, 28/8/10, Ibid.). También agregó sobre la por entonces presidenta que sufría “un ataque infatigable por parte de intereses concentrados, económicos y mediáticos” (Ibid.). Por su parte Cristina Fernández de Kirchner, el día en el que se presentó el informe sobre Papel Prensa, también se refirió directamente a los diarios *Clarín* y *La Nación*:

“En un editorial del domingo pasado, *Clarín* publicó que ‘el Gobierno avanza en Papel Prensa para controlar la palabra impresa’. En abogacía tenemos un dicho, a confesión de partes, relevo de pruebas. O lo que en psicología se llama proyección. Uno infiere que quien controla el papel, controla la palabra. Papel Prensa (cuyos accionistas mayoritarios son *Clarín* y *La Nación*) es una empresa monopólica. Por eso coincido con lo que dice el multimedio.” (Premici, 25/8/10, Ibid.) En la cita se menciona la cuestión monopólica en los medios de comunicación argentinos, lo que motivó la elaboración del proyecto de Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (también conocido como Ley de Medios), el cual apuntó principalmente al multimediático Grupo *Clarín*. Pero a las discordias entre el gobierno y el multimedio se sumaría otra causa vinculada con la época de la dictadura cívico militar, relacionada con la apropiación ilegítima de hijos de desaparecidos (que involucró a Ernestina Herrera de Noble, accionista y directora del susodicho Grupo, y a sus hijos adoptivos Felipe y Marcela), causa que fue impulsada por Estela de Carlotto, lideresa de la organización: “Abuelas de Plaza de Mayo”. Esta sucesión de pleitos judiciales, debates, enfrentamientos tan concernientes al ámbito de la prensa escrita, puede encontrarse reseñada por ejemplo en un artículo que se tituló: “*Clarín* y el kirchnerismo: de aliados a enemigos” (14/6/17, *Perfil.com*). Resumiéndose en su subtitulación que: “Durante la gestión de Néstor tuvieron una muy buena relación. Quedaron enfrentados en el primer mandato de Cristina, tras el conflicto agropecuario. La causa por los hijos Felipe y Marcela” (Ibid.). Así que se remite al conflicto por las exportaciones con el empresariado agrario (asociado desde sectores kirchneristas con la dictadura cívico militar), que se había tratado en la primera parte con respecto al surgimiento de “la grieta”. Sobre la sucesión de hechos que empezaron tras aquel conflicto por los aranceles a las exportaciones agrarias, y que se continuaron hasta la promulgación de la Ley de Medios, en el cuerpo del texto se resume que:

“La relación comenzó a cambiar con el conflicto agropecuario por la famosa 125 en el año 2008. A partir de ese momento, el gobierno tensó el trato con el Grupo, que a su vez cambió su línea editorial. No hubo marcha atrás: en plena campaña electoral (marzo de 2009) Néstor Kirchner ya con el traje de candidato apuntó contra el multimedio en un acto en Tres de Febrero: ‘¿Qué te pasa *Clarín*? Habla con la verdad’. Ese mismo año se aprobó en el Congreso la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual.” (Ibid.)

Por lo que en la sucesión de hechos que se narran se presuponen a las estrechas vinculaciones entre el multimedio con el sector empresarial agrario (como también se lo hacía en otras publicaciones tratadas), pero sin especificar (como tampoco se lo hacía en las demás) de si se trata de una vinculación por intereses comunes

simbólicos o “reales” (materiales, económicos), o ambos, pero puede conjeturarse que serían vinculaciones ideológicas. En esa nota luego se destaca que en “paralelo a la situación del medio, dos causas muy importantes avanzaron tras años de estancamiento. En primer lugar, la de la adopción de los hijos de Ernestina, Marcela y Felipe” (Ibid.). La otra situación judicial fue “la causa por la supuesta apropiación ilegal de Papel Prensa, en diciembre de 2016 (...) Ercolini sobreseyó a los directivos de los diarios *Clarín* y *La Nación* en la causa que había promovido el kirchnerismo” (Ibid.); lo que aconteció unos meses después de que visitaran a dicho Juez las Madres de Plaza de Mayo, para cuestionarlo por esa causa, y también por la que involucraba a la expresidenta. Con respecto a la causa relacionada con los hijos de desaparecidos, “en 2015, la jueza federal de San Isidro, Sandra Arroyo Salgado, sobreseyó a la dueña de *Clarín* en la causa iniciada por la denuncia de Abuelas de Plaza de Mayo luego de considerar que no había ninguna evidencia” (Ibid.). Con la falta de evidencia se refiere al examen negativo de ADN de las muestras que se cotejaron entre el banco genético de familiares de desaparecidos y las de Felipe y Marcela Noble, muestras cuya extracción fue un asunto sumamente escandaloso y mediatizado. Así que en el texto también se recuerda la reacción expresada en las redes sociales de uno de los involucrados en dicha causa, que tuvo repercusión en la prensa, como puede notarse desde la titulación de la siguiente noticia: “Felipe Noble Herrera: ‘¿y ahora quiénes son los que la tienen adentro?’” (06/11/16, Ibid.). Expresión popular (la cual aludiría fáticamente a “tenerla adentro”) que denota la emocionalidad jactanciosa ante el que fue superado en algo, y a la que se ha criticado, por ejemplo, por machista. Pero la subtitulación es más específica: “El hijo de la dueña de *Clarín* pidió que Cristina Kirchner y su mafia se disculpen y señaló que ‘hace tiempo que quedó demostrado que el relato K fue una mentira’” (Ibid.). La afirmación demostraría como en ese momento la politización del pleito pretendía ser aprovechada por quienes habían quedado conformes con el fallo, ya que con la denominación “relato k” se suele generalizar a todos los logros (de los que se jactaba aquel gobierno) como producto de una elucubración ficticia, irreal, que sólo tenía como objetivo enmascarar intereses mercantiles.

Si en la noticia anterior Felipe Noble se dirigía directamente a la expresidenta, es oportuno contextualizarla considerando algunas de las declaraciones que ella hizo al respecto, por ejemplo, en el Día Nacional por la Memoria y la Justicia, acompañada por Abuelas y Madres de Plaza de Mayo, declaró que la causa judicial era una “verdadera prueba de ácido para saber si vivimos en democracia” (24/3/2010, *Lapolíticaonline.com*). Esas declaraciones de Cristina Fernández de Kirchner se asemejan a las que ya me referí de Néstor Kirchner unos meses después, cuando mencionó en un acto la existencia de una “dictadura mediática”, refiriéndose obviamente a *Clarín*, además de otros medios. Expresiones que pueden definirse como hiperbólicas, como también la comparación mencionada en el comienzo del capítulo, entre los tractores (que usaban los ruralistas para manifestarse) con tanques del ejército, o entre los respectivos manifestantes con grupos de tareas activos durante la dictadura (28/10/10, *Diario popular.com.ar*). Pero con respecto al discurso de la expresidenta, ¿se podría asumir que parte de lo implicado es que si el fallo no comprobaba las sospechas de la apropiación ilegítima se debería a la intervención del poderoso Grupo *Clarín*? Dicho discurso guarda correspondencia con lo que posteriormente pronunciaría Cristina Fernández en la presentación del informe de la causa Papel Prensa, sobre la existencia de “un poder que intenta subordinar al Estado a sus intereses” (Premici, 25/8/10, *Pagina12.com.ar*).

Pero resulta exagerado, y hasta paradójico, que alguien elegido democráticamente como presidenta ponga en duda la existencia de la democracia por la suposición de un accionar que en todo caso demostraría que el sistema judicial es corrompible, que existe un poder que “intenta subordinar” a otros poderes, y que puede haber presidentes débiles sin suficiente poder, lo cual no habría sido el caso de la mandataria, que además fue reelegida con un alto caudal de votos. También resulta contradictoria, paradójica, la declaración de Néstor K., porque si debe destacarse la significatividad de los discursos retrospectivos sobre el rol de los medios de comunicación en la dictadura (como también lo mencionado anteriormente sobre la connivencia entre el gobierno de facto con la Sociedad Rural), estos aluden al acontecer en un sistema dictatorial, y no al contexto de una cultura política democrática, la cual estaría implícitamente “negada” en la afirmación de la existencia de una “dictadura mediática”. Que resulta paradójica en el discurso de un expresidente elegido democráticamente y con una esposa presidenta; por más neoliberales, monopólicos, hegemónicos, y hasta autoritarios que puedan ser los poderes concentrados, económicos y mediáticos, y que era lo que apuntaba a contrarrestar la Ley de Medios. Otra declaración muy hiperbólica de Cristina Fernández de Kirchner, también vinculada con la época de la dictadura y el Grupo *Clarín*, se produjo durante el avance del gobierno para asumir el control político y económico del fútbol, cuyo negocio estaba bajo el control del susodicho multimedio, y sin menoscabar que el deporte también puede considerarse un aparato ideológico del Estado (Cfr. Althusser 2003), proyecto que tuvo como bandera discursiva el famoso slogan “Fútbol para todos”. En dicha situación la presidenta Cristina Kirchner declaró, también en alusión al Grupo *Clarín*: “No es posible que secuestren los goles hasta el domingo, como antes secuestraron y desaparecieron a 30 mil argentinos” (11/08/09, *Lapolíticaonline.com*). Acto discursivo que, al equipar las vidas humanas con goles, tuvo bastante repercusión mediática, y fue recibido por otros sectores izquierdistas como tergiversador, exagerado, banalizado, e irracional, y que de algún modo también puede denominarse como ideológicamente falaz. De todas formas, quien defendió a Cristina de la acusación sobre banalizar cuestiones vinculadas con los Derechos Humanos fue la titular de Abuelas de Plaza de Mayo Estela de Carlotto, ya que declaró que se trató de una “frase reflejo de una mujer perseguida” (21/8/09, *Eldía.com*). Por lo que, si la discursividad retrospectiva fue fundamental en la comunicación política del kirchnerismo, y tremendamente efectiva, logrando consensualidad en amplios sectores e importantes alianzas, también derrapó en hiperbólicos errores; que pudieron haber sido aprovechados por quienes pretendieron elaborar un revisionismo de la historia reciente contrario al de la discursividad kirchnerista.

Otro artículo interesante que se refiere a las disputas entre el kirchnerismo y el Grupo *Clarín* se publicó en el otro periódico que ha venido siendo asociado con la causa de Papel Prensa, desde cuyo título se indica la forma de interpretar dicha discordia: “Kirchner quiso pactar con *Clarín*, y como no pudo, le declaró la guerra” (Sirvén, 20/10/13, *Lanacion.com.ar*). Con respecto a la última palabra de la oración, la hiperbólica denominación de “guerra”, es oportuno mencionar que ha solido utilizarse bastante en el contexto de “la grieta”; e incluso años después de esa publicación, y como se observa en la siguiente titulación: “Un periodista estrella de *Clarín* reconoció que su diario hizo ‘periodismo de guerra’ contra el kirchnerismo” (17/7/16, *Eldestapeweb.com*). Ya que el periodista aludido (Julio Blanck) declaró en una entrevista: “¿Hicimos periodismo de guerra? Sí. Eso es mal periodismo. Fuimos buenos haciendo guerra” (Ibid.), y el mismo sentenció que “el Gobierno kirchnerista

perdió la guerra contra *Clarín*” (Ibid.). Pero retornando al artículo anterior de *La Nación*, desde la macroproposición temática se continúa con un relato de los hechos en que se destaca que la discordia “se elevó a la enésima potencia cuando se desató el conflicto con el campo. Entonces, la luna de miel informativa entre el Grupo Clarín y el Gobierno llegó a su fin” (Sirvén, 20/10/13, *Lanacion.com.ar*). Habría sido entonces cuando desde el gobierno se hicieron “dos inquietantes advertencias: o los apoyaban o empezaban a agitar el tema del ADN de los hijos de Ernestina Herrera de Noble y a propulsar lo que Gabriel Mariotto llamó ‘la madre de todas las batallas’: la ley de medios” (Ibid.). Aunque en el artículo, deliberadamente o no, se omite mencionar a la emblemática causa Papel Prensa, que como se ha reiterado también involucra al periódico *La Nación*. Pero la controversia por la Ley de Medios es central para contextualizar el artículo, ya que se publicó un día después de que se emitiera un fallo de la Corte Suprema de Justicia a favor de su implementación, lo que el relato critica al irse clausurando y dictaminar que “el máximo tribunal de Justicia de la Nación dio su luz verde al Gobierno para avanzar por la senda preferida de éste en pos de su ‘vamos por todo’” (Ibid.). Es oportuno explayarse en que, con la frase entrecomillada en la cita el autor se refiere a una famosa consigna que acuñó el kirchnerismo (a partir de algunos discursos de Cristina Fernández de Kirchner), que fue y aún es muy criticada, utilizada para catalogarlo tanto de hegemónico como de totalitario, consigna que también podría considerarse como otro error de su comunicación política. Pero lo que interesa destacar es que, desde la interrelación entre la significación global con distintos “significados locales”, se va implicando que la disputa del oficialismo de entonces con el Grupo *Clarín* no se debía a un genuino interés en las causas judiciales vinculadas con la dictadura cívico militar. Aunque en parte del “imaginario social” ya era una cuestión que impregnaba al kirchnerismo, desde la derogación de las leyes de impunidad y por su vinculación con las organizaciones de Derechos Humanos.

Si ya se mencionó que se le ha endilgado al kirchnerismo que su interés en los Derechos Humanos y la reivindicación de la militancia de los setenta fue únicamente una estrategia calculada por intereses mercantiles, eso también conllevó que se cuestionen los desenvolvimientos del matrimonio Kirchner en los tiempos de dictadura. Lo cual podría tener la intencionalidad de plantear supuestas contradicciones entre lo que -desde el paradigma identitario de la cultura política- se denomina “identidades políticas dichas” e “identidades políticas actuadas” (Cfr. Giménez 2008). Dichas contradicciones, en este caso, se plantearían como un distanciamiento entre los desenvolvimientos identitarios pasados y los discursos recientes, lo que puede tratar de analizarse, por ejemplo, en un artículo que analizaré en la siguiente sección.

IV.b.2) El artículo a tratar se titula sugerentemente: “‘El origen’, el libro que desnuda la intimidad de los Kirchner, el inicio de su fortuna y la corrupción en Santa Cruz” (31/3/18, *Clarín.com*), mencionándose en su volanta el nombre de la autora: “Adelanto del libro de Mariana Zuvic”. Quien es presentada en el comienzo del segundo párrafo como “diputada del Parlasur por Cambiemos y su ‘madrina política’ es Elisa Carrió (...) es esposa del opositor a los K más importante de la provincia” (Ibid.). Si en el título del artículo se utilizan las palabras “origen” e “inicio” (respecto a la fortuna matrimonial de los Kirchner), se especifica en el subtítulo la intencionalidad (tanto del libro, como del artículo basado en su contenido) de indagar en “Cómo acumularon su

fortuna en los años de la Dictadura” (Ibid.). Pero esa significación global no se explicita en el título principal, ni en la volanta, sólo en el subtítulo, ¿y no será porque habría resultado más contrariado, “chocante”, en ese contexto informacional, tanto para los lectores asiduos, o los no tan habituales, como también obviamente para sus críticos, un título principal sobre incrementos de capital en la época de la dictadura? Porque en el “imaginario social” (o una buena parte de él) el grupo *Clarín* se representaría como una asociación emblemática entre grandes fortunas y dictadura cívico-militar, tanto por lo que se ha publicado y debatido en los medios sobre las vinculaciones entre el multimedio y el gobierno dictatorial, como porque todavía perduraría en parte de la “memoria colectiva” cual fue el posicionamiento político expresado en las publicaciones del diario en aquel entonces. Lo cual también habría condicionado que tanto en las titulaciones como en el transcurso del texto se alternen las menciones referidas al “origen” (de la fortuna de los Kirchner) y a la dictadura con las que aluden anecdóticamente a altercados domésticos. Alternancia que también se encuentra en el primer párrafo, que comienza enfatizando que a:

“Contracara del ‘relato’ épico y setentista construido por los Kirchner en su larga década en el poder, **Mariana Zuvic** revela en ‘**El origen**’ (...) intimidades de la **tormentosa relación del matrimonio** y la manera en que comenzaron a amasar una fortuna quedándose con casas de deudores perjudicados por la circular 1050 de tiempos de la dictadura militar.” -el resaltado es de la edición- (Ibid.)

Desde la primera oración citada se plantea un contraste entre la discursividad reivindicadora de la militancia de los setenta con los desenvolvimientos de los Kirchner como abogados en los tiempos de dictadura, y con respecto a la regulación que habilitaba el remate de casas a deudores. Por lo que se apuntaría a acentuar las contradicciones entre identidades discursivas e identidades actuadas (Cfr. Giménez 2008), enfatizando un distanciamiento entre el desenvolvimiento identitario pasado y la discursividad identitaria más actual, en la identidad política del matrimonio Kirchner. ¿Pero porque este periódico, tantas veces criticado por aprovecharse económicamente de su vinculación con la dictadura cívico-militar, les recriminaría a los Kirchner haber ganado dinero como abogados en aquella época, y no haber sido lo que en publicaciones de ese diario suelen denominarse subversivos, extremistas, terroristas, salvajes, etc.? ¿Podría ser porque simplemente les molesta una supuesta hipocresía? O podría expresar una estrategia comunicacional más compleja, ya que la intencionalidad de enfatizar en dichos distanciamientos identitarios podría ser la de afectar la imagen de los Kirchner ante ciertos sectores que se sienten representados por ellos, y así alterar, enmendar, el consenso logrado por el kirchnerismo entre secciones de izquierda, centroizquierda, y centro. Como a su vez, cuando también critican a los Kirchner por reivindicar el idealismo militante de los setenta, endilgándoles que así defenderían la violencia, el odio, etc., se conseguiría abroquelar consenso entre sectores ideológicamente diferenciados del kirchnerismo, de centroderecha y derecha, por ejemplo.

Otro artículo que apuntaría en el mismo sentido que el anterior se titula: “Una fortuna que creció gracias a la célebre circular de la 1050” (27/12/13, *Lanacion.com.ar*), por lo que se trata de la misma regulación que se mencionaba en el de *Clarín*, la que permitía rematar casas a deudores hipotecarios. Aunque no tiene volanta cumpliría su rol el encabezado referido a la temática de la sección donde se publicó: “La ruta del dinero K”. Orientación que va especificándose en el subtítulo: “La norma permitió a los Kirchner acumular 22 propiedades;

muchas se las vendieron a Báez” (Ibid.), ya que Lázaro Báez fue acusado de ser testaferro de los Kirchner. Si la circular 1050 se adjetiva sugerentemente en el título como “célebre”, término que puede significar tanto algo muy famoso como también admirado, ¿se debería a que esa regulación dispensora de políticas económicas neoliberales también puede servir para criticar a los Kirchner? Y el artículo se inicia relatando que con “el golpe de Estado de 1976, Néstor y Cristina Kirchner se marcharon de La Plata (...) Fueron tiempos prósperos para la familia Kirchner, en parte gracias a oportunidades que el matrimonio supo aprovechar” (Ibid.). Lo cual va orientado a la remarcación de los distanciamientos entre la discursividad de los Kirchner estando en el poder, con su pasado, como por ejemplo en la siguiente afirmación: “los Kirchner no concentraron sus mayores esfuerzos jurídicos en la defensa de los derechos humanos, bandera que abrazaron años más tarde, ya en la Casa Rosada, sino que se abocaron, con éxito, a los negocios inmobiliarios” (Ibid.). Al finalizar se hace referencia a una anécdota de aquella época sobre una pregunta que un abogado le habría hecho a Cristina Fernández de Kirchner respecto a dicho accionar y ante la que ella habría respondido: “Queremos hacer política, y para hacer política en serio se necesita ‘platita’” (Ibid.); frase en la que parecería traspasarse la frontera entre intereses simbólicos e intereses materiales, económicos. Pero dicha clausura del relato está orientada por lo indicado en el subtítulo, en el que a su vez se especificaba el motivo de que un artículo que trata sobre la conducta del matrimonio Kirchner en los tiempos de dictadura se incluya en la sección denominada “Ruta del dinero K”, es decir, el tema de la investigación sobre el patrimonio de la familia presidencial. Esta asociación, entre los casos denunciados por corrupción durante el gobierno del Frente para la Victoria con los tiempos de la dictadura, no es casual ni aislada, sino que ha sido bastante reiterada, aunque con distinto léxico.

La antedicha asociación puede encontrarse señalada en el siguiente titular: “Paralelo entre kirchnerismo y dictadura” (Van der Kooy, 19/06/16, *Clarín.com*). Supuesto paralelo que intenta trazarse desde las oraciones iniciales del texto, y que son las siguientes: “El kirchnerismo está encerrado en una paradoja aterradora. La vergüenza de los bolsos de José López, el segundo de Julio De Vido durante la ‘década ganada’, le tendió aquella trampa” (Ibid.). Denotando que el artículo está escrito tras el escándalo en que el exfuncionario kirchnerista fue filmado lanzando bolsos con millones de dólares y euros por encima del muro de un convento. Así que se focaliza en como parte del kirchnerismo trató de desvincularse del funcionario, tratándolo de definir “como un cuerpo ajeno a ellos. Como un infame y un traidor” (Ibid.). Pero el término, y “sujeto de la enunciación”, que aprovecha el articulista para intentar establecer el parangón entre el kirchnerismo con la dictadura, se especifica seguidamente, ya que “brotó en labios de una tropa de figuras connotadas (...) Fue repetido por Hebe de Bonafini, la jefa de las Madres de Plaza de Mayo. ‘Infiltrado’, llamó a López” (Ibid.). Así que al proferirse ese léxico (infiltrado) por una Madre de desaparecidos, “el kirchnerismo terminaría haciendo suya una argumentación que supo combatir. Durante años la blandieron los militares de la dictadura” (Ibid.). Argumentación que consistiría en endilgarles culpas y responsabilidades sobre el asesinato de personas a los llamados “infiltrados”, lo cual sustentaría el paralelismo entre la comunicación política del kirchnerismo con la del gobierno dictatorial. Y aunque luego se aceptan distinciones, se lo plantea de un modo algo ambiguo: “El kirchnerismo no afronta la obligación, por fortuna, de explicar muertes. Su drama posee otra matriz. Pero tampoco está en condiciones de admitir, sin volar de inmediato por el aire, que López no representa la excepción

que sostienen que es” (Ibid.). Dicho párrafo se inicia con una proposición menos negativa, menos intolerante, sobre el mencionado grupo político, que es seguida, subordinada, por otra proposición más negativa e intolerante, y que se introduce con un “Pero...”, lo cual se corresponde con lo que se ha denominado “jugadas semánticas” (Van Dijk 2008: 250). Que en este caso se implementa para mitigar una comparación que podría resultar exagerada, pero que sin embargo se significa desde la proposición tituladora, en la cual se presume la existencia de semejanzas entre el kirchnerismo con la dictadura³².

También puede ejemplificarse la intencionalidad de trazar correspondencias entre el kirchnerismo y el gobierno militar con otro artículo, que se focaliza en el mismo caso de corrupción que el anterior (el del funcionario José López), se titula: “A la espera de la Conadep de la corrupción” (Leuco, 18/06/16, Ibid.). Con esa intención, deseo, que contiene la proposición tituladora, el periodista alude a “la propuesta de Ernesto Sanz de conformar una Conadep de la corrupción” (Ibid.). Por lo que antes de plantear un análisis del artículo es oportuno mencionar que el por entonces senador nacional por la Unión Cívica Radical, Ernesto Sanz, consiguió bastante repercusión en la prensa por sostener dicho proyecto. Como también puede observarse por ejemplo en el siguiente titular: “Ernesto Sanz: ‘La Conadep de la corrupción va a investigar a Cristina Kirchner y a todo el mundo’” (Chaves Rodríguez, 6/06/14, *Lanacion.com.ar*). Las hiperbólicas expresiones citadas son una paráfrasis de la respuesta del senador ante preguntas del entrevistador, sobre si la Conadep de la corrupción debería investigar a Cristina Kirchner, y ante lo que el senador respondió: “A todo el mundo. La Conadep de la corrupción no tiene que tener límites ni cortapisas” (Ibid.). ¿Pero a que se estaría refiriendo con “todo el mundo”, a la totalidad de los sospechados o la totalidad de los integrantes de la “clase política”, para todos ellos se requeriría una comisión equivalente a la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep)? Pero lo fundamental es que la propuesta de institucionalizar una comisión similar a la que investigó los crímenes de lesa humanidad cometidos por la dictadura para investigar los casos de corrupción (que se ejemplifican sólo con los de funcionarios kirchneristas), está implicando que se tratan de delitos equiparables, equiparación que puede estar ideológicamente condicionada, como también la interpretación de la coherencia discursiva de las proposiciones (Cfr. Van Dijk 2008).

Reenfocando el artículo del periodista A. Leuco (18/06/16, *Clarín.com*), si se había indicado que también se basa en el caso de corrupción del funcionario del Frente para la Victoria, al respecto es destacable un tramo en el cual se dictamina que: “José López ingresó en la historia del peronismo como otro brujo maldito del mismo nombre. José López Rega lo superó porque fue un delincuente que, además de robar, asesinó a cientos de argentinos” (Ibid.), ya que al homónimo se le adjudica haber organizado a la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A). Por lo que, si bien se los distingue, también se esboza una equiparación histórica entre las acciones de un supuesto ladrón (aunque el término indicado hubiera sido hurtador, o coimero) con quien se describe como un asesino en masa,

³² Sobre lo que se pueden añadir, para contextualizar, algunas declaraciones de una dirigente que ya se mencionó al inicio de la sección, E. Carrió (de cuando era titular de la “Coalición Cívica”, antes de aliarse a Cambiemos), ya que esta recurrente denunciante del kirchnerismo declaró en un programa de televisión en referencia al matrimonio Kirchner: “Estamos en manos de un dictador con un presidente títere que es su esposa” (21/12/08; *Lanacion.com.ar*), como también afirmó en un programa radial: “Espero voltear al dictador” (23/12/08, *Perfil.com*). Esas declaraciones fueron respaldadas, por ejemplo, por el reconocido periodista Mariano Grondona, a quien se le ha reprochado haber sido colaborador de la dictadura cívico militar, que publicó un artículo fundamentando las declaraciones de Carrió, titulado: “Néstor Kirchner, ‘dictador’” (24/12/08, *Lanacion.com.ar*).

equiparación que viene orientada desde la titulación. En la oración inicial del artículo también se nombra al funcionario, narrando su accionar de un modo algo sugerente: “Las escenas de corrupción explícita de José López han herido la sensibilidad de los argentinos” (Ibid.). Respecto a las palabras “escenas de corrupción explícita” hay que considerar que el hecho fue filmado por cámaras de seguridad (y se repitieron incansablemente por medios televisivos, como en el canal TN del Grupo *Clarín* en el que tiene un programa político el autor), y son asociables con que después se afirme que: “Las características pornográficas y tragicómicas de lo sucedido tienen consecuencias políticas en el peronismo” (Ibid.), lo que redundaría en que la sugerente denominación de “corrupción explícita” sería un tropo de la de “sexo explícito”. Entonces, si la pornografía consiste en el goce voyerista de mirar sexo explícito, se estaría implicando cierto goce ante la visualización de ese hecho, cuyas características permiten conjeturar que el goce que provocaría tendría un componente sádico. Goce que también podría sustentarse en acentuar la irracionalidad del *otro* (asumido también como tragicómico), lo cual concerniría a la “fantasía ideológica”, como se había planteado reelaborando la teoría de Žizek (2003). Y teniendo en cuenta el contexto de la comunicación también se estaría apuntando al consentimiento, la satisfacción del público habitué (Cfr. Hall 2010; Ochoa Gonzáles 2016), incitando al goce ideológico de la mayoría de los lectores habituales del diario. Pero una cuestión insoslayable es que, los hechos denunciados por corrupción que se definen como “pornográficos y tragicómicos”, son los que se equiparan implícitamente con los crímenes de lesa humanidad. Lo cual se condeciría con que el texto se clausure redefiniendo, reinsertando discursivamente, el histórico lema del “Nunca Más”, que simboliza la lucha de los Organismos de Derechos Humanos contra los crímenes cometidos en la última dictadura:

“Una Conadep de la Corrupción sería un mecanismo adecuado para decirle Nunca Más al cambalache discepoliano. Para que Nunca más sea lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio o chorro, generoso o estafador. Para que Nunca más el que no afane sea un gil. En dos palabras: para que los inmorales no nos iguallen más. Nunca más.” (Leuco, 18/06/16, *Clarín.com*)

La antedicha reinsertión discursiva de la histórica consigna del “Nunca más” también fue declarada por el entonces presidente Macri, lo cual se anuncia desde el siguiente título, evocador de dicho acto discursivo: “Mauricio Macri: ‘La mentira, la corrupción, nunca más en la historia de los argentinos, nunca más’” (Rosemberg, 21/08/18, *Lanacion.com.ar*), o también en el siguiente: “Mauricio Macri: ‘La corrupción, nunca más en la historia de los argentinos’” (21/08/18, *Clarín.com*). En ambas publicaciones se amplían las citas de los fragmentos más relevantes del discurso, como el siguiente: “Nos dijimos no seguir permitiendo que la sociedad se base sobre la viveza criolla mal entendida, sobre la mentira, sobre la corrupción. **Eso, nunca más en la historia de los argentinos**” -el resaltado es de la edición- (Ibid.). Si bien las focalizaciones temáticas de los títulos, selecciones de lo prominente, relevante, no tendrían que conllevar necesariamente algún posicionamiento ideológico de los narradores (Cfr. Van Dijk 2008), desde los “contextos de la comunicación” resulta interpretable que desde la frase reinsertada como significado global titular se orientaría acentuadamente a una interpretación ideológica (Ibid.). Del discurso presidencial en este caso, e incluso también parecen dirigidos al consentimiento, satisfacción, al goce ideológico de la mayoría de los asiduos lectores, que

serían en gran medida los mismos que votaron a Macri. Por lo que la misma situación discursiva fue interpretada, representada, de un modo ideológicamente diferente en periódicos por aquel entonces opositores al gobierno, por ejemplo, en un artículo que se tituló: “Macri utilizó el ‘nunca más’ para referirse a la corrupción” (21/08/18, *Tiempoar.com.ar*), que tiene como volanta a las también emblemáticas: “Memoria, verdad, y justicia”. La diferenciación con los anteriores se explicita en el subtítulo: “el presidente repitió tres veces el término emblema contra los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura militar. No es la primera vez que cambiamos tergiversa esas palabras” (Ibid.). Con la última oración del subtítulo se va enunciando lo que después se recuerda detalladamente en el transcurso del texto:

“no es la primera vez que integrantes de Cambiemos utilizan el ‘nunca más’ de forma tergiversada. El 24 de marzo 2017, un grupo de legisladores por el oficialismo posó en el Congreso con un cartel que decía: ‘Nunca más a los negocios con los derechos humanos’. En su momento fue señalado el diputado Nicolás Massot –sobrino de Vicente Massot, investigado por crímenes de lesa humanidad- como artífice de dicho cartel.” (Ibid.)

En la situación mencionada en la cita (el evento en que se expuso el cartel referido al “Nunca más” y los Derechos Humanos) también se basa el siguiente artículo: “Los derechos humanos PRO” (25/03/17, *Pagina12.com.ar*), cuya volanta indica el contexto temporal del mismo: “La Posición del Gobierno en el Día de la Memoria”. En su encabezado se incluye una foto en la que posan funcionarios y funcionarias del PRO con el cartel que contiene esa frase: “Nunca más a los negocios con los DDHH” (Derechos Humanos). Entre esos funcionarios se encontraba el por entonces secretario de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural de la Nación, Claudio Avruj, de quien se citan declaraciones, como cuando refiriéndose al anterior gobierno kirchnerista afirmó: “en estos 12 años se ha fanatizado a una sección de la sociedad fervientemente” (Ibid.). Por lo que “diferenció las políticas de su área con las anteriores gestiones, a las que cuestionó por hacer un recorte ideológico de los hechos históricos” (Ibid.), o lo que también denominó como un “congelado ideológico de la memoria” (Ibid.). Aunque también sostuvo que “fue la misma democracia la que generó grupos de organizaciones con diferentes líneas políticas y de trabajo (...) tuvo que ver con ‘una lucha de poder’” (Ibid.). Sin embargo, no tuvo reparos en criticar “a la presidenta de Madres de Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini: afirmó que ‘no es una dirigente de derechos humanos’” (Ibid.). Esa discursividad del funcionario del PRO es asociada con una teoría sobre la historia reciente argentina, a la que ya me referí anteriormente, cuando se enuncia que las “declaraciones de Avruj van en la línea de la teoría de los dos demonios, tópico preferido de los dirigentes de Cambiemos para criticar a los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner” (Ibid.). Perspectiva que se corresponde con lo planteado anteriormente sobre las asociaciones entre el agrietamiento político actual y la demonización dicotómica, como por ejemplo que “La grieta es al antagonismo lo que la teoría de los dos demonios es al terrorismo de Estado” (Plut, 3/10/19, Ibid.). Y sobre las perspectivas ideológicas de los hechos históricos que mencionó el Secretario C. Avruj, puede agregarse que también incumben a lo afirmado acerca de la conducta del por entonces presidente en aquel Día de la Memoria: “Macri no se vio obligado a encabezar ningún acto, como el año pasado cuando a raíz de la visita de Barack Obama se vio forzado a ir al Parque de la Memoria, y optó por mantenerse callado” (Ibid.), afirmación que se sustentaría en la premisa de que aquel

presidente no se identificaría con lo que la fecha simboliza. E incluso se aluden a declaraciones de Macri, que son anteriores a la frase del cartel (sobre “el negocio de los derechos humanos”), cuando respecto a la misma se añade que: “‘Negocios’ suena más elegante que ‘curro’, el término que en su momento eligió Macri para referirse al tema” (Ibid.). Declaración en que se basa, por ejemplo, una entrevista que se tituló citándolo: “Mauricio Macri: ‘Conmigo se acaban los curros en derechos humanos’” (Rosemberg, 8/12/14, *Lanacion.com.ar*).

En esas declaraciones acaecidas durante la campaña para las elecciones presidenciales (del 2015) se basó un editorial titulado: “Hechos, no palabras” (15/03/17, Ibid.). En su párrafo inicial se refiere directamente a lo declarado por el entonces presidente: “Mauricio Macri aseguró que, de acceder al gobierno, con él se acabaría ‘el curro de los derechos humanos’” (Ibid.); dicho “curro” consistiría en que bajo “el falaz manto protector de la defensa de los derechos humanos, se cometieron millonarias estafas contra el Estado nacional” (Ibid.). La organización defensora de Derechos Humanos a la que principalmente se apunta es a la de las Madres de los desaparecidos durante la dictadura, que se encontraría “lejos del juvenil idealismo combativo, la malversación de fondos públicos fue el escandaloso camino elegido por muchos; entre ellos, la Fundación Madres de Plaza de Mayo” (Ibid.). Y desde el subtítulo se comienza a aludir a la “teoría de los dos demonios”, cuando se proclama que: “Deben retomarse las promesas de campaña para que en la Argentina no haya más víctimas sin reconocimiento ni victimarios sin castigo” (Ibid.), que consistirían en víctimas de las guerrillas y victimarios guerrilleros, respectivamente. Si se continúa haciendo énfasis en el cumplimiento de las promesas de campaña es también porque se presupone que, al haber votado por Macri “distintos sectores de la población aprobaron esta afirmación de un cambio de rumbo desde una mirada dirigida a revisar la trascendencia histórica de los años 70” (Ibid.). El cambio consistiría en la diferenciación con los “12 años de administración kirchnerista en los que el fiel de la balanza fue inclinado falazmente hacia un extremo” (Ibid.), considerándose que dicho gobierno habría influido en el Poder Judicial “por el ideologizado abrazo de conceptos como ‘justicia y militancia’, una yunta tan antagónica como peligrosa” (Ibid.). Se insiste con la interpelación al por entonces presidente planteando que en aquel momento debería actuar “dando vuelta otra página crucial del mendaz relato construido por el anterior régimen, habitado sólo por sangrientos militares e inocentes guerrilleros, una dicotomía que propuso justicia para unos e impunidad y beneficios para otros” (Ibid.), por lo que se retoma a lo indicado en el subtítulo.

En la prensa que por entonces era opositora dicho editorial tuvo repercusiones, como por ejemplo puede observarse en la siguiente titulación: “*La Nación* presionó a Macri para que termine con el ‘curro de los derechos humanos’” (15/03/17, *Infonews.com*). Se añade en su subtitulación que “el matutino publicó un duro editorial titulado ‘Hechos, no palabras’ en el que presiona al Gobierno para que ‘no haya más víctimas sin reconocimiento ni victimarios sin castigo’” (Ibid.). Lo cual se redefine al inicio del texto: “el diario *La Nación* renovó su tradicional predilección por la Teoría de los Dos Demonios y publicó un editorial en el que presiona al Gobierno del presidente Mauricio Macri” (Ibid.). Pero si lo que se suele sostener desde la controvertida “teoría de los dos demonios” es que habrían sido acciones terroristas tanto las de los rebeldes alzados en armas como las de los militares que gobernaban, en un tramo de ese susodicho editorial se afirmaba por el contrario

que: “La brutal represión con que los gobiernos militares repelieron localmente el terrorismo merece asimismo una mirada ecuánime y sin amputaciones ni ánimo vengativo” (15/03/17, *Lanacion.com.ar*). Es decir que en la cita se define como terroristas sólo a los bandos insurrectos, y sin aceptar en ningún tramo del artículo a esa definición para la persecución militar, lo cual implicaría que no se la considera “terrorismo de Estado”, por el contrario, lo repelido es lo denominado como terrorista, lo cual excedería a la “teoría de los dos demonios”. Además, ese supuesto terrorismo y su peligrosidad se describe interpretando aquel conflicto armado como “la guerra revolucionaria iniciada por organizaciones armadas subversivas que pugnaban por instalar un régimen marxista” (Ibid.). También resulta interesante como se retoma la crítica al kirchnerismo en la clausura de ese texto, enfocando más específicamente lo que podría entenderse como su comunicación política, describiéndola como “una dialéctica pseudoprogresista que ha venido alimentando el odio, los enfrentamientos y el afán de venganza anclándonos al pasado en lugar de apostar a la pacificación” (Ibid.).

En la última cita retorna la cuestión de la agitación del odio adjudicada a los sectores kirchneristas, y también se mencionaba el “afán de venganza” (y anteriormente el “ánimo vengativo”), lo cual se corresponde por ejemplo con lo señalado en la siguiente titulación: “Cristina Kirchner apunta a los militares por venganza” (O ‘Grady, 7/04/14, Ibid.). Afirmación tituladora que se continúa explicitando en el desarrollo del texto: “Kirchner no busca justicia. Quiere venganza por las pérdidas que los militares le causaron a la izquierda, con la que simpatiza” (Ibid.). También se hace referencia a los grupos guerrilleros que se resistieron durante la dictadura de una forma semejante a la del artículo anterior: “Nadie duda que hubo graves violaciones a los derechos humanos en Argentina por ambos lados cuando los militares intentaron contener el terrorismo inspirado en Castro que sacudió el país en los años 70” (Ibid.). Por lo que si se afirma que los militares se enfrentaron al terrorismo se implicaría que no hubo “terrorismo de Estado”, aunque se equiparen las violaciones a los Derechos Humanos de los militares con las actividades de los grupos insurrectos. También se denomina a aquel conflicto insurreccional como una “guerra”, por ejemplo, cuando se afirma que: “Néstor Kirchner comenzó a acorralar a militares y policías que habían prestado servicio durante la guerra de los años 70” (Ibid.). Ese mismo léxico para referirse a los cruentos sucesos de aquel tiempo fue usado por el exdictador Jorge Rafael Videla, quien por ejemplo declaró en una entrevista:

“Los Kirchner son los que dijeron que no habría simetría en el asunto de la guerra que vivimos y nos señalaron a los militares como los malos, los responsables de crímenes de lesa humanidad, y a los terroristas como los buenos, como las víctimas.” (15/02/12, Ibid.)

Entonces el exdictador le criticaba al kirchnerismo lo que ya se ha mencionado bastante, sobre la supuesta separación dicotómica, maniquea, entre los “buenos y los malos”, pero mientras lo hacía también definía a la situación como una guerra de los militares contra los terroristas, los que en una situación bélica podrían entenderse como “los malos”. El exdictador también habló sobre los juicios a su persona y a otros acusados, desarrollados durante los gobiernos de las presidencias kirchneristas, al respecto sentenció: “Nuestro peor momento llegó con los Kirchner” (16/02/12, *Pagina12.com.ar*); sobre los que también declaró: “es la vendetta para una satisfacción personal sin razones (...) Aquí no hay justicia, sino venganza...” (15/02/12, *Lanacion.com.ar*). Aludiendo a la actividad de los Kirchner en la época de la dictadura: “Estos señores eran

burócratas que repartían panfletos y no mataron ni una mosca entonces. Y eso les da vergüenza, claro, y quisieron exagerar la nota de la persecución para sacar patente de corso” (Ibid.). Por lo que para el exdictador a los Kirchner los habría motivado tanto vergüenza como ansias de venganza personal, como se explicitaba en el artículo anterior, en el que también se añadía que dicha motivación vengativa estaría condicionada por su izquierdismo; y si así fuese, se trataría de un afán de venganza motivado ideológicamente, o de una vergüenza ideológicamente afectada. Lo cual puede diferenciarse de lo que se definía en otros artículos, que los Kirchner se habrían esmerado en hacer resurgir la discursividad setentista, vinculada a la defensa de los Derechos Humanos, como parte de una estrategia en la que se encubrirían por medio de la manifestación de intereses simbólicos a otros intereses, materiales, económicos. Aunque Videla también cuestiona a los desenvolvimientos de los Kirchner en los tiempos de dictadura, apuntando a acentuar las contradicciones entre los discursos recientes y los desenvolvimientos identitarios pasados, pero sin intentar emparentar al kirchnerismo con la dictadura. Por el contrario, y coincidiendo en esto con los dos últimos artículos referidos, se remarca y critica el accionar discursivo y legal del kirchnerismo contra los gobiernos militares, mientras se representan a sus acciones justificándolas de algún modo, por haber tenido que repeler, contener, al presupuesto terrorismo (de inspiración marxista, durante la guerra), lo cual haría injusto que se enjuicie sólo las acciones de los militares (y no también la de los guerrilleros), acciones investigadas por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep).

Sobre la Conadep ya se trató como se ha pretendido erigirla como modelo para institucionalizar una comisión que investigue las denuncias por los delitos de corrupción (que se ejemplifican o parecen apuntar principalmente, por no decir únicamente, a los funcionarios kirchneristas), lo que implicaría equiparar esos delitos con los investigados tras el retorno de la democracia, equiparación que puede estar condicionada ideológicamente. Dicha equiparación implícita, latente, de la corrupción con los crímenes de la dictadura también se encontraría sugerida en la manifestación de la frase “Nunca más la corrupción”, como también en la aún más sugerente: “Nunca más el curro (o negocio) con los derechos humanos”. Equiparación que ha sido criticada, por ejemplo, en un artículo titulado: “Nunca más” (Torras, 14/04/16, *Pagina12.com.ar*); en el que se advierte sobre el uso “bastardo de las expresiones ‘nunca más’ y ‘lucha contra la impunidad’ al que deberíamos prestar atención. La fuerza de invocación de ambos lemas ha sido puesta en juego para prestar legitimidad a otras causas, desde todo punto de vista, incomparables” (Ibid.). Se asume que la invocación de dichos lemas se plasmó con la demanda de “imprescriptibilidad de delitos que no constituyen graves violaciones a los derechos humanos” (Ibid.), y por supuesto también con la propuesta de “la creación de una Conadep de la corrupción” (Ibid.). En la manifestación de dichas demandas y propuestas lo que se encuentra implícito es “Igualar el concepto ‘terrorismo de Estado’, de contornos precisos (...) con la categoría genérica y difusa de ‘corrupción’, que no remite a un delito tipificado en nuestra legislación ni puede ser emparentada con graves violaciones a los derechos humanos” (Ibid.). Por lo que la posible intencionalidad de dichos discursos sería producir “un forzamiento que conduce a vaciar y minimizar la experiencia del terrorismo de Estado” (Ibid.). Ya que con dicha discursividad, eufemísticamente se resta gravedad a los delitos de “lesa humanidad” cometidos por la dictadura, por lo que puede interpretarse como una operatividad ideológica elaboradora de “eufemismos que

minimizan la importancia de las acciones negativas” (Van Dijk 2008: 226) de los grupos, del gobierno cívico-militar en este caso. Porque en esos discursos se partiría de las premisas tácitas de que delitos como coimear, o hurtar, o faltas morales como la mentira, serian comparables al secuestro, la tortura, y el asesinato, implicando que las extralimitaciones jurídicas, cívicas, sociales, que alcanzó el sistema dictatorial fueron equiparables a las extralimitaciones que pudieron traspasar los presidentes en el sistema democrático, y que sus excesos fueron igualables.

Dichos relatos imbricados en la historia reciente, con sus implicaciones sostenidas en presuposiciones y premisas tácitas, pueden tratarse entonces como articulaciones de proposiciones ideológicas, tanto en los codificadores como en los decodificadores de los discursos, ¿y habría que pensarlas como siendo en alguna medida inconscientes, como se hace en ciertos casos en el estudio de los discursos ideológicos mediáticos (Cfr. Hall 2010)? O resulta más adecuado asumir que, siendo ideológicas y conscientes en la mayoría de los codificadores, apuntarían tanto a los procesamientos conscientes como inconscientes de los decodificadores, según los sujetos, los lectores. Por lo que al reinterpretarse el lema “Nunca más”, anudándolo a los significantes “impunidad”, “corrupción”, se llevaría a cabo una confrontación ideológica para desarticular un significante (sintagmático) de un sistema de significados ya articulado, y reinsertarlo re-articuladoramente dentro de otra cadena de connotaciones (Ibid.). Lo que también es intrínseco a la pretensión de reestructurar retroactivamente en relecturas del pasado a los significados históricos, anudándolos a otra red ideológica de significantes (Cfr. Zizek 2003). Entre las significaciones históricas que podrían resultar resignificadas con dichas rearticulaciones, se puede encontrar a la valoración de la diferencia entre una cultura política democrática (en su inestabilidad y conflictividad) con el proceso atroz de la dictadura cívico militar, valores democráticos que correrían el riesgo de su desvalorización por las equiparaciones entre delitos de corrupción y crímenes de lesa humanidad.

IV.b.3) La tercera sección de este subcapítulo la voy a comenzar tratando un artículo escrito por una personalidad emblemática de la lucha contra las violaciones de los Derechos Humanos durante la dictadura. Cuyo significado global titular está constituido por un interrogante: “¿Quiénes son los que profundizan la ‘grieta’?” (23/05/19, Carlotto, *Pagina12.com.ar*); el cual además de partir de la premisa de su existencia (del conflicto político así denominado), al ser enunciado por dicha figura (la representante de Abuelas de Plaza de Mayo) también implicaría a su vinculación con la historia reciente. A su vez se señala que dicha conflictividad habría estado siendo profundizada, ¿pero por quiénes? La respuesta se va planteando desde el primer párrafo al afirmarse que: “Es lamentable que quienes desde el periodismo u otras profesiones tienen la posibilidad de ser leídos o escuchados, se dediquen a juzgar y ofender a los integrantes de los Organismos de Derechos Humanos” (Ibid.); juzgamientos de los que ya se han expuesto bastantes ejemplos. Respecto a sus críticos también se pregunta: “En esos tiránicos años ¿dónde estaban aquellos que nos critican?” (Ibid.), lo cual insinuaría una presuposición de cierta pasividad, o incluso alguna proximidad, de aquellos con los gobernantes de la dictadura cívico militar. A los mismos se les endilga que “están en ese oscuro espacio de sus contradicciones ideológicas.

Valorando a su conveniencia el paso de la historia política de la Argentina. Han perdido el respeto a la ciudadanía” (Ibid.). La proposición de la existencia de contradicciones ideológicas que se sigue con la definición de una valoración conveniente de la historia política, que no respetaría los valores ciudadanos, resulta compatible con plantear las posibles discordancias de algunos discursos con los valores de una cultura política democrática. Y el texto se cierra con una autodefinition: “Nunca me movió el odio, siempre el amor y búsqueda de justicia” (Ibid.), lo cual aludiría a las ya mencionadas diatribas sobre la supuesta propagación del odio desde una discursividad retrospectiva, en que se vinculan organizaciones de Derechos Humanos y el partido político kirchnerista.

La autora del anterior artículo además se ha referido a las declaraciones de Mauricio Macri sobre “el curro de los derechos humanos”, sobre lo que afirmó: “la palabra curro es muy insultante, realmente ofensiva” (12/07/19, *Políticargentina.com*). También definió al que por entonces era presidente como “Una mala persona. Una persona que no está capacitada no tiene que estar en un lugar que es, nada más y nada menos, la presidencia de un país” (Ibid.). Además, remarcó lo que piensa sobre la actitud de Macri hacia ella y sus compañeras: “No nos quiere. Y lo demostró y lo sigue demostrando. Pero no solo a nosotros, a las Abuelas, a los Derechos Humanos, al pueblo, al pobre” (Ibid.). A quien también confrontó Carlotto es al ya mencionado Secretario de Derechos Humanos de la Nación, C. Avruj, por su actitud hacia la historia reciente. En una ocasión por la asistencia del funcionario del PRO a un acto de las fuerzas armadas, que en la prensa opositora de aquel entonces por ejemplo se tituló: “Avruj, Suñer y las esposas de los genocidas presos, en la jura de Pasqualini” (Roesler, 24/02/18, *Tiempoar.com.ar*). Nota en cuyo subtítulo se narra lo siguiente: “Las mujeres fueron a despedir al jefe del Ejército saliente, quien les regaló una frase: ‘Mas historia y menos memoria’. El secretario de DD HH en primera fila de los invitados” (Ibid.). En la misma también se refieren a la reacción de Carlotto ante dicho acto y sus participantes, porque “esa coincidencia de figuras en un acto del Ejército fue simbólica y se ajusta a lo que la Abuela de Plaza de Mayo, Estela de Carlotto, definió como ‘el reavivamiento de la teoría de los dos demonios’” (Ibid.). Por lo que es oportuno referirse directamente a las declaraciones de ella sobre la presencia del Secretario de Derechos Humanos en aquel evento, dijo: “no tenía nada que hacer en el acto, no le corresponde, su labor es con los derechos humanos y no con los militares” (Álvarez Mur, 23/02/18, *Diariocontexto.com.ar*); y añadió que: “Con su presencia está apañando el giro a la derecha del gobierno y este reavivamiento de los dos demonios” (Ibid.). También relacionó dicha crítica con su rechazo a que se defina como una “guerra” a los sucesos trágicos de los setenta: “Hay que reavivar la memoria: acá no hubo una guerra, hubo represión, desapariciones, robo de bebés y tortura. Avruj, con su presencia en ese acto, está facilitando, consintiendo y apañando algo que no corresponde” (Ibid.). Posteriormente Carlotto volvió a criticar Avruj, por un artículo (que trataré a continuación) en el que también se defendería a la susodicha “teoría de los demonios”, y sobre el que la Abuela declaró: “No me extraña porque es la consigna de esta gente. No entiende que está mintiendo, no hubo dos demonios: hubo uno solo que fue el terrorismo de Estado. El Estado terrorista que desapareció 30 mil personas, robó bebés” (7/10/19, *Infobae.com*). En esa ocasión asoció la controversia con la crisis económica y el aumento de la pobreza: “Nosotros luchamos por lo que nos hizo la dictadura, pero somos

argentinos y también los derechos humanos de comer todos los días es un derecho imposible de pensar que no se cumpla y que los argentinos pasen hambre” (Ibid.).

El artículo al que me referí, escrito por el entonces Secretario de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural, se titula: “La guerrilla de los setenta no nos deja nada para rescatar” (Avruj, 4/10/19, *Lanacion.com.ar*). En el transcurso del texto el autor se autodefinirá como “el primer secretario de Derechos Humanos que participó de uno de los actos de reparación y reconocimiento que se hizo en el cuartel, en el marco de nuestro nuevo paradigma de estar cerca de las víctimas” (Ibid.), refiriéndose a los militares que murieron luchando contra las guerrillas, y sus familiares. Sobre quienes se afirma que si nunca fueron reconocidas fue “por temor al castigo de ese falso discurso público que se instaló en la sociedad y que impedía hablar de los hechos previos al golpe sin caer en el redil de la teoría de los dos demonios” (Ibid.). Al inicio del segundo párrafo se plantea que “Reconocer las atrocidades de la guerrilla no significa avalar la represión de la dictadura. Ni tampoco las iguala” (Ibid.). Afirmación que se considera necesaria “porque el kirchnerismo y sus intelectuales le tendieron una trampa a la sociedad: con su categorización binaria de la mayoría de los asuntos públicos, nos sometieron a la lógica que esquivo las discusiones” (Ibid.). Resulta muy interesante el tramo que expongo a continuación, el único del artículo en que se emplea la palabra terrorismo:

“Todos deberíamos coincidir en que la violencia ejercida por las organizaciones civiles armadas contra la democracia fue una tragedia sin ningún costado destacable. Durante 12 años nos hicieron creer que la condena insustituible del contexto previo al golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 era un aval encubierto a los horrores cometidos por los militares que tomaron el poder ese día y reprimieron ferozmente en el marco de un Terrorismo de Estado, cuyos hechos fueron debidamente juzgados y sus autores condenados en el recordado Juicio a las Juntas de 1985.” (Ibid.)

Es muy significativa la definición de la primera oración del párrafo, sobre que la lucha armada de las organizaciones civiles consistió en un ataque “contra la democracia”, cuestión que se repite en el artículo, cuando se afirma que escrutar “con honestidad de criterio aquella historia significa condenar a los que atentaron contra la democracia apuntando sus armas contra las instituciones” (Ibid.). Lo cual se reitera cuando se explicita la intención del artículo (escrito al cumplirse 44 años del intento de copamiento de un Regimiento de Infantería por una organización guerrillera) de seguir “homenajeando hoy en este aniversario a quienes cumplieron su deber de defender la democracia y sus instituciones” (Ibid.). Por lo que, al establecer una separación entre los “defensores de la democracia” y los “atacantes de la democracia y sus instituciones”, ¿no se extralimitaría de la denominada “teoría de los dos demonios” ?, porque un bando aparece desigualmente “demonizado” a comparación del otro, por un lado, estarían “las organizaciones civiles armadas contra la democracia”, y por el otro los que “cumplieron su deber de defender la democracia”. Lo que podría contener autocontradicción con lo afirmado sobre que “reconocer las atrocidades de la guerrilla no significa avalar la represión de la dictadura” (Ibid.), y si en un principio se aceptaba cierta desigualdad entre las mismas, al parecer dicha disparidad termina siendo entre los antidemocráticos y los democráticos, oposición que se elaboraría desde una “falacia ideológica” (Cfr. Van Dijk 2005). Porque se sugiere que el Ejército Nacional habría sido una institución que tradicionalmente defendió la democracia, omitiendo, ignorando, que se trata de la misma institución que derrocó al reelecto presidente Juan D. Perón con un golpe de Estado, que proscribió al peronismo durante casi dos

décadas, llegando incluso a reprimir la pronunciación del apellido del líder más popular de la historia argentina. Pero el régimen dictatorial además de proscribir al peronismo reprimió generalizadamente libertades intelectuales, sindicales, artísticas, con sus respectivas significaciones políticas, como también aplicó políticas económicas perjudiciales para los sectores obreros y menos favorecidos. Entonces lo reprimido socialmente habría retornado como lucha civil armada, que desde el exilio y proscripción alentó el mismo Perón en sus discursos a la Juventud Peronista, que fue fundamental en el retorno del casi octogenario y enfermizo líder. Quien ganó las elecciones presidenciales por tercera vez, y tras cuya muerte no pasó mucho tiempo en que se produzca un enésimo golpe de Estado cívico militar, de los denominados “defensores de la democracia y sus instituciones”, golpe que en esa última ocasión se habría producido, según el autor del texto, únicamente como consecuencia de las acciones de las guerrillas, sin considerar que las mismas surgieron tras décadas de múltiples formas de represión militar.

Entonces, a lo que aquel Secretario de Derechos Humanos denominó como “nuevo paradigma” (Avruj, 4/10/19, *Lanacion.com.ar*) en la actitud hacia la historia reciente, ¿debería pensárselo como un resurgimiento de la “teoría de los dos demonios” (como se le atribuía) o se trataría de una reelaboración de esta? El interrogante intentará responderse un poco más adelante en esta sección, pero por ahora lo que se puede ir aseverando es que dicha actitud política puede encontrarse en bastantes publicaciones de prensa³³, y que se manifestó en la campaña por las elecciones presidenciales del 2015 y durante todo el gobierno de Macri. Actitud desde la cual querría reinterpretarse la historia reciente de un modo en que las acciones pasadas de sectores antiperonistas y vinculados a la ideología neoliberal, parezcan adecuados a los valores de una “cultura política democrática”. Lo cual puede repensarse desde lo expuesto sobre el artículo de Carlotto (23/05/19, *Pagina12.com.ar*), acerca de la existencia de contradicciones ideológicas en las valoraciones convenientes de la historia política que pueden resultar discordantes con una cultura democrática.

También se le atribuyó ser avalador de la “teoría de los dos demonios” a un repercutido editorial publicado un día después de que Mauricio Macri ganase la elección presidencial del 2015, se tituló: “No más venganza” (23/11/15, *Lanacion.com.ar*). Sobre el contexto temporal, inmediatamente postelectoral, se enfatizará en la bajada que: “La elección de un nuevo gobierno es momento propicio para terminar con las mentiras sobre los años 70...” (Ibid.). Lo cual indicaría (como se explicitaba desde otro artículo en la sección anterior) que se asoció la victoria de Macri con el apoyo de la mayoría de la sociedad hacia una renovada revisión de la historia reciente. Lo que se reitera casi al inicio del texto: “Un día después de que la ciudadanía votara un nuevo gobierno, las ansias de venganza deben quedar sepultadas de una vez para siempre” (Ibid.). Resulta destacable

³³ Por lo que puede ejemplificarse con un par de notas que tratan sobre actos en los que participaron dirigentes del PRO, como se describe en el siguiente titular: “Avruj y Aguad homenajearon a militares muertos en las acciones de la guerrilla” (Roesler, 22/08/19, *Tiempoar.com.ar*), acto en el que se manifestó, como se subtitula en la nota, la “reivindicación y declaración de héroe a una decena de militares”. Y Avruj, al difundir su participación por las redes sociales “pidió contar la historia ‘sin falsas ni tendenciosas interpretaciones’” (Ibid.). Sobre la significación de las presencias de Avruj y el Ministro de Defensa Aguad se dictamina que “no parece casual y remite al intento de reinstalar la teoría de los dos demonios, un tema recurrente durante todo el gobierno de Mauricio Macri” (Ibid.). Quien también participó de ese tipo de actos, como por ejemplo se anota en el siguiente titular: “Mauricio Macri homenajeo a soldados asesinados por Montoneros: ‘La violencia de los 70 es un capítulo oscuro al que no queremos volver’” (4/10/19, *Clarín.com*).

la palabra que se viene reiterando desde la sección anterior: “venganza”, que a su vez se repite en otros tramos del editorial, como el siguiente: “La cultura de la venganza ha sido predicada en medios de difusión del Estado y en las escuelas habituadas a seguir las pautas históricas nada confiables del kirchnerismo” (Ibid.). Proposición en la que se significa la realidad social a través de representaciones culturales e ideológicas (Cfr. Hall 2010), o reformulando, se representa ideológicamente a la cultura, lo cual también puede pensarse como parte de mecanismos psicoculturales de significación. Y sobre la alteridad ideológica en la conflictiva situación de la historia reciente se define que:

“Los trágicos hechos de la década del setenta han sido tamizados por la izquierda ideológicamente comprometida con los grupos terroristas que asesinaron aquí con armas, bombas e integración celular de la que en nada se diferencian quienes provocaron el viernes 13, en París, la conmoción que sacudió al mundo. Aquella izquierda verbosa, de verdadera configuración fascista antes y ahora, se apoderó desde comienzos del gobierno de los Kirchner del aparato propagandístico oficial.” (23/11/15, *Lanacion.com.ar*)

Entre las cuestiones que resultan significativas de lo citado es que se equipara al terrorismo islámico internacional que operó en París en el 2015 con los vernáculos grupos guerrilleros surgidos en los años 70, cuando se afirma que sus medios e integraciones celulares “no se diferencian en nada”. Lo cual está soslayando que dichos grupos islámicos operan en países considerados por ellos extranjeros (y con “modus operandi” que nunca se habían implementado), lo que a su vez implicaría soslayar la importancia de cuestiones geopolíticas, religiosas, étnicas, y las más específicamente ideológicas, pero las mismas no impiden que el editorial los equipare; lo que subyacería a que se trace homología entre “aquella izquierda” con el fascismo. Pero el concepto de “terrorismo” también se implementa en este editorial de un modo más coincidente con lo estipulado en la “teoría de los dos demonios”, como en el siguiente fragmento: “La sociedad dejó aislados a esos ‘jóvenes idealistas’, mientras el terrorismo de Estado los aplastaba con su poder de fuego (...) sin una moral diferente, en el fondo, que la de los rebeldes a quienes combatían” (Ibid.). Aunque en ese tramo se denomina como “rebeldes” a las organizaciones que se enfrentaron al gobierno militar, en otro se coincide con algunos ya tratados sobre la denominación de “guerra” al conflicto, cuando se expresa “que el aberrante terrorismo de Estado sucedió al pánico social provocado por las matanzas indiscriminadas perpetradas por grupos entrenados para una guerra sucia, a los que el kirchnerismo ha distinguido con la absurda calificación de ‘juventud maravillosa’” (Ibid.). Sobre la discursividad retrospectiva del kirchnerismo también se añade que habría sido promovida por “la necesidad práctica de los Kirchner de contar en 2003 con alguna bandera de contenido emocional (...) al asumir el poder con apenas el 22 por ciento de los votos. Antes habían mirado en esos asuntos para otro lado” (Ibid.). Pero respecto a que los Kirchner habrían necesitado una “bandera de contenido emocional”, en lo que podría denominarse su “comunicación psicopolítica”, ¿para ello no les habría bastado con acentuar, incluso sobreactuar, la “mística peronista”, cargada de afectividad, sin necesidad de izquierdarse?; lo que, al ser acompañado de logros reales, materiales, como la reducción del desempleo, la pobreza, que fue disminuyendo desde el inicio del mandato de Néstor Kirchner, también hubiera podido ser muy efectivo políticamente. Retomando la última oración de la cita, en que se mencionaba como los Kirchner “habían mirado en esos asuntos (de los años setenta) para otro lado”, se encuentra correspondencia con lo ya

tratado en otros artículos, sobre los contrastes entre la discursividad que asumieron al gobernar y sus acciones en el pasado. Aunque anteriormente (en el fragmento en el que se aludía al terrorismo islámico) también se ligaba a los protagonistas de los grupos rebeldes de izquierda de los setenta con el discurso kirchnerista, y como se lo haría asimismo en el siguiente tramo con respecto a que el “palabrerío de sujetos que han sido responsables de haber incendiado al país en los años setenta convencidos de que (...) eran la vía de acceso a una sociedad mejor, no puede intimidar a los políticos responsables” (Ibid.).

Dicho editorial tuvo importante repercusión mediática, y en los sectores menos pensados, como el de los mismos trabajadores del periódico en que se publicó, como se destacó en una nota titulada: “Repudio al pedido de impunidad de *La Nación*” (23/11/15, *Pagina12.com.ar*). En cuyo subtítulo se iniciaba informando que: “Los trabajadores del diario *La Nación* realizaron una asamblea para rechazar el editorial publicado hoy bajo el título ‘No más venganza’, que reclama el fin de los juicios a los represores de la dictadura” (Ibid.). Lo cual ejemplifica una modalidad de las intensas contradicciones ideológicas internas que pueden manifestar los aparatos ideológicos del Estado (Cfr. Althusser 2003). También se repudió al polémico artículo por ser sustentador de la perspectiva de la demonización binaria: “el editorial de esta mañana reflató la ‘teoría de los dos demonios’ y reclamó el fin de los juicios por los delitos de lesa humanidad cometidos durante la dictadura cívico-militar” (23/11/15, *Pagina12.com.ar*). Al respecto se citaron las palabras de un funcionario del entonces gobierno saliente: “el secretario de Derechos Humanos de la Nación, Martín Fresneda, señaló que ‘si pedir justicia significa (para *La Nación*) venganza, tienen desvirtuado el concepto de justicia’” (Ibid.). Así que vuelve a destacarse el significante “venganza”, implementado por el sector confrontador al kirchnerismo para definir situaciones judiciales de ex represores, las mismas que el grupo político rival asume como consecuencias de un proceso de “justicia, memoria, y verdad”. Por lo que se tratarían de definiciones y redefiniciones basadas en premisas y presuposiciones ideológicas, condicionantes de lo que puede considerarse ético o no, o asumirse como verdadero o falso, y que se representan desde distintas subjetividades ideologizadas (Cfr. Van Dijk 2008).

Sobre la crítica a la “teoría de los dos demonios” pueden tratarse otros artículos, por ejemplo, uno titulado: “Los dos demonios y más sobre volver” (Giardinelli, 27/03/17, *Pagina12.com.ar*). La teoría en que se engloba la significación del texto se definirá en una situación de resurgimiento: “Los dos demonios están asomando por boca de ex periodistas que sacan la cabeza del tacho de basura de la Historia” (Ibid.). Sobre quienes promulgan dicha perspectiva histórica se especifican sus orientaciones políticas, definiéndolos como “los pregoneros de la llamada ‘teoría de los dos demonios’ (...) los dinosaurios macristas que añoran la dictadura (...) los que reclaman ‘reconciliación’ sin arrepentimiento” (Ibid.). También se hace mención del polémico secretario de Derechos Humanos del Gobierno del PRO, respecto de una de sus proclamas acordes con el “nuevo paradigma”, presentándolo como el “patético secretario Avruj que anuncia la ‘revisión’ del 24 de marzo en la currícula escolar” (Ibid.). Dicha fecha histórica, caratulada “Día de la Memoria” (en que se rememora el golpe de Estado de marzo del 76), contextualiza temporalmente el texto, escrito unos días después, y en el cual se destaca que en “la marcha del 24 muchos jóvenes cantaban: ‘Vamos a volver / Vamos a volver’. Impresionaba ese

entusiasmo juvenil tan típicamente argentino, y, además, peronista” (Ibid.), cántico identificado con la juventud militante kirchnerista, que aludía al regreso de Cristina Fernández de Kirchner al gobierno, y que expresaba su “voluntad de poder grupal”. También se interrelaciona dicha movilización, que fue antecedida por otras, con la crisis económica del momento: “crisis que ellos provocan a los más pobres, los sin trabajo y los desahuciados que son la mitad de la población, este marzo de masivas movilizaciones populares parece indicar el resurgimiento de los de abajo” (Ibid.). Con el “ellos” de la cita no se incluiría sólo al gobierno macrista, sino que estaría aludiendo a una identidad política adjudicada a un sector intergrupalo: “El sistema macrista (...) es el mismo de la dictadura. Basta ver la tapa del diario Clarín del 3 de abril de 1976 (...) que ilustra esta nota y demuestra la exacta identidad del videlato y de estos tipos” (Ibid.). Ya que en el artículo se incluye una foto de dicha tapa, en la que se anunciaban medidas económicas neoliberales, como “liberación de precios”, con sus respectivos aumentos. Y el texto finaliza proponiendo el tipo de actitud que se debería tener ante los macristas y sus votantes una vez que hayan dejado el poder: “habrá que contenerlos, darles garantías y practicar la honorable docencia de integrarlos para acabar así con la maldita ‘grieta’ que ellos crearon y profundizan todos los días irresponsablemente” (Ibid.). El mismo autor escribió otro artículo en el mismo contexto del Día de la Memoria, casi un año después, aunque en este tiene una actitud más hostil hacia los macristas, y se asocia más directamente a la “teoría de los dos demonios” con la conflictividad denominada *grieta*. El artículo se tituló: “ADN macrista, genocidas y una esperanza para San Luis” (Giardinelli, 12/03/18, Ibid.), y desde el párrafo inicial se enfatiza en las vinculaciones del macrismo con la dictadura:

“Algunos lo dijimos desde el comienzo de este gobierno: estos tipos son violentos. Son hijos de la dictadura. Nostálgicos de represores. Maniáticos de la teoría de los dos demonios, en la que ni siquiera creen porque para ellos hay uno solo, y es el pueblo. El demonio para ellos son los pobres, los ‘negros’, los cabecitas, los inmigrantes latinoamericanos, los villeros, los mapuches y los demás pueblos originarios, los jóvenes de hogares destruidos por ellos mismos, las mujeres que aprendieron a defender sus derechos y los defienden con alma y vida, y sobre todo con sus vidas.” (Ibid.)

Por lo que se propondría que “ellos”, los macristas, serían violentos, racistas, xenofóbicos, y misóginos, definiéndolos de una forma sobregeneralizadora, prejuiciosa, y estereotipadora, lo cual puede caracterizar a los discursos monitorizados ideológicamente (Cfr. Van Dijk 2005; 2008). Si se asocian dichas proposiciones con la orientación del significado global respecto al “ADN macrista” (que se sigue de la palabra “genocidas”, y considerando que en la segunda oración de la cita se afirma: “Son hijos de la dictadura”), puede entenderse que estarían basadas en una concepción esencialista de las identidades políticas y lo ideológico. ¿Entonces se estaría aludiendo a una tara hereditaria, genética, de las identidades y las ideologías?, lo cual puede resultar contradictorio con la proposición anterior del mismo autor sobre la integración educativa del otro. Perspectiva esencialista que se reiteraría al comienzo de los siguientes párrafos:

“Y nadie lo dude, seguirán matando porque la violencia está en el ADN de este gobierno. Está en el ADN del neoliberalismo y quien no lo reconozca será, a la larga, cómplice de la barbarie de traje y corbata gubernamental.

Esto evidencia el agravamiento de la maldita grieta que inventaron e impusieron los Magneto-boys, sembrando odio en lo que era un país contradictorio e imperfecto pero de paz. Y grieta que agrandan con el auxilio de una justicia irrecuperable

y con minúsculas, que ahora libera monstruos con ladinas argumentaciones leguleyas. Primero Etchecolatz y ahora, en cualquier momento (...) otros 93 genocidas.” (Giardinelli, 12/03/18, *Pagina12.com.ar*)

No está de más aclarar que con la denominación de “Magneto-boys” se hacía referencia al ex director del Grupo *Clarín* y presumiblemente también a sus empleados, periodistas, a quienes se les adjudica haber inventado e impuesto “la grieta”. Cuya profundización se relaciona con la pérdida de justicia que significaría la liberación de ex represores que seguidamente se nombran, y que son adjetivados como “monstruos”. Y en la primera oración de la cita se redonda en la premisa de que los macristas por ser “hijos de la dictadura” estarían genéticamente determinados a la violencia, y a “seguir matando”. Por lo que se sostiene una actitud hacia el “otro ideológico” que como señalé es contradictoria con lo que el autor proponía en la otra nota, sobre contener, dialogar, integrar, con miras de resolver el conflicto denominado *grieta*.

Dicha actitud integradora puede encontrarse expresada, por ejemplo, por quien fue designado como nuevo Secretario de Derechos Humanos del Gobierno del “Frente de todos” en el 2019, Horacio Pietragalla, que es hijo de desaparecidos, fue apropiado, y posteriormente recuperado por las Abuelas de Plaza de Mayo, comenzando su carrera política militando en la organización ultrakirchnerista “La Cámpora”. Fue entrevistado apenas asumió, la entrevista se tituló: “Horacio Pietragalla: ‘siempre hay que empujar la vara para arriba’” (Bullentini, 15/12/19, *Ibid.*), en cuyo subtítulo se afirma: “Quiere acelerar los juicios de lesa humanidad y la búsqueda de los nietos”. Sobre lo que se le preguntó si por su condición de ser víctima del Terrorismo de Estado y secretario de Derechos humanos no se podrían generar suspicacias, a lo que en parte de su respuesta declaró: “Es lo que intentaron (...) Dijeron que vinieron a acabar con un supuesto curro de los organismos de los derechos humanos aquellos que vinieron a violarlos. Vamos a tener un gran desafío para conseguir que una persona, por más de que sea de derecha, no reivindique violaciones a los derechos humanos. **Vamos a tener que trabajar mucho desde la escuela, desde la formación, para llegar a todos los sectores y seguir fortaleciendo un consenso.** Ahí no debe haber grieta: el gran armador de grieta es el neoliberalismo.” -el resaltado es de la edición- (*Ibid.*)

En la cita se remarca la actitud pedagógica, en relación con hechos de la historia reciente, hacia personas con ideología derecha. Y con respecto a la intencionada, desiderativa expresión de “ahí no debe haber grieta”, esta puede estar implicando, presuponiendo, que sí la hay, es decir que la problemática inherente a la historia reciente estaría atravesada por “la grieta”. Cuya armadura se adjudica a la ideología neoliberal, aunque el entrevistado también afirmó que: “intentaron confundir a la sociedad, planteando que la defensa de los derechos humanos es una cuestión de ideología. Y no es así, sino que tiene que ver con las responsabilidades que el Estado asumió internacionalmente” (*Ibid.*). Lo cual es contrastable con planteamientos anteriormente expuestos, por ejemplo, sobre “que hubo graves violaciones a los derechos humanos en Argentina por ambos lados” (O’Grady, 7/04/14, *Lanacion.com.ar*), o en lo tratado sobre “el curro de los derechos humanos”, discursos que estarían condicionados ideológicamente. Aunque el flamante secretario también aadıo que: “Los delitos de la última dictadura no son cuestiones para leer desde una ideología en particular. Y el macrismo vino a contradecir esa parte de la verdad (...) a tratar de instalar la teoría de los dos demonios” (Bullentini, 15/12/19, *Pagina12.com.ar*). La primera oración de la cita también se puede entender como una expresión de deseo, ya que sería la misma concepción de “violación de Derechos Humanos” la que estaría ideologizada, dividida, agrietada. Pero la

intención del funcionario sería que el consenso sobre la historia reciente sea tal que las diferencias ideológicas pierdan su relevancia, aunque al respecto también había reconocido que para ello se deberá “trabajar mucho” educativamente, “empujando la vara hacia arriba”, como se cita en la titulación de la entrevista. Lo que aún resultaría más difícil si, como asimismo afirmó el entrevistado, el gobierno macrista habría pretendido instalar la “teoría de los dos demonios”, aunque el término más preciso sería el de reinstalar. Sobre lo cual había quedado un interrogante pendiente: ¿se trata de una reinstalación de la “teoría de los dos demonios” o de una reelaboración, algo distinta, de la misma? Pregunta que se había planteado en relación con la proposición del anterior secretario de Derechos Humanos Claudio Avruj³⁴, sobre la producción de un “nuevo paradigma” (Avruj, 4/10/19, *Lanacion.com.ar*) en el revisionismo de la historia reciente.

Puede ayudar a responder la anterior interrogación el artículo de un investigador del Conicet, titulado: “Los dos demonios no son los que eran” (Feierstein, 07/06/17, *Pagina12.com.ar*). El texto comienza estableciendo distinciones entre la “teoría original” y las que resurgirían a posteriori: “La reaparición de versiones de la ‘teoría de los dos demonios’ como narrativa (...) no es simplemente una ‘reaparición’. Aunque cuentan con elementos comunes (...) sus consecuencias en la construcción de la memoria colectiva son distintos” (Ibid.). La disimilitud de sus consecuencias se debería también a que contendrían diversas intencionalidades, motivaciones. Porque la intencionalidad de la versión de comienzos de los ochentas habría sido la de obturar interpelaciones de una generación sobre sus acciones pasadas, ya que la “mayor potencia de ‘los dos demonios’ radicaba en esta posibilidad de clausurar la pregunta sobre la participación (...) en el posicionamiento frente a la violencia insurgente (que había contado con fuertes consensos sociales, atravesando identidades políticas y clases)” (Ibid.). Aunque lo afirmado respecto al fuerte consenso social a las acciones insurgentes puede resultar contradictorio con que en otro tramo del texto se planteé que la perspectiva de la demonización binaria: “Contra lo que se cree, no fue una iniciativa del poder hegemónico sino un discurso que nace de la propia sociedad” (Ibid.). Discurso sostenido en la premisa de que “la sociedad había sido víctima de dos terrores simétricos” (Ibid.), y esa perspectiva de dual victimización se interrelacionaría con la clausura del cuestionamiento sobre las propias acciones o inacciones políticas, ya que “ese rol abstracto de víctima eximía a cada quién de preguntarse por sus acciones, garantizando que lo traumático no emergiera a la superficie y condenando de modo indiferenciado ‘la violencia’ de ‘los otros’” (Ibid.). Por lo que la “versión clásica de los dos demonios expresaba los límites de una generación para asumir la legitimidad de la violencia insurgente en contextos dictatoriales y de profundización de la injusticia y represión” (Ibid.). Por ello se considera que debía ser confrontada en las luchas por el sentido común, sobre lo que “la rebelión generacional permitió avanzar muchos casilleros desde aquel momento” (Ibid.). Pero con la instalación de la nueva versión, que “surge recién entre 2007 y 2010” (Ibid.), se tiene la intencionalidad de “sembrar la duda sobre las conquistas del movimiento popular en la memoria colectiva” (Ibid.). Sobre lo que se enfatiza en el transcurso del texto, porque según la

³⁴ Al que también criticó directamente Pietragalla cuando era diputado nacional de Unidad Ciudadana (el partido político sucesor del Frente para la Victoria, fundado por Cristina Fernández de Kirchner en 2017), por asistir a un acto militar al que ya me referí, declaró: “En el acto se habló de celebrar que despoliticen a las ‘Fuerzas Armadas’, como si radicalizarse a la derecha y reivindicar esa posición no fuese acaso una decisión política” (Álvarez Mur, 23/02/18, *Diariocontexto.com.ar*).

“versión ‘recargada’ de la teoría de los dos demonios (...) la memoria popular habría construido una versión ‘incompleta’ de la historia” (Ibid.). Sería por lo que en “esa apelación a la ‘otra historia’ se igualan otra vez las violencias como en la versión clásica, pero ahora esa igualación tiene un sujeto empático distinto (las ‘víctimas del terrorismo’) y una figura verdaderamente demoníaca (los ‘terroristas’)” (Ibid.). Pero esa terminología sería igualatoria si también se asumiese como terrorista a la persecución del Estado, es decir, si se reconociesen a víctimas de “dos terrores simétricos”, como explicaba el autor respecto de la versión clásica de “los dos demonios”. Aunque en el marco del denominado “nuevo paradigma” (Avruj, 4/10/19, *Lanacion.com.ar*) se establecía un antagonismo entre los “defensores de la democracia” (como se definía al gobierno militar) contra los “atacantes de la democracia y sus instituciones” (los civiles insurgentes), pero a su vez no se desestimaba considerar como “terrorismo de Estado” a las acciones militares. Terrorismo de Estado que se justificaba subrepticamente por asumirse como consecuencia de una confrontación entre los democráticos contra los antidemocráticos; lo cual podría ser una de las características de la reelaborada, recargada “teoría de los dos demonios”. Lo que resulta congruente con que la versión reelaborada se considere como “una manipulación intencional de la memoria que busca legitimar a los genocidas (...) intentando avanzar sobre una de las conquistas más importantes desde el fin de la dictadura: la deslegitimación de las fuerzas armadas como actor político” (Feierstein, 07/06/17, *Pagina12.com.ar*). Lo cual también se significa con otras palabras: “una estrategia de los genocidas y sus cómplices para saltar a la arena política, a la disputa por la hegemonía del sentido común” (Ibid.). Disputa en la que se manifiesta la intencionalidad de reinterpretar la historia reciente de un modo en que las acciones pasadas de sectores vinculados a la ideología neoliberal parezcan adecuados a los valores de una “cultura política democrática”, como ya se había planteado. Y es muy interesante el último tramo del artículo, que cierra con las siguientes afirmaciones: “Sabemos quiénes son. Sabemos lo que quieren. Es ésta la verdadera grieta: entre los perpetradores de un genocidio y el pueblo que lo ha sufrido” (Ibid.). Aunque a mi entender dicha definición no abarca la complejidad del conflicto conocido como *grieta*, pero sí revela como esta conflictividad tiene arraigamientos en la historia reciente.

Entonces se puede plantear que el conflicto denominado *grieta* estaría predispuesto históricamente, y que habría comenzado a conformarse por sucesivos sucesos “actuales”, entre los que se destacan los “Juicios de la Memoria, Verdad, Justicia”, iniciados durante el gobierno de Néstor Kirchner. Pero desde la perspectiva de la “sobredeterminación sociocultural” no habría que desestimar al conflicto por la 125 entre el kirchnerismo con las patronales agrarias, sobre las que se ha enfatizado en su ligazón político-ideológica con la dictadura cívico militar, como también en la de algunos medios de comunicación macristas que mantuvieron intensas confrontaciones con el movimiento político kirchnerista. A su vez no habría que desconsiderar a los violentos sucesos de la crisis del 2001, crisis que como se coincide desde distintos sectores, también habría posibilitado la emergencia del kirchnerismo. Y si, según lo anteriormente expuesto, una predisposición histórica obvia fue el golpe de Estado del 76, también hay que considerar la proscripción del peronismo, y su anterior derrocamiento. Proscripción del peronismo que fue engendrando la resistencia armada, que fue reprimida y

perseguida por el gobierno militar, lo que desembocaría en la condena a prisión de los líderes de ambos bandos, pero que habría sido suspendida abruptamente por los indultos decretados por el entonces presidente Carlos Menem entre fines de los 80 y principio de los 90. Indulto a los militares que habría revivido los “traumas políticos” en *parte* de la ya trastornada “memoria colectiva” (por lo que podría ser más indicada la terminología “memoria social”), pero a su vez reconfigurando reactivamente una intensificación de la sublimadora lucha de Organizaciones de Derechos Humanos, que con el apoyo político de Néstor Kirchner, lograrían la realización de los Juicios de la Memoria, Verdad, Justicia. A partir de los cuales se habría ido acentuando la predominancia en el “sentido común” de un revisionismo de la historia reciente que fue restando consenso a la “teoría de los dos demonios”. Dicha discursividad sobre la historia reciente ha venido demostrando su potencialidad hacia el “sentido común” en el evento sociocultural del “Día de la Memoria”, evocador del 24 de marzo de 1976, y en el que se acostumbra a enarbolar el lema: “Memoria, Verdad, Justicia”, con el que se caratuló a los enjuiciamientos.

IV.b.4) Antes de cerrar este subcapítulo resulta oportuno dedicar un espacio al susodicho “Día de la Memoria”, que fue establecido como feriado durante el gobierno de Néstor Kirchner, en cuyos actos y movilizaciones el kirchnerismo suele tener intenso protagonismo, plasmando el contraste ideológico con el macrismo, que generalmente no participa. Tal como puede apreciarse, por ejemplo, en una nota titulada: “La Plaza se llena por Memoria, Verdad, y Justicia” (24/03/18, *Pagina12.com.ar*), que tiene como bajada: “Organismos de derechos humanos, dirigentes políticos y ciudadanos se dan cita en Plaza de Mayo. Como contraparte, el gobierno de Cambiemos decidió no realizar ningún acto oficial”. En la misma, tras nombrar a algunos dirigentes políticos que participaron en la marcha (incluida Cristina Fernández de Kirchner), se recuerdan las declaraciones de Macri y funcionarios de Cambiemos sobre “Nunca más el ‘curro’ con los derechos humanos” (ibid.). Ese mismo día el diario *Clarín* también se refirió al acto en una publicación titulada: “Día de la Memoria: insultos contra Macri y fuerte presencia kirchnerista en el acto de Plaza de Mayo” (24/03/18, *Clarín.com*). En su primer párrafo se narra que hubo “fuertes discursos contra el Gobierno e incluso insultos desde el escenario hacia el presidente Mauricio Macri, **al que tildaron de ‘basura’ y cómplice de la dictadura**” -el resaltado es de la edición- (Ibid.). Sobre el oficialismo de entonces también se informó que “El Gobierno no convocó a ningún acto formal a 42 años del golpe militar ocurrido el 24 de marzo de 1976” (Ibid.). Pero sí se menciona en la misma a las “columnas de La Cámpora, agrupación fundada por el diputado Máximo Kirchner, hijo de la expresidenta Cristina Fernández de Kirchner (...) marcharon rumbo a la Casa Rosada por avenida del Libertador” (Ibid.).

El protagonismo de la organización ultrakirchnerista La Cámpora en el Día de la Memoria se ha sucedido desde hace varios años, por lo que es oportuno remitirse a publicaciones de años anteriores sobre esa fecha conmemorativa. Por ejemplo, a una nota titulada: “En la plaza, con la memoria, por la justicia” (Dandan, 25/03/13, *Pagina12.com.ar*), sobre la que es indicado contextualizar algunas cuestiones. Como que en el acto las “Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora, Lita Boitano, de Familiares, y Estela Carlotto, de Abuelas, abrieron la lectura del documento consensuado por los organismos de derechos humanos” (Ibid.). Precisamente

“en ese contexto se escuchó: ‘Exigimos que la ley de medios tenga vigencia plena y podamos tener de una vez por todas una Patria con todas las voces’” (Ibid.), y que se hayan referido en ese acto a la “ley de medios” demuestra las implicancias que fue teniendo la causa “Papel Prensa”, como se expuso en el primer apartado de este subcapítulo. La referencia a los medios se repitió en otro tramo del documento, en el que también se mencionó a Macri (pero en alusión al grupo empresario, fundado por Franco, padre de Mauricio): “como dijimos el año pasado, los grupos económicos también fueron la dictadura. No pueden quedar impunes y tenemos que avanzar en las responsabilidades de (...) Macri (...) La Nación, Clarín (...) la Sociedad Rural Argentina y tantas otras empresas” (Ibid.). Con respecto al público que asistió a la marcha se describe como se posicionaron las distintas organizaciones, a la vanguardia estaba la organización HIJOS (integrada por hijos de desaparecidos), y se narra que tras “los organismos marcharon las agrupaciones políticas y sociales” (Ibid.). Las que se nombran a continuación:

“Los cartoneros de la cooperativa Madreselva. La federación Palestina y Armenia. El Mocase, los pueblos originarios. Una enorme bandera de la UES; la FES de los secundarios. Tres jóvenes de Villa 20 vendieron remeras de Hugo Chávez y Néstor Kirchner abrazados, producto de una cooperativa de trabajo. ‘Y del proyecto’, dijo uno, ‘que nos cambió la vida’. La Cámpora, Unidos y Organizados y el Movimiento Evita, La Martín Fierro avanzaron atrás. ‘¡Todos pibes!’, dijo uno cuando vio a La Cámpora entrar a la Plaza. Sonó la gloriosa Jotapé, con tono de fiesta, murga y batucada. La Cámpora avanzó con muñecos enormes en el aire. Unos, con togas y hábito de jueces; otros, con remeras de La Cámpora y la JP. ‘¡Es la justicia de los jóvenes peronistas de los 70’!, interpretó un vecino desde la vereda.” (Ibid.)

En la cita se pueden apreciar distintas cuestiones, como la manifestación de cierta diversidad cultural entre los grupos movilizados por el Día de la Memoria. También que se vincula a la juventud kirchnerista componedora de La Cámpora con “los jóvenes peronistas de los 70”, y con la “justicia”, reivindicación, hacia ellos. Lo que a su vez ya se encuentra simbolizado en que dicha organización tome el nombre en honor a Héctor Cámpora, quien fue presidente transicionalmente en 1973 (durante el preludio del regreso de su líder político Juan D. Perón), manteniendo un vínculo cercano con la juventud peronista de izquierda de entonces, quienes hasta lo apodaron “el tío”, lo que además aludiría a que Perón representaba una figura paternal³⁵.

Para profundizar en la cuestión del contenido histórico e ideológico del imaginario grupal de “La Cámpora” (que también podría considerarse un subgrupo), resulta idónea una crónica sobre un festival cultural organizado por esa agrupación en el Museo de la Memoria (ex ESMA, Escuela Mecánica de la Armada, que operó como centro de detención y tortura clandestino), con motivo del aniversario de la muerte de Néstor Kirchner. La misma se tituló: “Néstor nos sacó de la incredulidad” (Bruschtein, 28/10/14, Ibid.), señalándose en su volanta: “Festival cultural para recordar a Kirchner, a cuatro años de su fallecimiento”. En su subtítulo se señalaba la relevancia del espacio en el que se organizó el festival: “las agrupaciones kirchneristas realizaron un festival en la ex ESMA para homenajear al expresidente...” (Ibid.). En la narración se retomará lo indicado en la titulación

³⁵ Sobre lo que en un artículo titulado “El tío” publicado en la página de internet de La Cámpora se sostiene:

“Cámpora convoca a la juventud como ningún otro dirigente histórico del peronismo lo hizo. Empieza a conocer a los pibes y pibas de la izquierda peronista. Si el Viejo era Perón, ellos concluyen que Cámpora es el Tío. La analogía es perfecta: el Tío es ese hermano de papá (...) Con él podemos hablar sin tapujos, nos saca de algún apuro, nos da algún que otro consejo. El Tío” (03/03/09, Lacampora.org).

sobre la influencia del líder en la actitud de los jóvenes hacia la política: “Lo más importante son todos estos jóvenes de 15, 18 y 20 años que encarnan esta frase de ‘se cerraron sus ojos pero él abrió millones’”, destacó el diputado Eduardo De Pedro” (Ibid.); quien es hijo de montoneros desaparecidos y miembro de La Cámpora. En ese festival se presentaron, por ejemplo, bandas musicales con letras dedicadas al fallecido político, como una banda que interpretó el tema llamado “Descolgando el odio”, que rememoraba a la tan repercutida e intensamente simbólica acción de Néstor Kirchner de descolar un cuadro de Videla, un 24 de marzo del año 2004 en un Colegio Militar³⁶. Pero en el festival no había sólo músicos, ya que debajo del escenario “un grupo de artistas plásticos pintaba ‘la historieta más larga del mundo’ (...) se veían figuras de eternautas soportando la nevada –aludiendo a la historieta del desaparecido Héctor Germán Oesterheld–, donde fueron integrando la figura de Kirchner” (Ibid.). Así que las obras artísticas pretendieron entonar con el espacio conmemorativo en el que se organizó el evento, y así también las expresiones más explícitamente ideológicas, como cánticos espontáneos de los asistentes al Festival:

“‘Somos de la gloriosa Juventud Peronista, somos los herederos de Perón y de Evita’, se escuchaba al unísono en la zona de ingreso al predio de la ex ESMA, donde los militantes resignificaban el ex centro clandestino de detención por el que pasaron miles de desaparecidos, para poner en valor uno de los aspectos más importantes del kirchnerismo: la política de derechos humanos. ‘A pesar de las bombas, de los fusilamientos, los compañeros muertos, los desaparecidos, no nos han vencido’, seguía el cantito que subía de volumen y daba paso a los saltos en las últimas tres palabras, dirigiendo los dedos en V hacia el antiguo edificio en el que la Marina montó un centro de represión en los ’70.” (Ibid.)

En las expresiones que se han venido exponiendo y citando en el contexto de actividades conmemorativas, se aprecia como el grupo político se autorepresenta una narrativa épica de su historia, celebrando su compañerismo ritualmente, a través de una simbología grupal que denota empeños, deseos, intenciones comunes, estableciendo así su propia mitología ideológica (Cfr. Eagleton 1997). Mitos ideológicos grupales que no deben pensarse en su reduccionismo al mero nivel de lo irracional, sino considerando también los componentes reales-rationales que dichas narrativas pueden simbolizar. Ya que los mitos grupales se han definido por ejemplo como “aquellas significaciones imaginarias que un grupo construye, al dar cuenta de su origen novelado, imbricados con las utopías del grupo y apoyadas en la historia real” (Fernández 1989: 143), o también como “la historia del origen fantasmático del grupo; apoyadas en la historia real y entrecruzadas a su vez con la ilusión grupal” (Del Cueto & Fernández 1986: 48). Utopías o ilusiones imbricadas con lo mítico que no deben considerarse simplemente ficcionales, porque las ilusiones grupales, condensadoras de deseos, tienen capacidad de estructuración de la grupalidad, y la potencialidad de sustentar las demás “significaciones imaginarias grupales” (Cfr. Fernández 1989; 1993). Como a la red de identificaciones y transferencias en que se sostiene la grupalidad, lazos que también se vislumbran parcialmente en las citas³⁷, y en su entrelazamiento a discursos en que se resignifica al

³⁶ Evento que también se rememora en un cántico de La Cámpora: “Cuando bajaste los cuadros todo empezó a cambiar, nos opusimos al ALCA y al FMI, y también al grupo Clarín” (Lacampora.org).

³⁷ Como otros ejemplos de dicha red transferencial del grupo también pueden citarse a otros cánticos que están en la página de Internet de La Cámpora, como el siguiente fragmento: “Somos soldados de Perón/Queremos la liberación/Como Evita lo soñó/ Vamos Cristina, Vamos a ganar”(Lacampora.org). Y un fragmento de otro cántico se hila así: “Vamos Cristina no podemos perder/Néstor nos guía con

contexto histórico-político e institucional, que cobra una relevancia superlativa en el grupo político, como las referencias ideológicas que consolidan sus propios emblemas (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986), en la construcción, o reconstrucción, de las significaciones imaginarias ideológicas que conforman su específica identidad política grupal.

Entonces, a pesar de lo que se sostenga en la prensa antikirchnerista sobre el pasado de los Kirchner, y aunque hayan llegado al poder presidencial con apoyo de sectores peronistas ortodoxos, posteriormente la construcción mitológica vinculada al peronismo izquierdista de los setenta les habría ayudado a argumentar la reconstrucción de su propia identidad política, y sus liderazgos. O reformulando, reelaboraron significaciones imaginarias ideológicas basándose parcialmente en la reconstrucción de lo “real histórico”, desde prácticas simbólicas interrelacionadas con la dimensión imaginaria, representando “lo real” desde lo imaginario social, lo cual se ha asumido como un problema fundamental para la teoría de la historia y la política (Cfr. Castoriadis 1989). Dichas prácticas simbólicas que pretendían definir lo real histórico fueron indisociables de acciones concretas, reales, como los Juicios de la Verdad, Memoria, Justicia. Definiciones de aquella situación histórica cuya predominancia en el sentido común se habría visto confrontada en una lucha ideológica en que se pretendían establecer otras redefiniciones. Lucha articulada en la “lógica diferencial ideológica e intergrupal”, y si bien la reconstrucción del kirchnerismo de sus significaciones imaginarias ideológicas sería anterior e irreductible a su polarización con el macrismo, se habría inspirado en la recuperación de un discurso setentista, que constantemente se representa en su diferenciación antagónica de la ideología derechista que identificó a la red intergrupal que conformó la dictadura cívico militar, y en la que militantes kirchneristas (aunque no solo ellos) incluyen a grupos mediáticos, y posteriormente al mismo Macri y su partido. Confrontaciones ideológicas por predominar en el sentido común que pueden encontrarse en diversas prácticas sociales de significaciones y resignificaciones en que se conceptualizan la cultura (Cfr. García Canclini 2004; Hall 2010), lo que atañe a que la conflictividad denominada *grieta* se piense en su inherencia a una “batalla cultural”.

IV.c. Sobre la noción de ‘batalla cultural’ y su interrelación con ‘la grieta’.

IV.c.1.) Se comienza este subcapítulo exponiendo un artículo en el cual la noción de “batalla cultural” se asume como una conflictividad entre el kirchnerismo con el neoliberalismo, en su representación por los medios de comunicación hegemónicos, es decir, los antikirchneristas y macristas. Se titula: “Territorializar la batalla cultural” (Poggiese & Piwowarsky, 19/10/16, *Pagina12.com.ar*), en su bajada se señala que los autores “proponen que municipios y provincias intervengan en el debate de los medios desde un medio propio o asociado con otros actores de la sociedad”. Pero lo significado como territorialización no se limitaría a regiones

Perón desde el cielo/A la Patria la vamos a liberar con todos los compañeros!!” (Ibid.). En la última frase habría resabios del léxico de la Juventud Peronista en tiempos de dictadura. Y en la anterior se manifiestan visos de absolutización imaginaria hacia los liderazgos de N. Kirchner y J.D Perón.

municipales, provinciales, a lo nacional, ya que en la entradilla también hay una perspectiva sobre la región continental:

“El dominio de los grandes medios hegemónicos y concentrados de la prensa se torna incontenible e intolerable. Sin andar mucho, en estos días han cerrado una etapa bélica (‘periodismo de guerra’ según Blank, una de las plumas más tenaces de *Clarín*) en Brasil, con un triunfo altisonante que significó derribar a una presidenta escogida por el voto de la ciudadanía. En Argentina mantienen el fuego cerrado de acusaciones múltiples, a diestra y siniestra, contra funcionarios del gobierno K y en humareda levantada ocultan los haceres del actual gobierno nacional destinados a favorecer a los poderosos del dinero y a apretar a los humildes contra el fango del desempleo, los precios escandalosos y el retiro sistemático de los derechos reconocidos, creados, conquistados en el período que se pretende borrar de la historia y la memoria.” (Ibid.)

En la entradilla se “da por supuesto” que las luchas de poder del partido que gobernó en Brasil (cuya presidencia ejerció Dilma Russef) y del kirchnerismo se asemejaban, porque habrían estado resistiendo una ofensiva territorializada de los medios hegemónicos. A lo que se contraponen la intencionalidad de una territorialización contrahegemónica, ya que “habrá territorios, aun acotados, donde la población acceda a un mensaje contrahegemónico reconocible e intencionado” (Ibid.). Y en la entradilla también se aludía al lenguaje belicista de los medios hegemónicos, refiriéndose a la ya mencionada lexicalización de “periodismo de guerra” pronunciada por un periodista de *Clarín*, lo cual insinuaría algún desacuerdo con dicha terminología. Lo cual resulta contradictorio con que en la significación global se consigne el término “batalla”, o por ejemplo con la siguiente proposición: “Tal vez las trincheras debieran ser menores y los campos de batalla más acotados, pero no habría que descartar enfrentamientos localizados” (Ibid.). Por lo que se revelan contradicciones entre la proposición insinuatoramente crítica al léxico belicista y la significación contenida en la “coherencia global”, que si resulta acorde con la intencionalidad de otras significaciones locales (Cfr. Van Dijk 2008).

Retomando la cuestión de la disputa hegemónica, a esta también se la asume en el artículo como una “ecuación democratizadora de la comunicación” (Poggiere & Piwowarsky, 19/10/16, *Pagina12.com.ar*), o más precisamente la territorialización sería parte de la estrategia de la “Coalición para una Comunicación Democrática (CCD)” (Ibid.), que anteriormente se llamó “Coalición para una Radiodifusión democrática”. La que fue impulsora de la sanción de la ya mencionada Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (LSCA), la famosa Ley de Medios, la que a su vez se define como superadora de “la ley de la dictadura” (Ibid.). Fue en el contexto de la sanción superadora de dicha ley que la por entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner declaró: “Esto que hemos logrado ha sido dar una profunda batalla cultural para desmentir aquello de que no era posible resistir la presión mediática de los grandes monopolios” (Piqué, 22/10/09, Ibid.). Pero siendo presidenta también utilizó la noción en el contexto del conflicto por los aumentos de aranceles al sector agropecuario en el 2008³⁸, manifestó: “no se trata sólo de ‘una batalla económica, de intereses’, sino que implica una ‘profunda batalla cultural’” (16/04/08, *Clarín.com*). Por lo que definió como “batalla cultural” a la misma disputa que, según un importante sector mediático, fue la que habría iniciado al conflicto denominado *grieta*.

³⁸ También implementó ese léxico en otra ocasión, con respecto a la dolarización de la economía argentina en detrimento de la moneda nacional, cuando declaró: “esto es una batalla cultural, me refiero al comportamiento de los argentinos, hasta el propio comportamiento de uno, resabios culturales que le quedan” (07/06/12, Ibid.).

También se mencionó con relación a aquella disputa (en el primer subcapítulo) por ejemplo a un titular que la definió como “La madre de todas las batallas” (Premici, 11/03/18, *Pagina12.com.ar*), en cuya subtitulación también se describía al suceso como “una impresionante puja política, económica y simbólica (cultural)” (Ibid.). Retomando el artículo sobre “territorializar la batalla cultural” (Poggièse & Piwowsky, 19/10/16, Ibid.), en la entradilla citada también se definía que los medios de comunicación hegemónicos, aliados del por entonces gobierno nacional neoliberal, tenían la intencionalidad de retirar sistemáticamente a ciertos derechos. Los cuales no solamente se asumían como reconocidos o conquistados por el kirchnerismo, sino “creados (...) en el período que se pretende borrar de la historia y la memoria” (Ibid.). Pero, aunque se reconozca que dicha etapa fue fundamental en conquista y consolidación de derechos, ¿no resulta exagerado asumir que habrían sido “creados” en aquel entonces? Este estilo hiperbólico de discursividad kirchnerista es el que habría contribuido a argumentar la denominación despectiva de “relato K”, aunque reinterpretándose (o malinterpretándose, presumiblemente a propósito) el mismo concepto de “relato”. Porque los derechos que se consolidaron durante los gobiernos kirchneristas pueden asumirse como emergentes de luchas y procesos históricos instituyentes generados socialmente (Cfr. Lapassade 1980), desde antes del retorno de la democracia, como se suele sostener también dentro de la discursividad del mismo movimiento político. Asimismo, puede replantearse la afirmación antedicha de que al movimiento kirchnerista se lo pretendería “borrar de la historia y la memoria”, ya que más precisamente la pretensión haya sido reinterpretarlo, redefinirlo, desvalorizándolo. Aunque dicha expresión parece sintonizar con la metaforización, por ejemplo, de “vendaval neoliberal” (Poggièse & Piwowsky, 19/10/16, *Pagina12.com.ar*), o también con la forma en que se define a la monopolización multimediática, como “un monstruo que aprisiona con sus tentáculos, aun si pudieras atezarlo alguno con normas legales y controles administrativos, dispone de otros indomables con los que te voltea en la batalla cultural” (Ibid.).

Otras definiciones sobre la denominada “batalla cultural” también pueden encontrarse en la discursividad de militantes y funcionarios kirchneristas, por ejemplo, por quien ocuparía el cargo de titular del ministerio de Cultura (la reconocida cantora Teresa Parodi), el cual fue creado durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, ya que hasta entonces el área consistía en la “Secretaría de Cultura”. Antes de ser designada en dicho cargo la cantautora y militante kirchnerista fue uno de los principales referentes del “Frente de la Cultura por el Proyecto Nacional”, en cuya presentación oficial se basa, por ejemplo, una nota titulada “Es la batalla de fondo” (Sánchez, 07/12/13, Ibid.). Que se subtitula describiendo al Frente como “un colectivo integrado por actores del arte y la cultura que acompañan ‘el modelo nacional y popular que encabeza Cristina Kirchner’” (Ibid.). Fue en dicha presentación que Teresa Parodi pronunció la frase que se señala como relevante en el título: “La batalla de fondo es la cultural” (Ibid.). En el mismo evento otro de los militantes consultados por el periodista afirmó que se trata de “poder pensar la política cultural y la militancia desde el ámbito de la cultura y el arte en términos masivos” (Ibid.). Además, se narra que el Frente surgió de la “Corriente Peronista Descamisados”, destacándose los emblemas ideológicos del colectivo, como que “el patio de la fundación se pobló de jóvenes con remeras de

Evita y símbolos peronistas” (Ibid.). También hubo menciones a la agrietada Ley de Medios, citándose las palabras de otro de los artistas integradores del Frente, en el siguiente fragmento:

“‘hay que trabajar culturalmente para desterrar algunos conceptos que vienen aparejados con la cultura mitrista’, sostiene Prat. Y sigue: ‘la ley de medios no es sólo pelearse con un multimedio, la idea es generar un montón de voces. En el caso de la murga, a veces parece que uno estuviera hablando en otro idioma, porque hay cosas que no se conocen. Este proyecto se ha encargado de sacar a la luz la negritud y devolvió los feriados de carnaval’.” (Ibid.)

Si en la primera oración de la cita se enuncia una búsqueda de diferenciación de una denominada “cultura mitrista”, contiguamente se menciona a la Ley de Medios, por lo que se estaría aludiendo al periódico *La Nación* fundado por Bartolomé Mitre (y en posesión parcial de sus herederos), que por supuesto también fue opositor a dicha Ley antimonopólica, aunque quizá no se involucró tanto como el Grupo *Clarín*. Tras esa alusión seguidamente se mencionaba a la murga, el carnaval, que se vinculan con la población negra de la Argentina, cuyas voces resurgidas resultan asociadas con la ideologizada “Ley de Medios”. ¿Por lo que no se estaría pretendiendo asociar, entre alternadas proposiciones, a “la negritud” con algunas formas de significarla en la sociedad argentina?, más precisamente, ¿en relación con los “descamisados” peronistas que también se han denominado clasista y racistamente como “cabecitas negras”? Entonces, y por más que no se haya tenido la intención de comunicar precisamente esa asociación, puede formularse que el significante “negritud” estaría intentando reinsertarse re-articuladoramente dentro de una cadena de connotaciones ideológicas (Cfr. Hall 2010). Como también se pretendería releer el pasado (de los negros africanos en Argentina³⁹) para reestructurar significados históricos anudándolos a una red ideológica de significantes (Cfr. Žizek 2003). Lo cual a su vez se correspondería con lo antedicho en la nota sobre vincular la militancia ideológica con políticas culturales, bosquejándose posibles confluencias entre la cultura política con la cultura popular.

El interés en la problemática cultural del movimiento político kirchnerista se plasmaría en la ya mencionada creación del ministerio de Cultura, en la que se basó por ejemplo una nota titulada: “Una ministra entre el pueblo” (Russo, 05/10/14, *Infonews.com*); en cuya subtitulación se destaca que en la entrevista con la nueva ministra Teresa Parodi: “se desentrañan todas las batallas que se abren y se deben dar desde el nuevo ministerio”. Resulta significativo que la misma se inicie refiriéndose a otro reportaje sobre dicha designación: “Asumió el 7 de mayo. Una semana después, su primera entrevista se la ofreció a *Clarín*. Allí, se realizó lo que parecía casi un pedido de rendición de cuentas, un balance de gestión” (Ibid.). Por lo que antes de pasar a la entrevista se citó un segmento de lo publicado en dicho periódico:

“Teresa Parodi, la directora del ECuNHi, el Espacio Cultural de Madres de Plaza de Mayo, y la militante convencida de que el kirchnerismo es ‘el proyecto nacional y popular’ y que la creación del ministerio es corolario de una serie de buenas políticas. Aunque se haya hecho de golpe, aunque se haya hecho por decreto, aunque no le hayan dado tiempo ni de pensar en qué quería hacer antes de convocarla a hacerlo.” (14/05/14, *Clarín.com*; Russo, 05/10/14, *Infonews.com*)

³⁹ Sin desconsiderar que a la herencia de la cultura africana en la Argentina se la podría estudiar desde la perspectiva de las “culturas reprimidas” (Cfr. Lapassade 1980), ¿y a la murga como un “retorno de lo reprimido cultural” (Ibid.)?

Resulta interesante en lo citado que antes de criticar la designación y correspondiente creación ministerial se haga mención del anterior cargo de Teresa Parodi como directora del “Espacio Cultural de Madres de Plaza de Mayo” y militante kirchnerista. Porque dispone lo que se afirma subsiguientemente, implicando así que dicha experiencia no le habría servido ni para “pensar en qué quería hacer” siendo ministra, lo cual expresaría un prejuicio ideológico, modelizado contextualmente, que a su vez orienta a interpretaciones prejuiciosas de los lectores habitúes de ese diario (Cfr. Van Dijk 2008).

Sobre las interrelaciones entre lo ideológico y lo cultural se dialogó intensamente en la entrevista realizada por el medio afín a la cantautora, quien manifestó por ejemplo que la “idea de gestión y el sentido que se le iba a dar al ministerio estaba clara: es ideológica, y tiene que ver con mi pensamiento como artista, pensamiento que vengo desarrollando y diciendo desde hace muchísimo tiempo” (Russo, 05/10/14, *Infonews.com*). Aunque se le interpeló acerca de que el ministerio fue creado recién cuando el segundo mandato de Cristina Fernández de Kirchner estaba finalizando, planteándole que “La batalla cultural se debería haber dado desde mayo de 2003...” (Ibid.). A lo cual contestó que “la profundización del pensamiento político, de la ideología de este proyecto, hizo que aparecieran ministerios (...) en secretaría de Cultura se estaban trabajando las políticas correctas, estaba funcionando. En el momento justo, Cristina crea el ministerio” (Ibid.). Por lo que, como se viene exponiendo, el interés en la problemática cultural sería también una forma de comprender la actividad política entre los integrantes del respectivo movimiento. Lo cual es inherente a que se le haya indagado sobre su propia forma de comprender el desarrollo cultural, si se basaba en “las tres columnas históricas: la cultura como mercancía, la cultura como capital simbólico y social y la cultura como instrumento político” (Ibid.). A lo que respondió afirmando que en “otro momento se pensó que cultura eran solamente las bellas artes. Antropológicamente, cultura es todo lo que hacemos todos nosotros con nosotros y mirándonos unos con otros” (Ibid.). En esa misma respuesta también añadió que “La identidad afirmó nuestra soberanía. Y esto es ideológico y fue definitivamente plantado hasta la médula por este proyecto político” (Ibid.). Por lo que subsiguientemente se le consultó si, ante la posibilidad de que asumiese un gobierno con otra identidad política, lo realizado no correría el riesgo de ser destruido. A lo que contestó sincerándose tajantemente: “es la eterna historia. Hace muchos años escribí una canción que se llamaba “El otro país” (...) quería decir que había dos miradas para construir un país” (Ibid.). Dichas miradas consistirían en aquella “que mira hacia afuera y la que mira hacia adentro, en el otro, para referenciarse (...) Estos dos países estuvieron todo el tiempo en pugna, siguen estando. Tenemos un sector de la sociedad con una ideología y otro con otra” (Ibid.). Así que retorna la cuestión de “los dos países” que se había planteado en el primer subcapítulo, respecto a artículos que se publicaron tras el triunfo electoral de Macri aproximadamente un año después de que se realizara la nota. Fue con respecto a aquellas elecciones que en la conversación se le planteó a la ministra que parte “de la sociedad mira esa posibilidad de destrucción de la cual usted habla como un simple pase de factura (...) que no tiene que ver con una decisión de querer volver a ese modelo del que se trató de salir” (Ibid.), ante lo cual contestó: “La grieta, ¿no?, la bendita grieta” (Ibid.). Sobre la que el entrevistador retrucó: “una grieta que le hicieron ver a usted, y de manera brutal, desde el día siguiente a su asunción” (Ibid.), aludiendo a la criticada nota que le hizo el diario *Clarín*. Pero “la grieta” también se manifestaría en la enunciación de que habría “dos países

siempre en pugna, uno con una ideología y otro con otra”, parafraseando a la por entonces ministra. Además, con respecto a la proposición de la “mirada en el otro, para referenciarse”, ¿no subyacería en la misma una referencia diferencial e ideológica hacia otra grupalidad?, ¿“lógica diferencial ideológica” que también sería inherente a la noción de “batalla cultural”?

En la entrevista se le planteaba a la ministra que el interés del kirchnerismo en la “batalla cultural” habría sido tardío, ante lo cual ella contestaba que el kirchnerismo se venía interesando por la problemática cultural desde mucho antes. Lo cual puede corroborarse, por ejemplo, con el discurso de asunción de Néstor Kirchner en el 2003, en el cual enunció seguidas veces el sintagma “cambio cultural”. Declaró por ejemplo que: “Por mandato popular, por comprensión histórica y por decisión política, ésta es la oportunidad de la transformación, del cambio cultural y moral que demanda la hora. Cambio es el nombre del futuro” (25/05/03, Casarosada.gob.ar). En otro tramo pronunció: “Queremos ser la generación de argentinos que reinstale la movilidad social ascendente, pero que también promueva el cambio cultural y moral que implica el respeto a las normas y las leyes” (Ibid.). También relacionó la problemática cultural con la socioeconómica: “cuando el Gobierno se desentiende del pueblo es que toda la sociedad empobrece, no sólo económicamente sino moral y culturalmente” (Ibid.). Se refirió explícitamente a lo identitario con relación “a la educación, formidable herramienta que construye identidad nacional y unidad cultural, presupuestos básicos de cualquier país que quiera ser Nación” (Ibid.). En dicho discurso, como en los de Cristina Fernández cuando era presidenta, puede encontrarse entonces que desde mucho antes de la creación del ministerio de Cultura en 2015, o por ejemplo de la fundación durante las mismas fechas del emblemático Centro Cultural Kirchner (CCK), el lenguaje político del kirchnerismo ya se había orientado hacia lo cultural, lo cual se ha estudiado como característico de la posmodernidad (Cfr. Hall 2010).

Inmediatamente después de la formación del susodicho ministerio también se fundó dentro del mismo a la “Secretaría de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional”, cuyo titular fue el filósofo Ricardo Forster, uno de los cofundadores del grupo de intelectuales kirchneristas “Espacio Carta Abierta”. Una de las publicaciones que se basó en la creación de dicha secretaría se trata de una entrevista a Forster titulada: “Vamos a federalizar el debate” (Bruschtein, 5/06/14, *Pagina12.com.ar*). Título en que se cita una de las declaraciones del entrevistado sobre la actividad federal de dicha secretaría, con la cual se pretendía “articular la complejidad de la historia intelectual argentina, la historia política e ideológica” (Ibid.). Como la conformación de dicha secretaria fue muy criticada por los medios opositores de entonces (especialmente por el aparatoso nombre de esta) se le planteó a Forster que: “salieron a criticar la conformación de la secretaría, diciendo que se busca ‘uniformizar el pensamiento’” (Ibid.). A lo cual el filósofo contestó que su obra intelectual no se corresponde con “el dogmatismo o pensamiento único” (Ibid.), y distinguió entre las críticas a las discutibles de las repudiables. Sobre la crítica que lo llegó a emparentar con el ideólogo propagandístico del nacionalsocialismo alemán, declaró: “el que dice Goebbels, nazismo, me parece de una bajeza tremenda” (Ibid.).

Las críticas a la conformación de la “Secretaría de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional” se vincularon con las que se venían esgrimiendo contra la noción de “batalla cultural”, asociada con la

discursividad kirchnerista. Lo cual se contiene por ejemplo en un artículo titulado: “La secretaría para el Pensamiento Nacional suma críticas de intelectuales” (08/06/14, *Clarín.com*). Las cuales se van exponiendo desde su entradilla, como que la conformación de la secretaria “se inscribe en el marco de la ‘batalla cultura’ con la que el Gobierno pretendió enmascarar su voluntad de hegemonizar la producción de pensamiento” (Ibid.). Y agregaron que con la consigna del batallar cultural habrían pretendido ir “encapsulando toda posibilidad de debate en la antinomia kirchnerismo-antikirchnerismo, que ha intentado dejar afuera e invisibilizar la diversidad de voces” (Ibid.); antinomia en que también se sustentan definiciones de “la grieta”, ya que se trataría de la misma conflictividad ideológica.

Las repercusiones de la creación de la controvertida secretaría, y en referencia a las ya mencionadas equiparaciones entre el filósofo kirchnerista con Goebbels, también se trataron en una nota titulada: “Con el apoyo de La Cábora, Forster presentó su programa para coordinar ‘el pensamiento nacional’” (16/07/14, Ibid.). En esta se destaca la cuestión de la rotulación, que por “el nombre ampuloso del flamante organismo, y la dificultad de los oficialistas para explicar sus funciones, buena parte de la oposición había cargado contra la designación del presidente de Carta Abierta” (Ibid.). Sobre parte de los efectos que pudo conllevar el caratular a dicha secretaría como una “coordinación estratégica para el pensamiento nacional”, desde un movimiento político que ya venía siendo etiquetado por la oposición más tenaz como totalizador, autoritario, etc., puede considerarse como una falencia de “comunicación psicopolítica” no haber tenido en cuenta, por ejemplo, a las características paranoicas de las ideologías, sobre las que se ha teorizado desde distintas perspectivas (Cfr. Green 1990; Eagleton 1997). Aunque la equiparación de Forster con el nazismo fue hecha por periodistas del Grupo *Clarín* (como un conductor de programas de radio y televisión), en la nota se afirma con respecto a la designación que: “Algunos lo consideraron un premio a su obediencia, otros exageraron y lo compararon con el nazismo y la dictadura. Los usuarios de las redes sociales se hicieron un picnic” (16/07/14, *Clarín.com*). A la última oración puede interpretársela como que algunos usuarios habrían gozado de mofarse del intelectual kirchnerista, goce que podría considerarse ideológico, y sustentado en acentuar una supuesta irracionalidad del otro. Pero si en lo citado se reconocía que las comparaciones con el nazismo fueron exageradas también hay que agregar que no era la primera vez que se planteaban en la prensa antikirchnerista.

Dichos supuestos paralelismos entre el kirchnerismo con el nazismo intentaron esbozarse por ejemplo en un editorial que tuvo bastante repercusión, se tituló: “1933” (27/05/13, *Lanacion.com.ar*), en cuya bajada se indicaba que: “Los trágicos hechos que acompañaron la caída de la República de Weimar y el comienzo del Tercer Reich deben mover a reflexión a los argentinos”. El texto se inicia memorando que “Hace 80 años el mundo fue testigo, silencioso y tolerante, de la gradual desaparición de una república y, en pocos meses, de la instalación de una dictadura” (Ibid.). La comparación con la contemporaneidad argentina se va trazando en el segundo párrafo: “Salvando enormes distancias, hay ciertos paralelismos entre aquella realidad y la actualidad argentina que nos obligan a mantenernos alerta” (Ibid.). Las palabras iniciales de esa proposición (“Salvando enormes distancias”) estarían “jugando” semánticamente (Cfr. Van Dijk 2008), para mitigarla, sutilizarla, presumiendo que podría resultar sumamente exagerada y falaz, incluso en ese contexto comunicacional. El

editorial prosigue haciendo un recorrido de las maniobras del partido nazi para instalar gradual pero aceleradamente la dictadura, pero sin encontrar ningún tipo de correlación con el kirchnerismo. Aunque a pesar de ello se retoma la perspectiva comparativa en el párrafo final:

“Salvando, como decíamos, las enormes distancias, los argentinos deberíamos reparar en los rasgos autoritarios que, cada vez con mayor frecuencia, pone de manifiesto el Gobierno, y cobrar conciencia de que es imposible prever cómo puede terminar un proceso que comienza cercenando las libertades y la independencia de los tres poderes del Estado, al tiempo que distorsiona los valores esenciales de la República y promueve enfrentamientos dentro de la sociedad.” (27/05/13, *Lanacion.com.ar*)

Dicho editorial, como se anunciaba, tuvo bastantes repercusiones⁴⁰, y la prensa oficialista de aquel entonces le dedicó varios artículos, uno de ellos se tituló: “La batalla cultural” (Pierbattisti, 10/06/13, *Pagina12.com.ar*). El cual se introduce con una introspección del autor ante el impacto del texto: “Sensaciones encontradas (...) en las fibras más íntimas de las entrañas (...) El editorial del diario *La Nación* del pasado 27 de mayo, ‘1933’, tiene la sorprendente capacidad de demostrarnos que todavía existe el margen para sorprenderse” (Ibid.). En ese mismo párrafo se continúa con la misma tonalidad, expresándose “el rechazo más visceral y profundo que genera la manifestación impune de la real identidad humana que los atraviesa y sostiene” (Ibid.). Pero se aclara que la finalidad del artículo es tratar de “comprender las razones que subyacen al odio que la derecha argentina expresa (...) volver inteligibles los motivos que la llevan a cruzar todos los límites racionales para despertar los sentimientos más atávicos en una importante porción de la ciudadanía” (Ibid.). Lo cual resulta inherente a la pretensión de hacer “inteligibles las razones que impulsan a *La Nación* a superarse en su intento por vulnerar todo criterio ético y moral” (Ibid.). Las antedichas definiciones de la “otredad ideológica” asociándola con la irracionalidad, el odio, y lo inmoral, luego se vinculan directamente con la noción de “batalla cultural” y la cuestión identitaria:

“La chatura política e intelectual de los neoliberales argentinos se cristaliza en la impotencia que traducen los editoriales de *La Nación*. La carencia de ideas para enfrentar la batalla cultural (...) los hace retroceder a los aciagos abismos de una identidad ultramontana.” (Ibid.)

Según lo expuesto podría interpretarse que esa supuesta impotencia, frustración, por la escasez de ideas (de la derecha neoliberal) para batallar culturalmente, tendría como efecto una regresión identitaria. Frustración que estaría predispuesta por crisis sociopolíticas recientes, ya que se asume que la “batalla cultural, las ideas que por medio de aquella se vehiculizan (...) se libran entre los escombros que la crisis de la hegemonía neoliberal dejó a más de diez años de su sangrienta despedida” (Ibid.), en alusión a los sucesos del 2001 y las batallas campales que sucedieron en el espacio público. Esta perspectiva, de que los sucesos acaecidos en el comienzo del milenio habrían predispuesto a la “batalla cultural”, se reitera en otro tramo afirmándose que el “2001 dejó la puerta abierta a una lucha por la hegemonía política, por dos proyectos de país claramente contrapuestos, que

⁴⁰ Que hasta involucraron a los mismos empleados del periódico (como sucedió en otro caso tratado), sobre lo cual se anotó por ejemplo una nota titulada: “Trabajadores de *La Nación* repudiaron el editorial ‘1933’ y llamaron a ‘no exacerbar el odio’” (28/05/13, *Telam.com.ar*). En su subtítulo se destacaba que “Así lo expresó la asamblea de trabajadores (...) porque **‘traza un oscuro paralelismo entre el Gobierno nacional y prácticas de la Alemania Nazi’** y **‘banaliza hechos como el Holocausto Judío’**”-el resaltado es de la edición- (Ibid.).

se dirime tanto en el terreno económico como en su prolongación en el campo de la lucha ideológica” (Ibid.). Lo cual contiene correspondencias con los planteos de subcapítulos anteriores acerca de que la crisis del 2001 fue un predisponente del desencadenamiento de la conflictividad ideológica llamada *grieta*. Confrontación ideológica que en el artículo también se asume con la perspectiva territorializada expuesta al inicio, porque se trataría de una “batalla cultural que atraviesa nuestro país y los países de la región, unificados en su más diversa heterogeneidad por el intento de revertir la estatización del avance neoliberal sobre nuestra América a fines del siglo pasado” (Ibid.). Reversión del neoliberalismo que, con la consecuente efectución frustrante que se presuponía, se asoció con una regresión identitaria, inherente también a “la reversión de la subjetivación neoliberal que atravesó la década de los ’90” (Ibid.). Además, existen otros planteos en el artículo que permitirían pensar una supuesta “crisis de identidad política” de la derecha argentina, como el del interrogante con el que se clausura: “¿cómo es posible que puedan llenarse la boca hablando de ‘libertades individuales’ los que fueron cómplices e instigadores de un genocidio para imponer... una sociedad liberal?” (Ibid.).

Sobre la vinculación planteada en la última cita, entre el periódico cuestionado con la dictadura, también hizo énfasis otro artículo dedicado al repellido editorial (“1933”), que se tituló: “Siempre fiel a su historia” (Efron, 01/06/13, Ibid.). Aunque con respecto a la historia del diario también se van planteando contradicciones, como que “el diario de los Mitre recurre al nazismo como cliché, casi a contramano de su propia historia (...) echa mano a cualquier tipo de recurso, en el contexto de la batalla discursiva” (Ibid.). Se comienzan a especificar las contradicciones con la propia historia del diario apuntando a una publicación de este precisamente en el año 1933⁴¹, en que se presentaba a Hitler como una figura prometedora para Alemania. Pero también se destaca lo contradictorio de que esa supuesta preocupación por el autoritarismo del gobierno kirchnerista (que es asociado con una dictadura, como también se lo hacía en otros artículos ya tratados), se manifieste en el editorial de un periódico “que a lo largo de la historia ha apoyado a todos los golpes militares en la Argentina, y que ha sido representante ideológico de los sectores que los impulsaron” (Ibid.). Lo cual también se condeciría con lo antedicho sobre la posible “crisis de identidad política” de la derecha vernácula. Y si para definir la conflictividad ideológica argentina contemporánea se había implementado la noción de “batalla discursiva”, esta luego se reemplaza para definirse con una aún más belicosa: “una guerra discursiva que crece y parece no tener fin (...) que reenvía al periódico de los Mitre a su matriz histórica, a su más puro sustrato ideológico” (Ibid.). Así que resuena lo tratado al inicio del subcapítulo, cuando en el mismo contexto de comunicación se aludía (de un modo contradictoriamente crítico) a la lexicalización de “periodismo de guerra” del periodista de *Clarín*.

Entonces, resulta conveniente indagar (desde una perspectiva un tanto genealógica) en la utilización de las nociones belicosas en el lenguaje político argentino, lo que también se ha hecho desde sectores de prensa identificada con el kirchnerismo, como en un artículo titulado: “Circunscribir al ¿‘enemigo’?” (Brienza, 31/05/15, *Infonews.com*). La significación de la circunscripción del “enemigo” va a ir precisándose en el

⁴¹ Que tenía como titular (el cual se cita al comienzo del artículo de *Página 12*): “Desde la caída del imperio no ha tenido acaso Alemania un instante de tan honda expectativa” (31/01/33, *La Nación*).

desarrollo del texto, indagando en la supuesta tendencia del kirchnerismo en construir una “lógica binaria”. Pero partiendo de la premisa de que en el peronismo existiría una “lógica de Amigo-Enemigo que anida en su vientre” (Ibid.), así que el kirchnerismo habría recibido esa “Herencia, claro, de la condición castrense de Juan Domingo Perón” (Ibid.). Por lo que se asume que “el peronismo, en términos generales, continúa pensando la política, en democracia, con lógicas provenientes de la estrategia militar” (Ibid.). Dicha “lógica” también es relacionada con la historia más reciente, ya que “en el kirchnerismo, en términos amplios, sociales, lo que incluye a su militancia (...) a viejos representantes de los ‘70, por ejemplo, todavía anida una lógica de trincheras” (Ibid.). Pero a su vez se reconoce que “No es simplemente por su concepción militarizada que el Movimiento Justicialista (...) se ha convertido en el partido político hegemónico” (Ibid.); ya que se considera que “su mejor virtud es la concepción estratégica de su pensamiento (...) una gran capacidad de diálogo con la sociedad en las diferentes etapas históricas” (Ibid.). También se comprende a la lógica discursiva binaria del movimiento político como resultado de “Persecuciones, proscripciones, torturas, asesinatos (...) la medicina con que los supuestos demócratas han intentado ‘curar el mal del peronismo’ de la sociedad argentina. Esa relación traumática ha dejado huellas permanentes en la forma en que el peronista visualiza la política” (Ibid.). Lo cual puede reformularse planteando que la “lógica diferencial ideológica” del grupo político también sería una formación reactiva que se habría ido incorporando en la identidad política atacada, perseguida, traumada. Pero, además de indagar en la “lógica amigo-enemigo”, en el artículo se apunta, como se orienta desde la titulación, a interrogarse sobre la circunspección del adversario, interrogación interrelacionada con la siguiente pregunta: “¿Cuál es la verdadera batalla cultural de la Argentina? (...) Es en las elites donde es necesario circunscribir al enemigo histórico de las mayorías argentinas” (Ibid.). Por lo que a pesar de las indagaciones anteriores no se desestima ni critica la noción de “batalla cultural”, y se la implementa para definir la conflictividad política argentina.

Antes de finalizar esta sección es oportuno mencionar que la noción de “batalla cultural” ha sido criticada en el interior del kirchnerismo, y aunque quizá algo tardíamente por el filósofo e ideólogo Ricardo Forster, en una entrevista titulada: “Ricardo Forster: ‘El Estado debe ser garante de igualdad’” (Arellano, 01/10/19, *Fervor.com.ar*). En la cual se le consultó sobre su visión de la “batalla cultural” (tras el triunfo en las elecciones presidenciales del 2019 de la coalición liderada por el kirchnerismo, el “Frente de Todos”), a lo cual contestó: “El concepto de batalla cultural debe ser repensado, redefinido. La relación entre lo cultural y el término batalla es una relación un tanto equívoca. Batalla da cuenta de una estrategia guerrera, tiene que ver con lo bélico, y la cultura, la verdad, que tiene que ver con la creación, con la paz, con la fraternidad y con la igualdad. O sea, no se llevan muy bien. Esa fue una categoría que, al menos, merecía un debate” (Ibid.).

Debate que también concerniría a las diversas concepciones de la cultura y las distintas perspectivas sobre sus problemáticas, ya que por ejemplo si se enfoca a la “cultura política”, desde la perspectiva que la comprende constitucionalmente inestable por los conflictos de intereses y luchas de poder (Cfr. Schneider & Avenburg 2015), esta podría no caracterizarse por lo pacífica, ni por lo fraternal. De todas formas, con respecto al debate

que habría merecido la conceptualización de “batalla cultural”, se estaría aludiendo a uno interno, ya que la noción ha sido bastante discutida, como también se observará en la sección siguiente.

Aunque por último queda por rescatar de dicha entrevista que también se dialogó sobre las políticas culturales realizadas anteriormente por el kirchnerismo, y sus “disputas culturales”, expresión con la que Forster se deslindó de “batalla”. Disputas culturales producidas “en relación con ‘la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, la disputa con la hegemonía cultural, política y mediática del grupo Clarín’” (Arellano, 01/10/19, *Fervor.com.ar*). Asimismo, destacó lo que denominó el “debate por la memoria (...) vincular política cultural con políticas de la memoria (...) uno de los núcleos sin los cuales sería muy difícil entender los gobiernos de Néstor y los gobiernos de Cristina” (Ibid.). En esa entrevista también se le consultó sobre la polémica “Secretaría de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional”, de la cual reconoció que el “nombre, sobre todo, generó una reacción desafortunada de los grupos mediáticos (...) en relación a los totalitarismos, hicieron una especie de mezcla entre Stalin, Franco, Hitler, Mussolini (...) esa estigmatización fue una cosa medio estúpida, horrenda” (Ibid.). Es oportuno agregar que dicha secretaría fue anulada a fines del 2015, con el triunfo de “Cambiamos”. Situación en la cual también surgieron algunos esbozos de discursividad “post batalla cultural” (e inherentes a una supuesta intención de concluir, o estrechar, a “la grieta”) por parte de la prensa advenida en oficialista.

IV.c. 2) Un artículo que puede ejemplificar el tipo de discursividad que había comenzado a esbozarse tras el triunfo electoral de Cambiamos en el 2015, se tituló: “Después de la batalla cultural: cómo pasar de la grieta a los matices” (Sández, 13/12/15, *Lanacion.com.ar*). En cuyo subtítulo se señalaba que “Tras doce años de división K y anti-K, en el mundo intelectual se reconfiguran posiciones y se alerta sobre nuevos antagonismos” (Ibid.). Aunque el primer párrafo no se refiere ni a los doce años de gobiernos kirchneristas ni a los nuevos antagonismos sobre los que se alertaban, sino que plantea como antecedente histórico de la denominada *grieta* al enfrentamiento entre Unitarios y Federales, como también se había expuesto en la primera parte desde el mismo contexto comunicacional. Confrontación que a la autora le resultaba “sorprendentemente actual, porque en una reedición de viejos enfrentamientos que el kirchnerismo se encargó de reavivar, primero, y de usar en su beneficio, después (...) abre interrogantes de cara al nuevo gobierno” (Ibid.). Y la significación global, desde la que se orientaba hacia las posibles matizaciones del agrietamiento, va retomándose en el texto al afirmarse que “la tan mentada ‘grieta’ (ese abismo social aplicado a las discusiones públicas, desde los medios y las cátedras a las sobremesas familiares) lejos de cerrarse, parecería mutar” (Ibid.). Si en la significación tituladora del artículo se expresaba latentemente una interrogación general (desde el “cómo” principalmente), ese interrogante se localizaría reformulado en el texto: “¿Qué reconfiguraciones sufrirá esa división en el campo intelectual con el cambio de gobierno? ¿Será nuevamente un planteo dicotómico o más bien un estallido al interior de esa dualidad?” (Ibid.). Preguntas en que se va plasmando como premisa a cierto enfoque, el de que la “batalla cultural” sería la manifestación de “la grieta” en el campo intelectual, la que se habría establecido “después de doce años en donde la tensión entre intelectualidad y militancia fue sustituida por la díada amigo-enemigo”

(Ibid.). Enfoque que dispone el siguiente segmento: “La ‘batalla cultural’ kirchnerista se alimentó de esa división oficialismo-oposición, que proveyó justificaciones teóricas a través del grupo de intelectuales orgánicos Carta Abierta. Pero que también tuvo componentes materiales: el Estado dio trabajo a parte del mundo de la cultura” (Ibid.). Segmento en que también puede pensarse a la distinción entre los intereses simbólicos y los intereses materiales en el comportamiento político (Cfr. Giménez 2008), aunque se muestran interrelacionados de algún modo. ¿Pero esa interrelacionalidad sería característica del kirchnerismo únicamente, o dichos intereses (simbólicos y materiales) se articularían generalmente en los desenvolvimientos de las identidades políticas?

Retomando la perspectiva en que se delimita la “batalla cultural” a la manifestación de “la grieta” en el campo intelectual, resultan significativas otras proposiciones interrogativas, referidas a lo que hubiese podido suceder en dicho campo: “¿Acaso la alianza Cambiemos hará honor a su nombre y (...) habrá otra escucha y menos sectarismo intelectual? ¿O –en un terreno que es de por sí un campo minado de egos– los pases de factura serán inevitables?” (Sández, 13/12/15, *Lanacion.com.ar*). Dicha expresión (“pases de factura”) es un tropismo de una intencionalidad vengativa, sentimentalidad que ya se había manifestado desde otros puntos de vista, y que en el interrogante se asociaría con supuestos narcisismos intelectuales. Tras plantear los antedichos interrogantes el texto continúa en otro párrafo con la siguiente proposición: “Para quien quiera verlas, las señales de la peligrosa tentación podrían estar ya ahí: promercado y neoliberales contra populares; extranjerizantes contra nacionalistas; los 90 contra... ¿los 70?” (Ibid.). Puede asumirse que la “peligrosa tentación” (que podría connotar tanto a lo desiderativo como al goce ideológico) se adjudicaba tanto al macrismo como al kirchnerismo, e incluso surge el interrogante: ¿ya se estaba presumiendo cual sería la política económica que el gobierno de Macri iba a implementar y que el kirchnerismo se aprovecharía de ello acentuando su antagonismo, la “lógica diferencial ideológica”? Lo que en el artículo también estaría insinuado al mencionarse la palabra que se emblemataría en el kirchnerismo de oposición: “es en las redes sociales donde la ‘resistencia’ K alza su voz” (Ibid.). “Resistencia” que también se fue enarbolando en distintas movilizaciones, marchas y actos, léxico que tiene su connotación combativa, y que evocaría de algún modo (quizá hiperbólico) a la legendaria “resistencia peronista”.

Aunque en el artículo se planteaban esas posibilidades, también se suponía que, de proseguir el agrietamiento, este podría manifestarse de una forma diferente, matizada, por ejemplo, porque a pesar de “los sombríos pronósticos del kirchnerismo batiendo en retirada (...) en materia cultural florece, con todo, algo nuevo. Los matices al interior de lo K” (Ibid.). Matices representados por personalidades del campo cultural que habrían intentado “despegarse de esa intelectualidad orgánica que se convirtió en la cumbre del pensamiento único” (Ibid.). A ese subgrupo de intelectuales kirchneristas también se los define peyorativamente en otro tramo como los “intelectuales ‘cortesanos’ guardianes del régimen dispuestos a votar ‘desgarrados’ al candidato de su presidenta” (Ibid.). Refiriéndose obviamente al candidato (del “Frente para la Victoria”) que por entonces era gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Daniel Scioli (que acababa de perder las elecciones presidenciales contra Mauricio Macri), resistido por dicha intelectualidad, por “La Cámpora”, y sectores

mediáticos vinculados con el oficialismo de entonces. Candidatura que manifestó contradicciones inherentes al campo ideológico peronista, que con la pretensión de mantener su predominancia ha aprovechado su heterogeneidad, aunque también revelando e intensificando sus incongruencias, lo cual puede suceder cuando las ideologías que intentan consolidar su dominancia, en su negociación con la alteridad, representan intereses sociales no coincidentes (Cfr. Eagleton 1997).

Las antedichas matizaciones “al interior de lo K” no se asumían como los únicos indicios que hacían presuponer que “la grieta” mutaría, o que la noción del “batallar cultural” perdería vigencia. Ya que también se presuponía por entonces que: “el macrismo se aleja de las inquietudes culturales e insiste en su constante énfasis en ‘la gestión’, lo que habla de una apuesta a la eficiencia y a los resultados más que a los debates y los cuestionamientos” (Sández, 13/12/15, *Lanacion.com.ar*). Lo cual guarda correspondencia con la ya expuesta afirmación de Alejandro Rozitchner, el filósofo e ideólogo macrista, respecto a que: “La grieta se va a ir cerrando en la medida en que la sociedad vea concretarse los logros de la nueva administración” (Moreno, 9/8/16, *Ibid.*). Pero si la autora del artículo planteaba que el macrismo se estaba alejando de las cuestiones culturales, en el mismo también se consulta, por ejemplo, a una politóloga (Liliana De Riz), quien presuponía que iba a producirse una transformación cultural, basada en el “pasaje de una cultura de la confrontación animada por las batallas culturales a una cultura del diálogo” (Sández, 13/12/15, *Ibid.*). También se consultaron otras opiniones enfocadas en las características del PRO desde una perspectiva más específicamente cultural, como la del politólogo Marcelo Leiras:

“Pro tiene intelectuales y algunos de ellos han difundido una teoría sobre la sensibilidad y las identificaciones políticas y sobre sus efectos sobre el comportamiento electoral. Los globos y la liturgia de fiesta de casamiento son el estereotipo de esta teoría que no termina de desarrollarse pero es verosímil, parece coincidir con los éxitos electorales de Pro y podría alimentar la cultura política de esta agrupación. Seguramente, esta teoría y esta cultura se resignifiquen cuando el gobierno nacional de Macri eche a andar” (*Ibid.*).

En lo citado se relaciona lo estereotipado (de globos y liturgia de fiesta, lo cual también se expresó en el slogan del PRO: “Revolución de la alegría”) con una teoría política, que desarrollaría eventualmente la cultura política de la agrupación. Entonces, ¿se estaría implicando a la cultura política como un componente de la ideología (Cfr. Cott & Mounier 1985; Chirinos & De Tortolero 2007)?, perspectiva que se diferencia de enmarcar las luchas ideológicas en el contexto de la cultura política (Cfr. Costa, Etchezahar, Melita 2011; Paz García y Brussino 2015); ¿aunque no sería relativamente compatible, dicha perspectiva, con asumir a la cultura política como expresión de diversas ideologías dominantes que disputan por hegemonizar, pudiendo redefinirla, transformarla? A su vez, a la asociación de la cita entre las identificaciones políticas y las prácticas discursivas estereotipadas, habría que repensarla considerando lo teorizado acerca de las limitaciones que la estereotipación impone en las producciones grupales (Cfr. Riviere 1980), relacionables con la rigidez y obstaculización que podría caracterizar a las ideologías al hacerse demasiado homogéneas. Y los componentes de la estereotipación antedicha no tendrían especificidad simbólica, pero su eficacia se pudo deber a su sustentación parcial en lo ilusorio, la ilusión grupal (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986; Fernández 1989), con su proclividad a potenciarse imaginariamente, pero también se habría retroalimentado lo ilusorio de lo real (*Ibid.*), es decir, los éxitos

electorales del PRO. Aunque la ilusión del grupo en este ejemplo no parece articulada, ni necesariamente articulable, con alguna mitología grupal (con las respectivas connotaciones simbólicas que podría conllevar), aunque se las haya teorizado como significaciones imaginarias grupales cuasi indisociables (Ibid.). Por lo que desde la perspectiva especificadora de las “significaciones imaginarias ideológicas” de los grupos políticos, habría que considerar manifestaciones de lo ilusorio que estén desconectadas de lo mítico, en el “imaginario grupal”.

Otro ejemplo de discursividad “post batalla cultural”, que también se plantea en su inherencia a la superación del agrietamiento, se trata de un artículo titulado: “Se termina la ‘batalla cultural’” (27/10/15, *Clarín.com*). Aludiendo también al reciente triunfo electoral del PRO se afirma en la subtitulación: “Lo que viene es un tiempo de nuevas miradas, que deje atrás las grietas introducidas por el kirchnerismo en los últimos años...” (Ibid.). Por lo que se parte de la premisa, tan habitual en ese contexto comunicacional, de asumir al agrietamiento como una producción unilateralmente kirchnerista, aunque en este caso se lo redefine pluralmente como “las grietas”. Así que si estas iban a superarse era “porque el propio kirchnerismo, con las marcas que dejó en nuestra cultura, ha comenzado a quedar atrás” (Ibid.). Pero si se presuponía que iba a suceder un cambio cultural era también porque se asumía que la “visión de la cultura para Macri y sus equipos es amplia, diversa y alejada de cualquier sectarismo” (Ibid.). Ya que esa visión se antagoniza con la de los kirchneristas, “quienes llegaron a pensar que los únicos escritores, artistas y músicos que valía la pena promover desde el Estado eran aquellos que tenían posiciones ideológicas afines a las propias” (Ibid.). Como se presuponía que las grietas comenzaban a superarse también se dictaminaba que “la batalla cultural ha terminado (...) La cultura incluye ahora las otras versiones, los otros puntos de vista, las otras ideas y los otros significados” (Ibid.). Las supuestas nuevas perspectivas incluidas en el cambio cultural habrían consistido en que sus “temas y sus debates se corresponden con los del presente, no con los de la generación que quedó atravesada por las tragedias de los años 70. Termina un tiempo de homogeneidad discursiva” (Ibid.). Lo cual resulta contrastable con lo ya tratado sobre la discursividad del macrismo respecto a la historia reciente, con que desde el gobierno conformado por el PRO se insistiría en debatir las tragedias de los años 70. Aunque desde la producción de un “nuevo paradigma” (Avruj, 4/10/19, *Lanacion.com.ar*), que como explicó aquel Secretario de Derechos Humanos consistió en un acercamiento del Estado a las denominadas víctimas de los años 70, como se consideró a los militares que murieron luchando contras las guerrillas, y sus familiares, lo cual eso sí lo hizo obviamente heterogéneo al discurso kirchnerista.

En el artículo también pueden analizarse posibles contradicciones internas, respectivas a la coherencia global de la proposición tituladora sobre la terminación de la “batalla cultural” (inherente a la superación de “la grieta”), que quizá avizoraban el devenir. Porque si por ejemplo se insiste con que “la cultura de las fracciones irreconciliables quedó atrás el domingo a la noche” (27/10/15, *Clarín.com*), es decir, la noche de las elecciones presidenciales del 2015, también se reconoce que “Apenas enterados de la caída del enemigo, los antikirchneristas emocionales -esa ínfima minoría verbalmente violenta- se lanzó a una patética Noche de San Bartolomé virtual a través de los dispositivos de comunicación instantánea” (Ibid.). Esas expresiones pudieron

comprenderse como sintomáticas de que la conflictividad ideológica denominada *grieta* seguiría siendo muy intensa, haciendo cuestionable la afirmación de que se había terminado la “batalla cultural”, la cual fue al parecer demasiado optimista, desiderativa. Además, puede pensarse desde otra perspectiva al contenido de la última cita, como que se haya recurrido hiperbólicamente a equiparar las reacciones de los antikirchneristas en las redes sociales con una matanza religiosa del siglo XVI en Europa, lo cual indicaría el grado de fanatismo y violencia discursiva que las mismas habrían portado. Violentas reacciones que ejemplificarían como la instantaneidad de la comunicación potencializa su emocionalización (Cfr. Han 2014), tanto a nivel subjetivo como grupal, lo cual incumbe al dominio de la psicopolítica digital (Ibid.). Emociones violentas y anómicas expresadas a través de una comunicación distante, agrietada, en que la alteridad quedaría eclipsada por la ideologización, por lo que podrían definirse como politizadas “comunicaciones espectrales” (Cfr. Baudrillard & Guillaume 2000). Las cuales resultan articulables con la perspectiva de la extimidad, aplicada hacia como los modos de expresión digital pueden extremar “la fatal cercanía de los otros” (Valdettaro 2017: 6), como “odio al otro” (Ibid.: 7), en este caso al “otro ideológico”.

Puede corroborar lo antedicho sobre que la afirmación de que se había terminado la “batalla cultural” había sido demasiado optimista, el hecho de que no mucho tiempo después de aquellas elecciones del 2015, la noción del “batallar cultural” empezó a implementarse paulatinamente en la discursividad del oficialismo de entonces, como se señala en una nota titulada: “En la Casa Rosada hablan de ‘batalla cultural’” (Fioriti, 09/08/16, *Clarín.com*). La misma tiene como volanta la definición de “Una iniciativa polémica” (Ibid.), que se irá especificando en el desarrollo del texto, se trataba de “la movida macrista de capitalizar la información que acumula la ANSeS” (Ibid.). El proyecto preveía utilizar información de 16 millones de personas que están en la base de dicha Administración Nacional, lo cual fue muy criticado por la oposición del Frente para la Victoria e incluso dos diputados denunciaron judicialmente al jefe de Gabinete Marcos Peña. Sobre la iniciativa se afirma que “Como con otros proyectos que ya están en marcha desde el 10 de diciembre, en el entorno de Peña aseguran que el Gobierno intentará ‘dar una batalla cultural’ frente a los cuestionamientos” (Ibid.). Entre esos otros proyectos, de los cuales muchos se llevaron cabo, estaba el del aumento de tarifas (al que también se resistió la oposición kirchnerista), y sobre el que Macri durante su presidencia dictaminó: “El tema tarifas es lo más importante, **el centro de la batalla cultural**” -el resaltado es de la edición- (Ortelli, 03/05/18, Ibid.).

La asociación entre la noción de “batalla cultural” con los programas económicos fue algo recurrente en el oficialismo de entonces, como puede observarse en un artículo titulado: “La gran batalla cultural que todavía Macri no ganó” (Majul, 29/9/16, *Lanacion.com.ar*). En cuyo primer párrafo se afirmaba lo siguiente:

“Creía Macri que la economía tenía que empezar a funcionar bien casi inmediatamente después de asumir, porque el cambio de expectativas iba a ser casi instantáneo. Consideraba que la transformación cultural de un país desquiciado a otro normal se iba a ir dando paulatinamente, pero de manera fluida. Que la ‘normalidad’ se iba a ir sintiendo al mismo tiempo que la baja de la inflación.” (Ibid.)

En esas relaciones planteadas entre la situación económica y la transformación cultural también se iba a destacar la iniciativa de aumentar las tarifas, que Macri dictaminaría como un asunto central de la “batalla cultural”. La

cual se reconocía como muy difícil de ganar, ya que llevaría demasiado tiempo “que la población adulta de la Argentina comprenda, por ejemplo, que no es viable un país cuyos habitantes no pagan por la energía y el transporte lo que valen” (Ibid.). Lo que el periodista asocia, y explicitando alguna de las representaciones sociales de muchos de los votantes del PRO, con que existirían generaciones de “argentinos que no saben lo que significa trabajar, en vez de recibir la limosna de los planes sociales. Que no se puede borrar de la noche a la mañana la cultura de la violencia, la mentira y el igualismo” (Ibid.). Propositiones que se corresponden con lo antedicho en el primer subcapítulo, sobre que el propósito de instalar la noción de “una grieta” conllevaría una simplificación “que divide al mundo en trabajadores y vagos, honestos y corruptos, normales y anormales” (Plut, 3/10/19, *Pagina12.com.ar*). Simplificación que en este caso se muestra asociando la otorgación de planes sociales con la vagancia, desconociendo que muchos de quienes los reciben trabajan de manera informal cobrando un sueldo muy bajo, y aún más infundada resulta la asociación entre dichos planes de ayuda social con la denominada “cultura de la violencia”. Denominación que a su vez se dispone ligándola con la lexicalización de “igualismo”, ¿con la que se refería a la igualación económica entre clases sociales?, lo cual implicaría que dicha igualación sería culturalmente equiparable con la violencia.

En el artículo se manifiesta insistentemente la premisa de que la ineficacia del macrismo en política económica se debería al retraso cultural de parte de la sociedad, como en la siguiente afirmación: “Él, que tenía previsto pasar a la historia como el primer presidente del siglo XXI, ahora ve que una buena parte de la sociedad todavía no pudo salir del siglo XX” (Majul, 29/9/16, *Lanacion.com.ar*). Retraso que habría sido heredado de “los 12 años ininterrumpidos de kirchnerismo (...) determinantes para convalidar el estancamiento y generar un atraso en la educación y la cultura” (Ibid.). Aunque sobre lo específicamente educativo no se aporta ningún dato estadístico, y resulta contrastable con que desde el kirchnerismo se jacten en haber sido los gobiernos que más invirtieron en educación desde la época de Perón. Y sobre el retraso cultural en general, que explicaría la imposibilidad de mejoramiento de la situación económica porque se manifestaría en la forma de vida de los argentinos que presuntamente no sabrían “lo que significa trabajar en vez de recibir limosna”, puede contraponerse que durante el primer gobierno kirchnerista a comienzos del siglo XXI se redujo la desocupación. Por lo que en el artículo se revelarían premisas y presuposiciones prejuiciosas monitorizadas ideológicamente, atribuyendo inferioridad (moral y cultural) a un sector de la otredad, lo cual es característico de la operación discursiva de la “falacia ideológica” (Cfr. Van Dijk 2005). A su vez se manifiesta como en temas especialmente controvertidos ideológicamente, como las problemáticas socioeconómicas, las relaciones de coherencia discursiva pueden resultar particularmente afectadas (Cfr. Van Dijk 2008).

En los artículos que se vienen tratando la noción del “batallar cultural” se fue haciendo inherente a una transformación, un cambio cultural. Ya que el “batallar cultural” connotaría la intencionalidad de producir transformaciones, cambios, ¿pero también destrucciones? E inversamente el cambio, o transformación cultural, no se corresponden necesariamente con la noción de “batalla”, aunque los conceptos tienden a mostrarse interrelacionados discursivamente en el contexto de “la grieta”.

Sobre la denominación de “cambio cultural” es oportuno destacar que también fue implementada por Macri en distintas oportunidades, como por ejemplo puede observarse en el siguiente titular: “Mauricio Macri respaldó a Patricia Bullrich y pidió ‘un cambio cultural’ sobre las fuerzas de seguridad” (Ortelli, 28/11/17, *Clarín.com*). Dicha declaración se produjo en medio de la polémica por un operativo en el sur de Argentina, en que fue matado con un tiro en la espalda Rafael Nahuel, un joven de la comunidad Mapuche, en medio de la represión de las fuerzas de seguridad. Lo que generó muchas críticas de organizaciones de Derechos Humanos a las fuerzas represivas, a las que el Gobierno respaldó contundentemente, incluso Macri declaró, por ejemplo, que su gabinete no iba a ceder “ante la presión de algunos sectores de derechos humanos” (Ibid.). En su justificación del accionar de las fuerzas represivas en el operativo Macri también declaró que: **“Hay que volver a la época en la que dar la voz de alto significaba que había que entregarse”** -el resaltado es de la edición- (Ibid.), ¿lo cual pretendía justificar que a R. Nahuel le hayan disparado por la espalda? Sobre lo que hay que considerar que, aunque los aparatos represivos del Estado actúen primordialmente con la violencia física, en ellos también incide lo ideológico (Cfr. Althusser 2003), como también existe represión (aunque fuese simbólica) en los aparatos ideológicos del Estado (Ibid.).

En la discursividad de Macri pueden encontrarse otros ejemplos del uso de la noción de “cambio cultural”, ya que incluso fue parte del lenguaje proselitista de la campaña del 2015, con la intencionalidad de acentuar el contraste diferencial con el Frente para la Victoria. Como se puede observar en una de las enunciaciones resonantes que manifestó él por entonces candidato a presidente: “Ellos van por la coherencia de la continuidad, nosotros proponemos un cambio cultural” (18/06/15, *Lanacion.com.ar*). Un tiempo después de esas declaraciones, cuando Macri ya estaba ejerciendo la presidencia, se interrogó tituladoramente una nota: “¿Qué sería hoy un ‘cambio cultural’ en el país?” (San Martín, 02/10/16, Ibid.). En cuya entradilla se remarcaba que: “Fue una consigna de campaña, pero sobrevivió al choque de realidad de casi diez meses de gestión: ‘Esto no es un cambio de modelo, sino un cambio cultural’. Lo repite el presidente Mauricio Macri” (Ibid.). Seguidamente también se menciona la interpretación de la consigna por parte de un funcionario del gobierno, la de “el ministro de Educación, Esteban Bullrich, cuando habla de poner en marcha ‘una nueva Campaña del Desierto’” (Ibid.); campaña que por cierto fue bélica, por lo que la noción de “cambio” seguía aproximándose a la de “batalla”. En esa búsqueda de cambiar culturalmente se destacarían (según el ministro): “‘recuperar la cultura del esfuerzo’ como incentivar la ‘innovación’ y la ‘productividad’; volver a ser ‘un país normal’, el rechazo a la ‘viveza criolla’” (Ibid.). En lo cual resuena lo antedicho sobre “la transformación cultural de un país desquiciado a otro normal” (Majul, 29/9/16, Ibid.), y la supuesta anormalidad de muchos argentinos que no sabrían “lo que significa trabajar y viven de la limosna” (Ibid.), como también se menciona a la “viveza criolla”, a la que Macri se refirió con relación a la polémica frase: “Nunca más la corrupción”.

En la nota basada en el interrogante sobre la posibilidad del cambio cultural (San Martín, 02/10/16, Ibid.) también se consultó a distintos analistas, partiendo de que en el “significante vacío que puede ser el ‘cambio cultural’, distintas miradas encuentran distintos contenidos” (Ibid.). La mirada de por ejemplo el historiador H. Tarcus, era que la consigna expresaba “la voluntad de ciertos ideólogos del discurso presidencial de revertir

definitivamente la cultura populista argentina (...) tratando de sintonizar con un electorado (...) más consumista e individualista” (Ibid.). Por lo que más “que promover un ‘cambio cultural’, se trata para el gobierno de detectar por dónde pasan ciertas mutaciones culturales, comunicacionales” (Ibid.), lo que podría reformularse definiendo a la lexicalización como parte de un dispositivo de comunicación política. Otro análisis era el de M. Böhmer, quien encontraba en el macrismo a “un ‘articulador’ de mutaciones que están en proceso” (Ibid.), y de quien también se cita lo siguiente: “cuando hoy se dice cambio cultural se dice articular eso en lo que todos estábamos de acuerdo: una democracia con derechos para todos” (Ibid.). Sobre lo cual el consultado también se interrogó y auto respondió: “¿Qué es hoy ser un ciudadano con pleno respeto a sus derechos humanos? Hay democracias con más acento en los derechos y otras con más acento en la deliberación” (Ibid.). La disociación entre los derechos y la deliberación, ¿se interrelacionaría con la discursividad del PRO tan crítica hacia algunas organizaciones de Derechos Humanos, en que se enfocaba y reinterpretaba a la historia reciente en contraposición al discurso kirchnerista? Cuestión que en el texto también se plantearía, cuando se reconoce que tanto en “la superficie y en el fondo del discurso de Cambiemos está la voluntad de trazar una línea divisoria con respecto al kirchnerismo. Pero en esta competencia por imponer versiones de una historia colectiva, quizás no sean tan distintos” (Ibid.). Lo cual introduce a la opinión concordante brindada por la politóloga M. E. Casullo, para quien “ni el mito K ni el mito macrista son completamente nuevos. Se enmarcan en los dos grandes mitos que compiten en la historia argentina del siglo XX: el nacional popular y el liberal cosmopolita” (Ibid.). La consultada continuó delineando el antagonismo ya que, si el “kirchnerismo tuvo su batalla cultural basada en la primacía de lo colectivo, de las clases populares (...) una lucha nacional contra un sistema de dominación internacional” (Ibid.), por su parte, el “mito de Cambiemos (...) se apoya en reforzar la primacía del mercado y los valores individuales, y en pensar el orden global de una manera diferente” (Ibid.). En la nota también se expone alguna interpretación kirchnerista sobre el significado de un cambio cultural, como la del senador del Frente para la Victoria J. M. Abal Medina, quien enunció: “Un cambio sería salir de la lógica maniqueísta (...) una lógica binaria y premoderna de concebir la política, que es muy nociva” (Ibid.). Lógica binaria que precisamente le endilgaban al kirchnerismo, como una base de su comunicación política que tendría la supuesta intencionalidad de producir “la grieta”. Sobre la cual la autora de la nota plantea: “Debajo de la ‘grieta’ probablemente existan otras cuestiones que suturar si se piensa en cambios de fondo” (Ibid.). Y se cierra el texto con la afirmación de que “el gobierno de Macri (...) tiene por delante su propia batalla cultural” (Ibid.). Ejemplificando nuevamente como los conceptos (de cambio y batalla cultural) tienden a mostrarse interrelacionados discursivamente en el contexto de “la grieta”.

De todas formas, en los artículos expuestos al comienzo del apartado también se implicaba a un “cambio cultural” que supuestamente iba a consistir en la terminación, o superación de la “batalla cultural” (tras las elecciones del 2015), superación que se vinculaba con la matización, o superación, de “la grieta” (27/10/15, *Clarín.com*; Sáñez, 13/12/15, *Lanacion.com.ar*). Perspectiva que también resulta comparable con la contenida en un artículo que trataré a continuación.

El artículo anunciado se tituló: “Un plan del Gobierno para sanar la grieta” (Di Marco, 14/09/17, *Lanacion.com.ar*), en su bajada se afirmaba que: “Si el respaldo electoral se consolida, la idea del oficialismo es promover un cambio cultural que propicie espacios de ‘desacuerdos productivos’”. El resultado que iba considerarse como un respaldo para el oficialismo de entonces era superar en las elecciones legislativas a la candidata a senadora Cristina Fernández de Kirchner. Por “entre tres o cinco puntos. Si ese resultado ocurriera, un polo de la grieta perdería potencia y el escenario político argentino giraría de nuevo” (Ibid.). Posible resultado electoral que se definía como un “cambio cultural y político -una Cristina derrotada, por primera vez, en las urnas-” (Ibid.). Era en ese esperado escenario que un sector del Gobierno, representado por el ministro de Cultura Pablo Avelluto, estudiaba “la puesta en marcha de un programa de ‘despolarización’. Una suerte de desintoxicación para sanar la grieta” (Ibid.). Por lo que se retoma la significación global de “la grieta” como “sanable”, la cual implica la atribución de una cualidad enfermiza, ¿que se asocia con la toxicomanía, según el sugerente término de la última oración de la cita?, de ser así se estaría connotando al “vicio”, y por lo tanto al “goce”, que podría conjeturarse como ideológico. Esa sanación del nuevo programa estratégico supuestamente también iba a consistir en “sanar el miedo, un componente crucial en la lógica de la polaridad” (Ibid.). Lo cual puede repensarse considerando que la superación de la “lógica de la diferencia” también se teorizó desde la perspectiva de superar “miedos y angustias comprendidos como emociones culturales” (Robins 2003: 142), relacionados con el reconocimiento de la identidad propia y diferente del otro (Ibid.: 142/143), al “margen de cualquier relación específica” (Groosberg 2003: 159).

Sobre la polarización también se consultó en el artículo al que se definió como el “segundo hombre fuerte del Gobierno” (Di Marco, 14/09/17, *Lanacion.com.ar*), es decir, el jefe de Gabinete Marcos Peña, cuyas palabras fueron: “No se trata de ser los más antikirchneristas, sino de gobernar bien” (Ibid.). Si lo respectivo al “ser” podría connotar cuestiones identitarias, la autora además sostiene que: “Asumir una identidad – ‘soy K’ o ‘anti-K’ - presupone aceptar dogmas (...) El problema de los dogmas es que estrechan el pensamiento y, a la larga, terminan falseando la verdad” (Ibid.). Dicha afirmación, que plantea como una premisa del agrietamiento a un dogmatismo cohesivo en las identidades políticas, podría repensarse desde la perspectiva de la absolutización de la política (Cfr. Pizzorno 1994; Giménez 2008), lo cual se retomará más adelante. Con respecto a lo antinómico la autora también se preguntaba: “¿Qué sería, entonces, sanar la polaridad? Se trata de generar espacios de ‘desacuerdo productivo’. O de conversación despolarizada” (Di Marco, 14/09/17, *Lanacion.com.ar*). Polarización sobre la que se añade que “tal como se da en la grieta, es profundamente emocional” (Ibid.), proposición que es fundamentada en un apotegma del intelectual e ideólogo macrista Durán Barba: “Primero soy emocionalmente de izquierda o de derecha y después me entero de qué tengo que leer para revestir esas emociones primarias con razonamientos” (Ibid.). Emocionalidades que dificultaban la despolarización y cuyas manifestaciones se ejemplifican con situaciones de la comunicación digital, ya que:

“Acercarse a esa meta es difícil en tiempos de redes sociales, donde la guerrilla cibernética transforma el territorio tuitero en un aula sin profesor invadida por un bullying impiadoso. En twitter, los universos no se tocan y, cuando lo hacen, es para acuchillarse verbalmente.” (Ibid.)

Lo cual también puede ejemplificar como las pasiones ideológicas, y cuando sus expresiones cargan violencia discursiva, encuentran un modo de expresión particular en las nuevas formas de comunicación. Ya que por su aceleración potencializan la emocionalización, impulsividad, en detrimento de la racionalidad, que podría requerir un detenimiento (Cfr. Han 2014), y es también por lo que se las estudiado como un campo aprovechable por la denominada psicopolítica digital (Ibid.). Si a la agresividad discursiva se la vinculaba en la cita con la lexicalización de “guerrillas cibernéticas”, sería plausible creer que se estaba aludiendo a las diversas grupalidades confrontadas y no a una especialmente, pero si se analizan otros tramos del texto, y se considera el contexto de la comunicación, puede hacerse otra interpretación. Enfocando por ejemplo a la siguiente pregunta iniciadora de un breve párrafo, que a su vez se cierra con la respectiva respuesta: “¿Resolver la grieta es uniformar el pensamiento? (...) La creencia de que Macri es la dictadura, cocinada en el caldo del resentimiento político K, se explica a partir de esta fuga de la realidad” (Di Marco, 14/09/17, *Lanacion.com.ar*). Pero resulta más significativa una de las proposiciones sobre el programa que supuestamente habría tenido la intencionalidad de “sanar la grieta”, es decir, el que se llevaría a cabo tras obtener el resultado electoral favorable, que es la siguiente: “después de octubre, con una autoestima política más elevada, el Gobierno también trabaja en lo que, por ahora, despunta como una idea (...) nadie detenta el monopolio de los derechos humanos, que simbólicamente parecen estar en manos del kirchnerismo” (Ibid.). Sobre lo que hay que tener en cuenta, por ejemplo, que la exposición del cartel con la polémica frase sobre “el curro de los derechos humanos” fue en el Día de la Memoria del año en que se publicó el artículo, es decir, algunos meses antes. ¿Pero por qué se suponía que la reproducción de una discursividad que ya estaba siendo producida ayudaría, a partir de ese entonces, a “sanar la grieta”? ¿Por qué (como ya se expuso) “un polo de la grieta perdería potencia y el escenario político argentino giraría”? Para responderse asimismo habría que considerar la siguiente definición de “la grieta (...) Una herida que el Gobierno también se ha encargado de ensanchar y que le ha traído más satisfacciones que disgustos” (Ibid.). Por lo tanto, ¿existe contradicción e incoherencia entre las relevantes significaciones de la titulación y subtitulación con la implicancia de que la discursividad del PRO sobre los Derechos Humanos ayudaría a sanar “la grieta”? ¿O se entendería por “sanar la grieta” el que esta resultase productiva, aprovechable, sólo para un polo político, el oficialismo que por entonces tenía posibilidades de ganar aquellas elecciones? De ser afirmativa la respuesta a la segunda pregunta, no habría contradicción incoherente entre esas proposiciones, sino que se demostraría como la coherencia discursiva es relativa, e intersubjetiva, en sus condicionamientos ideológicos (Cfr. Van Dijk 2008).

Antes de pasar a la siguiente sección, y continuar estudiando la noción de “batalla cultural”, resulta interesante abordar un artículo que, como el anterior, se enfocó en las elecciones legislativas del 2017, titulado: “La grieta tiene aún mucho para dar” (Rodríguez Yebra, 17/09/17, *Lanacion.com.ar*). Desde la entradilla se comienza a enfatizar en la significación tituladora al implementar una metáfora popular: “La grieta es una naranja que da mucho jugo. El gobierno de Mauricio Macri la exprime y la exprime, extasiado con sus resultados. El kirchnerismo -al fin descubridor del prodigio- se empeña en seguirle el ritmo” (Ibid.). El “éxtasis” al que se alude puede redefinirse como goce político del gobierno por la explotación de *la grieta*, que a su vez se describe como “prodigiosa”. Aunque

entendiéndose que el agrietamiento a ambos polos “les facilita el trabajo en un país de trincheras ideológicas que sacrifica la reflexión y el sentido común. El fanatismo tanto disimula errores de gobierno como banaliza el latrocinio de Estado” (Ibid.), es decir que en la última oración se vincula, como es tan habitual en ese contexto comunicacional, a la corrupción con el kirchnerismo. Pero se asumía que la polarización podía ser más ventajosa para el oficialismo en las elecciones legislativas, sosteniéndose que “La prioridad ahora es derrotar a Cristina Kirchner, aprovechar hasta la última gota de resentimiento contra ella, apostar a su calvario judicial, disfrutar del beneficio de tenerla como contracara” (Ibid.). Proposición en que por su lexicalización también se destaca el énfasis en lo emocional y afectivo, puede leerse “calvario”, “disfrute”, “provecho”, y “(gota de) resentimiento”, resultandos asociables los últimos con la metaforización de *la grieta* con “una naranja que da mucho jugo”. En esas enfatizaciones se proyectaría afectividad ideologizada del articulista, y considerando al contexto comunicacional: ¿no se manifiesta admiración ante la denominada “prodigiosa grieta”? Y de un modo parecido al artículo anterior se proponen a las elecciones legislativas como la situación en que, la estrategia de aprovecharse de *la grieta* tendría que repensarse, proponiéndose que “Después de octubre, sí, habrá que pensar en la promesa de unir a los argentinos que tanto repitió en la campaña en 2015” (Ibid.). Promesa sobre concluir con “la grieta” que repitió Macri, sobre la que se propone que hubiera debido repensarse, y si también fue repensada al acercarse las elecciones presidenciales del 2019, ¿no lo fue desde la perspectiva de que para afrontarlas iba a continuar favoreciéndoles la disposición estratégica de *la grieta*?

IV.c.3) La actitud y estrategia que fue implementando el macrismo rumbo a las elecciones presidenciales del 2019 pueden encontrarse anunciadas en una nota que se tituló: “Cambiemos se prepara para dar una ‘batalla cultural’” (11/10/18, *Lanacion.com.ar*). La misma se basó en un encuentro político que tuvo como consigna: “Argentina, cambio cultural” (Ibid.), difundido “vía Twitter, con el hashtag #CambioCultural” (Ibid.), y al que acudieron los dirigentes de las tres fuerzas de la coalición oficialista de Cambiemos (el PRO, la Unión Cívica radical, y la Coalición Cívica). Al apronte significado en la titulación de la nota puede interpretárselo como una intensificación de lo que ya se había fomentado, por el acercamiento hacia una situación decisiva, como la situación electoral que se iba aproximando. Aproximación a la que se iba apuntando en interrogantes de la entrada: “¿Qué tiene para ofrecer Cambiemos si, como se prevé, el gobierno de Mauricio Macri no logra buenos resultados económicos para mostrar al final de su mandato? ¿Cuál es la identidad de la fuerza y el cambio cultural que propone?” (Ibid.). Lo formulado en el segundo interrogante de la cita puede interpretarse como una posible respuesta y replanteamiento del interrogante anterior, contigüidad en la que estaría implicándose que la alternativa de Cambiemos ante la escasez de resultados socioeconómicos de su gestión, habría sido el encauzamiento hacia la cuestión identitaria, vinculada con acentuar la orientación del lenguaje político hacia lo cultural (Cfr. Hall 2010), y desde la perspectiva del “cambio”, que se enlaza con la significación global anunciadora de la “batalla”. Ese tipo de lenguaje político también se destaca en la nota citándose a uno de los asistentes al encuentro: “‘El Presidente viene hablando del cambio cultural y la idea era parar y reflexionar más allá de los temas de coyuntura’, contó Avelluto” (11/10/18, *Lanacion.com.ar*). Quien entonces ocupaba el cargo de secretario de Cultura, ya que el ministerio que conducía se convirtió en secretariado, como otros (por ejemplo,

el de Salud, o el de Trabajo). Dicho secretario también pronunció que: “El objetivo era pensarnos a nosotros mismos en Cambiemos (...) para reforzar la identidad del espacio” (Ibid.). Entre otros de los principales asistentes al encuentro estaban los ideólogos Alejandro Rozitchner y Jaime Durán Barba, este último “Habló de los cambios que están experimentando las sociedades, del protagonismo de las mujeres y de cómo la política está obligada a adaptarse a esos cambios” (Ibid.). Ya que la cuestión del género se planteó como uno de los principales asuntos sobre los que al parecer iba a pronunciarse el cambio en la “batalla cultural”, para la que Cambiemos se preparaba. Porque se la incluye entre los principales “temas de la agenda social, a los que Cambiemos debía dar una respuesta desde la política, como la transparencia, el protagonismo de la juventud y las reivindicaciones de género” (Ibid.). Sobre los dos últimos temas es oportuno continuar explayando un poco, y al primero (la transparencia, como sinónimo de honradez y anticorrupción) lo retomaré en la próxima sección.

Con respecto a la búsqueda de protagonismo de la juventud, vale destacar que era algo que en el PRO se venía desarrollando desde antes, como se observa en una nota titulada: “La juventud macrista busca ser la contracara de La Cámpora y activa la campaña electoral en las villas” (Obarrio, 09/06/17, Ibid.). Dicha campaña era para elecciones legislativas, y la juventud macrista se dedicó a intensificar una serie de actividades, que se definían con el objetivo de “penetrar de lleno en los sectores de más bajos recursos, donde est  el voto duro del peronismo” (Ibid.). Por lo que se trataba de una estrategia de territorialización con varias aristas, ya que para el oficialismo consistía en tratar de “penetrar el conurbano profundo (...) revertir la idea de que es un ‘gobierno para ricos’ y mejorar la escasa inserción que Cambiemos tiene en los jóvenes” (Ibid.). La estrategia para mejorar esa escasa inserción en la juventud se basaba principalmente en presentarse como la contracara de La Cámpora, organización caracterizada por lo juvenil y por sus actividades en zonas de bajos recursos. Organización sobre la que el entonces subsecretario de Juventud macrista P. Robledo declaró: “Queremos demostrar que La Cámpora se llenaba la boca hablando de justicia social y coparon el Estado para llenarse los bolsillos. Nosotros queremos ser todo lo contrario” (Ibid.). Así que se reitera la crítica antikirchnerista en la cual se sostiene que la discursividad ideológica del “otro grupo” encubrir  meros intereses materiales, egoístas, individualistas, de lucro. Sobre la rivalidad también se afirma en la nota que: “Los agentes y los referentes usan pecheras celestes que dicen ‘Acá Estamos’, al estilo La Cámpora, pero buscan ser la contracara exacta de la agrupación de jóvenes kirchneristas” (Ibid.). Lo cual denotaba como la “identidad política grupal” se forjaba desde la “lógica diferencial ideológica”, y a través de la “competición intergrupal y el conflicto” (Van Dijk 2008: 211). Pero también, y desde lo antedicho sobre tratar de revertir la identificación del macrismo con “los ricos”, se puede interpretar a un intento de negar, y reconstruir, la imposición discursiva y estereotipadora de la imagen proyectada desde el Otro (Cfr. Jameson 1998). Entonces, si posteriormente iba a plantearse al protagonismo juvenil como un tema de agenda social en la preparación de Cambiemos para dar una “batalla cultural” (11/10/18, *Lanacion.com.ar*), es deducible que haya pretendido basarse en la polarización con el protagonismo juvenil kirchnerista.

Otra temática que se delineaba como axial en la preparación del macrismo para “batallar culturalmente” era la problemática de género (Ibid.). Uno de los discursos en que Macri asoció la cuestión genérica con el cambio cultural se contiene en una nota titulada: “Mauricio Macri: ‘Argentina necesita de un cambio cultural para erradicar la violencia contra las mujeres para siempre’” (21/03/19, *Infobae.com*). El discurso lo pronunció en un acto en que se presentaba oficialmente la inserción del Estado en un “programa de Naciones Unidas y la Unión Europea para promover en la Argentina planes de prevención y contención destinado a terminar con la violencia de género” (Ibid.). Por lo que el programa se elaboró con el objetivo de incrementar los esfuerzos para “alcanzar la igualdad de género y el empoderamiento de la mujer” (Ibid.). Lo cual resulta interesante para repensar desde lo ya citado a J. Durán Barba, de la nota tratada al inicio del apartado (11/10/18, *Lanacion.com.ar*), sobre que en la política debe aceptarse el protagonismo de las mujeres. Lo que Macri había tenido en cuenta desde antes del 2015, al designar en su fórmula a Gabriela Michetti como candidata a vicepresidenta, y a María E. Vidal como candidata a gobernadora de la provincia de Buenos Aires. Y en la nota también se destaca, al comienzo, que con el “tono aguerrido que viene enarbolando desde hace unas semanas, **Mauricio Macri** expresó hoy que **‘Argentina necesita de un cambio cultural para erradicar la violencia contra la mujer para siempre’** (...) en el Centro Cultural Kirchner donde se lanzó la iniciativa” -el resaltado es de la edición- (21/03/19, *Infobae.com*). Sobre lo cual es importante considerar que, los sectores mediáticos identificados con el kirchnerismo muchas veces han definido explícitamente a las diatribas contra Cristina Fernández de Kirchner como expresión de “violencia de género”, o machismo (lo que trataré específicamente en el próximo subcapítulo). ¿Lo cual se relacionaría con que se haya elegido el Centro Cultural Kirchner para que Macri pronuncie ese discurso?, cuando se gestaba la campaña para las elecciones presidenciales del 2019, a las que se presuponía que C. Fernández de Kirchner iba a presentarse como candidata a presidenta. E incluso, ¿no se habría agendado a la problemática de género como un tema clave de la “batalla cultural” para contrarrestar, negar, e intentar reconstruir, la discursividad kirchnerista que imponía y definía la representación estereotipadora de un macrismo violento y machista?

En la nota basada en el apuramiento del macrismo para dar una “batalla cultural” (11/10/18, *Lanacion.com.ar*), se comenzaba planteando la pregunta sobre que tendría para ofrecer Cambiemos ante la escasez de resultados económicos de su gestión, cuya respuesta involucraba la acentuación de la cuestión identitaria, intensificando la orientación del lenguaje político hacia lo cultural (Cfr. Hall 2010). Lo cual puede encontrarse replanteado en el siguiente titular, conformado por una frase (que se volvería slogan de campaña) enunciada por el jefe de Gabinete del PRO: “Marcos Peña, sobre las elecciones: ‘Más que una batalla por el bolsillo, va a ser una batalla por el alma de la Argentina’” (08/04/19, *Infobae.com*). En la entrevista el jefe de Gabinete añadió, sobre su interpretación de la situación política, que “Hay una gran idea de no volver al pasado. Si continuamos transformando y haciendo las cosas por la que la gente nos votó en el 2015, vamos a tener un nuevo éxito electoral” (Ibid.). Si esta última cita se asocia con la consigna que conforma el título, se implicaría la presuposición de M. Peña de que los votantes del PRO en el 2015 no habrían decidido su voto con la

expectativa de que podrían mejorar sus problemas económicos, como la inflación. Ya que la frase tituladora es explícita al señalar lo que iba a ser más relevante en la estrategia oficialista, es decir, apuntar a los “intereses simbólicos”, identitarios, de los votantes, con la pretensión de que resultasen más influyentes, favorecedores, y decisivos, que los “intereses materiales”, como ganancias, sueldos, impuestos, etc.⁴² (Cfr. Giménez 2008). En cierta consonancia con lo antedicho, el dirigente “reconoció la dificultad en materia económica pero ratificó el rumbo del gobierno” (08/04/19, *Infobae.com*). Sobre la disputa electoral también hizo la siguiente afirmación: “quedó claro que cuando la gente tuvo la opción de elegir algo diferente a la grieta de Macri y Cristina, lo hizo” (Ibid.). Pero resulta cuestionable la afirmación de que el electorado, teniendo opciones diferentes al macrismo y el kirchnerismo, no los haya elegido, y más aún si se considera como terminaron resultando las elecciones que se aproximaban. ¿Aunque el dicho de M. Peña pudo connotar la creencia de que el agrietamiento les iba a resultar estratégicamente conveniente?

La discursividad practicada por el jefe de Gabinete, en que prometía una “batalla por el alma”, fue denominada en la prensa como por ejemplo en el siguiente titular: “La metafísica de Marcos Peña” (González, 14/04/19, *Perfil.com*). En este artículo, cumple el rol de volanta lo escrito al pie de la foto que lo encabeza: “A falta de resultados económicos, apelará al PBI de lo simbólico” (Ibid.). Sobre lo que se va especificando al citar las palabras del funcionario, quien proponía “Poner el eje en el alma y no en el bolsillo. El alma es la construcción de una república, pelear por las libertades, la lucha contra la corrupción, contra el narcotráfico” (Ibid.). Pero ese estilo discursivo es asumido como una reacción ante la creciente ansiedad por las elecciones que se aproximaban: “La batalla por el alma del votante es el inesperado último recurso para ganar los comicios” (Ibid.). Sobre la preocupación que existía en el Gobierno también se afirmaba que: “Entre las autocríticas que se escuchan en el oficialismo, no está la de haber abonado la grieta, pero la aparición (...) de un sentimiento antigrieta en un sector de la sociedad, empieza a preocupar” (Ibid.). Entonces se suponía que disponer de *la grieta* les iba a resultar conveniente en su estrategia política, lo cual también explicaría el dicho de M. Peña expuesto en el párrafo anterior. Y retomando lo significado globalmente, se define a la apelación metafísica de Marcos Peña como:

“una misión trascendente: apelar al alma de la sociedad argentina para explicar que lo material puede resultar una cárcel de la que debe escapar. Lo material es esta realidad económica que acosa los bolsillos y condiciona el voto en las próximas elecciones (...) Como Platón, Peña interpreta que lo más importante del ser humano es su alma, que es independiente de la materia e incluso podría sobrevivir tras su muerte. Y les explica a sus discípulos que en esta batalla electoral deberán conquistar el alma de la sociedad, porque la conquista de sus bolsillos será casi imposible. La metafísica es el último e inesperado recurso para retener la Presidencia de la Nación. Alma PRO y fantasía...” (Ibid.)

⁴² Al respecto, en ese contexto preelectoral, se popularizó una frase: “Prefiero estar peor con Macri que mejor con Cristina” (Aliverti, 18/02/19, *Pagina12.com.ar*), aludiéndose al empeoramiento de la situación económica, decisión electoral entonces que podría explicarse desde el paradigma identitario, y no por la “teoría realista de los intereses” de la cultura política (Cfr. Giménez 2008). Pero en la misma situación preelectoral también surgió otra frase: “Amo a la chorra” (Van Der Kooy, 09/06/19, *Clarín.com*), la cual habría sido propia del tipo de elector que, a pesar de tener esa representación de la expresidenta, y haber votado antes a Macri, la habría empezado a añorar por el declive de su situación económica, lo que de algún modo se podría comprender como una “valoración extra ética” (Cfr. Weber 2001), desde la subjetividad de ese elector.

En el tramo citado se acentuaría una tonalidad irónica, que reorienta la significación global, en que se señalaba la relevancia de la perspectiva metafísica, sobre el alma. Perspectiva que viabiliza pensar al discurso de M. Peña como ejemplo de absolutización de la política (Cfr. Pizzorno 1994; Giménez 2008), en la que los discursos políticos exceden la racionalidad, adoptando categorías secularizadas, tipo de discurso que puede aprovecharse para definir y redefinir identidades, enemigos, causas, y acciones sociales (Cfr. Giménez 2008). Absolutización que revelaría la interrelación de lo simbólico con lo imaginario e irracional en las “significaciones imaginarias ideológicas”, pero sin desconsiderar en ellas al desenvolvimiento dialógico entre lo irracional y racional.

Entonces pueden considerarse a algunas de las propuestas racionales del plan “de Peña y su equipo (...) estrategia que hará hincapié en los éxitos no económicos del macrismo” (González, 14/04/19, *Perfil.com*). Entre los que estarían, por ejemplo: “la mejora de la cultura democrática, incluyendo ítems como la independencia del Indec” (Ibid.), o también “la recuperación del vínculo con el mundo y el liderazgo antichavista” (Ibid.). Respecto a la vinculación con el mundo, la forma en que se la interprete estaría condicionada ideológicamente, ya que desde la oposición se le achacó al macrismo el regreso a la negociación prestamista con el FMI, o el debilitamiento de los vínculos con el Mercosur, cuyos principales impulsores fueron Kirchner y Chávez. Y sobre la mejora de la cultura democrática (sin considerar aquí lo ya expuesto sobre esa desvalorización implicada en las equiparaciones con la dictadura), puede asumirse que la alternación de partidos políticos en el poder puede servir para fortalecerla, desarrollarla, aun tratándose de una cultura política democrática en que se desenvuelvan protagónicamente dos movimientos que se disputan por hegemonizar. Esa mejora de la cultura democrática se había vinculado con la independencia del Indec (Instituto Nacional de Estadísticas), el cual fue comprobadamente manipulado por el kirchnerismo, incluso hasta de un modo irracional, lo cual pudo haber sido la más evidente confusión de su comunicación política. Confusión en que se entreveraba la “fantasía ideológica” (Cfr. Žižek 2003), porque, aunque aquel gobierno haya pensado que comunicacionalmente la alteración de datos estadísticos podía serles funcional, esa comunicación se habría basado en parte en aprovechar de forma psicopolítica a la “ilusión grupal” (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986), más precisamente a la “ilusión (o fantasía) ideológica” de los partidarios. A su vez esa “ilusión ideológica grupal” tendría componentes míticos, porque la significación de lo fantaseado se entamaría con los logros fundacionales del peronismo, de la justicia social, la reducción de la pobreza, etc.; origen mitificado del que también se nutre el componente utópico, ilusorio (Ibid.). Ilusión grupal que también pudo manifestar “omnipotencia surgida de impotencia” (Ibid.: 43), frustración ante no poder reducir la pobreza tanto como se deseaba, y que habría influido en esa confusión estratégica de “comunicación psicopolítica”, de creer que formar un relato basado en datos estadísticos falseados podría serles realmente funcional. Lo cual también puede servir de ejemplo de que tanto la “fantasía ideológica” (con su goce irracional) como la “ilusión grupal” no solo conformarían poderes estructurantes, sino que también podrían tender a desestructurar disfuncionalmente.

Retomando ahora la cuestión del léxico metafísico implementado por aquel jefe de Gabinete del Gobierno de Macri, es importante exponer que no fue practicado únicamente por él, como puede observarse en el siguiente titular: “El mensaje del Gobierno tras la reunión de Gabinete ampliado: ‘Vamos por los votos, el alma y el

corazón de los argentinos” (15/08/19, *Clarín.com*). En la entradilla de esa nota se especificaba que: “Los ministros de Seguridad y Educación de la Nación, Patricia Bullrich y Alejandro Finocchiaro, aseguraron que van ‘por los votos, el alma y el corazón de los argentinos’ en las elecciones generales” (Ibid.). En dicha frase, que se volvería un slogan de campaña, se adhiere al significante “alma” la también polisémica palabra “corazón”, denotando el énfasis que se iba a poner en los componentes afectivos del electorado. Discursividad que iba a mantener la tonalidad combativa, como al declarar la ministra de Seguridad que para “dar la batalla electoral (...) **vamos por los votos, el alma y el corazón** de los argentinos que creen en las mismas ideas” -el resaltado es de la edición- (Ibid.). Ese ideario al que se iba apelar se compondría, por ejemplo, por “la libertad, el desarrollo y la capacidad de generar una Argentina que sea capaz de ponerse en frente de un tipo de poder que siempre ha gobernado a Argentina” (Ibid.), tipo de poder que aludiría al peronismo, y habiendo implicado que este sería contrario a “la libertad”. Quien también habría aludido a la historia del peronismo, con la misma lexicalización, fue el mismo Macri, cuando declaró por ejemplo en una entrevista que su intención era “cambiar el alma al país, ochenta años no se resuelven en tres. Mi mayor adversario es el escepticismo” (23/04/19, *Políticargentina.com*). Aunque también aseveró que durante su mandato se habría estado “cambiando el alma de la Argentina” (Ibid.), lo que se puede reinterpretar como que, según él, se estaba transformando la “cultura e identidad nacional”.

La intencionalidad del por entonces presidente, de articular la noción de “cambio cultural” con emblemas de la “identidad nacional”, se hizo algo constante durante la campaña para las elecciones presidenciales del 2019. Como podrá observarse en el contenido de una nota titulada: “Mauricio Macri, en clave electoral: ‘Lo que está en juego es en qué Argentina y con qué valores queremos vivir’” (16/09/19, *Clarín.com*). La nota se refiere a la presentación de la puesta en funciones de una comisión que tenía el objetivo de que se declare, por la UNESCO, a las Rutas Sanmartinianas como Patrimonio de la Humanidad. Con respecto al prócer Libertador, Macri mencionó en aquella ocasión: “Quizás no podamos imitar las hazañas de San Martín, pero sí sus valores, la visión, esa que nos muestra objetivos que parecen imposibles. El trabajo común, la perseverancia (...) Y la honradez” (Ibid.). Lo citado en la titulación de la nota se reitera extendiéndose con lo enunciado por el mandatario sobre la noción del cambio cultural: “Lo que está en juego es en qué Argentina y con qué valores queremos vivir. Por eso los invito a seguir encarnando este cambio cultural juntos” (Ibid.). También se memora en la nota que Macri “ya había apelado a los valores de los próceres y manifestado casi los mismos conceptos en el acto principal por los festejos del 9 de Julio de este año. Un mes antes de las PASO...” (Ibid.), es decir en el Día de la Independencia anterior a las elecciones primarias. Sobre aquel evento preelectoral se narra que él por entonces presidente también “destacó que la Argentina exige **el mismo ‘paso de grandeza’** de quienes declararon la independencia en 1816 (...) y afirmó que **‘ellos cambiaron el futuro, igual que nosotros’**” -el resaltado es de la edición- (Ibid.). Aunque el pronombre “nosotros”, desde lo expuesto en alguna de las citas y la significación tituladora, se condiciona a interpretarse en “clave electoral”, por lo que estaría representando al grupo político de Cambiemos, y no a los argentinos en general, lo que se hará más evidente si se compara ese discurso con el que se analizará subsiguientemente.

La comparación histórica entre los comienzos de la fundación nacional con la contienda electoral también puede observarse en una nota titulada: “Mauricio Macri: ‘¿Qué creen que pensaba San Martín al cruzar la Cordillera de los Andes? ¿No, no se puede?’” (06/10/19, *Ibid.*); la cual se publicó como se indica en la volanta: “A tres semanas para las elecciones”, las generales. La misma se basa en un repercutido discurso que Macri publicó en las redes sociales, del que se extrae lo enunciado en el título, y que en la subtitulación va contextualizándose: “El Presidente hizo esta comparación histórica para hablar de las chances de Juntos por el Cambio en las elecciones del 27 de octubre” (*Ibid.*). Por lo que se equiparaba a la contienda democrática con la “guerra de la Independencia”, implicando la supuesta existencia de un “enemigo”, que en la comparación sólo podría ser el rival kirchnerista. Lo cual guarda relación con que Macri también haya afirmado (en redes sociales) por esos meses que: “Ellos son los máximos enemigos del cambio” (07/08/19, *Eldestapeweb.com*). Lo cual en parte de la prensa se asumió por ejemplo como “un mensaje cuasi bélico” (07/8/19, *Infonews.com*), o también como “un violento mensaje a los opositores” (*Ibid.*). Y a dicho “enemigo”, por la equiparación histórica, también se lo representa implícitamente como un “no argentino”, de “otro país”, a través de un artificio extranjerizante (Cfr. Baudrillard & Guillaume 2000). Figura de la “extranjería artificial” que se ha pensado como una particular configuración posmoderna de alteridad, de relación diferencial con el otro, en que se produce “elipsis de la alteridad (...) eclipse del otro” (*Ibid.*: 23), del “otro ideológico” en este caso.

Retomando la última nota de *Clarín* (06/10/19) sobre el discurso de Macri, desde su entradilla se narraba que el mandatario “agradeció desde sus redes sociales el apoyo de los argentinos en las marchas del ‘Sí, se puede’, recordó la gesta del General San Martín y dijo que ‘la vamos a dar vuelta’, en relación a las elecciones”. Esa expresión popular, futbolera, sobre el “dar vuelta”, se convirtió en un slogan de campaña tras las elecciones primarias, en que la alianza de Cambiemos había sufrido una imponente derrota ante el “Frente de Todos” (obteniendo el 32% de los votos contra el 47%), aunque el slogan “Sí, se puede” era utilizado por el PRO desde el 2015. Ambos fueron los lemas de las marchas⁴³ que, con la pretensión de revertir el resultado de las elecciones primarias y conseguir forzar un ballottage, emprendió por gran parte del país el por entonces presidente Macri. Y en la nota se seguía enfatizando en la equiparación de la gesta sanmartiniana con las elecciones presidenciales: “En tono épico, y haciendo analogía con las elecciones, Macri enumeró ejemplos cotidianos y gestas históricas” (*Ibid.*). Así que se citaron otros tramos de lo declarado por el mandatario:

“Nuestros héroes y heroínas, en cualquier momento de la historia, fueron personas que, llenas de incertidumbre, avanzaron diciéndose a sí mismas ‘Sí, se puede’. **¿Qué creen que pensaba San Martín al cruzar la Cordillera de los Andes? ¿No, no se puede? o ¿Sí, sí se puede?**”.

En este sentido, sumó: “Todo aquel que enfrenta una dificultad de cualquier tipo sólo puede hacerlo diciéndose ‘Sí, puedo’. Es lo que hacen las personas convalecientes durante una rehabilitación...” -el resaltado es de la edición- (*Ibid.*)

En la última oración del fragmento se hace referencia a situaciones de convalecencia, que pueden asumirse también como “traumáticas”, y cuando faltaban tres semanas para los comicios en que se pretendía revertir el

⁴³ Lo cual puede encontrarse sintetizado, por ejemplo, en el siguiente titular: “Mauricio Macri, optimista con la primera semana del tour ‘Sí se puede’: ‘La vamos a dar vuelta’” (6/10/19, *Lanacion.com.ar*). Comienzo de la gira que el líder definió en aquella publicación de internet (titulada “El poder del sí”) como “una de las semanas más emocionantes de mi vida” (06/10/19, *Clarín.com*).

contundente resultado de las elecciones primarias. Por lo que dicha asociación pudo estar sobredeterminada por la reacción que tuvo Macri tras ese desfavorable resultado, por el cual se presentó sumamente consternado, impactado (lo cual retomaré en el próximo párrafo). Lo que guardaría relación con que desde la oposición se haya asemejado esa discursividad con la denominada de “autoayuda”, como por ejemplo en una nota titulada: “Macri mezcló a San Martín con el ‘Sí se puede’” (07/10/19, *Pagina12.com.ar*). En cuya volanta se destacaba la repercusión en parte de la sociedad: “Burlas y rechazo en las redes a la publicación del Presidente” (Ibid.). Aunque la nota comienza enfatizando en la acentuación derechista que fue cobrando la oratoria de Macri, por “pronunciarse nuevamente a favor del aborto (...) busca reforzar el voto duro de derecha (...) en los últimos días encabezó un homenaje a víctimas de la guerrilla y reflató el proyecto para bajar la edad de imputabilidad” (Ibid.). Sobre el discurso específico al que se apunta desde la titulación se describe que en el mismo “comparó su actividad proselitista con la campaña por la independencia del colonialismo de América Latina. Esto le valió una serie de bromas en Twitter” (Ibid.). En cuanto a las expresiones del líder político que trazaban difusos parangones entre, los héroes y heroínas de la independencia con convalecencias o “dificultades de cualquier tipo”, se sostiene que se trataría de “una transición entre el discurso de campaña y otro más vinculado a la autoayuda que suele aparecer en la narrativa PRO cada tanto” (Ibid.).

En esa ocasión ese tipo de narratividad fue manifestándose antes de las elecciones primarias, y se intensificó tras la contundente derrota del PRO en las mismas, situación electoral tras la que Macri, al otro día, se mostró impactado, angustiado, algo agresivo incluso, frustrado. Por lo que las declaraciones de Macri en la conferencia tras la derrota también fueron intensamente criticadas en la prensa opositora, lo cual puede apreciarse, por ejemplo, en el siguiente titular: “Macri dio un discurso para echar culpas y meter miedo” (Pertot, 13/08/19, Ibid.). En la subtitulación de esa nota se destacaba la relevancia de que tras la “amplia derrota (...) y en medio de la inestabilidad económica generada por su gobierno, el Presidente pidió una autocrítica del kirchnerismo...” (Ibid.). La cuestión de la responsabilización, o culpabilización al kirchnerismo, se reiteraba al describir el semblante del mandatario: “Con las cicatrices de la derrota todavía en la cara, Macri solo atinó a volver a culpar por todo al kirchnerismo ante cada pregunta, como quien se defiende al contragolpe” (Ibid.). Ese pedido de autocrítica al kirchnerismo, tras lo que había manifestado la ciudadanía con su voto, podría estar proyectando hacia la “alteridad ideológica” lo que rechazaría en sí mismo, lo cual se vincularía con pretender negar el resultado electoral. Lo que Macri manifestó explícitamente en otro tramo de ese discurso, ya que declaró: “Esta elección no sucedió” (12/08/19, *Perfil.com*). Aunque el mandatario terminó expresando arrepentimiento por su reacción tras las elecciones primarias, como se destaca en la siguiente titulación de la prensa oficialista: “Mauricio Macri pidió perdón por su reacción en la conferencia del lunes tras la derrota electoral” (14/08/19, *Clarín.com*). Reconociéndose en su subtítulo que “El Presidente había cargado contra los votantes que apoyaron al kirchnerismo...” (Ibid.). Las repercusiones de esa conferencia también conllevaron que a Macri lo tuviesen que excusar integrantes de su Gobierno, lo cual se menciona en una nota (ya tratada en esta sección) titulada: “El mensaje del Gobierno tras la reunión de Gabinete ampliado: ‘Vamos por los votos, el alma y el corazón de los argentinos’” (15/08/19, Ibid.). En la que como parte de lo relevante de la misma se señalaba en la bajada que: “Los ministros Patricia Bullrich y Alejandro Finocchiaro insistieron en que el enojo del Presidente tras su

derrota en las PASO ‘era consigo mismo, no con el votante’” (Ibid.); afirmaciones que denotaban la frustración que sentía el mandatario.

Entonces, la discursividad mistificada del PRO se fue intensificando tras la derrota en las elecciones primarias, narratividad en que también se fue equiparando a la contienda electoral con la fundacional y mitificada “guerra de la Independencia”, en la cual Macri resultaba implícitamente equiparado al Libertador José de San Martín. Lo que puede ejemplificar como la ilusión grupal puede manifestar “omnipotencia surgida de impotencia” (Del Cueto & Fernández 1986: 43), frustración ante la complicada y un tanto inesperada situación electoral. Y si lo ilusorio, imaginario, se entrecruza con los mitos grupales, estos también se apoyan en la “historia real” de los grupos (Ibid.: 48), aunque en este caso se recurrió al mitificado surgimiento de la República en vez de a una mitología más propia de una específica identidad política grupal. Por lo que el caso también ejemplifica como un discurso ideológico puede actuar sobre lo ya mitificado, como una búsqueda de significación, y a la vez como una deformación, tergiversación, de los sentidos contingentes de lo “real histórico” (Barthes 1999: 129). Lo cual también podría comprenderse, por ejemplo, como una búsqueda un tanto exasperada y fantasiosa de reinterpretar los significados históricos para anudarlos en una red ideológica de significantes (Cfr. Zizek 2003). Además, que ese grupo político haya recurrido a la mitificada fundación nacional, equiparando al Libertador San Martín con Macri y tendiendo así a absolutizar imaginariamente su liderazgo, ¿no revelaría alguna carencia de una propia mitología grupal?, ¿una exigua conformación de esa significación imaginaria componedora de las identidades grupales (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986; Fernández 1989)? “Vacío” ante el cual también se impulsaría la fantasía ideológica (Cfr. Zizek 2003).

IV.c.4) Para continuar tratando la mistificación de la discursividad de “Juntos por el Cambio” durante la campaña para las elecciones presidenciales del 2019 pueden analizarse algunas declaraciones de la diputada nacional E. Carrió, quien apeló a aquellos slogans denominados “metafísicos” en los que se implementaba la palabra “batalla”. Por ejemplo en un mitin (al que también asistió Macri) pronunció un discurso que en la prensa opositora fue muy criticado, como puede observarse en el siguiente titular: “Carrió, Casero, Etchecopar y la avanzada del macrismo psicótico” (15/08/19, *Infonews.com*); con respecto a las otras dos personas a las que se refiere la nota, por si acaso se aclara que se trata de un humorista y un periodista macristas bastante polémicos, figuras del denominado “furioso antikirchnerismo” (Ibid.). El texto se inicia citando algunas frases pronunciadas por la diputada: “¡Esta batalla se gana con el alma, con Dios! ¡Vamos a ganar por paliza! ¡Nos van a sacar muertos de Olivos!” (Ibid.). Respecto a la última afirmación, ¿podría haber estado implicando que no estaban dispuestos a aceptar un resultado electoral adverso? O, y con relación a la pregunta anterior: ¿qué presumían quedarse en el poder indefinidamente, consolidando de forma absoluta una hegemonía? Ambas posibilidades se contradecirían con los ideales republicanos que suelen pregonarse desde dicho movimiento. ¿O quizá esa frase estaría expresando, de un modo más inconsciente, un uso metafórico de la palabra “muerte”, asociándose con una “muerte política”? Aunque la formación del dicho podría estar motivada por más de una de esas posibilidades, estando sobredeterminada. Y sobre ese tipo de expresiones místicas es insoslayable añadir que han caracterizado a la

dirigente, ya que anteriormente por ejemplo dirigiéndose a quienes tenían la intención de votar al kirchnerismo declaró: “¿Por qué les gusta tanto votar ladrones? ¿Por qué no quieren redimirse ante Dios? ¿Quieren seguir siendo pobres?” (09/05/19, *Infobae.com*). Interrogantes en cuya contigüidad se contiene la presuposición de que habría habido personas que tenían la intención de votar al kirchnerismo porque querían seguir siendo pobres; lo cual omite, por ejemplo, que durante el gobierno de Macri aumentó la cantidad de argentinos que viven bajo el umbral de la pobreza. Con respecto a la creencia religiosa que anudaba dichos interrogantes, la diputada agregó: “Dios debe estar confundido con nosotros. Sufro las cosas que nos pasan diariamente, pero pienso es el castigo que nos merecemos por ser un pueblo ciego que nos gustan los ladrones” (Ibid.). Oratoria en la que se destaca como en la adopción de fundamentos religiosos irreductibles a lo racional se absolutiza la discursividad política⁴⁴ (Cfr. Pizzorno 1994; Giménez 2008). Como también en las siguientes declaraciones de la dirigente durante aquel mitin tras las elecciones primarias: “Yo les diría a todos, los que están deprimidos: ¡Hombres de poca fe!” (15/08/19, *Políticargentina.com*), y: “La causa de la República y de la libertad es desde el alma” (Ibid.). Lo cual puede repensarse considerando que “la batalla por el alma de la Argentina” se fue vinculando interdiscursivamente con la libertadora “Guerra de la Independencia”, por lo que en la última frase citada de Carrió podrían subyacer latentemente artificios extranjerizantes en la absolutización de la discursividad política (Cfr. Baudrillard & Guillaume 2000; Pizzorno 1994; Giménez 2008).

La discursividad extranjerizante de Carrió durante el período electoral del 2019 también puede analizarse en una nota titulada: “La delirante teoría conspirativa de Lilita Carrió: hackeo, servicios rusos y reuniones secretas” (12/07/19, *Eldestapeweb.com*). Dicha teoría la manifestó en un programa de televisión en vivo, un mes antes de las elecciones primarias, en el cual “explicó que existe un plan internacional, en el que el presidente ruso Vladimir Putin trabaja para el kirchnerismo a fin de hacer de Argentina una ‘réplica’ de Venezuela” (Ibid.). Sobre lo que también “afirmó que en Cuba la expresidenta Cristina Fernández se reúne de forma secreta con agentes rusos para el hackeo electoral” (Ibid.). Lo cual se vincularía con que, tras la derrota de Juntos por el Cambio en las elecciones generales, militantes macristas manifestaran por redes sociales que la victoria del “Frente de Todos” podría haberse debido a un fraude electoral. Como se anoticia desde el siguiente titular: “#FraudeK: militantes macristas ponen en duda el resultado electoral” (13/08/19, *Perfil.com*), en el cual se observa la copia de un hashtag de Twitter, promovido por dicha militancia. Y en la nota se aclara que la “acusación al kirchnerismo de fraude no es la primera, la anterior tuvo como protagonista a la diputada del oficialismo, Elisa Carrió, que pidió controlar los viajes de Cristina Kirchner a Cuba” (Ibid.), pedido que se basaba en la suposición de que allí también tendría “reuniones con los rusos para el hackeo electoral” (Ibid.). Por lo que esa “denuncia también incrementó la tendencia en las redes sociales que recordaron la frase de la legisladora” (Ibid.).

⁴⁴ A su vez en la absolutización se asociaba a Dios con el castigo; por lo que la necesidad de castigo se transferiría al “oscuro poder del destino (...) a la Providencia, a Dios” (Freud 1985: 174), lo que sucedería en el desenvolvimiento del “masoquismo moral”, y en la “neurosis de destino”. Entonces en la oratoria de la dirigente, ¿se atribuiría de algún modo “masoquismo moral” a la sociedad?, ¿a la otredad ideológica antagonica especialmente?, basándose en creencias místicas. ¿A través de un mecanismo proyectivo?, lo que también ejemplificaría como la ideologización se dispone en los “mecanismos fundamentales de la vida psíquica” (Eagleton 1997: 234).

Entonces, en la discursividad extranjerizante de la dirigente Carrió puede analizarse la manifestación del carácter paranoide de las ideologías cuando se totalizan y fanatizan, en cuya narratividad se sostiene la premisa de que: “el que no es como yo o no piensa como yo está en contra de mí, y además está a sueldo del extranjero, es decir, del enemigo” (Green 1990: 208). Discursividad en que la figuración de alteridad que extranjeriza imaginariamente se mostró condensada con la absolutización de la política (Cfr. Baudrillard & Guillaume 2000; Pizzorno 1994; Giménez 2008). Combinación de extranjerización y absolutización que se asemejaría a rasgos de la denominada “personalidad autoritaria” (Cfr. Adorno et al 1965). Dicha discursividad también revela la potencialidad de lo imaginario en la “ilusión grupal”, cuando primordialmente se forma reaccionando ante la impotencia (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986), impotencia y frustración ante la situación electoral. Ilusión grupal que en este caso se hace indisociable de la “lógica diferencial ideológica”, porque la identidad grupal se cohesionaba extranjerizando imaginariamente al “otro ideológico”, y excediendo la racionalidad también con lenguaje secularizado, el que a su vez suele aprovecharse para redefinir identidades y enemigos (Cfr. Giménez 2008). Por lo que el caso tratado también ejemplifica como se pueden reorientar desde los liderazgos, mediante procesos identificativos, transferenciales, y proyectivos, interpretaciones paranoicas y afectividades hostiles de los seguidores hacia la otredad ideológica antagónica, y alguna personalidad emblemática de la misma. Además, en vez de definir a la dirigente como “psicótica”, podría ser más acorde el aproximativo psicodiagnóstico de “borderline”, el cual se vincula con “crisis de identidad” (identidad política en este caso, que se relacionaría con los traspasos partidarios de Carrió), en que el sujeto proyecta la hostilidad desde una posición paranoica y persecutoria, que sostiene una “idealización del sí mismo”, de su identidad (Cfr. Green 1990).

Todavía se puede agregar una última cuestión sobre la discursividad de Carrió, que a su vez sirve para retomar lo pendiente sobre uno de los ejes en que se basaría el PRO para “dar una batalla cultural”, el de la “transparencia” (11/10/18, *Lanacion.com.ar*), entendida como sinónimo de honradez y anticorrupción. Que se enarbolaron como significantes emblemáticos de la identidad política del macrismo, en su autovaloración diferencial y antagónica del kirchnerismo. Pero en declaraciones de Carrió, anteriores a su alianza con el PRO, pueden localizarse definiciones que resultan contradictorias con su posterior identificación política al macrismo, y su autovaloración como emblema de anticorrupción. Sobre lo cual se basa una nota titulada: “Carrió sobre Macri, según pasan los años” (02/02/15, *Pagina12.com.ar*), publicada cuando la por entonces lideresa de “la Coalición Cívica, Elisa Carrió (...) sorprendió a varios de sus aliados y seguidores con el anuncio temprano de un acuerdo con Mauricio Macri, a quien en la última década acusó de ‘contrabandista’, ‘corrupto’ y vinculado a las barras bravas” (Ibid.). En la nota se mencionan las distintas declaraciones, algunas relacionadas con las más de 200 causas judiciales que llegó a tener M. Macri y su grupo empresario, como la de las escuchas ilegales y el contrabando. Pero cuando su alianza con el PRO ya estaba afianzada, Carrió hizo una declaración parecida a las anteriores, definiendo a Macri como se cita en el siguiente titular: “No sabe lo que significa ser decente” (03/04/18, Ibid.). Lo cual declaró en un programa de TV cuando le consultaron por las críticas del por entonces presidente a los diputados que canjeaban pasajes de avión por dinero (y que ella misma canjeó), a lo que espetó:

“Él viaja en helicóptero desde chiquito (...) no tiene idea de lo que significa ser decente, hacer política decentemente” (Ibid.). Posteriormente se disculpó en Twitter con el siguiente mensaje: “No creo que el Presidente Macri no sea una persona decente, quise decir que él nunca tuvo que hacer una campaña austera” (Ibid.). Pero la cuestión es que esa expresión, se haya tratado de un “acto fallido” o de una afirmación impulsiva de su característica verborragia (o ambas), manifiesta su ambivalencia hacia Macri, y como posible resabio de su confrontación pasada, cuando era una de las dirigentes que acusaba al líder del PRO de corrupto.

A pesar de esas acusaciones de corrupción y de la cantidad de causas judiciales, para una parte importante de la ciudadanía Macri se transformó en un emblema de honestidad y anticorrupción. Articulando a su ideología neoliberal los significantes de “transparencia”, honradez, y anticorrupción, tipo de conceptos que se han teorizado en las estructuraciones ideológicas como *significantes flotantes* (Cfr. Žižek 1998; 2003). Pero también se teorizó que podrían comprenderse como “valores socioculturales”, que podrían rearticularse por diversas configuraciones ideológicas; valores que estarían contenidos en “ideales abstractos” (Cfr. Freud 1979). Aunque el caso de Macri podría ejemplificar a una de las variedades vinculatorias entre dichos ideales con el liderazgo que los representaría (Ibid.), por las contradicciones de la vinculación. Contradicciones que también pueden asumirse como distanciamientos entre la “identidad dicha” y la “identidad actuada” (Cfr. Giménez 2008). Dichas contradicciones pudieron no hacerse relevantes porque la idealización del liderazgo de Macri pudo sostenerse principalmente por las ligazones afectivas hostiles antikirchneristas, que producían un efecto unitivo en la masa macrista (Cfr. Freud 1979), ya que la identidad política del macrismo se habría conformado en su oposición ideológica al kirchnerismo, constantemente etiquetado en parte de la prensa como un movimiento corrupto, deshonesto. Por lo que esa intencionalidad de equiparar a Macri con la anticorrupción mientras se lo erigía como líder del antikirchnerismo, pudo haber sido un mecanismo, condicionante de sus seguidores y aliados, de racionalización ideológica; ejemplificando como los mecanismos fundamentales del psiquismo se operacionalizan ideológicamente (Cfr. Eagleton 1997).

IV.c. 5) Para continuar con la cuestión del desenvolvimiento de la afectividad hostil en la conflictividad denominada *grieta*, y en su vinculación con la noción de “batalla cultural”, puede tratarse un artículo titulado: “Después de las elecciones: una mirada desde el psicoanálisis” (Merlin, 31/10/19, *Pagina12.com.ar*); escrito tras el triunfo del “Frente de Todos” en los comicios presidenciales de octubre del 2019. En cuya bajada se afirmaba que esos resultados “comiciales mostraron dos maneras contrarias de concebir lo común que serán disputadas y se dirimirán en la batalla cultural que habrá que dar” (Ibid.). En su entradilla se extiende la perspectiva dicotómica: “Las recientes elecciones nacionales expresaron (...) la disputa entre dos modelos que se oponen: neoliberalismo o democracia nacional y popular (...) formas ideológicas diferentes de construir subjetividad” (Ibid.). ¿Por lo que se estaría implicando que el neoliberalismo argentino no sería democrático?; para responder la pregunta hay que considerar la siguiente proposición: “Dar la batalla cultural y vencer políticamente la concepción neoliberal constituye un elemento clave para reconstruir la democracia” (Ibid.). La cual está implicando que el neoliberalismo sería dañino de la democracia, lo que puede interpretarse como

antidemocrático, y es también lo que se le ha endilgado al kirchnerismo inversamente desde el macrismo. Otro ejemplo en el que se contrastaría al neoliberalismo con lo democrático puede ser el siguiente:

“Una parte de lo social consumió el veneno del odio y adhirió al modelo neoliberal mientras que otra parte, también afectada por el virus neoliberal, resistió y no se transformó (...) se puso en juego una cultura militante que fue logrando la movilización de afectos políticos, como la alegría y el entusiasmo, en una dirección democrática.” (Ibid.)

En la última oración la palabra “alegría”, que se había tratado como característica de las estereotipadas prácticas simbólicas del PRO (Sández, 13/12/15, *Lanacion.com.ar*), se rearticula con los conceptos de “militancia” y “resistencia”, más característicos de la discursividad kirchnerista. Pero a esa anterior caracterización de la “alegría” se la estaría considerando, ya que se la vincula con una “dirección democrática”, lo cual en diversos tramos del texto se plantea como diferente al neoliberalismo.

En la última cita también se asociaba al neoliberalismo con el odio, lo cual se reitera en otros tramos, como al afirmarse que durante “la gestión neoliberal, el mayor daño producido fue el volumen de odio inoculado a la sociedad, a través de la grieta y de un dispositivo de segregación estimulado diariamente por los medios de comunicación concentrados” (Merlin, 31/10/19, *Pagina12.com.ar*). En lo cual se encuentra correspondencia con lo planteado en otros artículos tratados del mismo contexto comunicacional, es decir en que “la grieta” sería una producción de los medios predominantes. También se afirma que la dispondrían “inoculando odio”, lo que se interrelaciona con lo citado antes, parafrásticamente que “una parte de lo social consumió el odio del modelo neoliberal y otra parte no”, lo cual presupone que el odio sería una característica propia del neoliberalismo. ¿Entonces se está implicando que el kirchnerismo de algún modo sería inmune, aunque se haya visto afectado, al odio? Otro tramo que revelaría esa premisa es el siguiente: “Este sector comprendió y experimentó que la política de Eros, la unidad, es el mejor antídoto contra la grieta del odio antipolítico que destruye el tejido social y constituye la principal estrategia del poder para perpetuarse” (Ibid.). Las primeras palabras de la cita (“Este sector”) se leen claramente desde el contexto comunicacional como un posicionamiento desde “un nosotros kirchnerista”, que a su vez estaría delimitando a “otro sector”, el de “Ellos”, los que habrían “consumido el veneno del odio”, y que no tendrían el “antídoto contra la grieta”, o contra el “virus neoliberal”⁴⁵. Dichas expresiones patógenas van conduciendo a la afirmación de que a través del agrietamiento: “El odio, expresión de la pulsión de muerte, enfermó la cultura” (Ibid.). Por lo que, después de las elecciones, no se terminaría la batalla cultural contra el poder neoliberal, ya que “el triunfo electoral y el cambio del gobierno no implican que ese poder esté desactivado; por el contrario, sigue operando a través del odio y el miedo con el objetivo de desestabilizar al nuevo gobierno” (Ibid.). Supuesto intento de desestabilización que se relacionaría con la definición antedicha de “la grieta del odio antipolítico”, lo que se interpretaría como antidemocrático, a lo que en definitiva se pretendería “batallar culturalmente”. Es decir, a “la grieta” como parte de un dispositivo neoliberal, presuponiéndose que solo produciría al odio en un sector de la sociedad, el antikirchnerista, y que el otro sector

⁴⁵ Dicha expresión puede contrastarse con la inversa: “virus populista”, que se menciona en un artículo titulado: “¿Quién está ganando la batalla cultural?” (Mira, 27/06/18, *Infobae.com*), en el cual se proponía la intencionalidad de concretar “un proceso de ‘deskirchnerización’ de la Argentina (...) para eliminar de todos los rincones del país el virus populista”. Populismo peronista y kirchnerista que también se redefinía como “el antisentido común” (Ibid.).

sería de algún modo inmune a odiar por motivaciones ideológicas. Aunque pueden encontrarse ejemplos de manifestaciones de odio tanto en el antikirchnerismo como en el antimacrismo.

Para ejemplificar algunas de las manifestaciones de hostilidad antikirchnerista del macrismo puede exponerse una crónica titulada: “La despedida de Mauricio Macri: la plaza del odio” (Bruschtein, 08/12/19, Ibid.). Que se basa en el acto de despedida que organizaron los militantes de Juntos por el Cambio en la Plaza de Mayo tras las elecciones, y que muchos interpretaron como un anuncio de la intención de Macri de liderar la oposición. Resulta interesante como se introduce en el texto a una de las citas seleccionadas del discurso que dio en ese acto el mandatario saliente, al plantearse que en el mismo lo “que generó más empatía con sus fanáticos fue el miedo y el odio al peronismo. ‘Yo sé que muchos de ustedes sienten angustia (...) pero no hay porqué tener miedo, somos muchos para defender la libertad y la democracia’” (Ibid.). Lo que resulta contrastable con lo planteado en el artículo anterior, que sería el macrismo neoliberal el antidemocrático, aunque en esta crónica en cambio se afirma que: “En el imaginario autoritario de ese grupo que forma el núcleo duro de Cambiemos, ellos son los únicos republicanos y democráticos” (Ibid.). Aunque seguidamente se destaca que una encuesta entre los votantes del macrismo habría dado el resultado de que “el 75 por ciento de los encuestados admitió la posibilidad de una intervención de las fuerzas armadas o de seguridad en una supuesta defensa de la democracia” (Ibid.). Lo cual se define como expresión de “una cultura golpista” (Ibid.), que resulta congruente con un “imaginario autoritario”, pero no obviamente con ser democrático. Y en la citada autodefinición de Macri como uno de los defensores de “la libertad y la democracia” también resonaría lo ya tratado sobre el intento de equiparar el conflicto político actual con la libertadora “Guerra de la Independencia”. Lo que a su vez repercutiría en algunas de las situaciones registradas por el cronista, como cuando durante ese acto “un grupo agredía al movilero de C5N, al grito de ‘¡Libertad, libertad!’” (Ibid.), ya que ese medio comunicacional de televisión se identifica con el kirchnerismo. O cuando se narra que entre los asistentes se escuchaban expresiones como “‘estoy aquí para despedir a la República’, o ‘estamos aquí para defender la libertad y la democracia’” (Ibid.). También es interesante como se describe el tramo del discurso de Macri en que se refirió a la corrupción, cuando dijo: “‘Vamos a cuidar que no roben, que no estafen más a nuestra querida Argentina’. Esa referencia provocó una especie de bufido de aprobación en la gente. Muchos asintieron con la cabeza” (Ibid.). Lo cual es asociable con alguna de las manifestaciones de odio indicadas como relevantes en la crónica, cuando se narra por ejemplo que una mujer gritaba: “‘¡Hay que matarla!’. ‘¡Hay que meterla presa!’” (Ibid.), en alusión obviamente a la expresidenta y las acusaciones de corrupción. A quien también se nombra en otro caso, al narrarse que “una señora con la mandíbula dura por la histeria” (Ibid.), espetaba: “La odio, la odio, la odio, la odio, la odio a Cristina, a esa, la odio, la odioooooo” (Ibid.). Esa afectividad hostil de los macristas es atribuida (como se ha venido reiterando desde ese contexto comunicacional) a *la grieta* dispuesta por los sectores mediáticos dominantes, porque si se plantea que para “esa multitud la grieta es irreductible (...) la grieta es el odio que ellos mismos destilaban, un odio que en la mayoría de los casos fue instalado por la campaña de los medios hegemónicos” (Ibid.). Por lo que se asume que “el núcleo duro del macrismo (...) se convoca en gran parte por ese sentimiento visceral que ellos bautizaron como ‘la grieta’” (Ibid.). Así es que esas expresiones de odio podrían ejemplificar lo antedicho (en la sección anterior) de que a la masa macrista la unen primordialmente

ligazones afectivas hostiles, que pudieron condicionar la idealización del liderazgo de Macri (Cfr. Freud 1979). También ejemplificarían una operación que se combinaría con el mecanismo anterior, ya que en la ideología neoliberal macrista se habrían articulado los significantes de “transparencia”, honradez, y anticorrupción, como también se intentaba articular el de “libertad”, y ese enredamiento estaría soportado por la “fantasía ideológica”, encubridora parcial del goce (Cfr. Zizek 1998; 2003), entremezclado con el odio ideológico al *otro* antagónico.

Para pasar a exponer ejemplos de odio antimacrista se puede retomar algo de lo ya narrado en el segundo subcapítulo, sobre que en una movilización en Plaza de Mayo, con “fuerte presencia kirchnerista” (24/03/18, *Clarín.com*), hubo “insultos desde el escenario hacia el presidente Mauricio Macri, al que tildaron de ‘basura’” (Ibid.). Aunque esa no fue la primera ni única ocasión en que se expresó esa lexicalización, ya que se venía manifestando desde que (como se plasmaba en el siguiente titular): “El kirchnerismo lanzó la resistencia contra Macri” (Sued, 18/12/15, *Lanacion.com.ar*). Nota referida a un acto organizado a una semana de que Macri ganara la elección presidencial, la primera marcha bajo la consigna de la “resistencia”, y en la que la Madre de Plaza de Mayo Hebe de Bonafini fue oradora. En ese acto ella pronunció: “Tenemos al enemigo en la Casa Rosada. No nos va a convencer con esa risa de hipócrita hijo de puta que tiene” (Ibid.). Tras citarse esa enunciación en la nota se describe que “Entonces, los manifestantes cantaron: ‘¡Macri, basura, vos sos la dictadura!’” (Ibid.). Equiparación que, como ya se trató, está motivada en parte por los vínculos del grupo empresario de Macri con la dictadura cívico-militar, pero también lo estaría con lo declarado, cuando aún era candidato a presidente, sobre el “curro” de las organizaciones de Derechos Humanos, que se habría rememorado al escucharse las diatribas de la Madre de Plaza de Mayo.

Otro ejemplo de odio antimacrista puede observarse en el caso que se describe en el siguiente titular: “Exhibieron una foto de Macri con un tiro en la frente en la Facultad de Humanidades en Rosario” (08/09/17, *Infobae.com*). La impactante imagen⁴⁶ estaba en un afiche expuesto por una agrupación política de esa Facultad, “en medio de una jornada de reclamo por la aparición con vida de Santiago Maldonado” (Ibid.). El joven artesano habitante del sur que por entonces estaba desaparecido⁴⁷ (tras la represión de las fuerzas armadas a la movilización de una agrupación Mapuche, con la que S. Maldonado simpatizaba), desaparición que, y considerando como se lo vinculaba al Gobierno de Macri con la dictadura, pudo reavivar traumas políticos en parte de la “memoria colectiva (o social)”. El afiche portador de esa imagen también podría ejemplificarse como un medio de “comunicación espectral” (Cfr. Baudrillard & Guillaume 2000), porque expresaría una intensa anomia, desde una distancia que también sería ideológica, y proviniendo de una fuente relativamente anónima, la cual “sería un medio para

⁴⁶ La misma generó mucha repercusión, tras que fuese fotografiada y publicada en redes sociales por algunos dirigentes de Cambiemos, para mostrar públicamente su rechazo. Entre las distintas repercusiones del cartel puede observarse, pocos meses después, a otra situación que se describe en la siguiente noticia: “Cambiemos denunció al empleado municipal que usó una remera de Mauricio Macri con un tiro en la cabeza” (15/02/18, *Lanacion.com.ar*). La foto de la imagen del hombre con esa remera fue publicada y viralizada en las redes sociales; y diputados de Cambiemos lo denunciaron por el “delito de apología del crimen o incitación a la violencia. Es un joven que atendía al público en un organismo público, con la cara del presidente con un tiro de bala en la frente y sangre” (Ibid.).

⁴⁷ Y cuyo cuerpo apareció después de unos meses, de un modo un tanto misterioso, en el sector del río donde había sido avistado por última vez.

liberar lo imaginario” (Ibid.: 33), y esa expresión también podría caracterizarse como “espectral” por ser una forma de recrear identidad en un sensible conflicto social (Ibid.). Identidad política que en este caso se recrearía al extremarse agresivamente la “lógica diferencial ideológica”, y potencializándose lo irracional afectivo por la autonomización de lo imaginario (Cfr. Castoriadis 1989), lo cual se articularía en la “lógica de las significaciones imaginarias ideológicas”.

En los últimos casos tratados, en el que se definía a Macri como “basura” y en el que se lo exhibía recibiendo un tiro en la cabeza, se puede objetivar al mecanismo de la “desobjetalización” (Cfr. Green 1980; 1990). El cual se trata de un desencadenamiento de desmezcla de la “pulsión de muerte”, impulsora del ansia de destrucción absoluta del “objeto”. Mecanismo que al estar ideologizado apunta hacia un “otro ideológico”, en este caso específico, una personificación emblemática de “Ellos”, del otro grupo ideológico antagonista, en el cual se desplazarían y condensarían las atribuciones de diferenciación antagónica con esa “otra grupalidad”, formándose la “desobjetalización ideológica”.

Entonces, desde las manifestaciones de ambos movimientos políticos (y considerando también lo expuesto en secciones anteriores), se puede asumir que la afectividad hostil, el odio ideológico (sobre lo que se seguirá tratando), es una característica de la conflictividad ideológica intergrupala denominada *grieta*. ¿Y no serían también las pulsiones agresivas o destructivas y los afectos hostiles inherentes a la noción de “batalla cultural” y su malestar conllevable en la cultura política? Aunque al respecto resulta fundamental no desconsiderar como se entremezclarían con las “pulsiones de vida”, y manifestando ambivalencias en muchos casos. Algo que guarda alguna correspondencia con la propuesta que se había hecho desde el interior del kirchnerismo (por el filósofo R. Forster), de debatir la noción considerando los diferentes significados que tienen los significantes de “batalla” y “cultura” (Arellano, 01/10/19, *Fervor.com.ar*). Sobre lo que por ejemplo habría que considerar que en la desmezcla pulsional la significación de “batallar” se distanciaría de la de “lo cultural”.

Por más que se haya hecho esa propuesta desde el interior del espacio kirchnerista, la noción de “batalla cultural” se continuó consignando en el movimiento, y tras las elecciones presidenciales del 2019 (como en el artículo tratado al comienzo de esta sección), lo que también se destaca por ejemplo en una entrevista titulada: “Tenemos que dar una nueva batalla cultural” (Goldenberg, 18/11/19, *Pagina12.com.ar*), realizada después de dichas elecciones. El entrevistado fue el sociólogo Nahuel Sosa, “integrante de Agenda Argentina, un espacio que nuclea a diversos centros de estudios y organizaciones académicas y políticas que apoyan al Frente de Todos” (Ibid.). En la entrevista se le planteó que: “El nuevo tiempo político va a tener el desafío de mantener cohesionada a la coalición de gobierno, pero también lidiar con una sociedad agrietada” (Ibid.). Ante lo cual contestó: “Tenemos que dar una nueva batalla cultural y entendemos que esto no significa que el otro piense como yo. Una victoria sería que, en la diferencia, podamos compartir ciertos valores comunes (...) que el Estado debe ser central” (Ibid.). Por lo que, en el planteo del entrevistador sobre la estrategia que debería adoptar el nuevo gobierno ante el agrietamiento social se implementa el término “lidiar”, que es retomado por el entrevistado desde la noción de “batalla...”. Si bien se aclara que no significaría apuntar hacia la unicidad de

pensamiento, es decir, a que “el otro piense como yo”, ¿no sería la proposición de “dar una nueva batalla cultural” un mensaje contradictorio con la pretensión de compartir valores comunes por ejemplo? Ante otro planteo se retomó más específicamente la problemática de *la grieta*: “El gobierno de Macri sembró odio y bronca, eso destruye cualquier salida posible. Limita el debate, lo empobrece y lo reduce a una grieta sin matices (...) es la pesada herencia cultural que nos deja la elite” (Ibid.). Discurso en el cual se estaría implicando la reiterada perspectiva de que *la grieta* habría sido una producción del “otro ideológico”, promulgador del odio, y planteándola como una “herencia cultural” del gobierno representante de la elite, aunque cuando ese había asumido la denominada *grieta* ya era parte del lenguaje político y mediático.

La discursividad kirchnerista sobre “la nueva batalla cultural” fue instalándose durante el período electoral del 2019, repercutiendo en la prensa antikirchnerista. Lo que puede tratarse por ejemplo en una nota titulada: “Ronda de nombres para Cultura si triunfa la oposición” (Sánchez, 29/09/19, *Clarín.com*), y en cuya volanta se expresaba: “Otra vez la ‘batalla cultural’”. Esta última expresión podría contener distintas implicaciones, pero antes de analizarlas conviene exponer otras proposiciones del texto con las que se puede interconectar. Texto basado, tal como se indica en el título, en los candidatos con posibilidades de asumir la conducción del área cultural si ganaba el “Frente de Todos”, pero se haría énfasis en una posibilidad de las que se conversaba, ya que existía “el rumor de un ministerio para La Cábora” (Ibid.). Si se sospechaba que podría tratarse del área cultural, que había sido convertida por Macri en una secretaría (como otros ministerios), es porque ya se suponía que se reconvertiría en ministerial. Sobre la posibilidad de que ese ministerio quedara a cargo de alguien identificado con esa agrupación la periodista consideraba que:

“Sería un subrayado problemático, poco convivencial porque, dado que la mayor parte del campo cultural ya tiene por lo menos una viva simpatía por el camporismo, nos quedaríamos sin posibilidad de reconciliaciones a mitad de camino, que sanen las grietas: dos idiomas y sin un traductor.” (Ibid.)

Por lo que en el párrafo se contiene la premisa de que la simpatía por el camporismo impediría la sanación de “las grietas”, que son redefinidas como la división entre “dos idiomas y sin un traductor”. Analogía dicotómica que se corresponde con la separación de los “dos países”, enfatizando en la imposibilidad de comunicación por las diferencias, que supuestamente también serían de lenguaje. Esa supuesta “otra lengua”, o lenguaje, se ejemplificaría con lo que “leemos desde hace cuatro años en muros de FB (...) donde se abucea a Mauricio Macri y hasta se le desea la muerte. También de boca de algunos funcionarios del kirchnerismo” (Ibid.). A lo cual se aplica lo ya expuesto sobre la emocional ideologización de la distante y anómica “comunicación espectral” (Cfr. Baudrillard & Guillaume 2000), y como en las expresiones digitales se extrema fatalmente la cercanía del otro (ideológico) odiado (Cfr. Valdetaro 2017), proximidad cuyo distanciamiento también se revela en delimitar ese lenguaje opuesto como “otro idioma”, ¿circunscirbiéndolo como extranjero? Como un ejemplo más de ese “otro lenguaje ideológico” se expone lo que proponía algunos días antes en una entrevista Horacio González (ex director de la Biblioteca Nacional, y también integrante del espacio Carta Abierta), que se resumiría según la autora como “**profundizar el sesgo de nacionalismo de izquierda militante** (...) la valoración explícita de la experiencia guerrillera en futuras revisiones historiográficas” -el resaltado es de la autora- (Sánchez, 29/09/19, *Clarín.com*). Por lo que se orientaba a asociar la posibilidad de una radicalización

en la discursividad retrospectiva del kirchnerismo con la continuidad, o supuesto retorno, de la “batalla cultural”. Aunque se reconocía que esos temas propuestos por el intelectual “no aparecen aludidos en el reciente documento interno de la subcomisión de Cultura, que sí menciona dos conceptos centrales, la ‘batalla cultural’ y el ‘imaginario nacional’ (...) resuena aquella Secretaría de la voz única y coordinada de Ricardo Forster” (Ibid.). Así que desde la significación de la volanta (“Otra vez la batalla cultural”), que se torna indisoluble de la posibilidad del regreso kirchnerista señalada en la titulación, se iría implicando que la noción de “batalla cultural” habría sido exclusiva del “otro lenguaje”, del kirchnerista, lo que se refuerza con que se la mencione como un concepto central de ese documento interno, y además asociándola con la controvertida secretaría que estaba a cargo de Forster. Pero esa implicación omite, deliberadamente o no, que la noción de “batalla cultural” no solamente había seguido vigente durante el macrismo, sino que también fue implementada en su lenguaje político, lo que incluso se expuso desde publicaciones del mismo periódico. Contexto en el cual habría resultado más condicente la expresión “continuará...” por ejemplo, en vez de “otra vez...”. Aunque esa expresión también podría implicar afectividad, de hastío, cansancio, y teniendo en cuenta el contexto comunicacional: ¿que se comenzaba a reconocer desde algún sector del macrismo que la noción de “batalla cultural” terminó siendo más conveniente para la comunicación política kirchnerista?

En el recorrido de este subcapítulo se pudo apreciar como generalmente la noción de “batalla cultural” se implementa para referirse a la confrontación intergrupala e ideológica que conforma el conflicto político llamado *grieta*, y mostrándose textualmente articulados los conceptos en muchas ocasiones, porque serían producto de esa misma “lógica diferencial ideológica”. Lenguaje de una lucha ideológica en que se busca predominar a través de prácticas sociales de significaciones y resignificaciones en que se conceptualiza la cultura, representándola ideológicamente (Cfr. García Canclini 2004; Hall 2010). A su vez, tanto la noción de “batalla cultural” como la denominada *grieta*, y en su interrelación, interdiscursividad, pueden ejemplificar a las teorizaciones de la cultura política que la comprenden como constitucionalmente conflictiva, inestable, por las luchas de poder (Cfr. Schneider & Avenburg 2015); como también permiten indagar en las características específicas del malestar en la cultura política de *un país*, y parte de su historia.

IV.d. El agrietamiento en la problemática de género.

IV.d.1) En el subcapítulo anterior se mencionó que desde los sectores mediáticos identificados con el kirchnerismo se han definido a algunas de las diatribas contra Cristina Fernández de Kirchner como expresión de “violencia de género” o machismo. Aunque ella misma también ha interpretado así algunos agravios hacia su persona, pero no solamente a los provenientes de sectores de prensa, sino a declaraciones del mismo Macri cuando era presidente. Porque, cuando siendo senadora Cristina Fernández de K. presionó a algunos sectores del peronismo para que rechazaran el nuevo acuerdo con el FMI, Macri los instó a que: “No se dejen conducir por las locuras de Cristina” (28/05/18, *Página12.com.ar*), entonces como respuesta la expresidenta implementó

un neologismo, el cual compone la frase citada en el siguiente titular: “Típico de machirulo” (Ibid.), que sería un sinónimo coloquial de “machista”. En esa nota se extienden con lo que la por entonces senadora publicó en Twitter: “Tratar de loca a una mujer. Típico de machirulo” (Ibid.). Un tiempo después volvería a adjetivar a Macri con el mismo término, cuando este hizo una declaración que se parafrasea en la siguiente titulación: “El populismo es como una mujer gastadora” (16/10/19, Ibid.). Más precisamente opinó que los planes económicos populistas habrían sido como ceder “la administración de tu casa a tu mujer y tu mujer, en vez de haber pagado las cuentas, usó la tarjeta, usó la tarjeta (...) un día te vienen a hipotecar la casa. Bueno, esto es lo que nos pasó” (Ibid.). En alusión a esa declaración Cristina Fernández de K. publicó también en Twitter: “¿Vieron? ¡¡, yo les dije que era un machirulo” (Ibid.). Lo pronunciado por Macri también se criticó por lo contradictorio con que durante su mandato haya aumentado significativamente el endeudamiento externo con el FMI. Por ejemplo, la ex vicegobernadora de Santa Fe M. E. Bielsa manifestó: “El que utilizó la tarjeta de crédito de los argentinos y nos endeudó irresponsablemente, es el propio presidente” (Ibid.). Por lo que la comparación de Macri puede ejemplificar como en temáticas que suelen ser ideológicamente controvertidas, como la cuestión de género o la problemática económica (y en este caso al articularse ambas), la coherencia discursiva puede resultar particularmente afectada (Cfr. Van Dijk 2008). Pero de todos modos el énfasis se puso en asociar aquel dicho con el “historial de expresiones misóginas y machistas de Macri” (16/10/19, *Pagina12.com.ar*). Lo cual contextualiza que, a la reacción del mandatario tras su derrota en las elecciones primarias del 2019, también se la haya interpretado desde sectores opositores como expresión de violencia machista. Como en un artículo titulado: “Mauricio Macri: un violento de manual” (Alcaraz, 15/08/19, *Eldestapeweb.com*), en el cual se afirmaba por ejemplo que:

“La actitud de Macri, ‘típica de machirulo’, no es patológica. Es un agente de un programa económico de ajuste (...) al igual que el macho violento no actúa solo, ni de manera aislada (...) este macho que nos mandó a dormir por desobedientes, el lunes nos violentó, amenazó y hoy nos pide disculpas.” (Ibid.)

La cuestión del género también fue tratada por la expresidenta en su libro “Sinceramente” (2019), en el que definió como misóginas y estigmatizadoras a las polémicas tapas de una revista. A lo cual la misma le dedicó una nota, en cuya titulación también se la cita: “Cristina Kirchner, furiosa con *NOTICIAS*: ‘Sus tapas me dolieron, querían echarme’” (27/04/19, *Noticias.perfil.com*). Señalándose en la subtitulación que: “En su libro, la ex Presidenta se queja de varias publicaciones de este medio y le recrimina al movimiento feminista no haberla defendido” (Ibid.). En la nota también se cita el tramo en que Cristina Fernández de K. se refirió específicamente a esas portadas: “Las tapas de la revista *Noticias* condensaron, a partir de 2006, los agravios más violentos y misóginos contra mí” (Ibid.). Por lo que a las publicaciones de esa revista también se las criticaron, por ejemplo en un artículo titulado: “Misoginia al desnudo” (Peker, 03/01/14, *Pagina12.com.ar*), frase que aludía a una portada titulada: “La reina está desnuda” (27/12/13, *Noticias.perfil.com*), que contenía una imagen de fotomontaje en que la por entonces presidenta (a quien sus detractores también apodaron “la reina”) estaba desnuda, sentada, y cruzando las piernas. Portada que en el artículo se interpreta así: “La foto muestra a la primera mandataria desnuda (...) y el foco apunta a retratarla vulnerable (...) invocar debilitada a una jefa de

Estado” (Peker, 03/01/14, *Pagina12.com.ar*). Y sobre el regío apodo se agregaba que: “no es una reina (...) se trata de una mandataria elegida por el voto popular y no por herencia o (...) por haberse casado con un príncipe” (Ibid.). Ya que en ese apodo se condensaban las críticas sobre su supuesto autoritarismo, la pretensión de absolutizar su poder, como también lo que le endilgaban al asumir su primera presidencia, que ella habría “heredado” el cargo de su marido. Las críticas a la forma en que Cristina Fernández de K. se desenvolvía en el poder ejecutivo son relacionadas con la cuestión del género, porque “siendo mujer tendría que ser amable, conciliadora, humilde (...) sin embargo, le gusta el poder (...) Es muy autoritaria y entonces no es femenina o es poco autoritaria y entonces no es presidenta (...) Es una mujer ejerciendo el poder” (Ibid.). Esa portada en que se habría tenido la pretensión de exponer a Cristina Fernández de K. vulnerable, “en donde pegan su cara a dos piernas cerradas, casi a la defensiva” (Ibid.), es contrastada por la autora con otra de la misma revista: “la tapa ‘El goce de Cristina’ (...) en donde se la veía a través de un dibujo con la cabeza altiva y la boca abierta – en una clara parodia de orgasmo” (Ibid.). Tapa en la que el goce era asociado con las rituales cadenas nacionales de la expresidenta, que muchas veces consistían en actos en que se convocaba a la militancia⁴⁸. Lo que tendrían en común con la del desnudamiento es que “se vuelve a apelar a su sexualidad. Ya no para caricaturizarla gozando y todopoderosa (...) sino para emparcharla desnuda y sin poder” (Ibid.).

A las portadas publicadas por ese medio también se las define en el siguiente titular como: “Las violentas tapas de la *Revista Noticias* contra Cristina Kirchner en los últimos años” (15/06/19, *Eldestapeweb.com*). Nota en la que además de referirse a las publicaciones ya mencionadas, se describe que: “La última tapa contra Cristina la muestra vestida como una virgen amamantando a dos niños que tienen la cara de Massa y Fernández” (Ibid.). Tapa que se tituló: “Los Cristinos” (13/06/19, *Noticias.perfil.com*), lo cual también podría aludir al apodo de “reina”, ya que así se denominaban los partidarios de una reina consorte de España llamada María Cristina. En la subtitulación de esa portada se afirmaba: “Ambos volvieron al seno materno del Kirchnerismo” (Ibid.), en alusión a la concretización de la alianza con los políticos caricaturizados (Alberto Fernández y Sergio Massa), que habían sido muy críticos del segundo gobierno de la mandataria. En esa ilustración de portada también se expondría un supuesto goce de la expresidenta, ya que “implicaría imaginariamente” un goce narcisista de poder, de ella ante dos políticos que se asumen como minusválidos y dependientes suyos. Pero esas alianzas pueden interpretarse de un modo muy diferente, ya que en ese caso ella pudo haber tenido que resignar narcisismo incluso, y al encontrarse presionada, complicada por ejemplo por sus problemas judiciales, ante lo cual habría tenido la astucia y humildad de aliarse convenientemente con dichos políticos a pesar de sus críticas, para reencaminar a través del consenso un proyecto de poder. Pero en la tapa la situación parece interpretada, como otras, de una forma en que se enfatizaría en las características de género, en el goce femenino de Cristina Fernández de K. Por la ilustración del amamantamiento, del “regreso al seno materno”, en que estaría

⁴⁸ Tapa que se subtituló: “Se muestra cada vez más desenfadada, sensual (...) La sumisión del otro ya es un requisito indispensable de su liderazgo (...) el ejercicio del poder y el contacto con la masa actúan como factores erotizantes” (07/09/12, *Noticias.perfil.com*).

proyectándose en ella un goce narcisista vinculado a un supuesto “hiperpoder”⁴⁹ (Freud 1979: 122), proyección que denotaría rastros de identificación primaria, imaginaria.

Así es que puede plantearse una cuestión vinculatoria entre la tapa que aludía a “el goce de Cristina” con la que se la muestra amamantando, pero también con los dichos de Macri en que el populismo se asociaba con una mujer gastadora, gozadora; ya que denotarían como la diferencia sexual enlaza inconscientemente con “la molestia del goce del Otro” (Valdettaro 2017: 12), goce que en estos casos también sería ideológico. Sobre lo cual es importante destacar que en cada acto de Cristina Fernández de K., especialmente cuando era presidenta, había una concurrencia y manifestación femenina muy evidente, expresiva de un intenso goce ideológico. Sin desconsiderar al goce como sustento irracional de la fantasía ideológica (Cfr. Žižek 2003). Por lo que si en la lideresa pudo existir un goce narcisista (quizá sintomático) vinculado al poder presidencial, este inevitablemente expresaba un “aire femenino”, y a su vez se habría retroalimentado con el goce de sus seguidores/as. Pero también habría retroalimentado la predisposición a reaccionar negativamente a su goce, o sus goces, desde el sector político antagónico, es decir, se retroalimentaba el reactivo odio gozoso de la “otra fantasía ideológica”, enmarañada con la diferenciación sexual.

IV.d. 2) Otra cuestión vinculada a la problemática de género, que fue imbricándose mediáticamente con la conflictividad política denominada *grieta*, es la legalización del aborto. Aunque dicha imbricación fue planteándose, por ejemplo, como un posible riesgo que supuestamente se pretendía evitar, como se propone en un editorial titulado: “El aborto y el riesgo de otra grieta” (Roa, 28/02/18, *Clarín.com*). En cuyo subtítulo se indicaba que: “Si con una cuestión tan seria se hace politiquería e hipocresía se añadirá una grieta a la grieta” (Ibid.); en lo cual se contiene la premisa de que *la grieta* ya instalada podría resultar imbricada con la división de la sociedad sobre el derecho al aborto, si el tema se manipulaba políticamente. Pero a esa presuposición hay que reconsiderarla desde lo afirmado en la entrada: “la sorpresiva instalación del tema del aborto fue una movida política del Gobierno. Un modo de desviar la atención sobre el tiempo difícil que atraviesa” (Ibid.). Lo cual también implicaría que el Gobierno que habilitó el tratamiento legislativo del proyecto de ley no necesariamente estaba a favor de este; lo que seguidamente se va explicitando: “lo que ha hecho Macri fue abrir el debate. Y más que eso: dijo que está en contra del aborto” (Ibid.), postura que también se atribuye a “otras figuras clave del gobierno” (Ibid.). El editorial concluye con una proposición desiderativa: “Lo mejor sería que no hubiese sólo blancos y negros. Que no se forme una nueva grieta. Y que nadie intentara sacar rédito político de una cosa tan seria. Tienen una oportunidad” (Ibid.). La cuestión es que en la entrada se aceptaba que la instalación del tema había sido una “movida política del Gobierno para desviar la atención”, lo que es interpretable como un intento manipulador de obtener “rédito político”.

⁴⁹ Concepto que aquí resulta aplicado de un modo distinto (y hasta algo inversamente) de cómo se lo ha teorizado y se implementó en el marco teórico.

En otro artículo del mismo periódico directamente se partía de la premisa de que la división social producida por la polémica legalización del aborto iba a afectar al conflicto político conocido como *la grieta*, lo que se va significando desde la siguiente titulación: “Una grieta que rompe La Grieta” (Miri, 23/02/18, Ibid.). En su subtitulación se especificaba que: “El debate sobre la despenalización del aborto cruza en forma transversal a todas las identidades políticas” (Ibid.). Lo cual también se explicaría porque “El kirchnerismo y el antikirchnerismo y el macrismo y el antimacrismo se quedan cortos para explicar esta nueva y muy postergada discusión” (Ibid.). Ya que se asumía que existirían en ambos grupos políticos quienes estarían a favor y quienes estarían en contra del aborto, estableciéndose así “una grieta” transversal y heterogénea a “La Grieta”, la que “sirve para dividir a buena parte de la sociedad en dos bandos que en su interior son relativamente homogéneos” (Ibid.). Aunque a dicha perspectiva se le añade un interrogante desde la siguiente proposición: “al menos por un tiempo (...) La Grieta quedará debilitada por la nueva grieta. ¿A qué sector político beneficiará esta decisión del Gobierno?” (Ibid.). Interrogante entonces que al igual que el título se sostiene en la premisa de que el agrietamiento sobre el aborto debería afectar a *la grieta*, y presuponiéndose que así se beneficiaría más un sector político que otro.

Una perspectiva que se asemeja a la del artículo anterior se contiene en uno titulado: “La legalización del aborto interpela a todas las grietas” (Germano, 15/06/18, *Lanacion.com.ar*), el cual se publicó tras la votación del proyecto de ley en la Cámara de Diputados. Dicha interpelación se sostendría en que “con excepción de los polos más ideologizados, la ciudadanía tomó el tema como propio, con una mirada prospectiva y sin darle ni sacarle rédito a ningún espacio político” (Ibid.). Por lo que sí “en el imaginario popular los núcleos de apoyo más cercanos a Cambiemos pueden sospecharse masivamente en contra de la legalización, esto no necesariamente se verifica en los estudios de opinión pública” (Ibid.). Ya que se asume que habría habido “distancias mucho más profundas entre los distintos referentes políticos de Cambiemos que entre sus propios votantes” (Ibid.). Sin embargo, sobre el resultado (en que el 83 % del bloque kirchnerista votó a favor y el 61 % del de Cambiemos en contra) se consideraba que:

“En términos políticos, y considerando que la Argentina se dicotomiza en temas como éste, el resultado de la Cámara de Diputados le es altamente funcional a Cambiemos al traspasar la responsabilidad máxima al peronismo, fuerza que domina la mayor parte del Senado Nacional (...) los candidatos deberán exteriorizar su posición frente al tema de cara a la próxima campaña electoral.” (Ibid.)

Así que en la cita se está “dando por sentado” que en una problemática como el aborto la sociedad argentina tendería a dicotomizarse, proposición que se introduce “en términos políticos”, lo que resulta contradictorio con la anterior atribución a la sociedad de una supuesta mirada no polarizada ni politizada. También se afirmaba en la cita que el traspaso al Senado, donde debería haberse confirmado la legalización, habría sido “altamente funcional” a Cambiemos, lo que puede interpretarse como redituable políticamente ¿Y esa supuesta funcionalidad se relacionaría con que la senadora Cristina Fernández de Kirchner iba a tener que “exteriorizar su posición frente al tema de cara a la próxima campaña”? ¿Lo cual habría motivado que el Gobierno instale el tema del aborto como una “movida política” (Roa, 28/02/18, *Clarín.com*)? ¿Por eso también se suponía que un sector político iba a resultar beneficiado de que el agrietamiento sobre el aborto afectase a *la grieta* (Miri, 23/02/18, Ibid.)?

La posición ante la legalización del aborto de la por entonces senadora en aquella votación tuvo mucha repercusión, además fue la encargada de dar el discurso de cierre del bloque que lideraba, en el cual pronunció por ejemplo lo que se cita en el siguiente titular: “CFK: ‘Al movimiento nacional, popular y democrático vamos a tener que agregarle feminista’” (09/08/18, *Políticargentina.com*). En dicho discurso la senadora fue explicando que su actitud hacia la interrupción del embarazo fue cambiando, y que su concientización se produjo principalmente por el influjo de “las miles de chicas que se volcaron a la calle a reclamar” (Ibid.), y que: “Verlas criticar y describir una sociedad patriarcal nos debe colocar en un lugar diferente” (Ibid.). Sobre lo cual hay que considerar lo ya mencionado acerca de que el kirchnerismo también se ha caracterizado por convocar masas femeninas y juveniles, que al ser de centroizquierda o izquierda son fracciones que suelen estar a favor del aborto. Masas que (a diferencia de la perspectiva ortodoxa hacia estas) pueden pensarse también como voluntades colectivas, participativas de procesos históricos, con prácticas discursivas, con “posibilidad de la palabra” (De Brasi 1993: 35), lo que permite comprender como habrían influido en Cristina Fernández de K. como lideresa. Desde lo cual a su vez puede repensarse como las masas sociales son capaces de condicionar y transformar los liderazgos, asumidos como productos históricos surgidos de movimientos, emergentes de lo imaginario social instituyente (Cfr. Lapassade 1980; Castoriadis 1989). Lo que se interrelaciona con que la identidad política kirchnerista haya tendido a articularse con el movimiento social feminista, y en el mismo discurso de Cristina Fernández de K. puede apreciarse como el significante “feminista” se pretendía rearticular con los de “popular” y “nacional”, anudándose en la estructuración ideológica del movimiento kirchnerista (Cfr. Hall 2010; Zizek 2003). Y no debe desconsiderarse que también haya tenido alguna connotación genérica la alianza entre la expresidenta con las organizaciones de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Además, si bien esa alianza puede ejemplificar como la identidad política, la discursividad ideológica de un partido político puede interrelacionarse con la identidad e intereses de un grupo “de interés o de presión” (Giménez 2008: 118), también se han reconocido a “las madres de plaza de mayo como movimiento social” (19/12/11, *Argentinainvestiga.edu.ar*). Lo que se ha fundamentado, por ejemplo, en que a través de sus prácticas discursivas se habrían convertido en madres simbólicas de parte de la sociedad (Ibid.).

Continuando con los replanteamientos de la expresidenta respecto a su actitud frente el aborto hay que mencionar que la cuestión también fue tratada en su libro “Sinceramente” (2019), al cual se le dedicó por ejemplo un artículo titulado: “El electorado tiene quien le escriba” (Viola, 10/05/19, *Pagina12.com.ar*). En el mismo (antes de enfocarse en el tema del aborto) se destaca que: “El feminismo sobrevuela el libro como dron” (Ibid.). También hay una referencia a la crítica negativa del libro, a la cual se le reprocha por ejemplo que para “quienes la leen desde un machismo sin make up (...) el libro refrenda sus enfermedades nerviosas. Cristina es bipolar” (Ibid.). Ya que ese “aproximativo psicodiagnóstico” (el de bipolaridad maníaca-depresiva) se le atribuyó a la exmandataria en reiteradas ocasiones desde los medios antikirchneristas. Y que se asuma como “machista” a esa crítica negativa encontraría alguna correspondencia con la adjetivación de “machirulo” a Macri cuando este se refirió a “las locuras de Cristina”. Retomando el cambio de actitud de la exmandataria hacia el aborto se destacaba a “la figura de Florencia como activista y educadora de su madre. Cristina aprende” (Ibid.); ya que Florencia Kirchner ha solido participar en movilizaciones feministas y juveniles en que también

participaban militantes kirchneristas, por lo que el reacondicionamiento intergeneracional del liderazgo también se habría producido desde la institución familiar. Es interesante que la articulista haya puesto atención en cuál es la parte del libro en que Cristina decide tratar su posicionamiento frente al aborto:

“Pudiendo haberse pronunciado sobre el tema del aborto en cualquier sector (...) elige hacerlo luego de haber dejado claro su alianza con el Papa. Cristina junta sus dos convicciones y de algún modo sienta como nadie la necesidad de una división entre iglesia y Estado.” (Ibid.)

Por lo que teniendo en cuenta que desde la significación global del artículo (escrito en un contexto preelectoral) se apuntaba hacia el electorado: ¿no se estaría implicando que Cristina habría tenido la intención de seguir siendo apoyada por un sector católico (el Papa y muchos fieles) a pesar de declararse a favor del aborto, mientras así también evitaba desilusionar a muchas de las kirchneristas feministas (como su hija)? Interrogante sobre el cual hay que considerar como lo planteado en la cita se reitera en otro tramo, al describirse que en el libro: “Cuando termina el relato de romance que podría resumirse como ‘El Papa es mío’ saca el tema del aborto” (Ibid.), romance con Francisco que se resumiría así porque esa frase la pronunció la misma Cristina. Aunque se reconocería que esa relación con el Papa no habría estado exenta de disociaciones, ya que “ese Jorge que atraviesa las otras identidades es el que dialoga con Cristina, quien minimiza las diferencias tremendas que tuvo con Bergoglio y deja clara su relación armoniosa y cercana con Francisco” (Ibid.). Y la cuestión de las elecciones se retoma en la clausura del texto, aunque de un modo que puede resultar algo contradictorio, al afirmarse que Cristina “demuestra que lo de Sinceramente no es un efecto de campaña, que no está dispuesta a agradar a todo el mundo (...) con la sinceridad se llega mucho más lejos. Que el resto siga dando manotazos debajo de la grieta” (Ibid.). Pero por más que se afirme que la publicación de ese libro no se trataría de un “efecto de campaña”, desde la titulación se estaba orientando hacia la lectura del libro por parte del electorado, además si en la última oración de la cita se sugeriría que Cristina habría podido superar el agrietamiento: ¿se alude a la cuestión del aborto y su relación con el Papa? Aunque en esa búsqueda de “juntar sus convicciones” Cristina no habría podido evitar que el kirchnerismo en su pretensión de consolidarse como dominante, representando intereses sociales no coincidentes, reelaborando su heterogeneidad en su negociación con la “otredad”, haya manifestado contradicciones e incongruencias ideológicas e identitarias (Cfr. Eagleton 1997). Así que pudo ser por la presumible acentuación de esas contradicciones, en que podría haberse visto envuelta la líder kirchnerista, que se asumía como “altamente funcional” para el macrismo que los candidatos iban a tener que “exteriorizar su posición frente al tema de cara a la campaña electoral” (Germano, 15/06/18, *LaNacion.com.ar*). Lo que también explicaría que el macrismo hubiese instalado el tema del aborto como una “movida política” (Roa, 28/02/18, *Clarín.com*).

De todas formas, y quizá con la intención de tratar de atenuar aquellas contradicciones, Cristina Fernández de K. continuó afrontando la cuestión. En un acto se refirió explícitamente a las confrontaciones entre los movimientos abortistas y antiabortistas, renombrados en la Argentina como los “pañuelos verdes” vs los “pañuelos celestes”. Sentenciando su posición ante el conflicto con una resonante frase que se cita en el siguiente titular: “Cristina Kirchner, sobre la unidad: ‘En nuestro espacio hay pañuelos verdes y celestes’” (19/11/18, *Eldestapeweb.com*). En la entradilla de la nota se presenta al discurso como un “fuerte mensaje sobre unidad a

un año de las elecciones presidenciales 2019, que puso en jaque a los sectores peronistas, progresistas y de izquierda” (Ibid.). Sobre la imbricación de la debatida legalización del aborto con las creencias religiosas y la configuración ideológica partidaria, la lideresa declaró que:

“No puede ser la división entre los que rezan o no rezan, mala división, que no es nacional ni popular (...) en nuestro espacio hay pañuelos verdes, pero también hay pañuelos celestes y tenemos que aprender a aceptar eso sin llevarlo a la división de fuerzas.” (Ibid.)

Discurso en que se corroboraría la intención de encontrar una convergencia entre el apoyo de sectores católicos (como el del Papa y muchos creyentes) mientras se declaraba a favor del aborto y evitaba desilusionar a las kirchneristas feministas. Por lo que quizá también pudo ser un modo de aceptar e inculcar que “la ideología” para consolidarse como dominante tiene que negociar con la “otredad”, y representando intereses sociales no coincidentes, y así a su vez intentaba atenuar las contradicciones inherentes a la formación ideológica, que también surgirían o intensificarían al requerirse la profundización de su heterogeneidad (Cfr. Eagleton 1997).

Quien adoptaría una actitud diferente ante la polémica problemática del aborto sería Macri, lo cual se indica en el siguiente titular: “Macri, el aborto y la búsqueda de votos celestes” (Iglesias, 17/10/19, *Clarín.com*); ya que como se mencionó el movimiento “provida” argentino tiene como emblema al “pañuelo celeste”. La nota se basa en uno de los actos de las marchas del “Sí se puede”, con las que se pretendía revertir el resultado de las elecciones primarias, acto en que como se narra en la subtitulación: “El presidente dejó en claro que está en contra de la interrupción voluntaria del embarazo. ¿Estrategia de campaña?” (Ibid.). Se cita a el mandatario cuando repitió el lema de los denominados provida: “Las dos vidas por supuesto, todo con Dios, que nos da la fuerza todos los días” (Ibid.). La nota se clausura reformulando el interrogante de la subtitulación: ¿Pensará Macri que radicalizar su discurso le da más chances de ser reelecto? (Ibid.), preguntas que se pueden interpretar como manifestación de “duda”, y en un contexto comunicacional macrista, respecto a la conveniencia estratégica de ese discurso. Con el cual también se ejemplifica como la identidad política de un partido puede establecer ligazones identificativas con un contramovimiento social.

En la prensa opositora, la radicalización discursiva de Macri en el tema del aborto fue equiparada con la que también asumió respecto a otras cuestiones, como se va indicando desde la siguiente titulación: “Macri derecha la campaña del #SíSePuede sobre los ejes aborto, seguridad y dictadura” (Eisler, 06/10/19, *Tiempoar.com.ar*). En su bajada se especificaba que: “El gobierno apuesta a mantener el voto de su núcleo duro” (Ibid.). Sobre la estrategia también se enfatizaba en el texto que en “el macrismo decidieron retomar la iniciativa con anuncios de campaña que sacan al partido de su pretendido espacio en la centroderecha política y lo acercan al extremo” (Ibid.). Estrategia que a su vez se define como “la apuesta a la profundización de la grieta que parte del macrismo quiere sembrar para después del 10 de diciembre” (Ibid.). Así que se entendería que el gobierno más que pretender la reelección apostaba a reforzar el “núcleo duro” de su espacio, reforzando el agrietamiento con la centroizquierda, y como un modo de asentarse como principal fuerza opositora. Aunque con los ejes “dictadura” (historia reciente) y

“seguridad” ya habían conseguido profundizar, o mantener a *la grieta*, se agregaba entonces el “eje del aborto”, problemática cuyo agrietamiento ideologizado se hizo menos discernible que los anteriores.

Si la controvertida legalización del aborto terminó imbricándose con *la grieta* de un modo bastante complicado y confuso, no parece posible, por ejemplo, pretender evaluar a que sector político le habría resultado más conveniente. Pero si la “instalación del tema del aborto” se habría precipitado principalmente como una “movida política” del macrismo, con la intencionalidad de acentuar las contradicciones ideológicas de la lideresa kirchnerista, ella habría logrado, aunque de un modo algo ambiguo, atenuarlas, minimizarlas. Por lo que no habría sido una estrategia que haya resultado ser “altamente funcional” al macrismo. Y sobre la conveniencia de la radicalización discursiva a favor del aborto de Macri en la campaña electoral se encontraron dudas en parte de la misma prensa oficialista.

IV.e. Sobre el porvenir de la denominada grieta.

IV.e.1) En el primer subcapítulo se trataron formas de comprender y definir a “la grieta”, algunas interrelacionadas con interpretaciones sobre los motivos que la habrían producido, vinculadas también en algunos casos con la posibilidad de su conclusión, terminación, fin. Como por ejemplo en el que se titulaba: “¿Qué quiere decir terminar con la grieta?” (Mocca, 25/08/19, *Pagina12.com.ar*), el cual además se inicia rememorando que la cuestión de terminar con “la grieta” fue una de las promesas incumplidas que hizo Macri en la campaña del 2015. Aunque sobre su discursividad en aquella etapa preelectoral ya se expusieron pronunciamientos, como sobre la cuestión de los Derechos Humanos, que habrían resultado contrarios a la supuesta intencionalidad de querer cumplir con la “promesa que era el gran programa macrista: el final de la grieta” (Ibid.). Pero no resultarían tan contradictorios si se asumiese, como lo hace el autor del artículo, que ese “modo de cerrar la grieta era la eliminación de uno de los dos contendientes, la conversión de Cristina y sus seguidores en una secta radicalizada” (Ibid.). Un modo que habría tenido la pretensión de suprimir “la lucha por el poder y la existencia de proyectos de país diferentes que entran en conflicto” (Ibid.). Lo cual se asume que habría sido intentado “muchas veces, la última de ellas fue la sangrienta dictadura surgida en 1976 (...) Macri lo intentó durante un período en el que la conciencia antidictatorial siguió siendo suficiente para frenar sus ínfulas autoritarias” (Ibid.). Así que se estaría equiparando implícitamente a Macri con la dictadura, lo antidemocrático, como en otros casos ya expuestos del mismo contexto comunicacional. Y con respecto a la anterior proposición, de que Macri pudo pretender que durante su gobierno llegaría a suprimir la lucha por el poder y la existencia de proyectos diferentes: ¿no resulta hiperbólica si se reconsidera, por ejemplo, desde lo expuesto en otros subcapítulos sobre que fue en el mantenimiento de la polarización, el agrietamiento con el kirchnerismo, en lo que el macrismo basó su estrategia política y electoral, tanto para las elecciones legislativas del 2017 como para las presidenciales del 2019? E incluso si el macrismo hubiera conseguido la antedicha “eliminación” del kirchnerismo, que significaría “un modo de cerrar la grieta”, ¿hubiera podido consolidar un proceso hegemónico o la representatividad kirchnerista hubiera sido reemplazada por un peronismo ortodoxo,

tradicional? Este último interrogante se puede relacionar con la impactante decisión estratégica de Cristina Fernández de K. de presentarse en una “fórmula presidencial en la que ella tendría un rol secundario” (Ibid.), es decir en que ella sería candidata a vicepresidenta y que iba encabezar Alberto Fernández, su ex jefe de Gabinete y amigo personal de Néstor Kirchner. Decisión estratégica que a su vez fue asociada con la posibilidad de terminación de la denominada *grieta*, tanto desde la prensa antikirchnerista como en la kirchnerista, de lo que se irán exponiendo ejemplos. Dicha asociación también la analiza el autor del artículo que se venía tratando en otro titulado: “¿El fin de la grieta?” (Mocca, 30/06/19, Ibid.); interrogante que se replantea y responde al comienzo del texto:

¿Qué significa el ‘fin de la grieta’ que hoy pregonan algunos analistas? No es ni más ni menos que una interpretación del rumbo político abierto por la intervención pública de Cristina Kirchner a través de la cual lanzó la candidatura presidencial de Alberto Fernández. Se trataría, según este enfoque de abandonar la conflictividad radicalizada de los últimos años de gobierno de la propia Cristina e instalar en su lugar un discurso amigable y tolerante: de los extremos al centro.” (Ibid.)

Pero el autor interpreta de un modo distinto el rumbo político decidido por Cristina Fernández de K., rumbo que se representaría en el nombre de la nueva coalición liderada por el kirchnerismo: “El Frente de Todos (...) un salto en la amplitud de las alianzas (...) vasto arco de fuerzas que incluye componentes progresistas y del peronismo territorial, hasta hace poco reacios a aceptar el liderazgo de CFK” (Ibid.), por lo que con “peronismo territorial” se estaría refiriendo también al peronismo tradicional. Si bien la decisión estratégica de que Alberto Fernández encabece la fórmula para así ampliar alianzas se asume de un modo optimista, a su vez se critica que: “la doctrina de la grieta y de su final ha hecho propio (...) la interpretación de los poderes fácticos de este país (...) que cree ver en la fórmula Alberto-Cristina una propuesta de regreso a la Argentina unida y sin antagonismos” (Ibid.). Porque para muchos de quienes pregonarían el “fin de la grieta” a la conflictividad la habrían personificado Néstor y Cristina Kirchner, ya que: “Los intérpretes del fin de la grieta y el ‘giro hacia el centro’ suelen pensar el antagonismo argentino como un fenómeno de pura decisión política de quienes gobernaron entre 2003 y 2015” (Ibid.). Entonces lo que estaría “implícito para quienes celebran el fin de la grieta es que esta fue el resultado de un estilo de gobierno que propuso conflictos innecesarios y opuestos a la convivencia política. En la raíz de la grieta estaría el populismo radicalizado” (Ibid.). Pero lo que en esa discursividad se define como radicalización para el autor “no es otra cosa que la experiencia del intento de hacer respetar la voluntad del electorado contra el empleo del poder fáctico concentrado –el de los grandes grupos económicos, sus medios de comunicación...” (Ibid.). En las últimas proposiciones puede reinterpretarse una diferenciación entre lo que el “poder factico concentrado” denominaría *grieta* (que se entendería como una “decisión política” de los líderes kirchneristas) y lo que se comprendería como un antagonismo constituido socio-históricamente, como expresión de una voluntad de poder popular, masa social de la que emergerían liderazgos, productos de un proyecto instituyente representado por un movimiento político (Cfr. Lapassade 1980; Castoriadis 1989). Pero para quienes pregonarían el “fin de la grieta” esta se reduciría de algún modo a una “decisión política”, de Cristina Fernández de K. fundamentalmente, que encarnaría la conflictividad. Interpretación del conflicto político de la cual también se diferenciaba el autor en el artículo tratado anteriormente, al proponer que: “Cerrar la grieta no es suprimir el conflicto sino reconocerlo, organizarlo,

encauzarlo pacíficamente. Asegurando la plenitud de la libertad política y al mismo tiempo (...) compensando las enormes y crecientes asimetrías de poder” (Mocca, 25/08/19, *Pagina12.com.ar*). Propuesta para la cual se concedería la estrategia política de que Alberto Fernández encabezase la fórmula, porque también se propuso que “el estilo del candidato presidencial del frente puede ser muy funcional a la creación de un clima de conversación política capaz de fortalecernos como comunidad política pacífica” (Mocca, 30/06/19, *Ibid.*). Por lo que se puede interpretar que en la superación de la denominada *grieta* se fortalecería la democracia, lo cual también se sostiene en la siguiente proposición: “Enfrentar la grieta significa asumir nuestras diferencias políticas, reconocernos mutuamente legitimidad y acostumbrarnos a resolver nuestros conflictos sobre la base esencial de la democracia: el respeto por la voluntad popular” (Mocca, 25/08/19, *Ibid.*). Aunque respecto a las “diferencias políticas”, de acuerdo con lo tratado en múltiples casos y desde distintas perspectivas, se puede afirmar que en el conflicto llamado *grieta* las diferenciaciones político-ideológicas están hartas asumidas, pero incluso estimuladas, reproducidas, explotadas, y como posible expresión en la cultura política de la posmoderna “explosión” de las diferencias (Cfr. Castro-Gómez 2000). Además, si en la última cita también se sostenía que “enfrentar la grieta” significa el reconocimiento mutuo de la legitimidad otorgada por voluntad popular: ¿el mismo no podría empezar por reconocer una voluntad democrática en el “otro grupo ideológico”, a pesar de sus posibles contradicciones? Sin embargo, el autor había implicado (en el mismo artículo) que Macri pretendió actuar como un dictador, omitiendo la importancia de la diferencia contextual democrática en la que fue elegido presidente por voluntad de la mayoría.

En otro artículo ya tratado en el primer subcapítulo también se interrelacionaba la forma de comprender a “la grieta” con una perspectiva acerca de su posible finalización, el titulado: “El fin de la grieta” (Plut, 3/10/19, *Pagina12.com.ar*). Como en el expuesto al comienzo de esta sección se enfatiza en que Macri había prometido durante la campaña del 2015 terminar con “la grieta”, pero que en cambio al finalizar su mandato, sería “posible que la historia describa estos cuatro años como uno de los períodos en que mayor prevalencia tuvo el discurso del odio y la estigmatización” (*Ibid.*). Lo cual sería inherente a lo ya planteado sobre el carácter autoritario del neoliberalismo, representado por el gobierno de Macri y los medios de comunicación macristas, que en su intencionalidad de desmentir, negar, los antagonismos constitutivos de la sociedad habrían inventado el tergiversador, simplificador, y fabulador término de *grieta* (*Ibid.*). Por lo que el autor también se preguntaba: “¿cuáles son las reales posibilidades de cerrar la grieta? ¿Qué condiciones exige de la sociedad terminar con la grieta?” (*Ibid.*) A lo cual se respondía con dos alternativas: directamente desechar el concepto o resignificar el sentido que se le otorga en la comunicación neoliberal, es decir con la intencionalidad de hacer parecer al antagonismo como anormalidad antisocial surgida de un gobierno populista (*Ibid.*). Y la forma en que el autor (psicoanalista) comprende al antagonismo es fundamentada en la teoría psicoanalítica: “Si hay algo que el psicoanálisis nos enseña es la más absoluta imposibilidad de consenso. El malentendido es nuestra materia corriente y el antagonismo es inevitable. Aunque el neoliberalismo pretenda llamar consenso a la democracia” (*Ibid.*). Lo cual resulta rebatible, porque que los antagonismos sean inevitables no implica que necesariamente no se puedan forjar consensos, por lo que esa premisa se basaría en un reduccionismo de la “lógica diferencial” (Cfr. Groosberg 2003), que desde el psicoanálisis puede refutarse por la perspectiva de una tensión entre lo

semejante y lo diferente (Cfr. Fernández 1989). Perspectiva freudiana en que el *otro*, como semejante y diferente (modelo, sostén, y adversario), hace posible la re-creación de la subjetividad en el espacio colectivo (Ibid.), tensión compatible con la conformación de consensos. Además, como se mencionó anteriormente y se seguirá tratando a continuación, el Frente de Todos se conformó y sostuvo ampliando alianzas, e incluso con quienes fueron adversarios, para representar consensualidad.

Otro artículo, del mismo contexto comunicacional que los anteriores, en el que se analiza la cuestión de la posible finalización de “la grieta” se tituló: “The end of the grieta” (Natanson, 20/05/19, *Pagina12.com.ar*), y es el primero de una trilogía. Como en el que se trató al comienzo de la sección se enfoca a la decisión estratégica de Cristina Fernández de K. (de no ser candidata a presidenta), pero en este en cambio se formula explícitamente que “la candidatura de Alberto Fernández es una hipótesis de fin de la grieta” (Ibid.). Hipótesis que se sostiene en una interpretación de *la grieta* como un “estilo de ejercicio del poder, un modelo de gobernanza (...) una sucesión de audaces reformas en clave progresista” (Ibid.), que se habrían logrado principalmente durante el primer gobierno de Cristina Fernández. Aunque también se asume que esa “etapa, breve (...) positiva de la grieta, fue dando lugar a un largo período en el que la polarización se fue tornando cada vez más estéril” (Ibid.). Polarización de la que por supuesto también se hubo aprovechado el “macrismo, que hizo de la grieta una verdadera filosofía de Estado y encontró una serie de dificultades para desplegar plenamente su programa regresivo de reformas (laboral, previsional, impositiva)” (Ibid.). Por lo que habría resultado siendo problemática tanto para el kirchnerismo como para el macrismo, ya que: “la grieta se convirtió en un problema: le permite a un gobierno retener el poder, e incluso ganar elecciones, pero no alcanza para emprender transformaciones profundas y sostenibles, sean de izquierda o de derecha” (Ibid.). E incluso se reconoce que tras conseguir “su reelección Cristina encontró serias dificultades para concretar iniciativas que implicaban más que una simple medida de gestión (...) aquellas que apuntaban a modificar de manera más profunda el ecosistema de poder, como la implementación de la ley de medios” (Ibid.). Entonces se considera que tras su experiencia la decisión estratégica de Cristina Fernández “parece pensada en función del ejercicio del gobierno más que del desarrollo de la campaña” (Ibid.), con la intención de ratificar “la dimensión instituyente de la política (...) la posibilidad de iniciar algo nuevo” (Ibid.). Para lo cual se asume como determinante que la estrategia resultase compatible con las formaciones consensuales, ya que se requeriría “la construcción de una alianza social y política amplia, que deje atrás las minorías intensas y recupere una capacidad hegemónica capaz de emprender una transformación” (Ibid.). De esa estrategia resultaría “una coalición más parecida a la del kirchnerismo 2003-2007, que incluía del PJ a casi todo el radicalismo (...) sindicalismo moyanista...” (Ibid.). Esa coalición de mira hegemónica fue denominada por Néstor Kirchner: “transversalidad”, y uno de sus principales objetivos fue aglutinar a integrantes del radicalismo (o Unión Cívica Radical, adversario tradicional del Partido Justicialista), y resulta irónico que ese mismo partido posteriormente se haya aliado casi en su totalidad a Cambiemos (luego Juntos por el Cambio), más precisamente sería sintomático de una “crisis de identidad política partidaria”, posiblemente indisociable de obstaculizadoras contradicciones ideológicas. Y con respecto a la alianza con el “sindicalismo moyanista”, el autor aludiría a que durante los gobiernos de Cristina Fernández surgieron disputas internas en sectores gremialistas peronistas, uno de los cuales estaba representado por el líder sindical Hugo

Moyano, quien tras confrontar con la expresidenta se aliaría al Frente de Todos. Por lo cual puede reinterpretarse que como el movimiento político justicialista se caracteriza por representar intereses sociales de grupos sindicales, al punto de resultar indistinguible la identidad política partidaria y sindical muchas veces, es que se proponía que el kirchnerismo debiera apuntalar su identificación ideológica con los mismos para consolidarse hegemónicamente, lo cual se sintetizaría en un término que el autor implementa en la segunda parte de esa trilogía: “kirchnerperonismo” (Natanson, 21/06/19, *Ibid.*).

En la segunda parte, titulada: “The end of the grieta, capítulo dos” (*Ibid.*), el autor se refiere más específicamente al denominado “giro hacia el centro”, pero a diferencia del tratado al comienzo de la sección se lo asume positivamente. Se enfoca también en la actitud del kirchnerismo más izquierdista, definido como “ecosistema intelectual del kirchnerismo” (*Ibid.*); sobre el cual al autor le llamaba “la atención que quienes acompañaron sin titubeos la etapa de batalla cultural y relato al palo hoy no se expresen sobre este sorprendente giro a la moderación, este inesperado kirchnerismo de centro” (*Ibid.*). A la lexicalización “relato al palo” se la podría redefinir como al tipo de comunicación política en que se reconstruiría discursivamente “lo real” potencializando lo imaginario, y en su posible atravesamiento por la “fantasía ideológica” (Cfr. Zizek 2003), como en lo tratado sobre el caso del “Indec”. En la última cita también se mencionaba a la “batalla cultural”, y si se interpreta ese fragmento de acuerdo con la significación global y otros tramos de la trilogía, se la estaría implicando como indisociable de “la grieta” e incompatible con el “giro centrista”. La orientación hacia el centro también estaría condicionada por dos cuestiones (lo que se trata en la tercera parte de la trilogía), una “económica: ninguna de las condiciones que habilitaron el éxito de crecimiento y bienestar del primer kirchnerismo se verifican hoy” (Natanson, 21/08/19, *Pagina12.com.ar*). La cual se distinguiría de la segunda, la “política: el imperativo de Alberto es cerrar la grieta y abrir el gobierno, más que renovar la política. Porque además ya no está claro qué significa renovar la política” (*Ibid.*). Dilema que dispone los siguientes interrogantes: “¿Qué significa ser nestorista hoy? ¿Qué ESMA hay que convertir en qué museo?” (*Ibid.*). Lo cual indicaría como la narratividad retrospectiva implementada por el kirchnerismo, sustentada en la historia reciente del izquierdismo peronista, iría perdiendo vigencia, eficacia, por encontrarse quizá con un límite en su actualización a través de la “psicopolítica”. Sería por esas distintas condiciones que el giro centrista basado en el nuevo “protagonismo de Alberto (...) implica un cambio feroz en la orientación del kirchnerperonismo” (Natanson, 21/06/19, *Ibid.*). Estrategia de Cristina Fernández basada en no encabezar la fórmula presidencial que ha sido considerada muy audaz, ya que la “condición para la unidad del peronismo era la renuncia de la ex presidente a la máxima candidatura, porque su presencia generaba una división” (*Ibid.*). Pero de todas formas como lideresa debía “conservar el apoyo de la minoría intensa y agregarle el voto blando de los desencantados y los tibios, y había que definir el orden. Fue la misma Cristina la que encontró la fórmula de sensatez y sentimientos” (Natanson, 21/08/19, *Ibid.*). Si encontró esa fórmula también habría sido porque “entendió que los políticos no siempre tienen que seguir los dictados la sociedad. El enfoque ofertista de Alberto-Cristina consistió en construir primero una nueva propuesta para recién después reconfigurar la demanda” (*Ibid.*).

Lo planteado en las últimas citas ejemplifica como los grupos políticos, en búsqueda de amplificaciones consensuales, pueden construir, reconstruir, y hasta transferir liderazgos, para que las tendencias generadas socialmente puedan reconducirse estratégicamente. Lo cual, mientras que el liderazgo se mantuviese o consolidase representando los intereses de la voluntad popular que lo erigió electoralmente, no se contradeciría con lo planteado sobre comprenderlo como emergente de un movimiento político, de un proceso social instituyente (Cfr. Lapassade 1980; Castoriadis 1989). Y la reconstrucción transferencial del liderazgo también se habría producido unos años antes cuando Néstor Kirchner decidió que Cristina fuese candidata, y con el mismo basamento estratégico de aumentar consensualidad posiblemente, para lo que en su caso además pudo haber influido el género. También se mencionaba (en la penúltima cita del párrafo anterior) que la ampliación del consenso debía mantener “el apoyo de la minoría intensa”⁵⁰, a través de “la fórmula de sensatez y sentimientos”. Resultando articulable con el desenvolvimiento dialógico entre lo racional e irracional, lo representacional y afectivo, en las “significaciones imaginarias ideológicas”. Articulación en la que también se puede repensar como desde los liderazgos se pueden reorientar transferencialmente las afectividades de las masas identificadas ideológicamente.

IV.e.2) Comenzaré esta última sección tratando como se ha asociado en la prensa antikirchnerista a la posibilidad de terminación de “la grieta” con la decisión estratégica de que Alberto Fernández haya encabezado la fórmula presidencial. Para lo cual también se puede retomar a uno de los artículos expuestos en el primer subcapítulo, en este caso el titulado: “Grieta, ¿agonía o resurrección?” (Alaniz, 29/12/19, *Clarín.com*). Tanto en este como en otros que se irán tratando se podrá observar que, lo de atribuir al erigido Alberto Fernández la intencionalidad y capacidad de concluir “la grieta”, se manifiesta con bastante incertidumbre y desconfianza. Como puede apreciarse en el siguiente segmento:

“¿Persiste la grieta? Si vamos a creer en las palabras del presidente de la nación, podríamos decir que existiría una voluntad de no recrearla o reforzarla. Pero si prestamos atención a las actitudes de la vicepresidente y a las calificaciones que emplean sus seguidores, hay buenos argumentos para temer que el peligro de un poder orientado a profundizar desde la irracionalidad los antagonismos sociales persista.” (Ibid.)

En el primer tramo de la cita se puede entrever alguna incertidumbre (principalmente contenida en las palabras “Si vamos a creer...”) con respecto a la veracidad del discurso del presidente sobre su voluntad de concluir con “la grieta”. En cambio, subsiguientemente se expresa con cierta certeza la proposición en que se vincula la actitud de la vicepresidenta con el “peligro de un poder irracional” (parafraseando al autor), que profundizaría los antagonismos sociales.

⁵⁰ Definición que el articulista toma del libro “La grieta desnuda” (Rodríguez & Touzon 2019), pero definir como “minoría” al núcleo duro del kirchnerismo es discutible, y así también se ha denominado al núcleo del Pro. ¿Pero es adecuado el término, aunque fuesen minoritarios al resto de la sociedad en su conjunto o a la suma de las demás fuerzas políticas?, ya que en definitiva esos núcleos duros serían mayoritarios que los de los demás partidos políticos, lo que se interrelaciona con que entre ambas fuerzas hayan acumulado casi el 90 % del padrón electoral en las elecciones presidenciales.

Asociaciones condicentes con el anterior pueden encontrarse por ejemplo en un artículo titulado: “El futuro presidente y la grieta” (Guyot, 08/12/19, *Lanacion.com.ar*). En el cual se plantean las siguientes dudas con respecto a Alberto Fernández, asumiéndose que por “un lado, se ha manifestado como un hombre tolerante capaz de aceptar las disidencias, un político razonable (...) Por el otro, ha tenido reacciones que parecen ir en sentido contrario (...) ¿Cuál es el verdadero Fernández?” (Ibid.). Así es que se afirma que esa “contradicción que lo habita queda en evidencia en su abordaje zigzagueante de un tema (...) la grieta” (Ibid.). Se citan declaraciones del presidente electo al respecto, como cuando declaró: “No podemos vivir más en el país de la grieta (...) Es un país delirante. Tenemos que darnos cuenta del delirio que fue eso, debería avergonzarnos” (Ibid.). Pero si Alberto Fernández tuviera una “doble faz (...) dos caras contradictorias” (Ibid.), sería porque en su actitud se estaría reproduciendo una supuesta división del Frente de Todos. Sobre en el cual se afirma que existen “dos polos de poder. Uno reside en Cristina Kirchner (...) El otro lo encarna Alberto Fernández (...) Si es que hay dos voluntades, una prevalecerá sobre la otra” (Ibid.). Así que en el texto se sostiene la premisa (coherente con el contexto comunicacional) de que la voluntad de poder parapetada en la figura de la expresidenta es la que habría producido, y pretendería seguir promoviendo, a *la grieta*. Ya que por ejemplo se afirma que desde su discursividad se “discriminó de forma banal entre ‘buenos’ y ‘malos’ e inyectó en la sociedad una dosis de odio que alimentó el fanatismo y la polarización” (Ibid.), relato que también habría retroalimentado a las propias “fantasías de eternidad de la expresidenta” (Ibid.). Entonces se iba asociando a Cristina F. de Kirchner con lo irracional mientras se la vinculaba con la producción de la denominada *grieta*. A su vez se planteaba, con una tonalidad que aparentaría cierta confianza, que: “Nadie le va a pedir a Fernández que reconozca los orígenes inmediatos de la división que hoy padece la sociedad (...) Solo queda esperar que esa parte suya que cree en el diálogo y la tolerancia prevalezca sobre la irracionalidad” (Ibid.). Es decir, que debería prevalecer sobre el supuesto “otro polo de poder”, la “otra voluntad”, la de Cristina F. de Kirchner, que sería la irracional, y que es contrapuesta con la faz racional de Alberto Fernández. Definiciones sobre la situación interna del “Frente de todos” que podrían apuntar a formar enmiendas en la consensualidad del grupo político (Cfr. Hall 2010).

Otro artículo (escrito antes de las elecciones de octubre), en que si bien se trataba como el nuevo protagonismo de Alberto Fernández podría contribuir a la finalización de “la grieta”, partía de una macroproposición en que se iba desconsiderando su capacidad de determinación, ya que se tituló: “Los primeros ensayos para salir de la grieta, condicionados a Macri y a Cristina” (Rodríguez Yebra, 06/10/19, *Lanacion.com.ar*). En su subtítulo se indicaba que: “En Cambiemos se suman dirigentes que buscan líneas de diálogo con el peronismo para normalizar el clima político” (Ibid.); diálogo que en el texto es redefinido como un “cruce de trincheras (...) entre peronistas que portan cartas credenciales de Fernández y cambiemistas que asumen el destino opositor” (Ibid.). Negociación cuya pretensión sería “tallar un campo ancho de coincidencias dentro del cual discorra la política, con un frente más inclinado a la izquierda y otro, a la derecha (...) que se aisle a los extremistas” (Ibid.). Los cuales son descriptos según las palabras citadas de un funcionario de Cambiemos como: “los que piden reformar la Constitución, homenajear a los guerrilleros o meter presos a los periodistas” (Ibid.). Por lo que se asocia a la posible continuidad de *la grieta* con la discursividad retrospectiva del kirchnerismo sobre la historia reciente, lo cual se asemeja a lo anteriormente tratado sobre la noción de “batalla cultural” (Sánchez, 29/09/19,

Clarín.com). Y si se destacaba la voluntad hacia el diálogo luego se sostenía que: “Lejos de sufrir una epidemia de ingenuidad, esos oficialistas admiten que, a la hora de vaticinar un futuro, el modelo de concordia no va primero en las apuestas” (Rodríguez Yebra, 06/10/19, *Lanacion.com.ar*). Ya que esos “dialoguistas de Cambiemos tampoco tienen claro si los gestos racionales de Fernández, de los peronistas tradicionales (...) y de los jefes de La Cámpora son expresiones sinceras” (Ibid.). Aunque ya se han tratado también las ambigüedades, contradicciones, virajes, de la discursividad macrista relativa a *la grieta*, que asimismo har an sospechable su sinceridad en muchos casos. Pero en ambos grupos pueden pensarse las posibles distancias y contradicciones, desde la perspectiva identitaria de la cultura política, entre “lo dicho” y “lo actuado” (Cfr. Giménez 2008), y en su interrelacionalidad con los desenvolvimientos de las identidades políticas en las dimensiones de la “política manifiesta” y la “política oculta” (Ibid.).  Ser a en esa interrelación desde dónde se condicionar an, a Macri y Cristina F. de Kirchner, los ensayos para “salir de la grieta”? Ya que desde la significación global se destacaba la relevancia de ambos, por ejemplo, porque algunos dirigentes “Dudan sobre todo de cómo procesarán el eventual cambio de guardia Macri y Cristina Kirchner” (Rodríguez Yebra, 06/10/19, *Lanacion.com.ar*). Lo cual, como desde lo orientado en la titulación, se puede comprender como un eufemismo que al equiparar la situación política de ambos le resta negatividad a la de uno de ellos (Cfr. Van Dijk 2008). Porque Cristina F. de Kirchner, de resultar victoriosa, aún como vicepresidenta tendr a la posibilidad de mantener cierto protagonismo eventualmente, pero en cambio ser a más improbable la capacidad de Macri para mantener su vigencia tras ser derrotado.

Una titulación algo parecida a la del anterior, y de un artículo que también se publicó antes de las elecciones, es la siguiente: “Macri, Cristina y una grieta que promete eternidad” (Suppo, 08/08/19, *Lanacion.com.ar*). Si bien en este también se trata la cuestión del nuevo protagonismo de Alberto Fernández, se enfatiza en no atribuirle relevancia para terminar con “la grieta”, tal como se va implicando desde la significación global. Se asemeja a los anteriores por asociar al “otro grupo ideológico” con supuesta irracionalidad, lo que comienza sugiriéndose desde su entradilla, en que “la grieta” se define como: “Hija de los desvaríos hegemónicos, hermana del conflicto del campo, la grieta” (Ibid.); en lo cual se sobreentiende (y por el contexto comunicacional) la implicación de que “la grieta” ser a consecuencia de las políticas kirchneristas. La asociación con la irracionalidad se replantear  como fanatismo en otro tramo, ya que se afirma que en el “Frente de Todos, como reflejo de su estructura de dirigentes, coexiste un núcleo duro de fanáticos del kirchnerismo, especie de terraplanistas que nunca aceptarán que la estructura de la corrupción de los tres gobiernos fue sistémica y piramidal” (Ibid.). Por el contrario, sobre los votantes macristas se reconocía que estos “no est n borgeanamente unidos por el amor a Macri sino por el espanto que les provoca la idea de un regreso al poder de un grupo sospechado, investigado y juzgado por graves delitos de corrupción” (Ibid.). Esos votantes ser an quienes privilegiarán “la esperanza de un cambio político y cultural por encima de los resultados económicos. Y no soportan la idea de una bendición electoral de la impunidad” (Ibid.). Lo cual se corresponde con lo planteado en un subcapítulo anterior acerca de que la estrategia del oficialismo iba a apuntar hacia los “intereses simbólicos”, identitarios, de los votantes a Macri, con la pretensión de que estos resultar an más decisivos que los “intereses materiales”, económicos, afectados por la crisis económica. En contraposición se entendía que en “el kirchnerismo defienden la idea de que la economía, y su correlato en pobreza y deterioro

de la calidad de vida, es un elemento que gobierna por sobre las variables que privilegian sus adversarios” (Ibid.). Perspectiva sobre los votantes que excedería entonces a las motivaciones del denominado núcleo duro del kirchnerismo, porque se asumía que en el electorado del Frente de Todos:

“conviven los fanáticos que apuestan a los días felices en cadena nacional bajo la tutela de la expresidenta. Y junto a ellos se acercaron algunos que creen que Alberto Fernández impondrá una moderación que rara vez ejerció como jefe de Gabinete. Es la gente que vota al kirchnerismo creyendo que ese candidato presidencial hará desaparecer sus peores características. Pensamiento mágico.” (Ibid.)

El articulista concluye generalizadamente que, en definitiva, los votantes del Frente de Todos estarían motivados irracionalmente, es decir, tanto los fanáticos (que serían los más irracionales) como los que confiarían en la moderación de Alberto Fernández, quienes se autoengañarían en su “pensamiento mágico”. Por el contrario, se reconoce los intereses simbólicos, culturales, de los votantes macristas, que se presupondrían como plenamente racionales y éticos, aunque se muestren indisociables de la unidad provocada por “el espanto” (¿y odio?) hacia el kirchnerismo. Por lo que se desconocerían los componentes racionales de la identidad política de los kirchneristas (como se lo suele hacer desde dicho contexto comunicacional), cuyo único anhelo se suponía que era retornar a “los días felices de la cadena nacional bajo la tutela de la expresidenta”. Así que en el relato se manifestarían los mecanismos de reconocimiento y desconocimiento en que se desenvuelve la “relación imaginaria ideológica” (Cfr. Althusser 2003). Pero también se estaría manifestando la “fantasía ideológica”, a través de la cual se encubriría o disimularía la racionalidad del “otro ideológico”, ¿pero no se mostraría interrelacionada con la ocultación de la propia irracionalidad?, ya que se planteó como la “honestidad”, pensada como un “significante flotante” (aunque podría asumirse como un valor sociocultural), que en los relatos macristas se condensa con el de “anticorrupción”, pueden disponerse en el mecanismo de racionalización ideológica de afectos hostiles antikirchneristas (Cfr. Eagleton 1997; Thompson 2002; Zizek 2003). Además, puede plantearse que el discurso del kirchnerismo se fue haciendo cada vez más racional y realista a medida que durante el gobierno de Macri se intensificaban las dificultades para satisfacer necesidades por el deterioro socioeconómico (el cual se aceptaba en el artículo), y quizá no hubiese sido necesariamente así de no haber sido por esos factores reales, por la realidad social. Ya que en los procesos discursivos ideológicos se producen significaciones que reconstruyen (a través de las dimensiones interrelacionadas de lo imaginario y simbólico) lo “real material”, realidad social que permitió al kirchnerismo acentuar ventajosamente la “lógica diferencial ideológica”. Y si en situaciones críticas por la intensificación de conflictos producidos en las relaciones reales con las relaciones de producción, en que se extreman las contradicciones sociales, y se profundizan las expresiones de los antagonismos ideológicos, puede hacerse superlativa la incongruencia del “orden social” representado en el Otro socio-simbólico, también podría retroalimentarse así a la “fantasía ideológica”, y como reconstrucción fantasiosa de las “relaciones reales” (Cfr. Quiroga 1986; Zizek 2003). Por lo que las significaciones ideológicas kirchneristas y antimacristas pudieron motivarse y expresarse tanto racional como irracionalmente, y articulando intereses simbólicos y reales a través de la “lógica diferencial ideológica”. Lo que en el último artículo tratado se desconocería, porque si las significaciones imaginarias ideológicas se desenvuelven dialógicamente entre lo racional e irracional, el autor solo consideraba a el fanatismo irracional

del “otro grupo ideológico”, como se lo suele hacer en la prensa antikirchnerista y pudo observarse en distintos ejemplos.

La interrelación de la denominada *grieta* con la problemática de la vinculación entre las diferencias ideológicas con las desigualdades socioeconómicas se ha enfocado desde otra perspectiva en la prensa antikirchnerista. De la cual puede servir de ejemplo un artículo que también se publicó durante el período preelectoral del 2019, en cuyo título se apuntaba a esos comicios: “Dos países en pugna, en un final dramático” (Liotti, 21/07/19, *Lanacion.com.ar*). Así que en el mismo vuelve a encontrarse la dicotómica expresión que se ha venido reiterando sucesivamente: “Dos países”, y en especial lo que se citaba de la ministra de Cultura Teresa Parodi, es decir que en la Argentina “dos países estuvieron todo el tiempo en pugna” (Russo, 05/10/14, *Infonews.com*). Y lo que separaría a esos dos supuestos países sería “la grieta más profunda” (Liotti, 21/07/19, *Lanacion.com.ar*), la que “fue exacerbada por motivos políticos, pero tiene un sustento tangible” (Ibid.). Sustento basado en distintos factores, como que la gestión de Macri tenía (según un trabajo de la Universidad de San Andrés) en el segmento socioeconómico alto “el apoyo del 57%, aunque en la clase baja solo del 25%. Y en el centro del país la acompaña el 54%, mientras que en el Gran Buenos Aires la valida el 22%” (Ibid.). Con relación a esos datos se cita la opinión del licenciado Alejandro Katz, quien respecto a las próximas elecciones opinaba que:

“Los dos candidatos expresan países muy diferentes; reales, no imaginarios. El oficialismo refleja un país relativamente moderno, próspero, dinámico y abierto al mundo, y tiene una localización geográfica precisa en el centro del país. Y el peronismo expresa las provincias pobres del norte y del sur, y los conurbanos de las grandes ciudades. Son dos países cada vez más distanciados, no solo por lo que representan hoy, sino como proyectos de sociedad, como formas de imaginar el futuro, como estructura de producción simbólica.” (Ibid.)

A lo cual puede contraponerse otra perspectiva, la de que existiría un único, heterogéneo, diverso, contradictorio, desigual, y antagónico país, el “real”, que es representado desde distintas “significaciones imaginarias ideológicas”, reconstructoras de lo real mediante las dimensiones interrelacionadas de lo simbólico e imaginario. Significaciones ideológicas que también se caracterizan por representar significados sociopolíticos y socioculturales, implicados en relaciones conflictivas de poder, y disputados discursivamente en relacionamientos intergrupales en el contexto de la cultura política. Por lo que el planteo de la última cita, reimplementado para fundamentar el propio relato del articulista, puede definirse como un discurso ideologizado en que se reconstruye “lo real” a través de las dimensiones interrelacionadas de lo simbólico e imaginario.

Además, si la denominada *grieta* se sustentaría determinadamente en la división de clases sociales y zonas geográficas, como se planteaba en el artículo, ¿no habría que reconsiderar la proposición, tan reiterada desde la prensa antikirchnerista principalmente, y algo discutida, pero que también se ha llegado a aceptar desde parte de la prensa kirchnerista, de que *la grieta* también se caracterizaría por haber confrontado, separado, a familiares, amigos, compañeros de trabajo, etc.? Lo que en cambio puede repensarse comprendiendo a lo político sin correspondencias simplificadoras con las cuestiones de clase, es decir desde la perspectiva de la no necesaria correspondencia entre las ideologías y las clases sociales (Cfr. Hall 2010); pero a su vez sin desconsiderar que “todas las articulaciones son verdaderamente relaciones de «correspondencia no necesaria»”

(Hall 2003: 33). Por lo que no se trata de implicar que necesariamente no haya correspondencia, es decir, que las ideologías y las clases sociales no puedan articularse en ciertos contextos, aunque sean temporales (Cfr. Hall 2010). Por el contrario, las clases o fracciones de clases, y otros tipos de movimientos sociales, pueden articularse por medio de prácticas conflictivas con formaciones ideológicas que les permitan volverse efectivas históricamente (Ibid.), lo que habría logrado el kirchnerismo.

Respecto a la perspectiva sobre las vinculaciones entre la realidad socioeconómica con el posible fin, o continuidad de “la grieta”, puede retomarse lo que se había tratado con relación a un artículo expuesto en el primer subcapítulo: “Kirchneristas vs macristas. ¿se puede cerrar la grieta?” (Moreno, 9/8/16, *Lanacion.com.ar*), publicado al comienzo del mandato de Macri. En el cual se encontraba cierta coincidencia entre distintos intelectuales, entre ellos el filósofo e ideólogo macrista A. Rozitchner, quien afirmaba que *la grieta* se iría cerrando a medida que ese nuevo gobierno fuese consiguiendo logros concretos (Ibid.). Lo que se correspondía con la opinión de que la denominada *grieta* concluiría siempre y cuando se produjese crecimiento socioeconómico, pero que si no seguiría siendo utilizada como herramienta en las luchas de poder (Ibid.). Entonces se planteó que los cambios de actitud de ese gobierno con respecto a *la grieta* también pudieron ser consecuencia del fracaso de las políticas económicas de la gestión de Macri, que ante cada situación electoral (como se pudo observar en el recorrido de la investigación) exacerbó la agrietada polarización en su comunicación política. Desde el artículo mencionado también se había expuesto una cita de un discurso pronunciado por Macri en la Sociedad Rural: “Antes era «ellos o nosotros». Eso se terminó. Ahora somos todos juntos” (Ibid.), en el que aún reafirmaba parte de la discursividad en que prometía “cerrar la grieta”. Aquella afirmación de Macri sobre la supuesta terminación de la discursividad basada en “Nosotros o ellos”, es decir, en la acentuación de la “lógica diferencial ideológica”, encuentra resonancia con lo enunciado por Alberto Fernández durante las elecciones presidenciales del 2019. Como por ejemplo puede observarse en el siguiente titular: “Votó Alberto Fernández en las elecciones 2019: ‘Vamos a trabajar todos juntos, se terminaron el nosotros y el ellos’” (27/10/19, *Clarín.com*). Lo cual resulta acorde con lo expuesto anteriormente, acerca de que Alberto Fernández expresó su intención de concluir con “la grieta”, definiéndola incluso como un delirio (Guyot, 08/12/19, *Lanacion.com.ar*). ¿Pero se supeditaría dicha intencionalidad y capacidad (tal como habían pronosticado aquellos intelectuales sobre el gobierno de Macri) a como se desarrolle la crítica situación socioeconómica durante su mandato?, ¿y no tendría sentido hipotetizar que, aun consiguiendo el nuevo gobierno logros socioeconómicos concretos, la denominada *grieta* pudiese proseguir? Preguntas que se retomarán en el último capítulo de esta tesis: “Discusión”.

Aunque antes de concluir se pueden retomar cuestiones ya planteadas que atañen más específicamente a las conceptualizaciones de *la grieta* y su porvenir. Porque por ejemplo se habrá podido observar la tendencia a que el concepto se traslade a conflictos que excederían el político-ideológico para el cual se implementó, por el que trascendió, y para el que generalmente suele implementárselo. Como el del conflicto entre el feminismo abortista y los provida, aunque al mismo se lo pretendió relacionar deliberadamente con la conflictividad ideológica conocida como *la grieta*. Pero sería posible que la significación del término continúe expandiéndose pletóricamente en el lenguaje coloquial, distanciándose de las características

del conflicto ideológico que actualmente define, aunque también sería posible que continuase significando a algunas de ellas, como significar una confrontación entre grupos, o intergrupales, que representen diferencias ideológicas, más allá de cuáles fuesen. Lo cual se vincula con un interrogante planteado en el primer subcapítulo, acerca de si en la disputa respecto a las conceptualizaciones se trataba de diferentes definiciones de la misma situación, o se estaban imbricando diferentes situaciones, disputa ideológica discursiva que también incumbe a la reinterpretación o desestimación del término. Aunque tras el análisis del campo interdiscursivo de la prensa digital puede plantearse que se han encontrado significativas coincidencias parciales entre los medios kirchneristas y antikirchneristas, por ejemplo, en la representación de la denominada *grieta* como una confrontación hegemónica. Que por supuesto podría proseguir sin que se la continuase definiendo con la controvertida lexicalización, y posiblemente también sin que continúen siendo vigentes los liderazgos de Cristina F. Kirchner y/o M. Macri, ¿lo cual conllevaría que la enunciación de *la grieta* también se vaya deshabitando?, ¿o resignificando?, o también podría ser sustituida, reemplazada. Interrogantes que también se dejan pendientes para el último capítulo.

V) Discusión.

Según la concepción predominante de la prensa antikirchnerista *la grieta* surgió cuando el kirchnerismo confrontó con el empresariado agropecuario por el aumento de las retenciones a las exportaciones, en una situación socioeconómica de prosperidad y crecimiento, lo cual puede asumirse como indicio de que no habría que supeditar la intencionalidad y capacidad del nuevo gobierno kirchnerista para concluir con la denominada *grieta* a que pudiesen conseguirse mejoras en la situación socioeconómica, tal como se hubo pronosticado sobre el gobierno de Macri. Porque dicha confrontación entre el kirchnerismo con el empresariado agropecuario se fue caracterizando por interrelacionar conflictos por intereses reales, materiales, socioeconómicos, con diversos intereses simbólico-culturales e identitarios, articulándose en la diferenciación antagonista de las identidades políticas grupales (en sus redes identificatorias interinstitucionales, intergrupales: grupos políticos, mediáticos, económicos, etc.) desenvueltas en el campo de la cultura política. Confrontación que en la prensa kirchnerista también se planteó como anti hegemónica, aunque inversamente desde sectores de prensa antikirchneristas la misma situación conflictiva se asumió como decisiva para interrumpir los planes hegemónicos del kirchnerismo. En el campo interdiscursivo se coincide en representar a *la grieta* como una disputa hegemónica, aunque la mayoría de las veces es atribuyendo la característica hegemónica a la otredad ideológica antagonista. De un lado se presentó al empresariado agropecuario, a los medios de comunicación afines, y al macrismo representante de sus intereses como “el poder neoliberal hegemónico”, y por el otro se enfatiza en la vocación hegemónica (incluso asociándola con lo irracional) del kirchnerismo, la cual habría heredado del peronismo del siglo pasado. En las enfrentadas definiciones de la misma situación política también podrían proyectarse deseos hegemónicos, o más precisamente las “voluntades de poder hegemónicas grupales”. Confrontación hegemónica que fundamentó la viabilidad de estudiar a la cultura política como el campo en que se desarrollan luchas

discursivas ideológicas intergrupales por hegemonizar política y culturalmente, pudiendo redefinirla, transformarla, como lo hubo hecho el conflicto denominado *la grieta*.

Los conflictos de intereses y luchas de poder se fueron vinculando con parte de la historia argentina; su revisionismo se fue entramando en la narrativa política; de tal modo se analizaron disputas ideológicas respecto a definiciones antagónicas de la situación histórica de los años setenta, disputa discursiva que se articuló en la “lógica diferencial ideológica e intergrupal”. En relación con dicha disputa ideológica, pudieron ejemplificarse distintas operatividades en torno a significantes específicos indisociables de interpretaciones de la historia reciente, como el lema emblemático de lucha contra las violaciones de los Derechos Humanos durante la dictadura: “Nunca más”. Operatividad discursiva ideológica que ejemplificó cómo puede tratar de desarticularse un significante (sintagmático en este caso) de un sistema de significados ya articulado y prevaleciente, y reinsertarlo re-articuladoramente dentro de otra cadena de connotaciones (como “corrupción”, “mentira”, “impunidad”), mientras que a su vez se opera reestructurando retroactivamente en relecturas del pasado a los significados históricos, anudándolos a una red ideológica de significantes diferente (Cfr. Hall 2010; Žižek 2003). Esa operación implicaba una reinterpretación de los delitos de “lesa humanidad” cometidos por la dictadura a través de eufemismos que minimizan la gravedad de las acciones negativas de los grupos (Cfr. Van Dijk 2008), del gobierno cívico-militar como red intergrupal, cuyas acciones pasadas pretendían reinterpretarse acordes con los valores de una “cultura política democrática”. Otro sintagma en torno al cual giró la disputa revisionista entre prácticas discursivas fue el de los “dos demonios”, teoría con la que también se pretendía redefinir a los significados de la “historia real”. Se trata de confrontaciones discursivas entre significaciones imaginarias ideológicas por imponer reconstrucciones de lo “real histórico” en entramados del “sentido común”, más precisamente, entre la narrativa de centroizquierda (e izquierda) en cuya prevalencia e institucionalización fue clave la participación del kirchnerismo y el contrapuesto revisionismo de la centroderecha (o derecha).

Esta discursividad retrospectiva comenzó caracterizando a la comunicación (psico) política del kirchnerismo, siendo posteriormente implementada por el PRO en su acentuación de la “lógica diferencial ideológica”, pero fue el kirchnerismo el movimiento que empezó a destacarse por reelaborar sus significaciones imaginarias ideológicas desde la reconstrucción de lo “real histórico”, reconstruyendo un “mito ideológico grupal” vinculado al peronismo izquierdista de los setenta, desde el cual se entramó la reconstrucción de la propia identidad política del grupo y sus liderazgos. Dicho grupo político se autorepresentó, difundió, comunicó, una narrativa épica de la historia parcial del movimiento peronista, a través de la recreación de una simbología grupal, y estableciendo así su propia mitología ideológica (Cfr. Eagleton 1997). Mito ideológico grupal tratado como una de las significaciones imaginarias que construyen los grupos políticos, narrando su origen, sosteniéndose en la historia real y entrecruzándose con la ilusión ideológica grupal (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986; Fernández 1989). Estas significaciones imaginarias ideológicas grupales también se mostraron interrelacionadas con la “lógica diferencial ideológica”, porque aunque la reconstrucción del imaginario grupal kirchnerista fue anterior e irreductible a su polarización con el macrismo, se inspiraría en la recuperación de un discurso setentista que constantemente se representa en su diferenciación antagónica de la ideología derechista

que identificó a la red intergrupala que conformó la dictadura cívico militar, y en la que militantes kirchneristas incluyen a grupos empresarios (como el del sector agropecuario) y mediáticos (principalmente el Grupo *Clarín* y el diario *La Nación*), y posteriormente al mismo Macri (además de su grupo económico) y su partido. Por lo que la reconstrucción de las significaciones imaginarias ideológicas de la identidad política grupal kirchnerista no puede comprenderse en su complejidad sin considerar la “lógica diferencial ideológica e intergrupala”, aunque su identidad sea irreductible a su diferenciación con el grupo político macrista, ya que las referencias ideológicas de sus propios emblemas, desde las que se significa el contexto histórico-político e institucional (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986), como la narratividad de las experiencias de la juventud peronista de los setenta, también se sostienen en una red de identificaciones y transferencias con los fundadores del peronismo: Perón y Evita. Desde esta historia del peronismo se analizó cómo fue engendrándose en su propio imaginario grupal una “lógica diferencial” que también se denominó binaria, combativa, de “amigo- enemigo”, ya que desde el derrocamiento, proscripción y persecución del movimiento político se habría ido incorporando una acentuada “lógica diferencial ideológica” como formación reactiva de una identidad política perseguida y atacada, traumada.

La combativa historia del peronismo en que se entrama la cultura política argentina predispondría también al tipo de lexicalizaciones como “batalla cultural”, que se demostró interrelacionada a la conflictividad ideológica denominada *grieta*, ya que son nociones desde las que se significa la realidad política y social a través de representaciones culturales e ideológicas, o más precisamente se representarían ideológicamente a los conflictos y luchas de poder inherentes a la cultura política (García Canclini 2004; Hall 2010; Schneider & Avenburg 2015). *Grieta* cuyo surgimiento también se analizó articulando perspectivas tanto desde la prensa kirchnerista como antikirchnerista, ya que desde la perspectiva de la sobredeterminación sociocultural el conflicto sociopolítico actual estaría predisposto por la historia del peronismo y se habría empezado a conformar durante los “Juicios de la Memoria, Verdad, Justicia”, disponiéndose mediáticamente durante la disputa por la resolución 125 entre el kirchnerismo con las patronales agrarias. Lo cual también se fundamenta desde la perspectiva de las confrontaciones ideológicas entre redes intergrupales, interinstitucionales, por la ligazón político-ideológica de la Sociedad Rural con la dictadura cívico militar, cuyos vínculos con los periódicos argentinos catalogados como hegemónicos -*Clarín* y *La Nación*- fueron judicializados con el impulso del kirchnerismo⁵¹. Estos diarios se manifestaron insistentemente como representantes de los intereses del sector agropecuario, y también demostraron su discordancia -en mayor o menor grado según los casos- con el re-juiciamiento a los militares. Desde la perspectiva de la sobredeterminación es fundamental analizar cómo la conflictividad ideológica conformada a partir de esos sucesos luego se mantuvo y reforzó, retroalimentó, por

⁵¹ Además, partiendo de la discursividad expuesta de sus principales líderes, el kirchnerismo habría conseguido reorientar el resentimiento al gobierno militar de sectores de la sociedad transfiriéndolo a esas instituciones mediáticas específicas (principalmente al Grupo *Clarín*), para lo cual también se implementaron hipérboles que connotaban el uso psicopolítico de la discursividad retrospectiva. Lo que por supuesto no pretende implicar (como se lo hace en la prensa antikirchnerista) que no existía un interés ideológico de los líderes kirchneristas respecto a la historia reciente, sino que si ese tipo de discursividad no hubiese sido tan efectiva en su estrategia de conformación de su propio movimiento, quizá no se hubiera implementado tan recurrentemente, como también se hubiese hecho necesaria otra diferente, más cercana al peronismo ortodoxo, por ejemplo.

hechos y circunstancias que la fueron actualizando, como la consolidación del macrismo neoliberal como movimiento político, representante de los intereses de la red intergrupala antikirchnerista, y cuyo aprovechamiento estratégico de *la grieta* se reconoce en su prensa afín.

Si se planteó que la identidad política kirchnerista se conformó antes de su confrontación con el macrismo (en su sentido explícito, partidario), inversamente se encontraron fundamentos para comprender a la conformación de la identidad política macrista desde su oposición ideológica al kirchnerismo. Se trata del partido político que representó los intereses reales y simbólicos de la red intergrupala antikirchnerista, haciéndose su diferenciación antagónica con el kirchnerismo indisociable de las propias significaciones imaginarias ideológicas del grupo político, y a través de operatividades discursivas específicas. Si la idealización del liderazgo de Macri habría podido sostenerse principalmente por ligazones afectivas hostiles antikirchneristas productoras de efectos unitivos en la masa macrista (Cfr. Freud 1979), esas ligazones también se fueron forjando a través de relatos mediáticos en que el kirchnerismo era definido insistente y etiquetadoramente como un movimiento corrupto, autoritario, irracional, etc. Desde dicha diferenciación se pudieron articular en la ideología neoliberal macrista los significantes de “transparencia”, como sinónimo de honradez y honestidad, anticorrupción, republicanism, etc., operando como “significantes flotantes” (Cfr. Žižek 1998; 2003). Discursividad antikirchnerista que en varios casos se mostró vinculada con el antiperonismo histórico, ya que desde la “lógica diferencial ideológica” esa red intergrupala también forjó una narratividad basada en la que sería la principal trama de la historia de la cultura política argentina: la oposición “peronismo-antiperonismo”, devenido en “antikirchnerperonismo”⁵².

Antikirchnerismo que habría predispuerto el lenguaje belicoso que se fue acentuando durante la campaña para las elecciones presidenciales del 2019, contienda que fue equiparada implícitamente por el líder de Juntos por el Cambio con la “guerra de la Independencia”, implicándose así también la delimitación del rival kirchnerista como un “enemigo”, un “no argentino”, de “otro país”, a través de un artificio extranjerizante (Baudrillard & Guillaume, 2000). Pero también se extranjerizaría artificialmente cuando se igualaba a las guerrillas vernáculas de los años setenta con el terrorismo internacional fanático religioso contemporáneo, o en la denominación del “otro idioma” en alusión al “lenguaje kirchnerista”, y a su vez en el sintagma dicotómico de los “dos países” que fue utilizado desde ambas grupalidades antagónicas para describir el agrietamiento. Extranjerización artificial, entonces, que como figuración de alteridad se articuló de distintos modos con la “lógica diferencial ideológica”, en que también podría sustentarse la ilusión ideológica grupala, recreando la identidad política de los grupos. Por ejemplo, en la discursividad extranjerizante (macrista) se articulaban también otras

⁵² Aunque en su práctica política Macri haya distinguido entre su antikirchnerismo y el peronismo en general, disimulando el antiperonismo de la mayor parte de su espacio, lo que muchas veces no se hace en la prensa escrita identificada con el macrismo, lo que también estaría condicionado por el tipo de público habitual de dicha prensa. Pero cuando Macri en el 2019 postuló como candidato a vicepresidente al peronista Pichetto, dicha prensa lo asumió como una estrategia que incluso podría darle la victoria y lo destacó por su diatriba derechista, aunque la única virtud que se le reconocería como peronista sería la de su posibilidad de atraer más peronistas, lo que prácticamente no sucedería. Así también desde antes Macri forjó alianza con otros senadores provenientes del Partido Justicialista (además de incluir figuras con pasado peronista en su gobierno, algunas de las cuales podrían asumirse como casos de transformaciones de identidades políticas), aunque estuvo constantemente atravesada por discordias, incluso al punto de disolverse. Pero en parte de su práctica Macri buscó heterogeneidad sin menoscabar en sus incongruencias ideológicas negociando con la otredad en su búsqueda de hegemonizar (Cfr. Eagleton 1997), disimulando el antiperonismo de la mayor parte de su sector distinguiéndolo del antikirchnerismo.

operatividades, como el intento de rearticular, enredar, el significante “libertad” en la red ideológica de significaciones, lo cual también implicaba a la búsqueda de asociación del kirchnerismo con el autoritarismo y lo antidemocrático, además de lo extranjerizado. A su vez se operativizaba la incidencia de los discursos ideológicos sobre lo ya mitificado (la guerra libertadora) como una búsqueda de significación y a la vez como deformación, tergiversación, de los sentidos contingentes de lo “real histórico” (Cfr. Barthes 1999). Recurrencia de ese grupo político al mitificado surgimiento de la República que pudo revelar la carencia de una propia mitología ideológica grupal, una exigua conformación de esa significación imaginaria componedora de las identidades grupales (Cfr. Del Cueto & Fernández, 1986; Fernández, 1989). Ya que, si los mitos grupales se entrecruzan con lo ilusorio, imaginario (Ibid.), en este caso ante la vacuidad de una narrativa que fundamente los orígenes grupales es que se habría potencializado, autonomizado, la ilusión ideológica grupal, como también por la frustración ante la comprometida situación electoral, impotencia que formaría reactivamente ilusiones omnipotentes en los grupos (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986). Esta omnipotencia se encarnaba en el discurso de Macri, avalado por la prensa oficialista y su público, en que resultaba implícitamente equiparado al Libertador General San Martín, tendiendo así a absolutizar imaginariamente su liderazgo. Pero dicha discursividad, ¿revelaría la carencia o más específicamente las limitaciones de una propia mitología ideológica grupal?; es decir, ¿lo obstaculizador que hubiera resultado un sinceramiento respecto a los emblemas histórico-ideológicos del grupo político, por lo contradictorio, inaceptable, poco consensual, que hubiese sido con generales dictatoriales más próximos histórica e ideológicamente a aquellos con los que se estableciera una identificatoria equiparación histórica? De todas formas, se ejemplificó cómo habría tratado de enarbolar una dictadura prodemocrática en el mito ideológico grupal del PRO desde su revisionismo de la historia reciente, discursos de articulistas y/o funcionarios que connotarían una identificación ideológica parcial con la dictadura cívico militar. Aunque si esa narrativa mítica no habría llegado a conformarse lo suficiente, pudo ser por cierta falta de consensualidad en la red intergrupal que el partido político lideraba, lo cual se habría manifestado intensificándose las contradicciones ideológicas internas de los aparatos ideológicos del Estado (Althusser 2003), como se ejemplificó. A su vez dicha limitación consensual sería indisociable de la prevalencia de una de las visiones sobre la historia reciente en el “sentido común”, aunque en lo relativo a éste exista una lucha ideológica al respecto, es decir que no sería una predominancia sin resistencias importantes.

Que la identidad política macrista se haya ido conformando a partir de acentuar la “lógica diferencial ideológica” con el kirchnerismo también explica que se haya basado la campaña electoral del 2019 en la profundización y explotación de *la grieta*. Ya expusimos cómo se pasó de una discursividad en que se expresaba una supuesta intencionalidad de superar la agrietada polarización a un replanteamiento estratégico que habría estado condicionado por los fracasos en políticas socioeconómicas del macrismo. Se apuntó a los intereses simbólicos, identitarios de los votantes, con la pretensión de que resultasen más influyentes, favorecedores y decisivos que los intereses materiales, como ganancias, sueldos, impuestos (Cfr. Giménez 2008). Narratividad política que se fue absolutizando, excediendo las racionalidades y adoptando categorías secularizadas como la “batalla por el alma de la Argentina”, y aprovechándose este tipo de discursividad para definir y redefinir identidades y enemigos (Cfr. Giménez 2008), ya que se sobreentendía que dicha “batalla” era con el extranjerizado “enemigo

kirchnerista” ante cuyo antagonismo se recreaba la propia identidad política macrista. Y en este caso la tendencia a la absolutización imaginaria de la discursividad política, indisociable de ilusiones (o fantasías) ideológicas grupales, pudo ser un modo de encubrir, disimular la escasez de proyectos y objetivos del grupo político, los cuales surgen desde las significaciones imaginarias grupales (Del Cueto & Fernández 1986; Fernández 1989). Por lo que ante alguna inespecificidad respecto a los intereses reales y simbólicos grupales es que se habría ido absolutizando imaginariamente la discursividad basada en la “lógica diferencial ideológica”, la cual, en este caso, también habría condicionado la absolutización imaginaria del liderazgo, ya que desde “la batalla por el alma de la Argentina” se fue asociando la contienda electoral con la “guerra de la Independencia” libertadora, implicándose la equiparación entre el líder y el prócer libertador.

La *libertad* también fue asociada en la misma discursividad de Macri con el *miedo*, el cual a su vez se relacionó en relatos mediáticos kirchneristas con el *odio* de la alteridad ideológica macrista. Lo que podría reformularse con un apotegma: “por el miedo a perder la libertad se odiaría más al que supuestamente querría arrebatársela”, significantes que se encadenarían en un desenvolvimiento afectivo parcialmente inconsciente, mensaje paranoico que se contendría latentemente en esa discursividad ideológica. Se trata de un posicionamiento paranoico inherente a algunos discursos en que se fueron destacando las manifestaciones de afectividad hostil en la conflictividad ideológica intergrupala. Y si en el marco teórico se había criticado a Jameson en que reduciría las relaciones intergrupales y las cohesiones identitarias grupales a los componentes pulsionales y afectivos hostiles y a lo irracional, que pueden ser predominantes en el despliegue, autonomización del nivel imaginario, se puede destacar en este punto a su interrelación con lo socio-simbólico-histórico, desde una perspectiva psichistórica también. Ya que por ejemplo en un sector el odio se mostró vinculado más directamente a traumas políticos de la “memoria colectiva (o social)” sobre la historia reciente, como en los casos en que se “desobjetalizaba” a Macri; aunque desde la prensa antimacrista se suele definir al macrismo neoliberal como característicamente odioso. Por el contrario, en la prensa macrista se tendía más o menos explícitamente, según los casos, a reconocer el odio de parte de la sociedad hacia el kirchnerismo (en especial a figuras emblemáticas del mismo), e incluso se lo planteaba como una de las motivaciones del macrismo en disponer estratégicamente de *la grieta*. Odio de un sector social que tiene una visión sobre la historia reciente que es antagónica al de la grupalidad política odiada: ¿entonces se puede conjeturar que la hostilidad de ese sector antikirchnerista (o parte de este) también se vincularía con el revisionismo histórico? Causalidad hostil que estaría reprimida (en el sentido laxo de represión, como mecanismo defensivo), así que esas manifestaciones de odio también podrían pensarse como “retorno de lo ideológico reprimido”, parafraseando a Hall (2010). Esta represión se vincularía con lo antedicho acerca de que en el “sentido común” predominaría una de las visiones sobre los años setenta, predominancia resistida ideológicamente, que a su vez también podría explicar (al menos en parte) que la idealización del liderazgo de Macri se haya sostenido en una racionalización ideológica de las unitivas ligazones afectivas hostiles antikirchnerperonistas. Afectividad hostil desde la que cundían interpretaciones paranoicas de la antagónica alteridad ideológica (especialmente por parte del por entonces presidente y de la dirigente E. Carrió), combinando extranjerización con absolutización. Extranjerización artificial que a través de una discursividad absolutizada extremó la “lógica diferencial” desde la cual se recrearon las significaciones

imaginarias ideológicas del grupo político, especialmente la ilusión ideológica grupal, muy vinculada en este caso con la red de transferencias negativas, hostiles, hacia el kirchnerismo, afectividad hostil en que se ligaba la red identificatoria y transferencial entre los macristas y sus líderes.

Por otra parte, el desenvolvimiento de las ilusiones ideológicas en el movimiento kirchnerista permite contrastar perspectivas acerca de cómo los procesos de significación ideológica son atravesados por la instancia imaginaria en sus representaciones de las relaciones “reales” (Ibid.). Por un lado el componente ilusorio del mito ideológico grupal, en su reconstrucción parcial de lo “real histórico”, revelaría la capacidad transformadora, creadora de lo imaginario, como posible expresión de lo “imaginario social instituyente” (Cfr. Castoriadis 1989; 1994; 2008). Pero la ilusión (o fantasía) ideológica se habría desenvuelto de un modo diferente al tratarse de aprovechar psicopolíticamente de la manipulación de los datos del Indec, porque en esa reconstrucción de “lo real” a través de las significaciones imaginarias ideológicas se habría potencializado lo irracional, engañoso, disfuncional de lo imaginario⁵³. Ilusión ideológica grupal también analizada como una reacción omnipotente ante la impotencia frustrante (Cfr. Del Cueto & Fernández 1986) de no poder reducir la pobreza. Además, sería un ejemplo de cómo las ilusiones (o fantasías) ideológicas no sólo conformarían un poder estructurante, sino que también podrían tender a desestructurar disfuncionalmente a las grupalidades políticas. Aunque son las mismas significaciones imaginarias ideológicas grupales (el imaginario grupal) las que se piensan en su irreductibilidad a lo estructural, así como su “lógica” lo sería a lo “racional-real” (Cfr. Castoriadis 1989; 2008), problemática fundamental de la teoría política e histórica (Cfr. Castoriadis 1989) y de la conflictividad ideológica “sui generis” denominada *la grieta*.

Denominación construida por los medios de comunicación considerados hegemónicos y sobre la que se contrastaron contrarias construcciones de significado en la controversia ideológica por redefinir a la misma situación sociopolítica conflictiva, ya que las significaciones de “la grieta” se disputan al rearticularse en distintas cadenas de asociaciones, significados y resignificaciones (Cfr. Hall 2010; Zizek 2003). Discursividades mediáticas que reconstruyen un conflicto sociopolítico real⁵⁴ desde diferentes significaciones imaginarias ideológicas que sostienen a redes intergrupales confrontadas por luchas de poder, en que se articulan intereses reales, simbólicos e imaginarios. Resulta congruente con lo anterior, entonces, plantear a *la grieta* como una “significación imaginaria social” cuyas resignificaciones se disputan en el imaginario social desde contrarias significaciones imaginarias ideológicas.

Si las reconstrucciones narrativas y mediáticas del conflicto sociopolítico se enmarañan en diferentes significaciones imaginarias ideológicas, pueden pensarse algunas de las ilusiones (o fantasías) ideológicas que subyacerían en la disposición discursiva de *la grieta*. Por ejemplo, se ha expuesto cómo desde el sector

⁵³ Lo cual también habría contribuido a la elaboración de la despectiva denominación de “relato K”, conceptualización que consistiría, como se reformuló, en la crítica al tipo de discursividad ideológica en que se reconstruiría “lo real” potencializando lo imaginario, y en su atravesamiento por la “fantasía ideológica” (Cfr. Zizek 2003).

⁵⁴ Formulación desde la que también podría comprenderse lo planteado acerca de las complicadas relaciones que existen entre la discursividad predominante que instaló la lexicalización de *la grieta* y lo que se comprendía como “la verdadera grieta”, “la objetiva” (real), o diversidad de grietas, como las socioeconómicas.

antikirchnerista se asocia el surgimiento de “la grieta” a una supuesta irracionalidad de la otredad ideológica antagonica, porque si las significaciones imaginarias ideológicas se desenvolverían dialógicamente entre lo racional e irracional se suele enfatizar prejuiciosa y sobregeneralizadamente en los aspectos irracionales del “otro grupo ideológico”. Irracionalidad que por ejemplo se asociaría con los significantes: anormalidad, fanatismo, o incluso autoritarismo (vinculado con la vocación hegemónica), como también sería relacionable con la endilgada corrupción desenfrenada. Discursividad en que se estaría manifestando el goce de la “fantasía ideológica” (Cfr. Zizek 2003), repensándola en su deseo de encubrir o disimular prejuiciosamente la racionalidad del “otro ideológico”. Pero si esa narratividad expresa a la ilusión ideológica como significación imaginaria grupal, se debería a su poder cohesivo de la identidad política grupal a través de la “lógica diferencial ideológica”, desde la que se representan polarizadamente “auto-atruciones de superioridad y atruciones de inferioridad o ‘diferencia’ a otros” (Van Dijk 2005: 29). Al presentarse a la grupalidad antagonista como representadora de lo irracional, fanático, corrupto, etc., es decir “lo malo” e inferior, se la opone dicotómicamente a la grupalidad que representaría lo racional (significante asociado con lo normal, honesto, justo, republicano, etc.), es decir “lo bueno” y superior⁵⁵ (Cfr. Van Dijk, 2005; 2008, etc.). Entonces, que la denominada *grieta* se haya ido significando como una confrontación entre “lo bueno y lo malo” es lo que también habría permitido racionalizarla para implementarla estratégicamente, representándola desde parte de ese espacio político (que supuestamente tanto pretendía concluir o solucionar) como aquello que no estaba “tan mal”, o de lo que se admitía estar “a favor”, o que habría tenido “mucho para dar”. Expresiones en que se implicaría y/o explicitaría el reconocimiento de que *la grieta* pretendía aprovecharse estratégica y psicopolíticamente. Además, la acentuación de la irracionalidad del kirchnerismo, sobregeneralizándola a toda práctica política de la grupalidad, también habría servido para justificar las propias acciones (como por ejemplo medidas económicas) desde la “lógica diferencial ideológica”, como cuando Macri trataba de “loca” a la expresidenta por oponerse acérrimamente al nuevo acuerdo con el FMI.

Por parte del sector mediático kirchnerista se encontraron distintas actitudes críticas hacia la controvertida lexicalización, ya que por ejemplo se proponía desecharla, pero también reinterpretarla, resignificarla; con respecto a la posibilidad de desecharla, esta podría resultar contradictoria con criticar a “la grieta” como una operación discursiva construida por los poderosos medios definidos como dominantes, hegemónicos. Por lo que resultaría más probable que consiguiesen resignificarla, ¿para después, sí, poder irla sustituyendo, reemplazando? Desde ese contexto comunicacional se la critica como una operación discursiva formadora de significaciones que distorsionarían falazmente, imaginariamente, las desigualdades sociales de las relaciones de producción, a los antagonismos entre clases sociales, siendo funcional a intereses hegemónicos. Aunque también se habrían enmascarado las desigualdades socioeconómicas cuando se distorsionaban

⁵⁵ Ese acrecentado sentimiento de superioridad grupal también podría considerarse desde la perspectiva psicoanalítica como un complejo que se formaría reactivamente por algún sentimiento de inferioridad, ¿vinculado con las pletóricas fuentes simbólicas, identitarias, de esa otredad ideológica y su poderío hegemónico? Lo cual también motivaría el intento de desvalorizar la identidad política del otro grupo, por ejemplo, poniendo en entredicho sus intereses simbólicos como parte de un “relato” que encubriría al principal o único motivador, es decir los intereses mercantiles y corruptos.

significativamente los índices de pobreza durante el mandato kirchnerista. Sin tampoco desconsiderar que durante el gobierno de Macri pudieron intensificarse los conflictos de las relaciones reales con las relaciones de producción, las incongruencias sociales, extremándose las expresiones de antagónicas reconstrucciones ideológicas de las “relaciones reales” (Cfr. Quiroga 1986; 1998). Lo cual a su vez condicionaría al macrismo en su intento de profundizar y explotar *la grieta*, cuya narrativa parece tener como principal argumento más que negar o enmascarar los antagonismos sociales el implicarlos como consecuencias de la potencialidad hegemónica peronista desde mediados del siglo pasado. Narración reconstructora de lo “real histórico” desde significaciones imaginarias ideológicas indisociables de la “lógica diferencial”, porque en ese relato intenta adecuarse por ejemplo la representación de la alteridad ideológica (incluyendo tanto a dirigentes y militantes como a votantes) primordialmente irracional, anormal, incongruente.

El análisis de los discursos sobre *la grieta* también reveló lo que sería una de las características posmodernas de la cultura política, porque dichas prácticas discursivas tienen entre sus escenarios principales al ciberespacio. En las nuevas formas de comunicación se intensifica la emocionalidad siendo aprovechada por la psicopolítica digital (Cfr. Han 2014); se evidenció cómo los distintos medios digitales son cada vez más usados para comunicaciones (psico) políticas. Comunicación digital que contendría tonalidades “espectrales” (Cfr. Baudrillard & Guillaume 2000), tales las manifestaciones de violencia discursiva ideológica que encontraron un modo de expresión particular en los nuevos medios comunicacionales como campo de la “lucha en el discurso” (Hall 2010: 178). Emociones violentas y anómicas expresadas a través de una comunicación distante, agrietada, en que la alteridad quedaría eclipsada por la ideologización (como en la extranjerización), comunicación que acerca a la distanciada y diferente otredad ideológica odiada, incentivando expresiones de odio (Cfr. Baudrillard & Guillaume 2000; Valdetaro 2017).

Otra característica posmoderna de la cultura política que se destacaría en este estudio es la del protagonismo político de las mujeres, que se habría vuelto aún más trascendental con la instalación mediática de *la grieta* durante la consolidación del liderazgo de Cristina Fernández de Kirchner. Lo que se manifestó, por ejemplo, en que la cuestión del género se haya planteado por Cambiemos como uno de los ejes sobre los que iba a pronunciarse la “batalla cultural”, lo cual pudo ser un error de comunicación política de ese partido, ya que se habría tenido la pretensión de contrarrestar, negar e intentar reconstruir la discursividad kirchnerista que definía e imponía la representación estereotipadora de un macrismo violento y machista, pero para contrarrestar esa discursividad más que asociar la problemática de género con la combativa y controvertida noción de “batalla cultural”, hubiera debido cuidarse el tipo de diatribas contra Cristina Fernández de Kirchner que la prensa identificada con el kirchnerismo ha definido como expresión de “violencia de género” o machismo. Diatribas que fueron pensadas desde la perspectiva de cómo la diferencia sexual enlaza inconscientemente con “la molestia del goce del Otro” (Valdetaro 2017: 12), goce que en estos casos se destacaría por lo ideológico. Ya que la identificación ideológica con la lideresa se habría apuntalado de una forma especial en la masa femenina kirchnerista, expresando manifestaciones de cierto goce ideológico con tonalidad genérica, el cual habría producido reactivo odio gozoso de la “otra fantasía ideológica” enmarañada con la diferenciación sexual (Cfr.

Zizek 2003; Valdetaro 2017). Pero si la cuestión del género iba a resultar más provechosa para el kirchnerismo se debió también a que su identidad política grupal tendió a articularse con el movimiento social feminista, y asimismo durante la situación en que más se intensificó el debate por el aborto, por ejemplo, al intentarse rearticular el significante “feminista” con los de “popular” y “nacional”, anudándose en la estructuración ideológica del movimiento político (Cfr. Hall 2010; Zizek 2003). Como también se consideró que la cuestión genérica habría podido apuntalar la alianza entre la lideresa con las organizaciones de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, grupo “de interés o de presión” (Giménez 2008: 118) pero que también se ha reconocido como movimiento social (19/12/11, *Argentinainvestiga.edu.ar*). Por lo que el principal logro estratégico del kirchnerismo como movimiento político posmoderno habría sido el conseguir articular en su formación ideológica a fracciones de clases (principalmente de clase baja y clase media), movimientos sociales y medios de comunicación por medio de prácticas conflictivas (Cfr. Hall 2010).

Si dicha articulación entre fracciones de clases, movimientos sociales y medios de comunicación caracterizaría a *la grieta*, se debería a que el macrismo desde la “lógica diferencial ideológica” también consiguió aglutinar a fragmentos de clases (principalmente de clase media y clase alta), medios comunicacionales y contramovimientos sociales (Ibid.). Ya que en su movimiento político neoliberal centroderechista confluyeron tanto el movimiento antiabortista como los sectores que pretenden reinterpretar la historia reciente antagonizando con la discursividad que principalmente se parapeta en las Madres y Abuelas aliadas al kirchnerismo. Confrontación por hegemonizar política y culturalmente entre identidades políticas cuyas significaciones ideológicas articulan intereses “reales” con diversidad de intereses simbólicos e imaginarios, produciendo transformaciones presumiblemente irreversibles en el sintomático malestar de la cultura política argentina denominado *la grieta*.

Antes de concluir, quizá no sea vano añadir algo sobre la cuestión de la orientación ideológica del tesista, que los lectores pudieran haber percibido, por ejemplo, influyendo en la selección del material del corpus. Entonces resulta oportuno aclarar que desde que comencé a construir el objeto de estudio no me planteé el objetivo de encubrir u ocultar que mi “marco ideológico” es de izquierda, por lo que de algún modo u otro iba a encontrar más coincidencias con el kirchnerismo, y a su vez más disidencias con el macrismo. Pero sí he hecho sumos esfuerzos introspectivos para mantener una perspectiva que sea lo más objetiva posible, considerando lo que se ha filosofado sobre la “«objetividad» (...) no como «contemplación desinteresada» (...) sino como la facultad de tener nuestro pro y nuestro contra *sujetos a nuestro dominio* y de poder separarlos y juntarlos” -las cursivas son del autor- (Nietzsche 2013: 174/175). Para así implementar “en provecho del conocimiento cabalmente la *diversidad* de las perspectivas y de las interpretaciones nacidas de los afectos” -las cursivas son del autor- (Ibid.: 175).

VI) Bibliografía.

--Adorno T., Frenkel-Brunswick E., Levinson D., Nevitt Sanford R. (1965) *La personalidad autoritaria*. Caps.: “Prefacio”; “Introducción: A) El problema”. Bs. As: Proyección.

--Aguilar P., Glozman M., Grondona A., Haidar V. (2013- 2014) “¿Qué es un corpus?”. Revista *Entramados y perspectivas* Vol.4, nro. 4.

--Altamirano C. (Director) (2002) *Términos críticos de sociología de la cultura*. Bs As: Paidós.

--Althusser L. (2003) *Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado. Freud y Lacan*. Bs As: Nueva Visión.

--Althusser L. (1967) “Contradicción y sobredeterminación (Notas para una investigación)”. En *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo Veintiuno.

--Baeza M. (2003) *Imaginario sociales: elementos para la discusión teórica y conceptual*. Santiago de Chile: RIL.

--Barthes R. (1970) “Introducción al análisis estructural de los relatos”. En *Análisis estructural del relato*. Bs As: Tiempo Contemporáneo.

--Barthes R. (1999) “El Mito, hoy”. En: *Mitologías*. España: Siglo Veintiuno.

--Baudrillard J. & Guillaume M. (2000) *Figuras de la alteridad*. México: Taurus.

--Belinsky J. (2007) *Lo imaginario: un estudio*. Bs As: Nueva Visión.

--Bourdieu P., Chamboredon J., Passeron J. (2002) “La construcción del objeto”. En *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Bs As: Siglo Veintiuno.

--Bourdieu P. (1982) “La representación política. Elementos para una teoría del campo político”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nro. 36-37.

--Brunner J. (1991) “La psicología popular como instrumento de la cultura”. En *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.

- Carretero Pasín A. (2001) *Imaginarios sociales y crítica ideológica. Una perspectiva para la comprensión de la legitimación del orden social* (Tesis doctoral). España: Universidad de Santiago de Compostela.
- Castoriadis C. (1989) *La institución imaginaria de la sociedad (Vol. 1)*. Barcelona: Tusquets.
- Castoriadis C. (2008) “Significaciones imaginarias y lógica conjuntista-identitaria”. En *El pensamiento de Cornelius Castoriadis (Vol. 2)*”. Ediciones proyecto revolucionario.
- Castoriadis C. (1989) “Lógica, imaginación, reflexión”. En *El Inconsciente y la ciencia*. Bs. As.: Biblioteca Nueva.
- Castoriadis C. (1998) *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Bs. As.: Nueva Visión.
- Castoriadis C. (2008) “Ventana al caos”. En *Ventana al caos* (Comp. E. Escobar, M. Gondicas, P. Vernay). Bs. As.: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Castoriadis C. (2008) “Transformación social y creación cultural”. En *Ventana al caos* (Comp. E. Escobar, M. Gondicas, P. Vernay). Bs. As.: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Castoriadis C. (1994) “Lo imaginario: la creación en el dominio histórico-social”. En *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.
- Castro-Gómez S. (2000) “Althusser, los estudios culturales y el concepto de ideología”. *Revista Iberoamericana*, Vol. LXVI, núm. 193.
- Castro-Gómez S. (2000) “Ciencias Sociales, violencia epistémica y el problema de la ‘invención del otro’”. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Bs. As.: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Chirinos S. & De Tortolero E. (2007) “Cultura política e ideología. Enfoques contrarios o complementarios”. Universidad de Caracobo: Revista Faces.
- Costa G., Etchezahar E., Melita G. (2011) “El posicionamiento ideológico y la orientación política en jóvenes universitarios”. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (U.N.L): Memoria Académica.
- Dávila J., Fouce J., Gutiérrez L., Lillo de la Cruz A., Martín E. (1998) “La Psicología Política Contemporánea”. *Revista Psicología Política*, nro. 17.

- De Brasi J. (1993) "Psicología de las masas. La grupalidad en movimiento". En: *Tiempo histórico y campo grupal. Masas, grupos, e instituciones* (Comp. A. Fernández y J. De Brasi.). Bs. As.: Nueva Visión.
- Del Cueto A. & Fernández A. (1986) "El dispositivo grupal". En *Lo grupal 2*. Bs. As.: Búsqueda.
- Eagleton T. (1997) *Ideología. Una introducción*. Bs. As.: Paidós.
- Fernández A. (1989) *El campo grupal*. Bs. As.: Nueva Visión.
- Fernández A. (1993) "De lo imaginario social a lo imaginario grupal". En: *Tiempo histórico y campo grupal. Masas, grupos, e instituciones* (Comp. de A. Fernández y J. De Brasi.). Bs. As.: Nueva Visión.
- Foucault M. (1992) *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Foucault M. (1992) "Verdad y poder". En *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- Freud S. (1979) *Psicología de las masas y análisis del yo (Tomo XVIII)*. Bs. As: Amorrortu.
- Freud S. (1979) *El malestar en la cultura (Tomo XXI)*. Bs. As: Amorrortu.
- Freud S. (1979) "El comercio entre los dos sistemas". En *Lo inconsciente (Tomo XIV)*. Bs As: Amorrortu.
- Freud S. (1985) *El yo y el ello (Tomo XIX)*. Bs As.: Amorrortu.
- Garay A., Iñiguez L., Martínez L. (2005) "La perspectiva discursiva en psicología social". Revista Subjetividad y procesos cognitivos (UCES).
- García-Borés J. (2000) "Paisajes de la psicología cultural". Universidad de Barcelona: Anuario de Psicología Vol. 31, nro. 4.
- García Canclini N. (2004) "La cultura extraviada en sus definiciones". En *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- G.H.M. (2005) "La teoría del caos y los movimientos sociales". Revista digital Rebelión.

- Giménez G. (2008) “Cultura política e identidad”. En *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Girola L. (2012) “Representaciones e imaginarios sociales. Tendencias recientes en la investigación”. En *Tratado de metodología de las ciencias sociales. Perspectivas actuales*. México: FCE.
- González J. (2002) “Psicología social y entramado cultural. Un camino hacia nuevas perspectivas y desarrollos”. Universidad de Valencia: Boletín de Psicología nro. 76.
- Gramsci A. (2015) *Hegemonía y lucha política en Gramsci (selección de textos)*. Bs As: Ediciones Luxemburg.
- Green A. (1990) “¿Por qué el mal?”. En *La nueva clínica Psicoanalítica y la obra de Freud*. Bs. As.: Amorrortu.
- Green A. (1980) “El objeto y la función objetalizante”. En *Metapsicología Revisitada*. Barcelona: Petrel.
- Groosberg L. (2003) “Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?”. En *Cuestiones de identidad cultural* (Comp. S. Hall y P. du Gay). Bs. As.: Amorrortu.
- Hall S. (2003) “¿Quién necesita identidad?”. En *Cuestiones de identidad cultural* (Comp. S. Hall y P. du Gay). Bs. As: Amorrortu.
- Hall S. (2010) “Estudios culturales: dos paradigmas”. En *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (Comp. E. Restrepo, C. Walsh, V. Vich). Lima: Envió editores, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Javeriana, Universidad Andina Simón Bolívar.
- Hall S. (2010) “Estudios culturales y sus legados teóricos”. En *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (Comp. E. Restrepo, C. Walsh, V. Vich). Lima: Envió editores, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Javeriana, Universidad Andina Simón Bolívar.
- Hall S. (2010) “El problema de la ideología: el marxismo sin garantías”. En *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (Comp. E. Restrepo, C. Walsh, V. Vich). Lima: Envió editores, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Javeriana, Universidad Andina Simón Bolívar.
- Hall S. (2010) “El redescubrimiento de la ‘ideología’: el retorno de lo reprimido en los estudios de los medios”. En *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (Comp. E. Restrepo, C. Walsh, V. Vich).

Lima: Envi3n editores, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Javeriana, Universidad Andina Sim3n Bol3var.

--Hall S. (2010) "Significaci3n, representaci3n, ideolog3a: Althusser y los debates posestructuralistas". En *Sin garant3as: trayectorias y problem3ticas en estudios culturales* (Comp. E. Restrepo, C. Walsh, V. Vich). Lima: Envi3n editores, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Javeriana, Universidad Andina Sim3n Bol3var.

--Hall S. (2010) "La cultura, los medios de comunicaci3n y el 'efecto ideol3gico'". En *Sin garant3as: trayectorias y problem3ticas en estudios culturales* (Comp. E. Restrepo, C. Walsh, V. Vich). Lima: Envi3n editores, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Javeriana, Universidad Andina Sim3n Bol3var.

--Hall S. (2010) "La cuesti3n de la identidad cultural". En *Sin garant3as: trayectorias y problem3ticas en estudios culturales* (Comp. E. Restrepo, C. Walsh, V. Vich). Lima: Envi3n editores, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Javeriana, Universidad Andina Sim3n Bol3var.

--Hall S. (2010) "El significado de los nuevos tiempos". En *Sin garant3as: trayectorias y problem3ticas en estudios culturales* (Comp. E. Restrepo, C. Walsh, V. Vich). Lima: Envi3n editores, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Javeriana, Universidad Andina Sim3n Bol3var.

--Han B. (2014) *Psicopol3tica. Neoliberalismo y nuevas t3cnicas de biopoder*. Barcelona: Herder.

--Han B. (2014) "Psicopol3tica". En *En el enjambre*. Barcelona: Heder.

--Jameson F. (1998) "Sobre los Estudios Culturales". En *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Bs. As.: Paid3s.

--Jodelet D. (1988) "La representaci3n social: Fen3menos, concepto y teor3a". En *Psicolog3a Social II. Pensamiento y vida social. Psicolog3a social y problemas sociales* (Comp. S. Moscovici). Bs. As.: Paid3s.

--Lacan J. (1961-1962) *Seminario 9: La identificaci3n*. Escuela Freudiana de Buenos Aires.

--Lapassade G. (1977) *Grupos, Organizaciones, e Instituciones*. Barcelona: Gedisa.

--Lapassade G. (1980) *Socioan3lisis y Potencial Humano*. Barcelona: Gedisa.

--Laplanche J. & Pontalis J. (1997) *Diccionario de Psicoan3lisis*. Espa3a: Paid3s.

- López Espinosa L. (2012) “El problema de la interpelación ideológica: la réplica de la escuela eslovena”. *Revista Décalages* Vol. 1.
- Lourau R. (1975) “Vínculo social y vínculo libidinal según Freud”. En *El análisis Institucional*. Bs. As.: Amorrortu.
- Martín-Baró I. (1991) “El método en psicología política”. En: *Acción y discurso. Problemas de psicología política en América Latina* (Coord. M. Montero). Venezuela: Eduven.
- Martínez Olguín J. (2010) “Sociedad e Historia. A propósito de Althusser y el concepto de sobredeterminación”. *Revista Crítica de Ciencias Jurídicas y Sociales: Nómadas*, nro. 25.
- Marx K. (1986) *Contribución a la crítica de la economía política*. Cap.: “Prólogo”. México: Siglo Veintiuno.
- Mattelart A., Piccini M., Mattelart M. (1976) “La lectura ideológica del mensaje”. En *Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal*”. Bs As.: EL Cid.
- Mckee I. & Szurmuk M. (2009) *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*. México: Siglo Veintiuno.
- Montero M. (1991) “Una orientación para la Psicología Política en América Latina”. *Revista Psicología Política*, nro. 3.
- Montero M. (1993) “La Psicología Política: una disciplina en la encrucijada”. *Revista Latinoamericana de Psicología*, vol. 25, nro. 1.
- Montes Berges B. (2008) “Principales enfoques teóricos en el estudio de las relaciones intergrupales”. *Revista Universidad de Jaén*.
- Mouffe C. (1991) “Hegemonía e ideología en Gramsci”. En *Gramsci y la realidad colombiana*. Colombia: Ediciones Foro Nacional por Colombia.
- Narvaja de Arnoux E. (2006) “El análisis del discurso como campo interdisciplinario”. En *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Bs. As.: Santiago Arcos.
- Nietzsche F. (2013) *Más allá del bien y del mal (Preludio de una filosofía del futuro)*. Madrid: Alianza.

- Nietzsche F. (2012-2013) “«Bueno y malvado», «bueno y malo»”. En *La genealogía de la moral (Un escrito polémico)*. Bs. As.: Alianza.
- Noriega J., Carvajal C., Grubits S. (2009) “La Psicología Social y el concepto de cultura”. *Revista Psicología & Sociedad*, 21 (1).
- Ochoa Gonzáles O. (2016) *Psicología de la comunicación política; Análisis del discurso del diario La Jornada referido a las campañas presidenciales de México 2006* (Tesis doctoral). España: Universidad Autónoma del Barcelona.
- Parisi E. (2008) “Definiendo a la psicología política”. *Revista de la Sociedad de Psicología de Uruguay*, nro. 46.
- Paz García A. & Brussino S. (2015) “Perfiles ideológicos de consumo mediático de información política en Córdoba-Argentina”. Universidad de Medellín: *Revista Anagramas*.
- Pereyra S. (2013) *La grieta. Política, economía, y cultura después del 2001* (Comp. S. Pereyra). Bs As.: Biblos.
- Quiroga A. (1998) *Crisis, procesos sociales, sujeto y grupo*. Bs As.: Cinco.
- Quiroga A. (1986) *Enfoques y perspectivas en Psicología Social*. Bs As.: Cinco.
- Restrepo E. (2013) “En torno a la especificidad de los estudios culturales”. En *Antropología y estudios culturales. Disputas y confluencias desde la periferia*. Bs As.: Siglo Veintiuno.
- Riviere P. (1980) “Aportes para la didáctica de la psicología social”. En *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I)*. Bs As.: Nueva Visión.
- Robins K. (2003) “Identidades que se interpelan: Turquía/ Europa”. En *Cuestiones de identidad cultural* (Comp. S. Hall y P. du Gay). Bs. As: Amorrortu.
- Rose N. (2003) “Identidad, genealogía, historia”. En *Cuestiones de identidad cultural* (Comp. S. Hall y P. du Gay). Bs. As: Amorrortu.
- Schneider C. & Avenburg K. (2015) “Cultura política. Un concepto atravesado por dos enfoques”. *Revista de reflexión y análisis político: POSData*, vol.20, nro.1.

- Serrano J. (1996) "La psicología cultural como psicología crítico-interpretativa". En *Psicología, discursos y poder (PDP)* (Comp. A. Gordo López y J. Linaza). Madrid: Visor.
- Smith Castro V. (2006) "La psicología social de las relaciones intergrupales: modelos e hipótesis". *Revista Actualidades en Psicología*, vol. 20, núm. 107.
- Strachey J. (1985) "Introducción". En *El yo y el ello (T. XIX)*. Bs. As.: Amorrortu.
- Thompson E. (2000) "Historia y Antropología". En *Agenda para una historia radical*. Barcelona: Crítica.
- Thompson J. (2002) "Repensando la ideología: una concepción crítica". En *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Urribarri F. (1992) "Para pensar lo histórico-social". *Revista Zona Erógena*, nro. 12.
- Valdettaro S. (2015) *Epistemología de la comunicación: una introducción crítica*. Rosario: UNR.
- Valdettaro S. (2017) "Mediatización y segregación: anotaciones sobre la extimidad". En *Mediatizaciones en tensión: el atravesamiento de lo público* (Comp. M. Busso y M. Camusso). Rosario: UNR.
- Van Dijk T. (1996) "Análisis del discurso ideológico". Universidad Autónoma Metropolitana de México: *Revista Versión*.
- Van Dijk T. (2005) "Ideología y análisis del discurso". Universidad de Zulia: *Revista Internacional de filosofía iberoamericana y teoría social*, nro. 29.
- Van Dijk T. (2008) "Semántica del discurso e ideología". *Revista Discurso y sociedad*, Vol. 2 (1).
- Vich V. (2013) "Desculturalizar la cultura. Retos actuales de las políticas culturales". *Revista Latin American Research Review*, Vol. 48.
- Weber M. (2001) "Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura". En *Ensayos sobre metodología sociológica*. Bs. As.: Amorrortu.
- Williams R. (1981) *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós.

--Williams R. (1980) *Marxismo y literatura*. Caps.: “Cultura”; “Ideología”; “Estructura de sentimiento”. Barcelona: Península.

--Williams R. (2003) *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Bs As.: Nueva Visión.

--Zizek S. (1998) “Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional”. En *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Bs. As.: Paidós.

--Zizek S. (2003) *El sublime objeto de la ideología*. Bs. As: Siglo Veintiuno.

-- Zizek S. (2003) “El espectro de la ideología”. En *Ideología: un mapa de la cuestión*. Bs. As.: Fondo de Cultura Económica.